# COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

## FILIPENSES

JOHN MACARTHUR

"Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual".

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

# COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

## FILIPENSES

JOHN MACARTHUR

"Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual".

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

# COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

## FILIPENSES

JOHN MACARTHUR

PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

---

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Philippians* © 2001 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Filipenses* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en:www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1805-1 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6466-9 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8619-7 (epub)

Realización ePub: produccioneditorial.com

**Dedicatoria**

A Chris Williams,amigo predilecto y estimado colega cuya devoción a Cristo, amor por la verdad,y fiel liderazgo de servicio han sido recursos inestimables para el ministerio de Gracia para la India durante casi dos décadas.

# Contenido


Cubierta

Portada

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

## Introducción

1. La epístola del gozo (Fil. 1:1-2)

2. Los motivos del gozo (Fil. 1:3-8)

3. Elementos esenciales para crecer en piedad (Fil. 1:9-11)

4. El gozo del ministerio—Primera parte: A pesar de las pruebas y los detractores (Fil. 1:12-18)

5. El gozo del ministerio—Segunda parte: A pesar de la muerte y la carne (Fil. 1:19-26)

6. Un comportamiento digno de la iglesia (Fil. 1:27-30)

7. El secreto de la unidad espiritual (Fil. 2:1-4)

8. El modelo para la unidad espiritual (Fil. 2:5-8)

9. La exaltación de Cristo (Fil. 2:9-11)

10. La obra de Dios en el creyente—Primera parte: El papel del creyente en la santificación (Fil. 2:12)

11. La obra de Dios en el creyente—Segunda parte: El papel de Dios en la santificación (Fil. 2:13)

12. Dejar de quejarse (Fil. 2:14-16)

13. Siervos espirituales ejemplares (Fil. 2:17-30)

14. Los rasgos distintivos de los verdaderos creyentes (Fil. 3:1-3)

15. Renunciar para ganar (Fil. 3:4-11)

16. Alcanzar el premio—Primera parte: Los prerrequisitos (Fil. 3:12-16)

17. Alcanzar el premio—Segunda parte: El procedimiento (Fil. 3:17-21)

18. Estabilidad espiritual—Primera parte: Armonía, gozo, contentamiento, fe (Fil. 4:1-6***a***)

19. Estabilidad espiritual—Segunda parte: Gratitud, pensamientos piadosos, obediencia (Fil. 4:6***b***-9)

20. El secreto del contentamiento (Fil. 4:10-19)

21. Los santos de Dios (Fil. 4:20-23)

## Bibliografía

Índice de palabras griegas y hebreas

Índice de temas

# Prólogo

La predicación expositiva del Nuevo Testamento aún significa para mí una gratificante comunión con Dios. Mi meta es tener siempre una comunión profunda con el Señor en la comprensión de su Palabra, y basado en esa experiencia, explicarle a su pueblo el significado de un pasaje. En palabras de Nehemías 8:8, mi intención es “ponerle el sentido” a fin de que puedan escuchar a Dios hablar, y de esta manera, corresponderle.

Es evidente que el pueblo de Dios necesita entender a Dios, y esto exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que esa Palabra more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). La principal razón de ser de mi ministerio es contribuir a que la Palabra viviente de Dios cobre vida para su pueblo. Esta es una aventura siempre refrescante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja la búsqueda de este objetivo que consiste en explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son en esencia lingüísticos, otros de enfoque teológico, y otros homiléticos. El presente comentario es básicamente explicativo, o expositivo. Aunque no se especializa en la lingüística, recurre a ella en los casos que requieren una adecuada interpretación. Tampoco se extiende en lo teológico, aunque se centra en las principales doctrinas presentes en cada texto y en su relación con las Escrituras en su conjunto. Y aunque no es en esencia homilético, cada unidad de pensamiento abarca por lo general un capítulo con un bosquejo claro y un orden de ideas lógico. La mayoría de los conceptos están ilustrados y aplicados con base en otros pasajes de las Escrituras. Tras haber establecido el contexto de un pasaje, me he esforzado en seguir de cerca la evolución argumentativa y el razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda entender plenamente lo que el Espíritu Santo dice a través de este pasaje de la Palabra, de manera que su revelación pueda fijarse en las mentes de los creyentes y producir en ellos una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

# Introducción

Hoy día las personas están empeñadas en la búsqueda apasionada de la felicidad. Libros de autoayuda, oradores motivacionales y columnistas de opinión pretenden ofrecer la llave de la felicidad, si bien para muchos la puerta sigue cerrada. Incapaces de controlar sus circunstancias, descubren más bien que ellas los controlan. Cada vez que sus hogares, trabajos o relaciones (o en el caso de los cristianos, la iglesia) fallan en brindarles felicidad, abandonan y buscan algo nuevo. Con todo, en el torbellino de la vida, nunca parecen alcanzar lo que tanto anhelan. Tras un esfuerzo inútil por hallar la felicidad en el placer y la gratificación personal, llegan a la consabida visión de la vida que declaró el predicador en Eclesiastés 1:2: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”.

Si bien la felicidad, aquel sentimiento de alegría fugaz, nos elude, el gozo no. El gozo bíblico, la firme convicción de que Dios controla de manera soberana los sucesos de la vida para el bien del creyente y para gloria de Él, está al alcance de todos los que le obedecen. De hecho, Dios les ordena a los creyentes regocijarse (2:18; 3:1; 4:4; cp. 2 Co. 13:11; 1 Ts. 5:16). Ese gozo divino es el tema de Filipenses. La palabra griega para gozo, tanto en la forma sustantiva como verbal, se menciona más de doce veces en estos cuatro capítulos (1:4, 18, 25; 2:2, 17, 18, 28, 29; 3:1; 4:1, 4, 10).

Tanto las circunstancias del autor como de los destinatarios de esta breve epístola no son lo que podría considerarse una fuente de gozo y felicidad. El apóstol Pablo era prisionero en Roma cuando escribió esta carta a su amada congregación filipense. Pocas experiencias de su turbulenta vida desde su impresionante conversión en el camino a Damasco tres décadas antes serían consideradas un motivo de gozo. Había enfrentado una oposición violenta e implacable, tanto de los gentiles como de sus compatriotas judíos que no creían (cp. 2 Co. 11:23-30).

Justo después de la conversión de Pablo, su proclamación osada y valiente del evangelio despertó la ira de la población judía de Damasco. Ellos procuraron matarlo, y tuvo que escapar de allí en la noche escondido en una canasta que bajaron por el muro (Hch. 9:20-25). Luego tuvo que huir de Iconio (Hch. 14:5-6), fue apedreado y dado por muerto en Listra (Hch. 14:19-20), fue golpeado y encarcelado en Filipos (Hch. 16:16-40), tuvo que huir de Tesalónica después que su predicación suscitara un alboroto (Hch. 17:5-9); de allí salió para Berea, de donde también tuvo que escapar (Hch. 17:13-14); soportó la mofa y la burla de los filósofos griegos en Atenas (Hch. 17:16-34), fue llevado ante el procónsul romano en Corinto (Hch. 18:12-17), enfrentó la oposición judía (Hch. 19:9; cp. 20:18-19) y el alboroto de los gentiles en Éfeso (Hch. 19:21-41; cp. 1 Co. 15:32). Cuando se disponía a viajar desde Grecia hacia Palestina, una confabulación judía en contra suya lo obligó a cambiar su itinerario (Hch. 20:3). De camino a Jerusalén, se encontró con los ancianos de Éfeso en Mileto y les declaró: “Ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones” (Hch. 20:22-23). Al llegar a Jerusalén, los judíos de Asia Menor lo reconocieron en el templo, una turba enfurecida lo golpeó brutalmente, y fue rescatado de una muerte segura por la intervención de los soldados romanos que lo arrestaron (Hch. 21:27-36). Mientras Pablo estaba bajo custodia en Jerusalén, los judíos planearon otra emboscada contra su vida, y esto ocasionó que el comandante romano lo enviara al gobernador en Cesarea bajo estricta vigilancia (Hch. 23:12-35). Después que su caso se prolongara dos años sin resolverse y ante dos gobernadores romanos, Pablo ejerció su derecho como ciudadano romano y apeló al César (Hch. 25:10-11). Tras un viaje agitado, que incluyó el naufragio en una recia tormenta, Pablo llegó a Roma (Hch. 27, 28). En el momento de escribir Filipenses, el apóstol pasaba su cuarto año de custodia romana, a la espera de la decisión final del emperador Nerón para su caso.

La iglesia filipense también tenía su cuota de dificultades. Sus miembros eran extremadamente pobres, tanto que Pablo se admiró al constatar la contribución de ellos a la ofrenda que recaudó para los pobres en Jerusalén (2 Co. 8:1-5). Al igual que Pablo, sufrían persecución por causa de Cristo (1:27-30). Peor aún, eran atacados por falsos maestros (3:2, 18-19). Y para colmo de males, una pelea entre dos mujeres destacadas de la congregación amenazaba dañar la unidad de la iglesia (4:2-3; cp. 2:1-4, 14).

Pese a las circunstancias del autor y de los destinatarios, el gozo satura Filipenses, tanto que puede llamarse “la epístola del gozo”. R. C. H. Lenski escribió: “El gozo es la música que resuena en esta epístola, la luz que esparce en toda ella. La epístola entera irradia gozo y felicidad” (*The Interpretation of St. Paul’s Epistles to the Galatians, to the Ephesians, and to the Philippians* [La interpretación de las Epístolas de Pablo a los gálatas, a los efesios y a los filipenses] [Minneapolis: Augsburg, 1961], p. 691). Aquellos que estudian su enseñanza y aplican sus principios aprenderán, como su autor humano, el secreto para tener gozo, paz, y contentamiento en medio de cualquier circunstancia (4:11-13).

# LA CIUDAD DE FILIPOS

Filipos era una ciudad importante al oriente de Macedonia (Grecia nororiental). Estaba ubicada en la fértil planicie aluvial del río Estrimón, cerca de la corriente profunda y caudalosa que se conocía como el río Gangites (cp. Hch. 16:13). La importancia de Filipos en la antigüedad estribaba en su ubicación estratégica (dominaba la vía terrestre a Asia Menor). En la época de Pablo un importante camino romano conocido como la Vía Egnatia atravesaba Filipos. La ciudad también era notable debido a las minas de oro ubicadas en las montañas cercanas.

Aquellas minas de oro despertaron el interés de Felipe II de Macedonia (padre de Alejandro Magno). Él anexó la región en 356 a.C. y fortificó la pequeña aldea de Krénides (denominada “las pequeñas fuentes” por sus manantiales cercanos), y cambió el antiguo nombre por Filipos (“ciudad de Felipe”), el suyo propio. Después que los romanos conquistaron Macedonia en el siglo II a.C., se anexó Filipos a la provincia romana que llevaba ese nombre. La ciudad cayó en cierto olvido por más de un siglo, hasta que en 42 a.C. se convirtió en el sitio de una de las batallas más decisivas de la historia romana. En esa batalla, conocida en la historia como la batalla de Filipos, las fuerzas de Antonio y Octavio (“César Augusto”; Lc. 2:1) vencieron las fuerzas republicanas de Bruto y Casio. La batalla marcó el fin de la república romana y el comienzo del imperio (el senado declaró emperador a Octavio en 29 a.C., después que éste derrotó a Antonio y a Cleopatra en la batalla de Accio en 31 a.C). Antonio y Octavio ubicaron a muchos de sus veteranos del ejército en Filipos, que recibió la codiciada categoría de colonia romana (cp. Hch. 16:12). Más adelante, otros veteranos de guerra romanos se establecieron allí.

Como colonia, Filipos tenía la misma categoría legal que las ciudades en Italia. Los ciudadanos de Filipos eran ciudadanos romanos, gozaban de la exención de ciertos impuestos, y no estaban sujetos a la autoridad del gobernador de la provincia. Los filipenses copiaron la arquitectura romana y su estilo de vestir, sus monedas llevaban inscripciones romanas, y el latín era el idioma oficial de la ciudad (aunque también se hablaba el griego).

# LA IGLESIA DE FILIPOS

La iglesia filipense fue la primera que fundó Pablo en Europa. El apóstol llegó a Filipos en su segundo viaje misionero, siendo dirigido de manera poderosa por el Espíritu Santo:

> *Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos. Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio (Hch. 16:9-10).*

Aunque los primeros convertidos eran judíos o judíos prosélitos (Hch. 16:13-15), los gentiles eran mayoría en la congregación. El hecho de que no hubiera sinagoga en Filipos (pues de lo contrario las mujeres a quienes Pablo encontró primero no estarían reunidas fuera de la ciudad el sábado), prueba que la ciudad contaba con una limitada población judía. El nacimiento de la iglesia fue marcado por la admirable conversión de Lidia, una mujer prosélita y adinerada (Hch. 16:13-15), y del carcelero (Hch. 16:25-34). (Para una descripción de los acontecimientos relacionados con la fundación de la iglesia filipense, véase el capítulo 18 de este libro).

Los filipenses sentían un profundo afecto por Pablo, que era recíproco. Aunque eran pobres, ellos solos lo apoyaron económicamente durante una etapa de su ministerio (4:15). Ahora, después de muchos años, habían vuelto a enviar al apóstol una abundante contribución en su hora de necesidad. (Para profundizar en el tema del apoyo financiero de los filipenses a Pablo, véase el capítulo 20 de este libro). Medio siglo después, la iglesia filipense mostraría la misma generosidad hacia Ignacio, padre de la iglesia, el cual pasó por esa ciudad de camino al martirio en Roma.

Pablo escribió esta carta a su amada congregación filipense para agradecerles su generosa dádiva (4:10-19), explicar el motivo por el cual les enviaba de nuevo a Epafrodito (2:25-30), informarles sobre sus circunstancias (1:12-26), y advertirles acerca del peligro de los falsos maestros (3:2, 18-19).

## AUTOR

El texto de Filipenses inspirado por Dios presenta a Pablo como el autor (1:1), de modo que la autoría del libro no admite discusión. De hecho, aparte de unos pocos críticos radicales del siglo XIX, dicha autoría jamás ha sido cuestionada. Hoy día la mayoría de los eruditos, sin importar sus convicciones teológicas, la consideran una auténtica epístola paulina. J. B. Lightfoot comenta:

> La mayoría de los lectores podría considerar que la evidencia interna descarta cualquier duda sobre la autenticidad

de la Epístola a los Filipenses. Dicha evidencia presenta dos facetas, una negativa y otra positiva. Por un lado, la Epístola refleja por completo la mente y el carácter de san Pablo, aun en los más delicados matices. Por el otro, no ofrece argumento alguno para considerar una falsificación. Solo puede concebirse como la expresión del sentimiento personal impulsada por las circunstancias del momento. Un falsificador no habría producido una obra tan carente de propósito (porque debió serlo en ese caso), y habría sido incapaz de producir una tan natural (*St. Paul's Epistle to the Philippians* [La Epístola de san Pablo a los Filipenses] [Reimpreso; Grand Rapids: Zondervan, 1953], p. 74).

## LUGAR Y FECHA

Pablo escribió Filipenses, al igual que Colosenses, Efesios, y Filemón, desde la prisión. Hasta finales del siglo XVIII, la iglesia reconoció que las cuatro epístolas de prisión fueron escritas durante el cautiverio del apóstol en Roma (Hch. 28:14-31). Sin embargo, en épocas más recientes se ha propuesto que Cesarea y Éfeso también son lugares posibles.

La evidencia de que Pablo escribió Filipenses desde Roma es notable. Lo más lógico es que expresiones como "el pretorio" (1:13) y "la casa de César" (4:22) se entiendan como referencias a la guardia del emperador y a los sirvientes establecidos en Roma. Los detalles del cautiverio de Pablo como se registran en Hechos concuerdan con los de Filipenses. Pablo era vigilado por soldados (Hch. 28:16; Fil. 1:13-14), se le permitía recibir visitas (Hch. 28:30; Fil. 4:18), y gozaba de libertad para predicar el evangelio (Hch. 28:31; Fil. 1:12-14). El hecho de que existiera una iglesia numerosa en la ciudad desde donde Pablo escribió (cp. 1:12-14) también favorece la opción de Roma. Es indiscutible que la iglesia en la capital imperial era mucho mayor que la de Éfeso, o especialmente la de Cesarea.

Existen dos objeciones principales a la idea tradicional de que Pablo escribió Filipenses desde Roma. Primero, algunos arguyen que mientras Pablo intentaba visitar España después de pasar por Roma (Ro. 15:24, 28), las epístolas de prisión registran sus planes de visitar Filipos (2:24) y Colosas (Flm. 22) después de su liberación. Ellos sostienen, por tanto, que Filipenses (y Colosenses) debieron escribirse antes de que Pablo llegara a Roma. Si bien es cierto que Pablo había planeado en un principio visitar España después de Roma, dos hechos lo llevaron a cambiar sus planes. Pablo no había previsto llegar a Roma como prisionero. Había pasado cuatro años bajo la custodia romana, y durante ese tiempo surgieron problemas en las iglesias de Grecia y Asia Menor. Por consiguiente, Pablo decidió volver a visitar estas iglesias antes de emprender su viaje a España. Además, el hecho de que la iglesia en Roma no estaba unida para apoyarlo (cp. 1:14-17) demoró la visita del apóstol a España (cp. Ro. 15:24).

Segundo, algunos piensan que en Filipenses se sugieren varios viajes entre Filipos y la ciudad desde donde Pablo escribió. Debido a la gran distancia que existe entre Roma y Filipos, ellos creen que todos esos viajes no pudieron ocurrir durante el cautiverio de Pablo en Roma. Por otro lado, Éfeso estaba mucho más cerca de Filipos. (Cabe agregar que, de ser válido, ese argumento significaría descartar a Cesarea como lugar donde se escribió Filipenses. Cesarea no estaba más cerca de Filipos de lo que estaba Roma).

Con todo, ese argumento no es válido. Moisés Silva señala lo siguiente:

> Es muy posible ubicar esos tres viajes [entre Roma y Filipos] en un período de cuatro a seis meses. Sin embargo, aun si le concedemos dos meses de duración a *cada uno*, bastaría un lapso muy inferior a un año para dar cuenta de ellos (y según los datos, nada nos obliga a pensar que debió transcurrir menos de un año desde la llegada de Pablo a Roma hasta el momento de escribir Filipenses). Es muy difícil comprender por qué este argumento contra el origen de la epístola en Roma aún se considera con seriedad. El asunto debería excluirse de un estudio más amplio. Y al hacerlo, el único argumento contra el concepto tradicional [que Pablo escribió Filipenses desde Roma] desaparece (*Philippians* [Filipenses], The Wycliffe Exegetical Commentary [Chicago: Moody, 1988], p. 7. Cursivas del original).

El argumento más convincente de que Pablo escribió Filipenses desde Roma se basa en el carácter perentorio del veredicto que esperaba el apóstol. Sería liberado, lo cual aguardaba confiado (1:19, 24-26; 2:24), o ejecutado (1:20-21, 23). De cualquier forma, la decisión con respecto a su caso sería definitiva, y no habría apelación. Parece que esto excluye tanto Cesarea como Éfeso, puesto que como ciudadano romano Pablo pudo (como sucedió según Hch. 25:11-12) ejercer su derecho de apelar al emperador desde esas ciudades (lo que un escritor denominó "el as bajo la manga" de Pablo).

Las teorías de que Pablo escribió Filipenses desde Cesarea o Éfeso enfrentan más complicaciones significativas. Los proponentes del punto de vista a favor de Cesarea señalan que la misma palabra griega traducida como "pretorio" en 1:13 se emplea en los Evangelios y en Hechos para referirse a los palacios del gobernador en Jerusalén (Mt. 27:27; Mr. 15:16; Jn. 18:28, 33; 19:9) y en Cesarea (Hch. 23:35). Sin embargo, la frase "y a todos los demás" (1:13) indica que Pablo se refería a las tropas de la guardia pretorial, no a un edificio. El hecho de que Pablo no menciona a Felipe el evangelista resulta enigmático si escribió las Epístolas de prisión desde Cesarea, ya que Felipe vivió en esa ciudad y

hospedó a Pablo y a sus acompañantes (Hch. 21:8). Además, Hechos no registra una predicación extensa del evangelio en Cesarea como la que relata en 1:12-18. Por último, la expectativa de Pablo de una pronta liberación (cp. 1:25; 2:24) no concuerda con las circunstancias de su cautiverio en Cesarea. Allí la única esperanza de liberación de Pablo era sobornar a Félix, o aceptar la solicitud de Festo de volver a Jerusalén para un juicio. Como es obvio, Pablo rechazó ambas opciones y se quedó en Cesarea como prisionero hasta su apelación al emperador.

Aunque la teoría que sostiene que Pablo escribió Filipenses (y las otras Epístolas de prisión) desde Éfeso goza de mayor aceptación que la de Cesarea, también enfrenta serias dificultades. La más evidente y seria es que no existe registro alguno en Hechos de que Pablo estuviera jamás encarcelado en Éfeso. Ese silencio resulta significativo, en especial porque Lucas consagra un capítulo entero (Hch. 19) al ministerio de Pablo allí que duró tres años. Además, la declaración de Pablo a los ancianos de la iglesia en Éfeso: “Por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hch. 20:31), sugiere que su ministerio en aquella ciudad fue continuo, sin interrupción causada por un cautiverio prolongado. Otra omisión notable es que Pablo no mencionó en las Epístolas de prisión la colecta que se hizo para los santos de Jerusalén que sufrían pobreza, que sí mencionó en las Epístolas escritas durante su estadía en Éfeso (p. ej., Romanos, 1 y 2 Corintios). El hecho de que Pablo no mencionara a Gayo y a Aristarco en Filipenses también resulta extraño si la escribió desde Éfeso, ya que ellos estaban allí con él (Hch. 19:29). La iglesia que se encontraba en el lugar desde donde Pablo escribió Filipenses no estaba unida en apoyarlo (1:14-17; cp. 2:20-21). Sin embargo, eso no era cierto con respecto a la iglesia en Éfeso (cp. Hch. 20:36-38). Tampoco es probable que los filipenses hubieran sentido la necesidad de enviarle dádivas a Pablo en Éfeso, donde el apóstol gozaba del apoyo tanto de la iglesia como de los amigos cercanos, como Aquila y Priscila (cp. 1 Co. 16:19; 1 Corintios fue escrita desde Éfeso). Por último, aunque Lucas estuvo con Pablo en el momento de escribir las Epístolas de prisión (Col. 4:14), al parecer no acompañaba a Pablo en Éfeso (Hch. 19 no es uno de los pasajes de Hechos que hablan en primera persona del plural para indicar que Lucas acompañaba a Pablo).

Dado que Roma se ajusta a los hechos que se conocen del cautiverio de Pablo, mientras que Cesarea y Éfeso no, no hay motivo para rechazar la idea tradicional de que el apóstol escribió Filipenses cerca del final de su primer cautiverio en Roma (alrededor del 61 d.C.).

## BOSQUEJO

I. Salutación de Pablo (1:1-11)

II. Situación de Pablo (1:12-26)

III. Exhortaciones de Pablo (1:27—2:18)

A. Estar firmes en Cristo (1:27-30)

B. Ser humildes como Cristo (2:1-11)

C. Ser luminares para Cristo (2:12-18)

IV. Los compañeros de Pablo (2:19-30)

A. Timoteo (2:19-24)

B. Epafrodito (2:25-30)

V. Advertencias de Pablo (3:1—4:1)

A. Contra el legalismo (3:1-16)

B. Contra la impiedad (3:17—4:1)

VI. El gozo de Pablo (4:2-9)

VII. La gratitud de Pablo (4:10-20)

VIII. La despedida de Pablo (4:21-23)

# 1. La epístola del gozo

**Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Jesucristo que están en Filipos, con los obispos y diáconos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.** (1:1-2)

En términos generales, vivimos en un mundo triste, un mundo caído que conoce bien la desesperanza, la depresión, la desilusión, la insatisfacción, y el anhelo por una felicidad duradera que casi nunca llega. Los momentos de placer y satisfacción son escasos en medio del dolor que predomina y la pesadumbre de la vida. Muchas personas abrigan poca o ninguna esperanza de que sus vidas mejoren. La desesperanza tiende a aumentar con la edad. Largos años de vida se convierten con frecuencia en largos años de pesares, frustración, pérdida de seres amados y amigos, y muchas veces limitaciones físicas y dolor. Esos momentos de felicidad cada vez más escasos suelen producir una tristeza malsana y minan el gusto por la vida.

La mayoría de las personas define la felicidad como una actitud de satisfacción o deleite basada en las circunstancias positivas que en gran medida escapan a su control. Por consiguiente, la felicidad no puede planearse ni programarse, mucho menos garantizarse. Solo se experimenta si las circunstancias son favorables, y en ese momento nada más. Por tanto, resulta incierta y esquiva.

Por su parte, el gozo espiritual no es una actitud que depende del azar o las circunstancias. Es la confianza permanente y profunda de que, a pesar de las circunstacias de la vida, todo está bien entre el creyente y el Señor. Sin importar qué dificultad, dolor, desilusión, fracaso, rechazo, o cualquier otra prueba, el gozo verdadero permanece debido al bienestar eterno recibido por la gracia de Dios por medio de la salvación. Por eso, las Escrituras dejan claro que el supremo gozo, el más duradero y que produce mayor satisfacción, es el resultado de una genuina relación con Dios. No se basa en las circunstancias ni el azar, sino que es la posesión permanente y el don de todo hijo de Dios. Por tanto, no resulta sorprendente que el gozo sea un tema importante en el Nuevo Testamento. El verbo regocijar *(*chairō*)* aparece noventa y seis veces en el Nuevo Testamento (lo cual incluye las veces en las que se emplea como saludo), y el sustantivo gozo *(*chara*)* cincuenta y nueve. Las dos palabras aparecen trece veces en Filipenses.

Una teología bíblica del gozo abarca varios aspectos. Primero, el gozo es un don de Dios. David declaró: “Tú diste alegría a mi corazón mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto. En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (Sal. 4:7-8); “me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:11).

Segundo, Dios les concede gozo a quienes creen el evangelio. Al anunciar el nacimiento de Cristo a los pastores, el ángel dijo: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lc. 2:10-11). Jesús les dijo a sus discípulos: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11). Cristo vino a proclamar un evangelio que ofreciera verdadero gozo sobrenatural a quienes lo reciben como Salvador y Señor.

Tercero, el Espíritu Santo de Dios es quien produce gozo. Pablo dijo: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17). En su carta a las iglesias de Galacia, el apóstol escribió: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gá. 5:22-23).

Cuarto, el gozo se experimenta plenamente si los creyentes reciben y obedecen la Palabra de Dios. El profeta Jeremías exclamó: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos” (Jer. 15:16). Una de las razones por las cuales el apóstol Juan escribió su primera carta es que su gozo, y el de sus lectores “sea cumplido” (1 Jn. 1:4).

Quinto, el gozo del creyente se profundiza mediante las pruebas. La plenitud del gozo se experimenta al enfrentar la tristeza, la pena y las dificultades. “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1 Ts. 1:6). En su segunda carta a los creyentes en Corinto, Pablo habló de estar “entristecidos, mas siempre gozosos” (2 Co. 6:10). Santiago exhortó a los creyentes con estas palabras: “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas” (Stg. 1:2), y Pedro los animó diciéndoles:

*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas (1 P. 1:3-6).*

Sexto, el gozo de los creyentes se consuma al poner su esperanza en la gloria celestial. Siempre deben estar "gozosos en la esperanza" (Ro. 12:12). Pedro les recordó: "A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1 P. 1:8). Más adelante exhortó en esa carta: "Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría" (1 P. 4:13). Judas concluyó su breve carta con esta preciosa bendición: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén" (Jud. 24-25).

Quizá el lazo de amor que unía a Pablo con los creyentes filipenses era más fuerte que el que lo uniera con cualquier otra congregación. El tema del gozo en la carta de Pablo a los Filipenses se debe en gran medida al gozo que le inspiraba este amor. La profundidad del vínculo entre el apóstol y los filipenses lo animó durante su cautiverio y completó su gozo. Él se preocupaba por la unidad entre ellos, por su fidelidad, y por muchos otros asuntos espirituales y prácticos relevantes. Sin embargo, su mayor preocupación era aliviar la tristeza que sentían, por causa de las aflicciones que él padecía, con el gozo de saber de la fidelidad de Pablo al Señor y la gran recompensa que le esperaba en el cielo. Pablo no quería entristecerlos, sino comunicarles al máximo su gozo profundo y permanente en Jesucristo. Aunque Pablo les escribió advertencias y exhortaciones, los creyentes filipenses gozaban de un testimonio notable de madurez, pues el apóstol no hizo mención alguna de problemas teológicos o morales en la iglesia de Filipos. Eso también le trajo gozo al apóstol.

En los primeros dos versículos, el apóstol se describe a sí mismo y a Timoteo como siervos de Jesucristo, a los creyentes filipenses como santos en Jesucristo, y los saludó en el nombre de su Señor.

## LOS SIERVOS

**Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo,** (1:1*a*)

**Pablo** es el amado apóstol que escribió trece epístolas del Nuevo Testamento, y tal vez el siervo de Jesucristo más ilustre y privilegiado que el mundo haya conocido. Con todo, se refirió a sí mismo y a **Timoteo** como **siervos de Jesucristo**, y nada más. No aludió a su autoridad apostólica ni el haber sido escogido para escribir parte de la Palabra escrita de Dios. Ante todo, se consideraba a sí mismo y a todo creyente como un esclavo del Señor.

Tal vez la descripción más clara y breve de Pablo que hay en el Nuevo Testamento fue escrita por el apóstol mismo en esta carta. Acerca de su vida en el judaísmo escribió:

*Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos (Fil. 3:4-11).*

Las credenciales humanas de Pablo eran extraordinarias. Su vida era el epítome de la masculinidad judía, un "hebreo de hebreos" ejemplar, fiel a la tradición, celoso y legalista. A los ojos de sus compañeros era intachable y justo. Sin embargo, después de su conversión él consideró todo aquello por lo que era a los ojos de Dios: Pura basura. Descubrió que lo que consideraba valioso ante Dios era en realidad destructivo. Lo que creyó justo era en realidad impiedad, y lo abandonó jubiloso para obtener la verdadera justicia que solo viene "por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (3:9).

**Timoteo** era también partícipe de esa justicia, como fiel siervo de **Jesucristo**. Era el hijo de Pablo en la fe (1 Ti. 1:2), y más que un protegido, un compañero estimado a quien el apóstol dejó un ministerio y un legado espiritual extraordinarios. Sus dos cartas inspiradas para Timoteo fueron escritas varios años antes, la primera después que el

apóstol había sido liberado de su primer cautiverio en Roma y la segunda durante su segundo cautiverio allí.

La palabra **siervos** traduce el plural del conocido término griego doulos, que describe a una persona cuyo dueño es otro, al cual está subordinado y del cual depende. Pablo emplea el término para referirse a sí mismo al comienzo de tres de sus epístolas (Ro. 1:1; Fil. 1:1; Tit. 1:1), y en cada caso antecede la mención de su apostolado. Santiago (Stg. 1:1), Pedro (2 P. 1:1), y Judas (Jud. 1) lo emplean de igual forma.

Al emplearse en el Nuevo Testamento para referirse a la relación del creyente con Jesucristo, doulos describe un servicio voluntario, resuelto y consagrado. Refleja la actitud de un esclavo del Antiguo Testamento que rechazó la oportunidad de ser libre para someterse de manera voluntaria a su señor de por vida. La ley mosaica establecía: "Y si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre" (Éx. 21:5-6). Acerca de todos los creyentes fieles, Pablo declaró: "Ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra" (Ro. 7:6). A los Corintios él explicó: "Porque el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo" (1 Co. 7:22).

Bajo esa perspectiva, **Pablo** y **Timoteo** solo consideraban el hecho de ser **siervos de Jesucristo** en el sentido más positivo. No se consideraban **siervos** de la iglesia, de Roma, ni de cualquier persona o institución, sino solo de **Jesucristo**. Pablo les recordó a los ancianos de la iglesia en Éfeso aquella devoción sincera al encontrarse con ellos en Mileto: "Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:24). Cada creyente debe mostrar una devoción semejante, en especial si está llamado al ministerio. Aun si la devoción primordial de un pastor o maestro es hacia la iglesia, esto acarreará cierto grado de frustración, transigencia y fracaso espiritual. En cambio, la devoción a **Jesucristo** nunca será vana ni acarreará desilusión. Si el ministerio de un pastor se rige por las normas y opiniones de otros creyentes, sin duda se distanciará del evangelio y caerá en algún tipo de transigencia. Por el contrario, la devoción y la obediencia al Señor y a su Palabra siempre lo mantendrán en un andar fiel y piadoso.

Las cadenas que ataban a Pablo no reflejaban en realidad su servidumbre a Roma sino a su Señor. Su cautiverio *en* Roma simbolizaba su servidumbre *a* Jesucristo. "Mis prisiones", explicó, "se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás. Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor" (1:13-14). Jesucristo mismo fue quien le asignó todos sus deberes y suplió todas sus necesidades. Él tenía el mismo espíritu de devoción a Cristo que los siervos de David mostraban para con él como rey: "Y los siervos del rey dijeron al rey: He aquí, tus siervos están listos a todo lo que nuestro señor el rey decida" (2 S. 15:15). Jesús afirmó con toda claridad que "ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mt. 6:24). Y ya que el Señor a quien servimos es tan amoroso, sus siervos pueden testificar junto con Pablo: "Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (2 Co. 12:9).

## LOS SANTOS

**a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos:** (1:1*b*)

Pablo dirige su carta **a todos los santos en Jesucristo que están en Filipos**. Al igual que qodesh, la palabra equivalente en hebreo, hagios (**santos**) se refiere a alguien que es apartado, en particular los creyentes que son apartados por Dios para Él mismo. Ambas palabras se traducen por lo general "santo".

Por desdicha, se piensa con frecuencia que **los santos** corresponden a una orden superior y especial de cristianos que llevaron a cabo obras extraordinarias y llevaron una vida sobresaliente. En el sistema católico-romano, los santos son personas reverenciadas que son canonizadas después de su muerte de manera oficial en virtud del cumplimiento de ciertos requisitos. No obstante, las Escrituras establecen con claridad que todos los redimidos, ya sea bajo el Antiguo o el Nuevo Pacto, son **santos**, apartados del pecado para Dios.

Cuando Dios le ordenó a Ananías imponer sus manos al recién convertido Saulo (Pablo) para que este recobrara la vista, él respondió: "Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén" (Hch. 9:13). Unos versículos más adelante, Lucas escribió: "Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida" (Hch. 9:32). En ambos pasajes es evidente que **los santos** se refiere a *todos* los creyentes de esas ciudades (cp. Ef. 1:1; Col. 1:2). El hecho de que Pablo incluso se refiriera a los creyentes mundanos e inmaduros de Corinto como santos, revela sin duda alguna que no había relación del término con el carácter o la madurez espiritual. A ellos escribió: "A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con

todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro" (1 Co. 1:2). Al igual que todos los creyentes, los cristianos de Corinto no eran santos por su madurez espiritual (cp. 1 Co. 3:1-3), sino porque eran "llamados a ser santos", una referencia a su llamado a la salvación (cp. Ro. 8:29-30).

Todos los creyentes son **santos**, no porque sean justos en sí mismos, sino porque lo son **en** su Señor, **Jesucristo**, cuya justicia les fue impartida (Ro. 4:22-24). Un budista no alega que está *en* Buda, ni un musulmán declara que está *en* Mahoma. Un adepto de la Ciencia Cristiana no está *en* Mary Baker Eddy, ni un mormón *en* José Smith o Brigham Young. Pueden seguir fielmente las enseñanzas y el ejemplo de esos líderes religiosos, pero no están *en* ellos. Solo los cristianos pueden decir que están *en* su Señor porque han sido hechos uno con Él en espíritu (cp. Ro. 6:1-11). "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús" (Ef. 2:4-6). A los gálatas les dijo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gá. 2:20). En las cartas de Pablo, la frase "en Jesucristo" aparece cincuenta veces, "en Cristo" veintinueve veces, y "en el Señor" cuarenta y cinco. Estar **en Jesucristo** y ser así aceptado por Dios constituye para el creyente la suprema fuente de gozo.

**Los obispos y diáconos** tienen el llamado de guiar a la iglesia. Como se ve claramente en Hechos 20:17, 28 y Tito 1:5, 7, obispo es otro término para decir anciano, el nombre más conocido del Nuevo Testamento para el cargo (cp. Hch. 11:30; 14:23; 15:2, 4, 6, 23; Stg.5:14). A los ancianos también se les llama pastores (Hch. 20:28; 1 P. 5:1-2), pastores y maestros (Ef. 4:11), y obispos (cp. Hch. 20:28; 1 Ti. 3:2). Sus notables virtudes se describen en 1 Timoteo 3:1-7 y Tito 1:6-9. Al hablar del dinero para aliviar el hambre, que la iglesia de Antioquía envió por medio de Bernabé y Saulo a los ancianos de Judea, se menciona primero a **los obispos**, o ancianos (Hch. 11:30). Ellos comunican la norma de Cristo en las iglesias locales por medio de la predicación, la enseñanza, el ejemplo de una vida piadosa, y el liderazgo guiado por el Espíritu Santo.

Si bien el papel que desempeñan es principalmente un servicio práctico más que la predicación o la enseñanza, **los diáconos** deben cumplir con las mismas normas elevadas a nivel espiritual y moral (1 Ti. 3:8-13) que los ancianos. La diferencia entre los dos cargos es que los ancianos deben ser maestros experimentados (1 Ti. 3:2; Tit. 1:9).

## SALUTACIÓN

**Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.** (1:2)

Pablo usó esta conocida salutación en varias de sus cartas a las iglesias (Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Ef. 1:2; Col. 1:2-3; 2 Ts. 1:2) así como en una carta personal (Flm. 3). Es una expresión del profundo amor del apóstol hacia sus hermanos creyentes, incluso los inmaduros de Corinto que le causaron tanta tristeza. Sin embargo, debió sentir un gozo y una gratitud especiales por los santos en Filipos quienes, a diferencia de los corintios, habían sido motivo de inmenso consuelo y satisfacción.

El supremo don divino que reciben los pecadores arrepentidos que creen es la eterna **gracia** salvadora, y la **paz** eterna su mayor bendición. La fuente de ambas es **Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo**. Esta salutación expresa el amor continuo de Pablo y su preocupación por los fieles creyentes en Filipos, y sirve como introducción a los innumerables motivos para regocijarse que tanto menciona en la más afectuosa de sus epístolas.

La habitual salutación del Nuevo Testamento que menciona tanto a **Dios nuestro Padre** como al **Señor Jesucristo** destaca repetidas veces la unidad que existe entre los dos en su naturaleza (Ro. 1:7; 1 Co. 1:3, 9; 2 Co. 1:2-3; Gá. 1:1, 3; Ef. 1:1-2; Fil. 1:2; Col. 1:3; 1 Ts. 1:1, 3; 1 Ti. 1:1-2; 2 Ti. 1:2; Tit. 1:4; Flm. 3; He. 1:1-3; Stg. 1:1; 1 P. 1:3; 2 P. 1:1-2; 1 Jn. 1:3; 2 Jn. 3; Jud. 1). **Dios Padre** comparte su naturaleza divina con **el Señor Jesucristo**. El énfasis en esta cualidad establece la deidad de nuestro Señor Jesús, que constituye la verdad central del cristianismo.

## 2. Los motivos del gozo

**Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora; estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo; como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo.** (1:3-8)

Un conocido examen para diagnosticar la depresión califica a las personas en una escala del uno al diez. A mayor puntaje, mayor gravedad. Si el apóstol Pablo se hubiera sometido a dicha prueba, sin duda habría puntuado cero, porque su gozo era completo e irrefrenable. Al igual que el autor de los Salmos 42 y 43, él sabía cómo vencer la depresión, la ansiedad y la preocupación (cp. Sal. 42:5, 11; 43:5).

Sin embargo, las circunstancias de Pablo en el momento de escribir su carta eran terribles. Estaba encarcelado en Roma, quizás al borde de la ejecución. Al final fue liberado de ese cautiverio, pero no estaba seguro de que eso sucediera cuando escribió Filipenses. Vivía bajo arresto domiciliario (Hch. 28:23, 30), y encadenado a un soldado romano (Hch. 28:16) para evitar cualquier fuga. Allí Pablo decayó, siendo incapaz de hacer la obra que amaba, mientras otros sacaban provecho de su situación para predicar el evangelio por envidia y contienda (1:15-17). A pesar de eso, su corazón rebozaba de gozo (1:18). Si en algo afectaban aquellas horrendas circunstancias a Pablo, era para aumentar su gozo, pues él confiaba en el soberano propósito de su Señor y se volvía con mayor intensidad a Él en busca de fortaleza y consuelo.

El gozo verdadero es una constante en una vida llena del Espíritu (cp. Ro. 14:17), no un sentimiento pasajero que va y viene según las circunstancias. Puesto que Pablo gozaba de continua cercanía de Dios, estaba siempre gozoso. Experimentó la paz que sobrepasa todo entendimiento (4:7) y contentamiento (4:11) de parte del Espíritu Santo en lo profundo de su corazón y de su alma porque estaba convencido de tener una conciencia irreprensible ante Dios (Hch. 23:1; 24:16; 2 Co. 1:12; 2 Ti. 1:3).

La iglesia filipense no era perfecta. Sin embargo, comparada con la mayoría de iglesias con las que Pablo se relacionaba, no tenían problemas morales o espirituales de consideración. Él los exhortó así: “Que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (1:27). Unos versículos más adelante, animó a los filipenses: “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (2:2-4). Luego les mandó: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (2:14-15). En el capítulo 4 les rogó a Evodia y a Síntique, quienes obviamente no habían aún resuelto un pleito, “que sean de un mismo sentir en el Señor” (v. 2), y animó a la iglesia entera con estas palabras: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (v. 6). Con todo, estas amonestaciones son más una forma de animar que de reprender.

A medida que Pablo pensaba en esta amada congregación a la cual escribía, su gozo iba en aumento. Él no pensaba mucho en sus propias circunstancias sino en la fidelidad de ellos (1:3-5), tampoco en sus propias aflicciones sino en el amor de ellos (2:1-2), ni en su propio padecimiento físico sino en la constancia espiritual que ellos manifestaban (2:12-16). Él pensaba en la generosidad desinteresada de ellos al enviarle ayuda financiera (4:14-16). Pensaba en su “provecho y gozo de la fe” (1:25), en sus “amados y deseados, gozo y corona mía” (4:1). Así, podía decir con absoluta sinceridad: “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros” (1:3).

En 1:3-8 el apóstol presenta cinco motivos específicos de su gozo inspirado por el Espíritu en relación con sus hermanos. Se centra en el gozo de la remembranza (v. 3), de la intercesión (v. 4), de la comunión (v. 5), de la seguridad (v. 6), y del amor (vv. 7-8).

### EL GOZO DE LA REMEMBRANZA

**Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros,** (1:3)

**Gracias** viene de eucharisteō, palabra de la cual se deriva “eucaristía”, término que suele usarse para referirse a la Cena del Señor. En esa ordenanza los creyentes dan gracias a Dios al rememorar el sacrificio vicario de Cristo en la cruz. En este caso, Pablo da gracias por sus hermanos y hermanas espirituales en Filipos quienes, a lo largo de los años, habían sido motivo de tanta bendición y gozo para él.

La expresión **mi Dios** refleja la profunda intimidad y comunión de Pablo con el Señor, a quien pertenecía y servía (Hch. 27:23). Su gratitud por los filipenses era a **Dios**, lo cual pone de relieve que el Señor es la fuente última de todo gozo, y que la relación de los filipenses con Él por medio de Cristo era lo que impulsaba a Pablo a dar **gracias… a Dios**. Pablo manifestó una gratitud similar por los creyentes en Corinto (1 Co. 1:4), en Colosas (Col. 1:3), y en Tesalónica (1 Ts. 1:2; cp. 2:13), y por sus amados compañeros en la obra, Timoteo (2 Ti. 1:3) y Filemón (Flm. 4).

Los recuerdos que tenía Pablo de los filipenses empiezan con su segundo viaje misionero, cuando el apóstol fue por primera vez a Filipos. El Espíritu Santo lo guió de manera específica a ir a Macedonia (la provincia donde está ubicada Filipos) y no a Bitinia, como habían planeado con Silas (Hch. 16:7-10). El día de reposo salieron de la ciudad a la ribera del río, donde esperaban encontrar adoradores judíos. (Es evidente que no había suficientes hombres judíos en Filipos para formar una sinagoga). Los únicos presentes conformaban un grupo de mujeres que oraban. Una de ellas era Lidia, que "adoraba a Dios", lo cual significa que era una gentil y prosélita del judaísmo. El Señor abrió su corazón para recibir a Cristo. Al escuchar el evangelio, ella fue bautizada junto con su familia recién convertida, e instó a Pablo y a sus compañeros a hospedarse en su casa (Hch. 16:13-15). Lidia y su familia fueron los primeros cristianos convertidos en Europa, y llegaron a ser el centro de la primera iglesia en ese continente. La generosidad y hospitalidad que ellos manifestaron fueron virtudes que perduraron durante años en aquella congregación.

No cabe duda de que Pablo se acordaba también de la joven esclava en Filipos que tenía un demonio de adivinación, por el cual sus amos ganaban mucho dinero. Ella siguió al apóstol y a sus compañeros durante varios días y "daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación". Entonces, "desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora" (Hch. 16:16-18). Aunque Lucas no lo relata de manera específica, es probable que, al igual que Lidia, la joven naciera de nuevo y se convirtiera en una hermana en Cristo a quien Pablo ahora recordaba con cariño.

Pablo también pudo haberse acordado del tiempo que pasó en prisión en Filipos por causa de los amos de la joven esclava, quienes perdieron una gran fuente de ganancia e incitaron a la población contra él y contra Silas (Hch. 16:19-23). El Señor no solo les dio paz y gozo a pesar de sus cadenas, y puso canciones en sus corazones (Hch. 16:25), sino que también se sirvió de ese cautiverio para traer la salvación al carcelero y a su familia (Hch. 16:26-34). Al salir de la ciudad tras haber sido liberados de la prisión, Pablo y Silas fueron a la casa de Lidia por última vez y recibieron aliento de los muchos creyentes que vinieron a verlos allí (Hch. 16:40).

Pablo debió recordar muchas veces que, después de salir de Macedonia, la iglesia filipense fue la única que lo apoyó económicamente (Fil. 4:15-16). La generosidad de esos creyentes fervientes volvió a manifestarse en su contribución a la colecta que organizó Pablo para los creyentes necesitados de Jerusalén (2 Co. 8:1-5).

Tener el deseo sincero de recordar y fijarse en la bondad, amabilidad y aciertos de los demás no significa negar sus debilidades y defectos, sino más bien olvidarlos. El Espíritu Santo impulsa a los creyentes a apreciar el amor, la generosidad y la compasión de otros, y a olvidar lo demás (cp. 4:8; 1 Co. 13:4-7). Por otro lado, una persona que siempre se fija en lo negativo, en las fallas, defectos, y desaciertos, no es alguien controlado por el Espíritu Santo, sino tal vez un incrédulo. La amargura, el resentimiento, la crítica, la queja y demás son obras de la carne, no del Espíritu.

En gran medida, el gozo de Pablo se basaba en los recuerdos gratos y afectuosos de creyentes que, al igual que los filipenses, permanecían fieles al Señor, a sus hermanos en la fe, y a él.

## EL GOZO DE LA INTERCESIÓN

**siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros,** (1:4)

Otro motivo esencial de gozo para los creyentes es la intercesión ante Dios por otros. Los que son obedientes al Espíritu Santo se deleitarán en el privilegio de la oración intercesora. La intercesión fiel y sincera es mucho más que una obligación, es un gozo. Los intercesores fieles se preocupan más por las necesidades y el bienestar de otros que por los suyos, y le piden a Dios derramar su divina bendición sobre los demás. Una prueba infalible del gozo verdadero en un creyente es la medida en que ora con fervor por el bien y la bendición de otros, más que por él mismo.

El sustantivo deēsis (**oración**), usado en dos ocasiones en este versículo, encierra el significado básico de una petición, ruego, o súplica, y en el Nuevo Testamento, siempre se dirige a Dios (cp. Lc. 1:13; 5:33; Ro. 10:1; 2 Co. 1:11; He. 5:7; Stg. 5:16; 1 P. 3:12).

Como lo explica más adelante el apóstol en este capítulo (vv. 12-21), atravesaba entonces uno de los momentos más difíciles y dolorosos de su ministerio. Además de estar en prisión, le resultaba más agobiante aún el hecho de ser difamado por otros maestros y predicadores cuya intención era "añadir aflicción a [sus] prisiones" (v. 16). Si bien no desconocía ni era indiferente a este comportamiento injusto y maligno, estaba resuelto a no permitir que opacara su gozo. Antes bien, Pablo estaba agradecido porque "de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y

en esto me gozo, y me gozaré aún" (v. 18).

En ocasiones, la oración intercesora significa desilusión y sufrimiento. Más adelante en su carta, él aconsejó a los filipenses: "Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal" (3:17-19). Esos falsos creyentes no solo estaban faltos de amor al extremo, sino eran mundanos procaces. Eran "enemigos de la cruz de Cristo". Sus falsas enseñanzas y su vida inmoral representaban una seria amenaza contra la iglesia, y esa lamentable situación acongojaba al apóstol. Pablo le recordó a la iglesia en Corinto: "Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo" (2 Co. 2:4; cp. 11:29).

Sin embargo, las oraciones de Pablo por los filipenses se ofrecían con gran afecto, gratitud y gozo. Ni los falsos maestros incrédulos, como los que menciona la carta, ni los creyentes contenciosos, como Evodia y Síntique (4:2), podían robarle a Pablo los alegres recuerdos de su amada congregación. Después de suplicarles a Clemente y a otro anciano de la iglesia de Filipos que ayudaran en la reconciliación de las dos mujeres, exclama: "Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!" (4:3-4).

Al igual que Pablo, los creyentes que poseen el gozo que Dios da no se centran en sí mismos, aun en medio del sufrimiento o de circunstancias difíciles. A ellos les preocupa más el sufrimiento, las circunstancias difíciles, las privaciones, los fracasos y las penas de sus hermanos creyentes, e interceden por ellos con fervor. Oran gozosos para que Dios bendiga en todo a sus hermanos en la fe, por encima de su propio bienestar espiritual. Más adelante en su carta, Pablo manifiesta este rasgo personal en una exhortación: "No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (2:4).

Parece que a lo largo de casi toda la historia de la iglesia solo un puñado de cristianos han conocido la verdad y el gozo pleno que Dios da a sus hijos obedientes. La falta de gozo se refleja de tres maneras: Pensamientos y conversaciones negativas acerca de otros, falta de interés por su bienestar, y falta de intercesión a su favor. Los creyentes sin gozo son egoístas, orgullosos, egocéntricos, y con frecuencia vengativos, y es inevitable que la tendencia a centrarse en sí mismos se manifieste en la falta de oración.

## EL GOZO DE LA COMUNIÓN

**por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora;** (1:5)

Un tercer motivo del gozo que Dios da es la **comunión**. Koinōnia (comunión) se traduce por lo general "compañerismo", y su significado original era participar de algo que se tiene en común. Se emplea en varios pasajes con respecto a compartir las posesiones o el dinero. En la forma verbal, Pablo declara que los creyentes fieles deben practicar "compartiendo para las necesidades de los santos" (Ro. 12:13); y luego en la carta emplea la forma sustantiva al referirse a "una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén" (Ro. 15:26; cp. 2 Co. 8:4, donde koinōnia se traduce como "participar"; 9:13). En 1 Timoteo 6:18 la forma adjetiva se traduce "dadivosos", y en Hebreos 13:16 el sustantivo se traduce "ayuda mutua".

En el sentido más amplio, Pablo se gozaba en que los filipenses fueran salvos y compañeros suyos en la predicación del evangelio. Dicha participación incluía el generoso apoyo financiero para con él. Más adelante en su carta él les recordó: "Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades" (4:15-16).

Es indiscutible que el mayor bien que comparten los creyentes es su unidad espiritual, **su comunión en el evangelio** de Jesucristo. "Fiel es Dios", explicó Pablo, "por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor" (1 Co. 1:9). La comunión incluye cooperar en la predicación de las buenas nuevas de salvación a quienes nunca las han escuchado, a fin de que la comunión espiritual pueda extenderse y glorificar a Dios en mayor medida (cp. 2 Co. 4:15). En este contexto la frase **en el evangelio** se refiere a la misión entera del ministerio del evangelio, en especial la evangelización. Así pues, Pablo aquí elogia a los filipenses por su participación fiel, permanente y conjunta, en esta suprema obligación.

Tal vez la hermosa bendición de Pablo en 2 Corintios resuma como ninguna otra el alcance y la profundidad de la koinōnia cristiana: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Co. 13:14). La gracia del Hijo que justifica, el amor del Padre que escoge, y la comunión santificadora del Espíritu Santo se unen de manera inextricable en la comunión de los santos, una hermandad espiritual inmensa que incluye a cada persona que profesa una fe salvadora en Jesucristo. Dicha comunión era una gran fuente de gozo para

Pablo, como lo es para todos los cristianos que encuentran fortaleza, aliento, apoyo, y ayuda a través de su comunión con otros creyentes.

En su comentario sobre Filipenses, el célebre comentarista enumera ocho aspectos, o tipos, de koinōnia cristiana (véase *New Testament Commentary: Exposition of Philippians* [Comentario del Nuevo Testamento: Estudio de Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1962], pp. 51-53). Su lista no pretende ser exhaustiva, y los ocho aspectos no necesariamente están en orden de importancia. Estos son: Gracia, fe, oración y acción de gracias, amor, servicio, ayuda a los necesitados, separación del mundo y guerra espiritual. Es evidente que en varios sentidos se superponen.

Primero y ante todo está la comunión de la gracia. No se trata de un compañerismo humano y natural, sino de uno que es planeado y movido por Dios a través de su Espíritu Santo. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe", declaró Pablo; "y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Ef. 2:8; cp. Hch. 15:11; Ro. 4:5). Todos los creyentes han sido escogidos por Dios por la gracia, para salvación. Si Él no los hubiera escogido, ellos no lo habrían escogido a Él. En Juan 6:44 Jesús declaró: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero". A los romanos Pablo escribió: "Porque a los que antes conoció [Dios], también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro. 8:29-30; cp. Jn. 15:16).

Aquellos a quienes Dios escoge para salvación son unidos al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, así como a sus hermanos en la fe. Refiriéndose a sí mismo, Jesús oró al Padre: "Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn. 17:2-3). Pablo resumió esa verdad en estas palabras: "El que se une al Señor, un espíritu es con él" (1 Co. 6:17).

Segundo está la comunión de la fe. A nivel humano, solo la fe trae a los pecadores a la salvación. Pablo y Silas le dijeron al carcelero en Filipos: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa" (Hch. 16:31; cp. Ro. 10:9-10). Con todo, como ya se citó, aun la fe humana tiene origen divino: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Ef. 2:8).

Tercero está la comunión de la oración y de la acción de gracias. Nada une más a los creyentes que la adoración a Dios en alabanza y acciones de gracias. Los cristianos deben estar "dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef. 5:20); y "todo lo que [hacen], sea de palabra o de hecho, [lo hacen] todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Col. 3:17). Deben también estar "siempre gozosos… [orar] sin cesar… [dar] gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con [ellos] en Cristo Jesús" (1 Ts. 5:16-18).

Cuarto está la comunión del amor, la virtud suprema que encierra todas las demás. Es más importante que hablar en lenguas, profetizar, tener conocimiento teológico; más que la fe, la generosidad sacrificada e incluso el martirio (1 Co. 13:1-3). Pablo prosigue con esta declaración: "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser… el mayor de ellos es el amor" (1 Co. 13:4-8, 13). El apóstol Juan enseñó que el amor es la señal terminante de la comunión cristiana: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor" (1 Jn. 4:7-8).

Quinto está la comunión de la ayuda a los necesitados. "Según tengamos oportunidad", amonestó Pablo, "hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gá. 6:10). Incluso bajo el antiguo pacto, a los creyentes se les ordenaba: "No te niegues a hacer el bien a quien es debido, cuando tuvieres poder para hacerlo" (Pr. 3:27).

Sexto está la comunión que promueve el evangelio, como ya se mencionó. Esto se lleva a cabo mediante la predicación, la enseñanza, el testimonio, y el apoyo a quienes el Señor ha llamado de manera específica a esos ministerios. Esta comunión es claramente el cumplimiento de la Gran Comisión de Jesús: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mt. 28:19-20).

Séptimo está la comunión de la separación del mundo. En su discurso en el Aposento Alto poco antes de su arresto, Jesús dijo a los once discípulos: "No sois del mundo, antes yo os elegí del mundo" (Jn. 15:19). Un aspecto restrictivo pero vital de la comunión es "guardarse sin mancha del mundo" (Stg. 1:27), lo cual jamás ha sido tan difícil como en nuestra era. Juan exhorta a los creyentes: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo" (1 Jn. 2:15-16).

Octavo está la comunión de la guerra espiritual. En gran parte esto es una extensión del punto anterior. Si un creyente está realmente separado del mundo, se convertirá en el blanco de los ataques del mundo. “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn. 15:19-20). En esta gran lucha espiritual “las armas de nuestra milicia no son carnales”, pues el conflicto no es de la carne, “sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas” (2 Co. 10:4). En esta guerra los creyentes son soldados del mismo ejército (2 Ti. 2:3).

Un cristiano que decide abandonar la comunión con otros creyentes carecerá del gozo genuino que da el Espíritu. Es imposible vivir con gozo y fidelidad sin la comunión con los creyentes en Cristo. En cambio, el creyente que acostumbra rodearse de santos como él, y cumple con las responsabilidades que dicha comunión requiere y presenta, será lleno de gozo divino. Estar en compañía de quienes son coherederos con Cristo, personas que aman, se interesan, comprenden, y oran los unos por los otros, que sirven y pelean la buena batalla juntos, sin duda disfrutarán de un gozo abundante y permanente.

Tal es el gozo que Pablo expresó aquí con respecto a los creyentes filipenses. Ellos habían servido fielmente con él en su iglesia, habían proclamado el evangelio con él, adorado y orado con él, y defendido la fe con él. Habían compartido con prodigalidad sus recursos materiales con él una y otra vez. Habían sido sus incansables y abnegados compañeros **desde el primer día hasta ahora**, durante varios años.

## EL GOZO DE LA SEGURIDAD

**estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;** (1:6)

Un cuarto motivo de gozo es la seguridad. Nada puede animar tanto a un cristiano como la certeza de que, a pesar de las incertidumbres y dificultades de la vida, y sin importar cuántas derrotas espirituales pueda enfrentar, un día será hecho perfecto.

**Persuadido** es la traducción de peithō, que aquí significa estar seguro de o tener confianza en. La confianza de Pablo era mucho más que esperanza humana. Era la absoluta confianza, fruto de conocer y creer la promesa de Dios de que **el que comenzó en [él] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo**. La salvación es obra exclusiva de Dios, y por ese motivo su consumación es tan cierta como si ya se hubiera cumplido.

**Comenzó** viene de enarchomai, un verbo compuesto que significa “empezar en”. Se emplea solo dos veces en el Nuevo Testamento, y en ambos casos en relación con la salvación. Pablo reprendió a ciertos creyentes de las iglesias de Gálatas que se creían capaces de terminar en sus propias fuerzas lo que Dios había comenzado en sus vidas solo por el poder del Espíritu Santo. Preguntó retóricamente: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gá. 3:3). En efecto, en este pasaje de Filipenses el apóstol responde a la misma pregunta, y les asegura a los filipenses que su salvación es obra exclusiva de la gracia de Dios. Para la salvación Dios demanda fe, pero esta no es una obra meritoria. La salvación viene por el poder de Dios en respuesta a la fe; y, como ya se expuso, la fe misma es obra de Dios. Él la inicia y Él la perfecciona (Ef. 2:8-9). Aunque Lidia, la primera persona convertida en cuya casa se estableció la iglesia de Filipos, creyó el evangelio de Cristo, Lucas deja claro que “el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hch. 16:14).

Más adelante en Filipenses, Pablo subrayó que “a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él”, y que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 1:29; 2:13). Juan declaró: “A todos los que le recibieron [a Cristo], a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). Cuando “oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea, que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios” por medio del testimonio de Pedro, “disputaban con él los que eran de la circuncisión”, pues creían que el evangelio solo era para los judíos o los convertidos al judaísmo. Sin embargo, después de escuchar lo que Pedro contó, “callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hch. 11:1-2, 18). Santiago escribió: “Él, de su voluntad nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Stg. 1:18).

Como ya se expuso, la salvación es solo por la gracia de Dios. Dios “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). Dios escogió a todos los creyentes antes de existir el tiempo, mucho antes de que ellos pudieran de algún modo escogerlo a Él; y sin esa elección, ellos nunca lo hubieran escogido (Jn. 6:44). Siempre ha sido cierto, en cada era y circunstancia, que solo “creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hch. 13:48). Pablo expresó con claridad esa verdad en Romanos 5:8-10:

> *Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.*

En otro pasaje de Romanos, Pablo escribió uno paralelo a Filipenses 1:6, con esta observación: "Porque a los que antes conoció [Dios], también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro. 8:29-30). Todos los escogidos serán glorificados. Dios terminará lo que comenzó.

Cada aspecto de la salvación es por la voluntad soberana y la elección de Dios. Pablo escribió a los efesios:

> *Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios (Ef. 2:4-8; cp. Tit. 3:4-6; Stg. 1:18; 1 P. 1:2-3).*

Es el Señor quien comienza la obra de salvación, y es Él, por medio de su Espíritu Santo, quien la **perfeccionará**. Pablo escribió a los gálatas: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20). Epiteleō (**perfeccionará**) es una palabra compuesta por la preposición *epi* y el verbo teleō ("completar"), que acentúa el significado de "totalmente consumado". Pablo tenía la absoluta certeza de que Dios completaría su obra de salvación en los filipenses. No hay posibilidad alguna de fracaso o de cumplimiento parcial.

La expresión escatológica **el día de Jesucristo** no se refiere a lo que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento profetizan como el día final del Señor, el momento en que Dios juzgará al mundo pecador. Pablo describe el día del Señor en 1 Tesalonicenses:

> *Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón* (5:2-4; para más información sobre el día del Señor, véanse Is. 13:6-22; Jl. 1:15; 2:11; Hch. 2:20; 2 Ts. 1:10, "aquel día"; 2 P. 3:10, y *Apocalipsis 1-11*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2010], pp. 203-206).

Por otro lado, la expresión escatológica **el día de Jesucristo** también se refiere claramente al tiempo en el cual los creyentes serán glorificados, una vez que su salvación se complete y perfeccione (1 Co. 3:10-15; 2 Co. 5:10). Es el mismo "día de Cristo" que menciona Pablo varias veces en Filipenses, el día para el cual los cristianos deben prepararse con una vida sincera e irreprensible (1:10) y "asidos de la palabra de vida" (2:16). En su primera carta a la iglesia en Corinto, el apóstol se refirió a él como "el día de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 1:8), y en su segunda carta lo llamó "el día del Señor Jesús" (2 Co. 1:14). En cada caso, aparecen los nombres *Jesús* o *Cristo* (en lugar de *Señor*), y se refiere al tiempo en el cual los creyentes participarán plenamente de la justicia perfecta del Señor, cuando "Cristo sea formado en [ellos]" (Gá. 4:19), y "[ellos sean] manifestados con él en gloria" (Col. 3:4).

Los creyentes están predestinados "para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo" (Ro. 8:29), porque "así como [ellos han] traído la imagen del terrenal, [traerán] también la imagen del celestial… [y] en un momento, en un abrir y cerrar de ojos… [ellos serán] transformados… Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Co. 15:49, 52-53). Juan escribió: "Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). Pedro escribió: "Cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria" (1 P. 5:4). Aunque un creyente que viva en pecado sin arrepentirse puede ser entregado por un tiempo a Satanás como disciplina, "el espíritu [se salvará] en el día del Señor Jesús" (1 Co. 5:5). El día de Jesucristo es el tiempo de perfección y glorificación, el día de la manifestación gloriosa de los hijos de Dios (Ro. 8:18-19, 23).

Cuando Dios salva, salva por completo y para siempre. En términos solemnes de pacto, ser justificado es ser santificado y glorificado. No hay tal cosa como experimentar uno de estos aspectos de la salvación en ausencia de los otros dos. Cada uno es necesario y conforma la obra completa de salvación. Para Dios, empezar la salvación en la vida de alguien constituye la garantía irrevocable de que Él la terminará. Como William Hendriksen comentó: "Dios… no es

como los hombres. Los hombres experimentan, pero Dios ejecuta un plan. Dios nunca hace algo a medias" (*Philippians* [Filipenses], p. 55).

El Señor dijo de David: "Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad" (Sal. 89:33; cp. v. 20). Jesús le promete a cada creyente con toda solemnidad que "todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera… Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Jn. 6:37, 39). Más adelante Él reiteró esa promesa: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Jn. 10:27-28). Pablo declaró: "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39). El apóstol escribió a Timoteo que "el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Ti. 2:19; cp. Jn. 10:14). Pedro se gozó declarando:

> *Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P. 1:3-5; cp. Jud. 24).*

Es fácil para los creyentes desanimarse cuando se fijan en sus problemas e imperfecciones (y los de otros creyentes). Esos pecados no deben ser ignorados o desestimados, pero tampoco se debe permitir que ensombrezcan la maravillosa realidad de la perfección futura de la iglesia y de cada creyente en particular, como lo garantiza la Palabra de Dios con tanta insistencia y claridad. Recordar esa gloriosa verdad aleja la presión debilitante de la duda, y alienta el gozo triunfante, la gratitud, y la seguridad. De ese modo, el pueblo de Dios puede vivir de manera más abundante y fructífera.

El comentarista del siglo XIX F. B. Meyer escribió:

> Vamos al taller del artista y allí encontramos pinturas inacabadas en grandes lienzos que sugieren grandes diseños, pero que fueron abandonadas, ya sea porque el genio era incapaz de terminar la obra, o porque la parálisis sepultó la obra de su mano. En cambio, cuando ingresamos al gran taller de Dios nada encontramos que lleve la marca del afán o la incapacidad para acabarla, y estamos seguros de que la obra que en su gracia ha comenzado, el brazo de su fuerza la completará (*The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1952], p. 28).

Dios no tiene obras inacabadas. El Dios que salva es el mismo que justifica, santifica y glorifica. El Dios que empieza es el Dios que termina. Durante su encarnación, el Señor ofreció esta seguridad absoluta inequívoca, que es una fuente de gozo para todos los que en Él confían: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37).

## EL GOZO DEL AMOR

**como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo.** (1:7-8)

En estos versículos el gozo de Pablo alcanza un crescendo al presentar un quinto motivo de gozo: el amor. No existe un gozo mayor ni más jubiloso que el gozo derivado del amor profundo, genuino y constante hacia los demás.

Dikaios (**justo**) significa más que una simple conveniencia. Denota justicia moral y espiritual, no solo de lo que se espera sino de lo que se exige. Para Pablo, era **justo** ante los hombres y ante Dios **sentir esto** hacia los santos en Filipos.

**Sentir** traduce una forma de phroneō, cuyo significado fundamental es tener una actitud o disposición mental particular. Se refiere a un acto del intelecto y de la voluntad, y en algunas versiones se traduce "pensar". Pablo emplea este verbo en numerosas ocasiones en la epístola: dos veces en 2:2 ("sintiendo lo mismo", lit., "de un mismo sentir"); en 2:5 y 3:15 ("este sentir"); en 3:19 ("solo piensan") y 4:2 ("de un mismo sentir"); y dos veces en 4:10 ("cuidado", "estabais solícitos"). En Romanos, él usa una forma de phroneō tres veces para amonestar a los creyentes: "No tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno" (Ro. 12:3).

Es evidente que las personas aman con su mente. El amor es ante todo pensamiento. Sin embargo, en este pasaje Pablo extiende este concepto al emplear la palabra **corazón**, que encierra la idea de sentimiento. En las Escrituras, con

frecuencia, la mente y el corazón son sinónimos. Salomón advirtió: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). El corazón se usa para confiar y creer en Dios (Pr. 3:5; Jer. 29:13; Lc. 24:25; Hch. 8:37), para servirle, obedecerle y seguirle (Dt. 11:13; 26:16; 1 R. 2:4), y para adorarlo y alabarlo (He. 10:22). También es un depositario para la Palabra de Dios (Sal. 119:11). A los creyentes se les ordena tener un corazón limpio (Sal. 51:10), puro (Mt. 5:8), obediente (Sal. 119:36), adorador (Sal. 57:7), perdonador (Mt. 18:35), y amoroso (Mt. 22:37; 2 Ts. 3:5).

Pablo manifestó su amor incluso hacia los creyentes de Corinto, que eran inmaduros, egoístas y mundanos. “No lo digo para condenaros”, les dijo en su segunda carta, “pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir y para vivir juntamente” (2 Co. 7:3). El amor que Pablo tenía por sus hermanos creyentes, aun por los que le causaban sufrimiento o desilusión, le traía mucho gozo.

Para el apóstol, no era difícil estimar a los amados creyentes filipenses y tenerlos en su **corazón**. Por lo mucho que significaban para él, le resultaba imposible pensar de ellos de otra manera. Así pues, él les recuerda: **en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia**. Tanto apologia (**defensa**) como bebaiōsis (**confirmación**) son términos legales. Apologia, que dio origen a las palabras “apología” y “apologética”, alude a una defensa verbal. Bebaiōsis se refiere a la confirmación positiva de la verdad del evangelio. En este pasaje, estas palabras señalan la primera etapa de **prisiones** del apóstol y el juicio en Roma en el que defendió **el evangelio**, o quizás en un sentido más amplio, a su defensa de la fe a lo largo de su ministerio. En cualquier caso, Pablo afirmó que la iglesia filipense lo acompañó de manera desinteresada y sacrificada para animarlo, ayudarle a mitigar su sufrimiento, y suplir sus necesidades de todas las formas posibles. Eran sus compañeros espirituales, **participantes de la gracia con** él, en el sentido más completo.

Pablo invoca a **Dios** como su **testigo** para dar fe de su anhelo sincero por los filipenses **con el entrañable amor de Jesucristo**. Él quería que no tuvieran reservas acerca de su amor pleno y genuino. **Amor** traduce splagchnon, que en sentido literal se refiere a los órganos internos, en especial los intestinos. Se emplea en sentido físico solo en una ocasión en el Nuevo Testamento, en el caso del suicidio de Judas (Hch. 1:18). En todos los demás se emplea en sentido figurado para describir el amor compasivo y abnegado. En la profecía de Zacarías, se traduce “entrañable misericordia” (Lc. 1:78), al igual que en Colosenses 3:12. En 2 Corintios 6:12, Filemón 7, 20, y 1 Juan 3:17, se traduce “corazón”. En 2 Corintios 7:15 se traduce “cariño” y en Filipenses 2:1 “afecto entrañable”. La palabra equivalente en hebreo se emplea de forma similar, para describir sentimientos de simpatía (Is. 16:11; 63:15; Jer. 31:20), de profunda angustia o desesperación (Lm. 1:20; 2:11), y de amor conyugal (Cnt. 5:4).

**Todos** los creyentes de Filipos, sin excepción, eran depositarios del gran **amor** de Pablo, uno tan profundo y penetrante hasta el punto de reflejar el de **Jesucristo** mismo. Además, aumentaba y se enriquecía gracias al ciudado compasivo y afectuoso que tocaba lo íntimo de su corazón. Era, de hecho, un **amor** sobrenatural, infundido por el Señor tanto en el corazón del apóstol como en el de ellos. Era nada menos que “el amor de Dios [que] ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Ro. 5:5). Pablo escribió acerca de este amor dado por Dios a los tesalonicenses: “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros” (1 Ts. 4:9).

¿Qué priva a los creyentes del gozo bíblico? Primero, y antes que nada, la salvación falsa. En las iglesias han existido siempre personas cuya fe no es auténtica (cp. Mt. 13:24-30, 36-43; Stg. 2:14-26). Debido a que en ellos no mora el Espíritu Santo, estos falsos creyentes no pueden tener el gozo bíblico (Gá. 5:22). Pueden asistir a las iglesias donde se enseña la Palabra de Dios, y tener comunión con creyentes verdaderos. Sin embargo, al no conocer al Señor, son incapaces de experimentar su gozo. Por desdicha, si ríen es “la risa del necio… [que] es vanidad” (Ec. 7:6). Por eso Pablo pronuncia la solemne advertencia: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co. 13:5).

Un segundo factor que frena el gozo es la obra de Satanás y sus demonios. Pedro exhortó: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). El diablo trata de engañar a los creyentes de muchas formas, entre ellas falsos maestros. Aunque no puede robarles la salvación, sí puede quitarles el gozo, y eso sucede con frecuencia (por causa del pecado; cp. Sal. 51:12).

Un tercer factor que despoja a los creyentes del gozo es la comprensión equivocada de la soberanía de Dios. El hecho de inquietarse y preocuparse por sus circunstancias y temer el futuro equivale en un creyente a dudar de la soberanía de Dios, así como de su poder y amor. Dios ha prometido que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Ro. 8:28). El Señor Jesucristo encarnado prometió: “Y yo les doy vida eterna [a mis ovejas]; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:28-29). En el sermón del monte, Jesús les mandó a los creyentes no afanarse por nada (Mt. 6:25-34; cp. Fil. 4:6). Y en la promesa tal vez más amada y guardada, Él dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo

estoy, vosotros también estéis" (Jn. 14:1-3). Para los creyentes, la soberanía de Dios es la realidad que todo lo abarca y a todo se extiende, y que por ende mantiene todo en la perspectiva correcta. Gracias a la soberanía divina, los creyentes pueden decir confiados: "Echa sobre Jehová tu carga, y Él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo" (Sal. 55:22).

Cuando esta realidad se olvida o desconoce, se pierde el gozo. Por ejemplo, cuando el profeta Habacuc olvidó esta gran verdad, clamó en desesperación:

> *¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia (Hab. 1:2-4).*

No obstante, al acercarse al final de su mensaje, su perspectiva cambió de manera decisiva. Al ejercitar sus sentidos espirituales, declaró: "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación" (Hab. 3:17-18).

Un cuarto elemento negativo que roba el gozo es la falta de oración. Los creyentes que no oran pierden de vista la soberanía de Dios y su amor y cuidado para con nosotros. Esos creyentes pierden la esperanza, como le sucedió a Habacuc por un tiempo, o buscan ayuda en otras fuentes. En ocasiones resulta apropiado acudir a los líderes de la iglesia para obtener ayuda (Stg. 5:14-16). Sin embargo, eso no puede sustituir las oraciones del creyente, como lo explica Pablo más adelante en su carta: "Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (4:6).

Una quinta causa de la falta de gozo son los altibajos emocionales en la vida espiritual. Elías venció y ejecutó a todos los profetas paganos de Baal (1 R. 18:38-40) en el Monte Carmelo. Sin embargo, cuando la reina Jezabel lo amenazó de muerte, Elías "viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morirse, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres" (1 R. 19:3-4). Si bien los altibajos de los creyentes no llegan a ser tan extremos o dramáticos, la mayoría han tenido experiencias similares de éxito y fracaso espiritual. Esos momentos son inesperados e intimidatorios, y pueden robarles el gozo a los creyentes desprevenidos.

Un sexto motivo que lleva a los creyentes a perder su gozo es centrarse en las circunstancias. Pese a las abundantes bendiciones que todos los creyentes tienen en el Señor, muchos llegan a sentirse insatisfechos con sus circunstancias. Se sienten descontentos con sus capacidades físicas o mentales, su apariencia, las oportunidades que se presentan en su vida, o con infinidad de cosas que no tienen, pero que creen merecer. Jesús prometió: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Jn. 14:27). Pablo siempre tuvo presente esa promesa y, como resultado, su actitud hacia las cosas terrenales y pasajeras no admitía duda: "No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad" (4:11-12).

Un séptimo elemento negativo que roba el gozo a los creyentes es la ingratitud. Pocas actitudes son más repulsivas que la ingratitud. Pablo mandó que las oraciones y ruegos a Dios se hicieran con acción de gracias (4:6). En 1 Tesalonicenses él exhortó: "Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (1 Ts. 5:18). Los pecadores rebeldes han sido enjuiciados y sentenciados al juicio divino por causa de su ingratitud (Ro. 1:18-21).

Una octava causa de la falta de gozo es el olvido. Olvidar al Señor no es una señal de ingenuidad sino de infidelidad y pecado. David le recordó a los creyentes, y a sí mismo: "Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios" (Sal. 103:2). La falta de armonía espiritual que causa divisiones en la iglesia no proviene de los nuevos convertidos, sino de quienes han perdido su primer amor. El Señor les hizo esta advertencia a los creyenes en Éfeso, que eran ortodoxos, trabajadores y perseverantes: "Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido" (Ap. 2:4-5).

Un noveno factor de la pérdida del gozo es vivir con sentimientos descontrolados, según la carne y no por el Espíritu. En su libro *La depresión espiritual: Sus causas y su cura*, el Dr. Martyn Lloyd-Jones escribe:

> Sugiero que la principal perturbación en todo este asunto de la depresión espiritual es esta: Que le permitimos al

> yo hablarnos en vez de nosotros hablarle al yo… ¿se ha dado cuenta de que gran parte de su infelicidad en la vida se debe al hecho de que se escucha a sí mismo en vez de hablarse a sí mismo?… La mayor disciplina en los asuntos de la vida espiritual es saber cómo manejar su propio yo" (Grand Rapids: Libros Desafío, 1998, pp. 20-21 del original en inglés).

Sin embargo, una conversación apropiada consigo mismo no admite egocentrismo y autoanálisis malsano, dos de las peores plagas de gran parte de la psicología moderna. Contrario a lo que el mundo tanto predica, el egocentrismo es la fuente más segura de insatisfacción y desdicha. Una sana conversación consigo mismo tampoco incluye cierta "confesión positiva" que presuntamente crea una realidad. Eso es necio. El asunto es hablarse a sí mismo acerca de Dios, de su Palabra y de su voluntad.

Una décima y última razón para la falta de gozo es la incapacidad de aceptar el perdón. A simple vista, esa actitud parece humildad, pero está lejos de serlo. De hecho, es un insulto al carácter justo de Dios y a la clara enseñanza de su Palabra. Nuestro Señor dijo con sencillez: "Porque si [los creyentes perdonan] a los hombres sus ofensas, [los] perdonará también a [ellos] [su] Padre celestial; mas si no [perdonan] a los hombres sus ofensas, tampoco [su] Padre perdonará [sus] ofensas" (Mt. 6:14-15). David declaró: "Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros sus rebeliones" (Sal. 103:12), y Juan escribió que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:9; cp. 2:12). Esa sola verdad fundamental es razón suficiente para que el creyente jamás pierda su gozo.

De algún modo y desde otra óptica, las Escrituras también enseñan la asombrosa y humillante verdad de que los creyentes fieles y obedientes no solo reciben gozo *de* Dios, sino que también pueden regocijar *a* Dios. El hecho de que nuestro Dios santo, infinito y todopoderoso se regocije en sus hijos excede nuestra comprensión, pero su Palabra lo enseña.

Dios se regocija cuando un creyente se arrepiente y abandona su pecado para volver a Él. Jesús dijo: "Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento" (Lc. 15:7; cp. v. 10). "Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios" (He. 11:5).

Dios se goza en la oración y la adoración de sus hijos, y en su conducta recta. "El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová; mas la oración de los rectos es su gozo… Abominación son a Jehová los perversos de corazón, mas los perfectos de camino le son agradables" (Pr. 15:8; 11:20). Ante "toda la asamblea" de Israel, David confesó: "Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada; por eso yo con rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto, y ahora he visto con alegría que tu pueblo, reunido aquí ahora, ha dado para ti espontáneamente" (1 Cr. 29:1, 17). A pesar de sus muchos pecados y fallas, como el corazón de David era recto, agradaba al Señor. De hecho, Dios lo llamó "un varón conforme a su corazón" (1 S. 13:14). En la parábola de los talentos, Cristo prometió que quienes viven para Él hasta el final, un día participarán de su propio gozo divino: "Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor" (Mt. 25:21; cp. v. 23).

Todo esto conduce a la ineludible conclusión de que la comunión del pueblo de Dios debe ser una comunión de gozo. El gozo de los incrédulos debe venir de fuera, mientras que el gozo del cristiano viene del interior. A pesar del inevitable sufrimiento que hay en esta vida, y de sus penas y desencantos, los creyentes pueden estar siempre gozosos. El gozo bíblico no se basa en las circunstancias, porque es el don del Espíritu Santo (Gá. 5:22).

# 3. Elementos esenciales para crecer en piedad

**Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprensibles para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.** (1:9-11)

La pasión de Pablo por el crecimiento espiritual de los creyentes que estaban bajo su cuidado no solo se manifestaba en su predicación, su enseñanza y sus cartas, sino ante todo en su vida de oración. En Efesios les dijo a sus lectores:

> *no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos (Ef. 1:16-18).*

Luego, en esa carta, agregó:

> *Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef. 3:14-19).*

Su anhelo profundo y su oración por los colosenses era que anduvieran “como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1:10). Él confirmó su amor por los tesalonicenses con esta declaración: “Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones” (1 Ts. 1:2). También tuvo presente a algunas personas en particular, como a Timoteo, a quien dijo: “Sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día” (2 Ti. 1:3), y a Filemón: “Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones… para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús” (Flm. 4, 6).

En este pasaje, después de saludar a los filipenses (1:1-2) y de mencionar su oración por ellos (1:3-8), Pablo revela el contenido específico de esas oraciones. Como en todas sus plegarias escritas, el apóstol no oró por las necesidades físicas ni por el crecimiento de la iglesia. Esto no significa que estas peticiones le parecieran irrelevantes, sino que los asuntos espirituales eran de suma importancia. Él realizó milagros de sanidad física (Hch. 14:8-10; 19:11-12; 20:9-12) y le dio esta instrucción a Timoteo: “Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades” (1 Ti. 5:23). Sin embargo, el centro de sus oraciones era el bienestar espiritual de otros.

No existe un indicador más exacto del nivel de madurez espiritual de un cristiano que su vida de oración. La vida de oración de Pablo revela más acerca de su verdadera espiritualidad que toda su predicación, enseñanza y milagros, por maravillosos y santos que fueran. Él se sentía constreñido a orar por la obra poderosa y continua del Espíritu de Dios en su corazón.

Es indiscutible que la oración es un deber espiritual de los cristianos. Jesús enseñó “sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lc. 18:1). Pablo exhortó a los creyentes a ser “constantes en la oración” (Ro. 12:12) y les dijo: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil. 4:6). Pedro les ordenó a los creyentes a ser “sobrios, y [velar] en oración” (1 P. 4:7).

Sin embargo, la oración es mucho más que un deber. Es un apremio para el cristiano maduro espiritualmente. La oración ferviente no nace de un simple sentido del deber, sino de un anhelo interno profundo. No surge de la exigencia externa sino de la pasión interna. Las más hondas aspiraciones de un corazón lleno del Espíritu por la honra a Dios y la bendición de los hombres, encuentran su expresión natural en la oración.

El nivel de madurez espiritual de una persona no es su conformación externa al mandato de la oración. El punto es

cuán constreñido se siente a orar por su gran amor a Dios y al prójimo. Los verdaderos anhelos del corazón se reflejarán en la oración. Un corazón egoísta y superficial centrado ante todo en problemas, luchas e intereses personales, producirá oraciones egoístas y superficiales. Un corazón centrado en la gloria del Señor y en su pueblo, redundará en oraciones enfocadas en la gloria de Dios y las necesidades del prójimo. Un firme sentido del deber no puede compensar un corazón indiferente ni producir oraciones fervientes. En los primeros años de la iglesia, los apóstoles fijaron con su instrucción la norma de elegir hombres encargados de las necesidades prácticas de la iglesia. Los apóstoles debían persistir "en la oración y en el ministerio de la palabra" (Hch. 6:4).

Pablo estaba tan consagrado al Señor y a las almas, que el Espíritu Santo podía infundir en su corazón con facilidad la pasión para orar. Él oraba sin cesar, no por un sentido legalista del deber, sino por su amor inmenso y genuino por el Señor y por las personas, en especial por el pueblo de Dios. Él oraba por los incrédulos, entre ellos los gobernantes paganos y tiránicos bajo los cuales él y otros cristianos padecían tal injusticia y aflicción, y ordenó que todos los creyentes hicieran lo mismo (1 Ti. 2:1-2; cp. Ro. 13:1-7; 1 P. 2:13-17). Oraba con especial fervor por sus hermanos judíos que no eran salvos, para quienes "el anhelo de [su] corazón, y [su] oración a Dios por Israel, es para salvación" (Ro. 10:1). Ese anhelo brotaba de tal "tristeza y continuo dolor en [su] corazón" que deseaba él mismo "ser anatema, separado de Cristo, por amor a [sus] hermanos, los que son mis parientes según la carne" (Ro. 9:2-3).

Sin embargo, Pablo oraba ante todo por la iglesia, por sus parientes espirituales en Cristo (Ro. 1:9; 2 Ti. 1:3). Exhortó a otros creyentes a orar con intensidad, así como él mismo hacía "súplica por todos los santos" (Ef. 6:18; cp. Col. 1:3; 1 Ts. 5:17). Les recordó a los tesalonicenses: "Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo" (2 Ts. 1:11-12).

Este pasaje revela cinco peticiones específicas de Pablo por los filipenses que motivaban su oración diligente: Su progreso espiritual en amor, en excelencia, en integridad, en buenas obras, y en glorificar a Dios. Estos son elementos espirituales esenciales ordenados por Dios, que todos los cristianos deben pedir unos por otros. Debido al pecado que mora en ellos y a su fragilidad, los creyentes no pueden llevar a cabo a la perfección tales objetivos espirituales. Sin embargo, deben ser la meta constante de todo hijo de Dios, especialmente de aquellos que Él ha llamado al servicio en su iglesia. El apóstol mismo confesó más adelante en su carta: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (3:12).

Al igual que en muchos otros pasajes (cp. Ro. 5:3-4; 2 P. 1:5-7), la lista que menciona Pablo en Filipenses 1:9-11 se presenta como una secuencia, en la que cada elemento se edifica sobre el fundamento del anterior. El amor abundante produce excelencia espiritual, que a su vez produce integridad personal, la cual produce buenas obras verdaderas. Juntos alcanzan el objetivo supremo de la alabanza y la gloria de Dios.

## AMOR

**Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento,** (1:9)

Cualquiera que conoce al menos un poco el Nuevo Testamento sabe que el amor (de Dios por los hombres, de los hombres por Dios, y de los hombres entre sí), es el eje del cristianismo bíblico. El Dios de las Escrituras no solo ama sino que es amor (1 Jn. 4:8, 16). "El amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios… y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él" (1 Jn. 4:7, 16). Dios ama tanto a la humanidad caída que "ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16). El amor es un atributo absoluto y predominante de la naturaleza esencial de Dios, y una realidad cardinal del evangelio de Jesucristo.

Nadie comprendió mejor la importancia del amor que el apóstol Pablo. Puesto que él amaba a los creyentes filipenses, oraba sin cesar por ellos. Al igual que con todos los que estaban bajo su cuidado, el interés constante del apóstol por estos santos se encaminaba al crecimiento espiritual de ellos, para lo cual era indispensable crecer en amor. Él expresa la misma preocupación por el crecimiento de los gálatas: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gá. 4:19). La responsabilidad de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros es:

> *perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo… siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Ef. 4:12-13, 15).*

La palabra griega agapē (**amor**) se usa de manera tan particular en el Nuevo Testamento que la literatura griega antigua, inclusive la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento), arroja poca luz sobre su significado neotestamentario. Sin embargo, en ambos Testamentos, el **amor** es la virtud suprema. De hecho, es el prerrequisito para todas las demás. Cuando un fariseo le preguntó a Jesús: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?", Él contestó citando Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mt. 22:36-40).

Pablo habla también del amor en la parte introductoria de varias cartas. Al escribirles a las iglesias en Éfeso, Colosas, y Tesalónica, les encarga a los creyentes amarse y amar a los hermanos en todas partes (Ef. 1:15; Col. 1:4; 1 Ts. 1:3; 2 Ts. 1:3). Más adelante, en Colosenses, él se refiere al amor como "el vínculo perfecto" (3:14). En 1 Corintios, exalta el amor por encima de la esperanza e incluso de la fe (1 Co. 13:13). Unos versículos antes declara que en realidad el amor abarca las otras dos, porque el amor "todo lo cree [y] todo lo espera" (v. 7). De hecho, sin el amor genuino que viene de Dios, cualquier otra virtud y actividad, por bíblica y sincera que parezca, no significa nada (vv. 1-3).

En este versículo, Pablo menciona o sugiere al menos cinco características distintas pero interrelacionadas del **amor** cristiano agapē. Este amor es divino, práctico, decidido, dinámico, y conocedor.

Primero, como sugiere la afirmación **Y esto pido en oración**, el **amor** sobre el cual Pablo escribió es divino en su naturaleza y origen. Pablo le pidió a Dios que les diera a los filipenses más del amor que solo viene de Él. Estaba en completo acuerdo con su compañero, el apóstol Juan, quien afirmó: "El amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor… En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados… Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:7-8, 10, 19).

Solo la obra del Espíritu Santo en el corazón de quienes pertenecen a Él puede producir el **amor** divino. "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Ro. 5:5). Este es el principal fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). Dios mismo les enseña a los creyentes a amar. Pablo explicó: "Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más" (1 Ts. 4:9-10).

Al igual que el amor general de Dios por la humanidad (Jn. 3:16-17) y su amor particular por los creyentes (Jn. 17:23; 1 Jn. 4:16), el **amor** bíblico es una elección. Se basa únicamente en la intención del que ama, no en mérito alguno del que lo recibe. Por supuesto, la única excepción es el **amor** del creyente por Dios, quien de manera única y suprema es digno de recibirlo.

Para ilustrar el **amor** bíblico en el sermón del monte Jesús declaró:

> *Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? (Mt. 5:43-46).*

Por consiguiente, queda claro que el **amor** agapē no se basa en sentimientos o emociones, y mucho menos en la atracción física. Eso no significa que el amor cristiano carezca de sentimientos. Es inevitable que el amor de los creyentes entre sí, y aun hacia quienes no aman a cambio, produzca apego sentimental (cp. Ro. 9:1-4; 10:1). El amor de Pablo por los hermanos, como el caso de los filipenses que lo amaban y se interesaban tanto por él, era profundamente emocional. Sin embargo, la atracción emocional no era el fundamento de su amor por ellos. A nivel volitivo, también amaba a los creyentes corintios, los cuales eran ingratos, conflictivos e inmaduros.

Segundo, podría decirse que ese **amor** era práctico. Los filipenses ya demostraban su amor entre ellos y hacia Pablo. Por eso, el apóstol podía decir que anhelaba que ese **amor abunde aun más y más**. Las Escrituras revelan que todos los cristianos verdaderos poseen el amor de Dios, porque el Espíritu Santo lo pone en sus corazones (cp. Ro. 5:5; Gá. 5:22; 1 Ts. 4:9-10; 1 Jn. 4:7-8).

El amor entre cristianos es una señal inequívoca de la fe que salva. Jesús dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:35). Para ampliar esa verdad, Juan escribió más adelante: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte… Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1 Jn. 3:14; 4:20).

Tercero, el **amor** auténtico es una decisión. Como se mencionó antes, es un amor que no se basa en los sentimientos, sino que es más bien una elección consciente e intencional de mostrar amabilidad y generosidad. En obediencia al mandato del Señor, los creyentes deciden manifestar el amor que les fue dado. Lo hacen sin importar cuán difícil resulte amar a alguien ni cómo respondan a ello. Los creyentes aman a otros con prodigalidad porque así ama Dios, y porque así les ordena Él amar. Al obedecer el mandato del Señor: "Que os améis unos a otros; como yo os he amado" (Jn. 13:34), los creyentes llegan a ser "imitadores de Dios como hijos amados" (Ef. 5:1).

Jesús dio ese mandato en el Aposento Alto, poco después de lavar los pies de los discípulos, una tarea servil y desagradable que por regla general solo desempeñaban los sirvientes. El Señor explicó además:

> *Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió (Jn. 13:13-16).*

Jesús también ilustró este **amor** voluntario, decidido y abnegado en la parábola del buen samaritano (Lc. 10:30-35). El samaritano ayudó al extraño que había sido golpeado y asaltado porque el hombre requería ayuda, no por su propia satisfacción, deleite o presunción. Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es hacer todo lo que esté a nuestro alcance por suplir sus necesidades de la misma forma y medida que desearíamos que las nuestras lo fueran bajo circunstancias similares. Se trata de poner en práctica la regla de oro: "Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas" (Mt. 7:12).

De nuevo, Jesús es el ejemplo supremo de amor sacrificado. En Juan 15:12-13, Él declaró: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". Pablo escribió: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Ef. 5:1-2). A los esposos se les ordena de manera específica "[amar] a [sus] mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (v. 25).

Más adelante, en Filipenses, Pablo ofrece la que tal vez sea la más excelente sinopsis del amor que viene de Dios:

> *Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (2:1-8).*

La iglesia de hoy, tan influenciada por el mundo con su idea trastornada del amor, precisa mucho de esa clase de amor humilde, intencional y entregado. A las personas les importa poco el amor caritativo y desinteresado (ni hablar del amor divino). La idea que tiene el mundo del amor gira en torno al interés propio, aun si se trata de apoyar una causa a favor de otros. Por desgracia, incluso en la iglesia, a las personas se les pide dar para la obra del Señor porque así pueden sentirse mejor consigo mismas.

Cuarto, el **amor** de Dios es dinámico. Tiene la capacidad de **abundar**. El **amor** no es un simple sentimiento o emoción, y a medida que crece encuentra siempre mayores posibilidades de expresión a través de un carácter justo y un servicio humilde. **Abundar** viene de perisseuō, que encierra el concepto de rebosar profusamente. En este versículo el tiempo presente indica un progreso continuo. El amor debe crecer y **abundar** en toda la vida del creyente. Jesús empleó el verbo en la parábola del sembrador, y explicó: "Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado" (Mt. 13:11-12).

Debido a su naturaleza divina, este amor dinámico alienta el cumplimiento de la ley establecida por Dios. Jesús declaró que cumplir los dos mandamientos principales de amar a Dios y a los hombres constituye la base de toda la ley y los profetas (Mt. 22:37-40). En términos similares, Pablo dijo: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor" (Ro. 13:8-10).

La segunda ley de la termodinámica establece que toda la materia y la energía del universo se encuentran en un estado permanente de entropía, un proceso de continua degeneración y deterioro. Esa ley de la física tiene su equivalente en la vida cristiana. Existe un principio destructivo y latente de entropía espiritual, que presiona al pueblo de Dios para que resbale. Con el fin de evitarlo, el creyente debe estudiar y obedecer la Palabra de Dios con diligencia, buscarlo en oración, y confiar en su constante gracia y poder para crecer y **abundar** en amor.

Pablo describió su propia lucha contra este principio latente en Romanos 7:21-25:

> *Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.*

En Efesios él denominó esta inclinación permanente a pecar, el "viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos" (Ef. 4:22; cp. Col. 3:9). Por eso el apóstol le recordó a la iglesia en Corinto que solo Dios es poderoso "para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra" (2 Co. 9:8). También oró así a favor de los tesalonicenses, para que "el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros" (1 Ts. 3:12; cp. 1 Jn. 3:11).

La dinámica del amor divino también abunda **en ciencia**, a saber, el conocimiento verdadero e infalible expresado en la Palabra de Dios. Cualquier amor que no se basa ni crece en la verdad y las normas de las Escrituras, no llega a ser el auténtico amor bíblico. La **ciencia** verdadera es mucho más que la simple información acerca de la Palabra de Dios, o incluso el hecho de reconocerla como verdadera e infalible. La verdadera **ciencia** produce santidad mediante la devoción sincera y la obediencia a las Escrituras, que son infalibles. Puesto que los fieles creyentes en Roma llevaban una vida justa, Pablo podía decirles: "Pero estoy seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis amonestaros los unos a los otros" (Ro. 15:14). La virtud está ligada y es inseparable del conocimiento real de la verdad de Dios. "Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad" (Ef. 5:9). Asimismo, Pedro declara: "Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro" (1 P. 1:22). "Entrañablemente" viene de ektenōs, que encierra la idea de extender, ejercitar al máximo, o alcanzar el límite, y en sentido figurado habla de gran sinceridad, seriedad y fervor. La obediencia a la Palabra de Dios, la única fuente de la verdadera **ciencia**, purifica el alma y posibilita amar al extremo.

El amor bíblico significa obediencia a la Palabra. "Si me amáis", dijo Jesús, "guardad mis mandamientos… El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama… El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él… Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Jn. 14:15, 21, 23; 15:10; cp. 1 Jn. 3:24).

Ningún impulso o sentimiento que lleva a alguien a desobedecer las Escrituras puede recibir la aprobación o la bendición de Dios. Un "amor" semejante no refleja el amor de Dios, y es además su antítesis y enemigo. Por ejemplo, quienes intentan justificar una relación inmoral diciendo que el Señor los guió para enamorarse de la otra persona, niegan la Palabra de Dios. Las Escrituras condenan claramente toda inmoralidad sexual sin excepción, incluso la atracción romántica.

Quinto, el **amor** divino es conocedor. No solo abunda en la vida de quien posee la ciencia verdadera y exacta de la Palabra de Dios, sino que lo hace **en todo conocimiento**. Aisthēsis (**conocimiento**) dio origen a la palabra "estético". Sin embargo, el significado de aisthēsis es casi contrario a "estético", que tiene que ver por lo general con preferencias y gustos personales. Pablo llama a los creyentes a abandorar sus gustos y preferencias personales para enfocarse más bien en alcanzar un mayor discernimiento y comprensión. Aisthēsis solo aparece aquí en el Nuevo Testamento, y se refiere a un elevado nivel de comprensión bíblica, teológica, moral, y espiritual. También significa la correcta aplicación de ese conocimiento. En otras palabras, el **conocimiento** es comprender y apreciar la verdadera **ciencia** de Dios que produce una vida santa. El amor bíblico está lejos de ser ciego, como suele concebirlo el mundo. Antes bien, es sabio y sensato. Entiende "la mente de Cristo" (1 Co. 2:16), tiene conocimiento, y realiza juicios que conducen a una vida santa. Es un amor que puede conocerse y entenderse por medio de las Escrituras, y que funciona controlado por una mente y un corazón sometidos al Espíritu. Es la clase de amor que puede traducir a la práctica la exhortación de Pablo a los tesalonicenses: "Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal" (1 Ts. 5:21-22).

## EXCELENCIA

**para que aprobéis lo mejor,** (1:10*a*)

Después de establecer la prioridad del amor en el versículo 9, Pablo continúa su presentación de los elementos esenciales del crecimiento espiritual con el segundo elemento: la excelencia. La frase **para que** señala que el primer elemento es la base del segundo. La progresión va del amor, que incluye el conocimiento de la verdad de Dios y el discernimiento espiritual, a la excelencia, es decir, a pensar y vivir de manera bíblica. Si un creyente obra inspirado y controlado por el amor de Dios, habrá en consecuencia un deseo de vivir según su voluntad de la manera más fiel y plena posible. Ese anhelo se basa en parte en un sentido del deber. Las Escrituras mandan a los creyentes a ser "perfectos, como [su] Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48). En consecuencia, los creyentes nuncan pueden cumplir totalmente su deber hacia Dios o hacia el prójimo. Después de contar una historia acerca de un esclavo que obedecía a su amo terrenal, Jesús concluyó con estas palabras: "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos'" (Lc. 17:10). Según las palabras de Jesús, si es imposible excederse en el deber a un amo terrenal, ¿cuánto menos el creyente en sus deberes para con Dios?

Sin embargo, amar de manera profunda y genuina a Dios, y más aún, conocer y experimentar su amor hacia ellos, eleva la motivación de los creyentes para obedecerle más allá del simple cumplimiento de un deber. La obediencia motivada por el amor a Dios no solo llega a ser el objetivo supremo de los creyentes, sino su mayor satisfacción y deleite.

**Aprobéis** viene de dokimazō, un verbo empleado con frecuencia en el Nuevo Testamento que se traduce "admitir, examinar, probar", e incluso "discernir". En el griego clásico se empleaba para referirse a la tarea de ensayar metales para determinar su pureza, así como probar la autenticidad del metal con que fabricaban las monedas. En Lucas 12:56 la palabra se traduce "distinguir" y se emplea en relación con la predicción del clima: "¡Hipócritas!", le dijo Jesús a una multitud que había venido a escucharlo. "Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?". Poco después contó una parábola del reino mientras cenaba con un grupo de líderes fariseos, acerca de un hombre que declinó la invitación a cenar de un hombre rico con esta excusa: "He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos" (Lc. 14:19). **Aprobar** significa mucho más que un simple acuerdo o reconocimiento de que algo es recto o verdadero. La petición de Pablo a los creyentes es a estudiar, investigar, y determinar la mejor manera posible de obedecer y agradar al Señor, y vivir como corresponde.

Como se acaba de señalar, dokimazō (**aprobar**) puede significar "discernir", lo cual refuerza el llamado al discernimiento al final del versículo 9. Resulta útil citar la Nueva Versión Internacional en este caso: "Para que disciernan lo que es mejor". **Aprobar lo mejor** es valorar, determinar e identificar con atención lo excelente, lo más importante, lo más vital. Tiene mucho que ver con la amonestación posterior de Pablo: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad" (4:8). **Lo mejor** se refiere a todas las verdades, actitudes, pensamientos, palabras y hechos que expresan la voluntad de Dios para el creyente. Son los elementos de la vida y la mente santificada y santa.

Pablo no se refiere a distinguir entre el bien y el mal, que tan solo requiere un conocimiento básico de la Palabra de Dios. Aun el diablo y sus demonios conocen lo que es bueno y malo, correcto e incorrecto, verdadero y falso. Por ejemplo, saben muy bien que solo hay un Dios (Stg. 2:19), y al comienzo del ministerio de Jesús, sabían (e incluso confesaban) que Él era el Hijo de Dios (Lc. 4:41; cp. vv. 3, 9). La idea aquí es más bien el anhelo y la capacidad de descubrir adecuadamente **lo mejor**, a fin de que los creyentes puedan llevar vidas que alcancen el máximo nivel de devoción y obediencia. Dicha habilidad establece una distinción entre el creyente totalmente consagrado y el que lo es en menor grado, el maduro del inmaduro, el fuerte en la fe del débil, y el siervo eficaz del Señor del que no lo es. Los cristianos que viven en el nivel más elevado de devoción a Dios y a su voluntad son constantes. No se dejan distraer ni enredar en los innumerables afanes que de tantas formas se atraviesan en su camino.

Por desdicha, muchos cristianos se dejan llevar fácilmente de un lado a otro, y brincan de un compromiso o interés a otro. Andan errantes, reaccionan ante cualquier circunstancia que se les atraviesa o idea que viene a su mente. En consecuencia, como niños pequeños, son "fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error" (Ef. 4:14). Aun cuando alcanzan logros que son buenos y correctos a la luz de la Biblia, su falta de discernimiento y persistencia les impide realizar una obra eficaz. Peor aún, su inmadurez les impide buscar y hallar lo que es más valioso, esencial y necesario para el reino, todo **lo mejor**. La historia de la iglesia, desde los días de Pablo hasta hoy, demuestra que los cristianos con discernimiento han sido pocos. Incluso los fieles y amorosos filipenses requerían constante aliento para alcanzar los mejores objetivos espirituales. Y aun quienes se consagran a la búsqueda de la excelencia enfrentan el constante peligro de perderla si permiten que su pasión por el Señor se enfríe, como le sucedió a la iglesia en Éfeso (Ap. 2:4).

Aprobar **lo mejor** involucra la mente, y se construye "en ciencia y en todo conocimiento" (v. 9), los cuales se

producen en la mente a través de la adquisición diligente de las verdades de las Escrituras. Cuando Pablo escribió: "Nosotros tenemos la mente de Cristo" (1 Co. 2:16), se refería a la revelación divina, a las Escrituras, donde la mente de Cristo se revela. Los creyentes poseen la Biblia, pero en su mayoría desconocen los tesoros de Dios, y no piensan con la mente de Cristo, que significa tener en todo momento la perspectiva divina.

El cristiano que discierne no puede ser víctima de sus emociones e impulsos personales si ha de aspirar y alcanzar la excelencia espiritual. Pablo amonestó a los creyentes en Roma: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Ro. 12:2). El llamado de Pablo a renovar la mente deja ver que crecer en la gracia es un proceso continuo. Ya que Pablo había alcanzado tal excelencia, bien hacía en ponerse como ejemplo: "Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros" (Fil. 4:9).

Pablo les recordó a los colosenses: "A quien anunciamos [Cristo], amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre" (Col. 1:28). Él exhortó a los efesios a "[andar] como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor" (Ef. 5:8-10), y a los de Tesalónica dijo: "Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Ts. 5:21). Juan tenía en mente el mismo objetivo cuando escribió: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios" (1 Jn. 4:1-2). Con la misma finalidad, Pedro exhortó a los creyentes: "Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 P. 3:18). El Señor elogió a la iglesia en Éfeso porque "a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son… los [halló] mentirosos" (Ap. 2:2).

Cuando Juan Wesley se fue a Oxford, su piadosa madre, Susana, escribió sabiamente en una de sus cartas para él: "Cualquier cosa que debilite tu razón, menoscabe la delicadeza de tu conciencia, opaque tu sensibilidad a Dios, o quite el deleite por lo espiritual, o cualquier cosa que eleve la supremacía del cuerpo sobre tu mente, es pecado".

El carácter cristiano en su grado más alto se origina en el amor siempre creciente que Dios infunde. Ambos conducen, y son dirigidos por una abundante comprensión y fiel obediencia a la verdad divina revelada en las Escrituras.

## INTEGRIDAD

**a fin de que seáis sinceros e irreprensibles para el día de Cristo,** (1:10*b*)

Un tercer elemento esencial para crecer en piedad es la integridad personal y en las relaciones. Al igual que la frase "para que" al principio del versículo 10, la frase **a fin de que** alude a una progresión continua. La integridad espiritual se basa en la excelencia espiritual, así como esta última se basa en el amor de Dios. Tener dicha integridad significa ser **sinceros e irreprensibles para el día de Cristo**.

El adjetivo eilikrinēs (**sinceros**) tiene dos significados posibles. Un posible origen de ese adjetivo sugiere la idea de tamizar, como se pasa el grano por un tamiz para quitar las impurezas. Si esa es la etimología correcta, el significado aquí es ser separado *de* lo falso *para* lo verdadero, y *de* lo incorrecto *para* lo correcto. No obstante, parece más apropiado considerar la otra raíz del término, pues comunica la idea de poner a prueba algo a la luz del sol. Esto concuerda más con la anterior insistencia de Pablo sobre le necesidad de aprobar. Este significado también coincide con la palabra latina que da origen al término *sincero*. En la antigua Roma las cerámicas finas eran más bien frágiles y delgadas, y muchas veces se fracturaban durante la cocción. Las tiendas sin escrúpulos llenaban las grietas con una cera oscura y resistente que permanecía oculta si se pintaba o barnizaba, pero que se derretía al verter en el utensilio algo caliente. Bajo una luz normal, el engaño era casi imperceptible, pero al llevarlo a la luz del sol quedaba en evidencia, pues la cera se veía más oscura. Los comerciantes respetables solían marcar sus productos sine cera ("sin cera") como garantía de su alta calidad.

Al igual que esas piezas de cerámica eran expuestas a la luz del sol para detectar grietas u otros defectos, el creyente fiel y obediente se asegura de exponer su vida a la luz de las Escrituras. Como declaró el autor de Hebreos: "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (He. 4:12). Por desdicha, muchas personas tratan de cubrir sus faltas de formas diversas, a fin de dar una apariencia de espiritualidad menos imperfecta de lo que es en realidad. Para dar una apariencia de integridad espiritual usan la asistencia a la iglesia, ofrendas generosas, participación en funciones eclesiales y conversaciones espirituales, entre otras. Sin embargo, frente a la tentación o la persecución por su fe, salen a relucir las grietas.

Ya que los niños son pecadores por naturaleza (Sal. 51:5), sus padres no son completamente responsables de su comportamiento, aun si son pequeños. Sin embargo, la integridad moral y espiritual de los padres, o la ausencia de la misma, afecta siempre en gran manera a sus hijos. En ocasiones, los hijos que nacen en los hogares más piadosos se

rebelan contra el Señor. Sin embargo, no pocas veces un hijo descarriado se rebela por la hipocresía de sus padres, pues sabe que sin importar cuán auténtica y sincera parezca la fe que profesan sus padres ante la iglesia y la comunidad, esta no se manifiesta en la intimidad de la vida familiar. Aunque eso no justifica el pecado de tales hijos, los padres sí comparten la culpa.

Aparte de la incredulidad, el pecado que Jesús condenó más fue la hipocresía, en especial la de los escribas y fariseos que aparentaban religiosidad y se creían muy justos (cp. Mt. 7:5; 15:7; Lc. 12:56; 13:15). Pablo también detestaba la falta de sinceridad y la falsedad, y amonestó: "El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno" (Ro. 12:9). El apóstol podía atestiguar con sinceridad su propia integridad, y declaró: "Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo" (2 Co. 2:17).

Eilikrinēs también encierra la idea de avenencia, acuerdo y unidad. En una vida cristiana sincera, todo encaja y obra en acuerdo. Nada se desliga del fundamento de la fe salvadora y la vida santa. Los aspectos prácticos y cotidianos de la vida están en completa armonía con las disciplinas básicas espirituales como la lectura de la Biblia, la oración, la adoración, la teología, la moral y las buenas obras. Llevar una vida sincera, íntegra, es como hornear pan. No basta con verter los ingredientes en un molde, ponerlo en el horno y esperar que salga el pan. Todos los ingredientes deben primero mezclarse en el orden adecuado, para que cada uno se incorpore a los demás y formen así un todo único, integrado y consistente.

La integridad espiritual también comprende las relaciones con otros. En 2 Corintios, Pablo afirmó que "con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros" (2 Co. 1:12; cp. Hch. 24:16). Antes, ya les había aconsejado a estos creyentes: "No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios" (1 Co. 10:32), y le pidió a los de Roma: "Ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano" (Ro. 14:13). El cristiano maduro no solo decide apartarse del pecado en su propia vida, sino también cerciorarse de que sus palabras y sus actos no sean motivo de tropiezo para otro creyente. Cualquier cosa que daña siquiera a un hijo de Dios, perjudica a la iglesia entera, que es el Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, una ofensa contra un hermano en la fe constituye una ofensa contra el Señor. En una de sus más serias advertencias, Jesús dijo: "Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar" (Mt. 18:6).

Tener integridad es también apartarse del mundo. Santiago dijo con claridad: "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (Stg. 1:27). Juan advirtió: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15). Y Pablo rogó: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Ro. 12:2).

**Irreprensibles** (aproskopos) expresa el alcance y el objetivo de la integridad. Significa "sin caída, sin ofensa", y abarca tanto la idea de no caer en conductas pecaminosas, como la de abstenerse de hacer tropezar a otros en la iniquidad. Ser **irreprensibles** es avanzar en la vida sin fallas morales. No es un llamado a la perfección en la santidad que solo es propia de Dios y de los santos en la gloria eterna, pues Pablo exhortó a los Corintios: "No seáis tropiezo [aproskopos] ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios" (1 Co. 10:32). Es un llamado a los creyentes a hacer todo lo posible para glorificar a Dios y vivir ante Él y los demás con dignidad. Los creyentes deben llevar vidas íntegras, como lo hizo Pablo (cp. Hch. 23:1; 24:16; 2 Co. 1:12; 2 Ti. 1:3).

Por lo general, caer en pecado sucede por etapas. Primero, un creyente se limita a tolerar algo que reconoce como pecaminoso, quizá con cierta objeción pero sin resistirlo. Luego lo acomoda, poco a poco, a fin de atenuar su inquietud respecto al pecado, hasta que deja de ser un problema. En seguida, intenta legitimarlo inventando excusas y defendiéndolo. Por último, y sin que pueda evitarlo, empieza a participar en el pecado, y lo abraza como parte de su estilo de vida normal. Los valores y normas del mundo se mezclan tanto con las bíblicas que la diferencia ya no se nota ni preocupa. En su famoso *Ensayo sobre el hombre*, Alexander Pope expresa magníficamente, sin restar solemnidad, esa trágica tendencia:

> El vicio es un monstruo de horrible parecer,
>
> pues no hay más que verlo para detestarlo;
>
> sin embargo, de tanto contemplarlo puede suceder,
>
> que tras tolerarlo y compadecerlo, lleguemos a abrazarlo.

Pocas veces Satanás ataca a los cristianos de frente. Desde su primera obra maligna en el huerto de Edén, ha usado la astucia y el engaño para desviar al pueblo de Dios (Gn. 3:1; Ap. 12:9). “Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Jn. 8:44). En consecuencia, los creyentes que van en pos de la excelencia no solo deben conocer la Palabra de Dios, sino también crecer de continuo en su comprensión y aplicación por medio del Espíritu Santo. Cada idea, cada concepto, y cada práctica deben ser expuestos a la luz divina de las Escrituras, bajo la cual han de juzgarse.

El amor divino, la excelencia, y la integridad no son una opción. Son imperativos y permanentes **para el día de Cristo**, cuando regresará para llevarse a su pueblo (v. 6). En aquel día “es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10), y allí “la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará” (1 Co. 3:13). Pablo enseñó: “Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Co. 4:5). Aquel día la verdad acerca de nosotros será revelada.

## BUENAS OBRAS

**llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo,** (1:11*a*)

El cuarto elemento esencial para crecer en piedad son las buenas obras, a las que Pablo se refiere aquí como **frutos de justicia**. La progresión continúa. El amor divino produce excelencia espiritual, que a su vez produce integridad, y esta última buenas obras.

**Llenos** es la traducción de un participio pasado perfecto en el texto griego, y se refiere a algo que sucedió en el pasado y tiene resultados continuos. En otras palabras, cuando los cristianos estén delante del Señor en el trono del juicio, ya habrán sido **llenos de frutos de justicia**. Esto alude a un estado acabado gracias a la obra de Dios, o a una condición de **justicia** basada en el amor, la excelencia y la integridad que Pablo acaba de exponer.

Los **frutos de justicia** son una idea del Antiguo Testamento que el autor de los Proverbios denomina “árbol de vida” (Pr. 11:30). El profeta Amós culpó a su pueblo de haber “convertido el juicio en veneno, y el fruto de justicia en ajenjo” (Am. 6:12). En el Nuevo Testamento, Santiago se refirió al concepto en relación con las buenas obras que produce la justicia de Dios en la vida del creyente. En su carta explicó: “Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (Stg. 3:18).

El fruto espiritual que el Señor produce en los creyentes incluye ganar a los perdidos para Cristo. En Romanos 1:13 Pablo dijo: “Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles”. Él pone de relieve la misma verdad en Colosenses, al explicar que “la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo… lleva fruto y crece también en vosotros” (Col. 1:5-6).

El fruto espiritual también comprende las buenas obras, justo lo que Pablo tiene en mente en este pasaje. Esas buenas obras siempre empiezan con actitudes piadosas, que Pablo enumera en parte en su carta a las iglesias de Galacia: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gá. 5:22-23). Dichas actitudes que Dios confiere están diseñadas para producir buenas obras que Él mismo faculta. Pablo mencionó el fruto de las buenas obras al decirles a los creyentes en Corinto: “Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia” (2 Co. 9:10; cp. Ef. 5:9). Como sucede con toda justicia que posee el creyente, los **frutos de justicia… son por medio de Jesucristo**. La condición humana es incapaz de crearlos.

El propósito de Dios es producir tales obras en todos los creyentes, “porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10). Jesús resaltó con especial claridad esa verdad en su discurso en el Aposento Alto: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:4-5).

## LA GLORIA DE DIOS

**para gloria y alabanza de Dios.** (1:11*b*)

El quinto elemento esencial para crecer en piedad que menciona Pablo es sin duda alguna el más importante: **la gloria y**

**alabanza de Dios**.

Jesús dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Jn. 15:8). Dios hace al creyente fructífero para su **gloria**. Por esto Pablo ordenó: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31), y en otra carta explica que “tuvimos herencia… a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros… fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa… para alabanza de su gloria” (Ef. 1:11-14). En la mitad de esa carta, al parecer rebosante por las maravillosas verdades que acababa de explicar, expresó con gozo: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Ef. 3:20-21).

El resultado y el objetivo supremo de una vida que muestra el amor divino, excelencia, integridad, y buenas obras, es manifestar la **gloria y alabanza de Dios**. Su **gloria** es el cenit de toda su perfección y el honor que le corresponde por ser quien es y hacer lo que ha hecho. Su **alabanza** es la confesión de esa gloria por parte de quienes la reconocen.

# 4. El gozo del ministerio—Primera parte: A pesar de las pruebas y los detractores

**Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás. Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor. Algunos, a la verdad, predican a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad. Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio. ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún.** (1:12-18)

Uno de los indicativos más ciertos de la madurez espiritual de un cristiano es lo que precisa para perder el gozo que le da el Espíritu. La madurez de Pablo se evidencia en este pasaje al demostrar que las circunstancias difíciles, desagradables, dolorosas e incluso amenazantes no podían robarle el gozo, sino más bien lo hacían aumentar.

Si bien constituye un don de Dios para cada creyente y quien lo reparte es el Espíritu Santo (Gá. 5:22), el gozo no es siempre constante y pleno (cp. 1 Jn. 1:4). La única razón cierta para que un creyente pierda el gozo es el pecado que daña su comunión con el Señor, quien es la fuente del gozo. Actitudes pecaminosas como el descontento, la amargura, el enfado, la duda, el temor, y el negativismo echan a perder el gozo. Por consiguiente, la única manera de recuperar el gozo perdido es arrepentirse y volver a la debida adoración y obediencia a Dios.

Nada aparte del pecado, sin importar cuán difícil, doloroso o decepcionante, debería robarle el gozo al cristiano. Con todo, incluso pequeñeces logran hacerlo si el creyente reacciona de manera pecaminosa. Un revés en la salud, el empleo, las finanzas, las relaciones personales o cualquier otro aspecto importante de la vida puede llevar con facilidad al creyente a dudar del Señor, de su sabiduría soberana y de su provisión generosa. Si esto ocurre, el gozo es uno de los primeros perjudicados. Los creyentes resultan especialmente afectados cuando ese tipo de situaciones ocurren de improviso y los toman por sorpresa. Por lo general, reaccionan con ira, duda, desconfianza, temor, autocompasión, ingratitud, o queja. En esos casos, los acontecimientos que no son pecaminosos en sí, suscitan respuestas pecaminosas que roban el gozo.

La Palabra de Dios dice con claridad que en esta vida sí tendremos aflicción (cp. Job 5:7; 14:1; Ec. 2:23; Jn. 16:33). Los creyentes no son ajenos a los problemas y las dificultades comunes que enfrentan las personas. Deben además encarar la persecución del mundo adverso por causa de su fe. Jesús dijo: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn. 15:20). Poco después agregó: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). A los cristianos judíos de la iglesia primitiva que estaban dispersos y sufrían gran persecución, Santiago escribió: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Stg. 1:2-4). Con todo, Dios puede usar hasta las pruebas más difíciles para nuestro bien y para su gloria.

Ningún escritor del Nuevo Testamento comprendió esta verdad mejor que Pablo. Él era de lejos un ejemplo de hombre de Dios cuyo gozo nunca vaciló. Él resistió cualquier amenaza que se interpusiera entre él y su comunión íntima y su confianza en el Señor. No cabe duda de que Pablo experimentó penas y tristezas, sufrió aflicciones y decepciones, y vivió con preocupaciones por creyentes débiles, pecadores y conflictivos. Aun así, parece que en ningún momento de su vida como creyente las circunstancias minaron su gozo. De hecho, parece que la peor aflicción lo impulsó a aferrarse más al gozo de su salvación (Fil. 4:4, 10-13).

En el momento de escribir Filipenses, Pablo había experimentado serias privaciones de toda índole. Cuando escribió esta epístola, era prisionero en Roma. Había anhelado por mucho tiempo predicar en esa gran ciudad, y pocos años antes

le había escrito a la iglesia allí:

> *Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros… Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles (Ro. 1:9-10, 13; cp. v. 15).*

El apóstol expresaba más que un deseo personal de ministrar en un lugar nuevo y difícil. Estaba convencido de la importancia de llevar el evangelio a esa ciudadela del paganismo y usar Roma como un trampolín para un ministerio más amplio (hasta España, Ro. 15:24). No es seguro que tuviera en mente ministrar en Roma como prisionero. Tampoco parecía prever que llegaría allá solo después de soportar una agitada tormenta que culminó en un calamitoso naufragio (cp. Hch. 21:33—28:31). Pero sin importar cómo llegó ni las circunstancias que le esperaban, Pablo ansiaba predicar el evangelio allí "por la voluntad de Dios" (Ro. 1:10).

Aunque no escribía su epístola desde un calabozo sino una residencia privada (Hch. 28:16, 30), Pablo estaba encadenado día y noche a un soldado romano. No tenía privacidad para comer, dormir, escribir, orar, predicar, enseñar o recibir visitas de amigos (vv. 17-31). Con todo, esa misma falta de privacidad que se prolongó dos años hizo imposible que los guardias romanos pudieran evitar escuchar el evangelio y el testimonio de la extraordinaria semejanza de Cristo en Pablo. Como sugieren los versículos siguientes, parece que algunos de ellos conocieron la salvación (Fil. 1:13-14; cp. 4:22). Pablo se regocijaba por el ministerio al cual el Señor le había llamado y por el fruto espiritual que este producía, aun a pesar de sus cadenas.

Los versículos 12-26 del capítulo uno presentan cuatro elementos del gozo de Pablo en el ministerio. Él estaba gozoso a pesar de las pruebas, con tal que avanzara la causa de Cristo (vv. 12-14); a pesar de los adversarios, con tal que el nombre de Cristo fuera proclamado (vv. 15-18); a pesar de la muerte, con tal que el Señor fuera glorificado (vv. 19-21); y a pesar de estar en la carne, con tal que eso redundara en provecho para la iglesia (vv. 22-26).

## A PESAR DE LAS PRUEBAS, CON TAL QUE AVANCE LA CAUSA DE CRISTO

**Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás. Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor.** (1:12-14)

**Quiero que sepáis** es la traducción de una conocida expresión griega que aparece con frecuencia en cartas antiguas. Expresiones afines, como "quiero que comprendan esto" o "quiero que entiendan esto", se emplean en la actualidad para llamar la atención sobre un punto importante, en especial uno que podría pasarse por alto, malinterpretarse o rechazarse con facilidad. A la inversa, Pablo declaraba muchas veces que él no quería que sus lectores estuvieran desinformados (cp. Ro. 1:13; 11:25; 1 Co. 10:1; 12:1; 2 Co. 1:8; 1 Ts. 4:13). En este versículo, él quería que sus amados hermanos comprendieran que él hablaba en serio. A pesar de su situación, Pablo no se sentía amargado ni desanimado, sino que tenía un gran motivo para regocijarse.

**Las cosas que me han sucedido** es la traducción de ta kata eme, cuyo significado literal es "las cosas tocantes a mí o relacionadas conmigo". En Efesios 6:21 se traduce "mis asuntos"; y en Colosenses 4:7, "todo lo que a mí se refiere". Según explica Pablo, **las cosas**, por terrible que parezcan desde la óptica humana, **han redundado más bien para el progreso del evangelio**. Él no pasaba por alto ni tomaba con ligereza sus **prisiones** (cp. 1:7, 14, 17; Col. 4:3, 18; Flm. 9, 13), pero ocupaban un lugar secundario frente a su posición gozosa, privilegiada y anhelada como siervo de Jesucristo (1:1). Mallon (**más bien**) se traduce también "en realidad" (DHH), o "en el mayor" (LBLA). En lugar de estorbar o frenar su ministerio, las difíciles circunstancias de Pablo habían tenido un efecto contrario (cp. 2 Co. 12:9-10).

Era el **progreso del evangelio** a lo que Pablo se entregaba con tanto ahínco. A los ancianos de Éfeso él declaró: "Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:24). Cualquier otra cosa en la vida de Pablo importaba solo en la medida en que tuviera que ver con **el progreso del evangelio**.

Pablo no solo se consideraba a sí mismo en deuda con el Señor, sino también "a griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios… Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego" (Ro. 1:14, 16). Tan firme era su compromiso que Pablo declaró: "Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Co. 9:16). "Y esto hago por causa del evangelio", explicó unos versículos más adelante (v. 23). Su ministerio y su vida terrenal eran inseparables. Su vida terrenal no acabaría hasta que

su ministerio concluyera, y cuando su ministerio terminara, su vida terrenal carecería de propósito (cp. Fil. 1:21-26; 2 Ti. 4:6-8).

Prokopē (**progreso**) no solo describe el avance sino la superación de los obstáculos. El verbo relacionado se empleaba para referirse a un grupo explorador o militar que se abre paso entre la densa selva y la maleza, y que avanza con lentitud y gran esfuerzo. La oposición forma parte entonces de esa clase de progreso, y nadie conocía mejor que Pablo cuán inevitable era la oposición de Satanás (1 Ts. 2:18) y del mundo (1 Jn. 2:15-16) contra **el progreso del evangelio**. La oposición pagana de Roma lo había sometido a un cautiverio de dos años, y, antes de eso, la oposición de los líderes judíos incrédulos lo había puesto en prisión dos años en Cesarea (Hch. 24:27). Él explicó a los corintios que, aunque "se me ha abierto puerta grande y eficaz… muchos son los adversarios" (1 Co. 16:9). A los tesalonicenses él escribió: "Pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición" (1 Ts. 2:2). Él animó a Timoteo:

> *Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio, en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa. Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna (2 Ti. 2:8-10).*

Lejos de lamentarse, resentirse o quejarse por sus privaciones, Pablo las consideraba un elemento ineludible de su ministerio. Sin embargo, a sus ojos no eran más que un pequeño precio que estaba más que dispuesto a pagar, porque Dios usó esas pruebas como medio para favorecer **el progreso del evangelio**.

La predicación de Juan Bunyan era tan poderosa y reconocida, y a los líderes de la iglesia de Inglaterra del siglo XVII les resultaba tan molesta, que lo encarcelaron para silenciarlo. Él rehusó callar, y empezó a predicar en el patio de la cárcel. Allí no solo tuvo un buen público entre los prisioneros, sino que cientos de ciudadanos de Bedford y de los alrededores se acercaban a diario a la prisión para escuchar desde afuera la enseñanza de las Escrituras. Lo silenciaron poniéndolo en un profundo calabozo de la cárcel, y prohibiéndole predicar. Aún así, en ese silencio, habló con más vehemencia y a más personas de lo que hubiera podido imaginar. Fue durante ese tiempo que escribió *El progreso del peregrino*, el gran clásico cristiano que ha comunicado el mensaje del evangelio a millones en todo el mundo. Durante varios siglos fue el libro más leído y traducido en el mundo después de la Biblia. Los opositores de Bunyan pudieron detener su predicación unos pocos años, mas no frenar su ministerio. Más bien facilitaron la expansión del mismo desde las profundidades de una prisión en la pequeña ciudad de Bedford hasta los confines de la tierra.

Pablo podía decirles a quienes lo perseguían lo mismo que José a sus hermanos después que lo vendieran como esclavo: "No me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto… Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien" (Gn. 45:8; 50:20). Un incalculable número de santos de Dios han podido corroborar esa verdad. Job pudo manifestarlo a quienes le "reconfortaban", Ester a Amán, Jeremías a los falsos profetas y gobernantes de Judá, y el apóstol Juan a quienes lo exiliaron en Patmos. Como siempre, el Señor puede transformar los intentos de frenar su Reino en instrumentos para su progreso.

Por supuesto, la obra suprema de Dios de utilizar los malvados planes del hombre y de Satanás para llevar a cabo sus propósitos divinos fue la redención de su Hijo. Con su muerte y resurrección Jesucristo venció el pecado y la muerte, derrotó a Satanás, y ofrece la redención para siempre a todos los que se vuelven a Él con una fe sincera para salvación.

En seguida, Pablo fija su atención en dos logros importantes de su ministerio, primero el progreso del evangelio fuera de la iglesia (v. 13) y luego el progreso dentro de la iglesia (v. 14). Primero, se gozaba en que sus **prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás**. **Prisiones** viene de desmon, cuyo significado literal es atadura, como la que se hace con cadenas o lazos. Más adelante, el término llegó a emplearse para referirse a cualquier restricción o confinamiento, en especial de un prisionero. En un discurso a un grupo de líderes judíos en Roma cuando escribía Filipenses, Pablo dijo: "Porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena" (Hch. 28:20), y en Efesios habló de ser "embajador en cadenas" (Ef. 6:20). Las cadenas de Pablo (de halusis) eran un poco más largas que las esposas que se usan en la actualidad, de unos cuarenta y cinco centímetros de longitud. Un extremo se ataba a la muñeca del prisionero, y el otro a la del guardia. Al prisionero no se le quitaba la cadena mientras estuviera bajo custodia, lo cual hacía imposible escapar o tener privacidad. Aunque al apóstol se le permitía vivir en habitaciones privadas (Hch. 28:30), estuvo encadenado a varios soldados en un período de dos años. Es probable que durante ese tiempo varias docenas de soldados diferentes fueran designados para vigilar a Pablo, convirtiéndose así cada uno en su público cautivo. En caso de no saberlo, aquellos soldados pronto descubrirían que este hombre extraordinario no estaba preso por cometer un crimen, sino por predicar el evangelio. Su fidelidad a **Cristo** no tardó en hacerse **patente en todo el pretorio, y a todos los demás**. Es indudable que los fieles creyentes de la iglesia de Roma habían orado por mucho tiempo que el Señor abriera la puerta para testificar a la selecta e influyente guardia pretoriana. En su soberana sabiduría,

Él respondió esa oración al mantener atado a Pablo a los miembros de la guardia durante dos años.

Praitōrion (**pretorio**) se refería originalmente a la tienda de un capitán del ejército, luego a la residencia de los oficiales militares de alto rango, y más adelante a cualquier persona adinerada o influyente. En los Evangelios se emplea para referirse a la residencia del gobernador romano en Jerusalén (cp. Mt. 27:27; Mr. 15:16; Jn. 18:28, 33; 19:9). En Hechos 23:35, el palacio del gobernador en Cesarea se llama el pretorio de Herodes.

Por lo anterior, algunos comentaristas consideran que Filipenses 1:13 es una alusión a los cuarteles de la guardia pretoriana. Sin embargo, la frase siguiente (**y a todos los demás**) señala que Pablo se refería a personas, no a un lugar. En un principio, la guardia pretoriana estaba conformada por unos diez mil soldados seleccionados. César Augusto, que era emperador en la época del nacimiento de Jesús (Lc. 2:1), así lo había establecido. Estos hombres estaban repartidos de manera estratégica por toda Roma a fin de velar por la paz general, y sobre todo proteger al emperador. Más adelante, los emperadores aumentaron el número, y Tiberio construyó un imponente campo fortificado para asegurarse de tener una representación ilustre en Roma. Los miembros del **pretorio** servían durante doce (y luego dieciséis) años, al cabo de los cuales recibían los mayores honores y privilegios, entre ellos una considerable indemnización. Con el tiempo llegaron a ser tan poderosos que eran considerados "artífices de reyes", que no solo protegían sino que elegían a los emperadores.

Los resultados de la estadía de Pablo en Roma eran bastante predecibles. Además de escuchar su predicación y enseñanzas, los soldados también experimentaron de primera mano su gentileza, su notable paciencia y perseverancia en medio de gran aflicción, su sabiduría, sus profundas convicciones, su veracidad, su humildad, y su amor y preocupación sinceros por ellos. Ellos conocían las falsas acusaciones que le imputaron en Cesarea y el riesgo personal que había tomado al apelar al César. Su mensaje y su carácter afectó profundamente aquellos soldados endurecidos, distinguidos e influyentes. Se desconoce cuántos guardias del **pretorio** se hicieron cristianos, pero quienes se convirtieron llegaron a ser evangelistas. Sin duda alguna, fue a través de estos hombres que algunos miembros de la propia casa del César se convirtieron (4:22).

Las noticias acerca de Pablo se difundieron por toda la ciudad de Roma (**y a los demás**), y durante dos años muchos lo visitaron "en una casa alquilada [donde él] recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento" (Hch. 28:30-31). Lo que para la mayoría de las personas, incluso cristianos, parecería un completo desastre, fue una oportunidad inigualable para **el progreso del evangelio**.

F. B. Meyer comenta:

> En ocasiones, la casa alquilada estaría llena de personas que escuchaban las palabras de vida del apóstol; y después de irse el guardia se sentaría a su lado, con muchas inquietudes respecto al significado de las palabras que aquel extraño prisionero pronunciaba. Otras veces, cuando ya todos se habían ido, y en especial durante la noche, bajo la luz de la luna que brillaba en las lejanas laderas del Monte Soracte, soldado y apóstol quedaban a solas para hablar, y en esas horas oscuras y solitarias, el apóstol le contaría a un soldado tras otro el relato de su notable carrera de años pasados, de su oposición a Cristo, y de su conversión, y sería evidente que estaba allí como prisionero, no por algún crimen, ni por causar alborotos o sublevaciones, sino porque creía que Aquel a quien los soldados romanos habían crucificado, por orden de Pilato, era el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres. A medida que estas noticias se difundían, y que los soldados las comentaban entre sí, la guardia entera sería persuadida a respaldar al manso y amable apóstol, que siempre se mostraba tan bondadoso con los hombres cada vez que compartían, aunque involuntariamente, su cautiverio.
>
> ¡Cuán consecuente debió ser el apóstol! Al mínimo asomo de discrepancia, en el día o en la noche, con la elevada norma que defendía, el soldado que le acompañaba lo habría captado, y lo hubiera comunicado a otros. El hecho de que tantos se convirtieran en ardientes cristianos, y que la Palabra de Jesús llegara a difundirse por todas partes en el pretorio, evidencia cuán absolutamente coherente era la vida del apóstol (*The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1952], pp. 36-37).

La fiel perseverancia de Pablo no solo añadía nuevos cristianos fuera de la iglesia, sino que también fortalecía y animaba a los creyentes dentro de ella. La valentía y la fidelidad del apóstol durante su confinamiento alentó a **la mayoría** de sus **hermanos**, tanto en Roma como en otros lugares, **cobrando ánimo en el Señor con** sus **prisiones**, y a atreverse **mucho más a hablar la palabra sin temor**. Su influencia era penetrante y de grandes proporciones. No solo eran algunos creyentes, sino **la mayoría de los hermanos**, quienes recibieron aliento gracias a **sus prisiones**. Si bien causaban perturbación e incomodidad, los que criticaban y calumniaban a Pablo (1:15, 17) eran una minoría.

Esto sugiere que, antes de **sus prisiones**, los creyentes eran temerosos, o al menos reacios a comunicar abiertamente su fe. La animadversión hacia esta nueva secta del judaísmo, como se le consideraba en todo el imperio, iba en aumento. No solo se intensificaba la oposición y persecución por parte de los líderes judíos, sino que los gentiles también

comenzaban a ver el cristianismo como una amenaza a su religión y a su forma de vida (Hch. 19:23-41).

Con el ejemplo de Pablo sus **hermanos… se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor**. Al ver cómo Dios lo guardaba y bendecía su ministerio, a pesar de la persecución y el cautiverio, su **ánimo** se renovó y su valentía y celo se intensificaron. La fortaleza de Pablo se volvió la de ellos, a medida que su ejemplo tocaba sus corazones. Por medio del Espíritu Santo, la repercusión de esa sola vida fiel revolucionó y vivificó la iglesia entera. Los hermanos en la fe del apóstol descubrieron que el **ánimo** es tan contagioso como la cobardía que habían experimentado.

Es natural que los cristianos aprecien la libertad para proclamar el evangelio que gozan hoy día en el llamado mundo libre. Sin embargo, muchos, si no la mayoría de las grandes difusiones de la fe y los avivamientos espirituales en la iglesia han ocurrido en tiempos de persecución y oposición. El cristianismo fue prohibido durante mucho tiempo en la China comunista, e incluso hoy en gran parte de esa nación aún se restringe duramente su manifestación pública. A pesar de eso, según fuentes confiables, hay millones de cristianos en ese gran país. Por el contrario, en gran parte del mundo occidental "libre" la capacidad de influir de la iglesia evangélica, sin hablar del tamaño, ha ido menguando.

Las circunstancias de Pablo excedían la capacidad de comprensión de la mayoría. Aún así, era un ejemplo de gozo, contentamiento y paz. Es evidente que dichas cualidades internas no se basaban en su comodidad física, posesiones, libertad, gratificación personal, reputación o prestigio. Se basaban por completo en su confianza en su Señor soberano y lleno de gracia, y en su gozo por el progreso del evangelio.

## A PESAR DE LOS DETRACTORES, CON TAL QUE SE PROCLAME EL NOMBRE DE CRISTO

**Algunos, a la verdad, predican a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad. Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio. ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún.** (1:15-18)

Al igual que el Señor en su ministerio terrenal, Pablo tenía suficientes detractores, en su mayoría de instituciones religiosas judías o paganas. En poco tiempo la iglesia llegó a tener en sus propias filas detractores que calumniaban a sus líderes, no pocas veces a los más capaces y piadosos.

Una de las experiencias más desalentadoras para un siervo de Dios es la de ser acusado falsamente por sus hermanos en la fe, y en especial sus consiervos en la iglesia. Puede esperarse recibir calumnias de un incrédulo, mas no de un creyente. El dolor es profundo cuando el ministerio de alguien es difamado, malinterpretado y criticado injustamente por consiervos que son predicadores y maestros del evangelio. Esa era la situación de Pablo en Roma, donde **algunos** líderes de la iglesia, para oponerse a él, **predican a Cristo por envidia y contienda**.

En la iglesia de Corinto había sectores de la congregación que estaban a favor de Pablo, y otros en contra de él. "Quiero decir", explicó él, "que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo'" (1 Co. 1:12). Es indiscutible que los partidarios de Apolos y Pedro (Cefas, 1 Co. 3:22) tenían reservas con respecto a Pablo, así como los partidarios de Pablo las tenían con respecto a los otros dos. Al parecer, el sector a favor de "Cristo" se creía la flor y nata espiritual y a los otros los consideraban inferiores.

Los detractores de Pablo, que **predican a Cristo por envidia y contienda**, no eran herejes como los judaizantes, sino ortodoxos en su teología. Predicaban y enseñaban el verdadero evangelio de Jesucristo. No pregonaban un "evangelio diferente", como hacían algunos en Corinto y Galacia (2 Co. 11:4; Gá. 1:6). Tampoco eran "falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo" (2 Co. 11:13), ni "los mutiladores del cuerpo" que menciona más adelante en esta carta (Fil. 3:2).

**A la verdad** señala una clase de paréntesis, un breve giro en el tema principal de Pablo, que es el gozo. En esencia quería decir: "Soy muy consciente de que no todo funciona como debería en la iglesia. No soy ingenuo en lo que atañe a los motivos de unos pocos pastores y evangelistas. Sé que **predican a Cristo por envidia y contienda**". El problema no radicaba en la teología de estos predicadores, sino en sus motivos; no en lo que predicaban sino por qué lo predicaban, o sea, **envidia y contienda**.

Phthonos (**envidia**) es el deseo de privar a otros de lo que les corresponde por derecho, desear que no lo tuvieran o lo tuvieran en menor grado. Fue "por envidia" que la muchedumbre judía (Mt. 27:18) y los jefes de los sacerdotes (Mr. 15:10) entregaron a Jesús a Pilato para crucificarlo. Entre las muchas demostraciones de "toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad" (Ro. 1:18) se menciona la **envidia**, junto con la avaricia, los homicidios, los engaños, las malignidades, las contiendas, las murmuraciones, y otros pecados graves (Ro. 1:29; 13:13; 1 Co. 1:11; 3:3; 2 Co. 12:20; Gá. 5:19-21; 1 Ti. 6:4; Tit. 3:9). Pablo le recordó a Tito que "nosotros también éramos en otro

tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros" (Tit. 3:3). En cambio, los creyentes poseen una nueva naturaleza (2 Co. 5:17) y deben mediante el poder del Espíritu desechar "toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones" (1 P. 2:1). Sobra decir que los cristianos fallan con frecuencia en obedecer la Palabra y someterse al Espíritu.

Ya que la **envidia** desea que otros no tengan lo que tienen, se relaciona estrechamente con los celos, que son el deseo de tener lo que otro posee. Según el contexto, es probable que los detractores de Pablo sintieran envidia y también celos del apóstol. Envidiaban los dones, las bendiciones, la inteligencia, la capacidad ministerial de Pablo y, tal vez más específicamente, el hecho de ser tan amado y respetado en la iglesia. Tal vez incluso envidiaban sus encuentros personales con el Señor Jesucristo resucitado y exaltado (cp. Hch. 9:1-6; 18:9-11; 22:17-18; 23:11). Todos los que eran movidos por la **envidia** y los celos veían entonces al apóstol como una amenaza a su propia distinción e influencia en la iglesia.

**Contienda**, que viene de eris, se refiere a contención, particularmente con un espíritu de enemistad. Como en este caso, el término se relaciona muchas veces con la envidia y los celos, al igual que con otras pasiones pecaminosas, como la avaricia y la malicia. La envidia conduce a la rivalidad, la hostilidad y el conflicto.

El propósito de Pablo al enfrentar este asunto no era ganar para sí alguna simpatía, y mucho menos vengarse de sus detractores. Más bien hacía notar que la fidelidad al ministerio no solo incluye una sana doctrina sino motivos correctos. En la iglesia han existido siempre aquellos cuyo servicio se motiva en gran parte por un deseo de superar a otros. De ahí que se ofendan cuando otros son apreciados o dan fruto en su ministerio. Resulta inevitable que tales personas generen **contienda y envidia** y causen así gran daño a la iglesia de Cristo.

Aquí no se exponen los rumores acerca de Pablo que buscaban afligirlo y destruir su reputación. Pero dado que las acusaciones eran falsas, los detalles carecían de importancia. El objetivo del apóstol no era defenderse sino presentar un informe exacto de la situación. Como sucedió en Corinto (cp. 1 Co. 1:11-17), es probable que varios sectores estuvieran involucrados, cada uno alegando fidelidad, ingenio, y autoridad. Cuando los falsos maestros lograron tener audiencia en Corinto, atacaron sin piedad a Pablo, que escribió 2 Corintios en respuesta a esos ataques (cp. 2 Co. 10:10; 11:6). Como hicieron los amigos de Job, algunos predicadores envidiosos en Roma pudieron incluso sugerir que el cautiverio de Pablo era castigo del Señor por algún pecado oculto (cp. Jn. 9:1-2). Otros pudieron pensar que Pablo estaba en prisión porque le faltaba fe para obtener la victoria de su liberación. Según ellos, era evidente que no había aprovechado todo el poder del Espíritu Santo. El hecho de que ellos gozaran de libertad y que él estuviera en prisión constituía para ellos la evidencia de que el poder y utilidad espirituales de Pablo eran inferiores a los suyos. De lo contrario, ¿por qué no liberó Dios a Pablo milagrosamente como lo había hecho en Filipos (Hch. 16:25-26)?

Con todo, es probable que otros se hayan atrevido a pensar que el Señor mantuvo a Pablo en prisión por causa de una supuesta predicación deficiente y engañosa de la Palabra de Dios. Dado que las visitas al apóstol eran limitadas, las personas tenían mayor oportunidad de escuchar a los opositores de Pablo que alegaban tener una comprensión más profunda y completa de la fe. Como sucede con los cristianos hoy, quizá sentían que Pablo era anticuado, y que alcanzar a la distinguida población de Roma precisaba un enfoque más moderno y pertinente. Otros argüían tal vez que si Pablo hubiera sido radical y fiel a la fe, habría sido martirizado mucho antes. Por lo tanto, debió haber negociado con los romanos a fin de proteger su vida y asegurar un trato favorable. Tales hipótesis ofrecen alguna idea razonable de lo que se decía de Pablo.

Pablo prosigue afirmando con evidente satisfacción que **otros** predican el evangelio **de buena voluntad**. Al igual que la envidia y la contienda, la **buena voluntad** (eudokia) se relaciona con el motivo, y en este caso el correcto, que es desear lo mejor para los demás. Esos creyentes en Roma no solo rehusaban criticar a Pablo, sino que también lo apoyaban con entusiasmo y apreciaban su obra. Sus motivos eran puros y desprovistos de todo egoísmo. Comprendían y agradecían la fidelidad del apóstol en proclamar el evangelio y su ministerio lleno de amor hacia ellos.

A diferencia de los detractores, estos últimos (que obran **de buena voluntad**) predicaban a Cristo **por amor**. Solo unos años antes, en su primera carta a la partidista y conflictiva iglesia en Corinto, él escribió:

> *Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve… Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor (1 Co. 13:1-3, 13).*

Sin un espíritu y una motivación de amor, nada que se haga en el nombre del Señor, ya sea predicar, enseñar, o servir, de la manera más ortodoxa o convincente, le agrada a Él. No significa nada.

El contexto parece indicar que el **amor** al que Pablo se refiere aquí es en esencia el **amor** hacia él. Los creyentes motivados por la **buena voluntad** amaban sin duda al Señor y al prójimo, pero aquí se pone de relieve su **amor** por el apóstol. Ellos tenían un interés genuino y preocupación por su bienestar personal, así como por el alcance de su ministerio. Sabían que no estaba en prisión por algún pecado oculto o falta. Estaban seguros de que no estaba allí por infidelidad, sino más bien por su lealtad al Señor; ni porque su obra fuera un fracaso, sino antes bien un éxito magistral; y tampoco porque se desviara de la voluntad de Dios, sino porque estaba en el centro mismo de ella. Esos creyentes sabían que Pablo había sido escogido por Dios para la defensa del evangelio (cp. Fil. 1:7) y estaban agradecidos por su fiel obediencia a ese llamado, una obediencia que les comunicaba abundantes bendiciones espirituales.

Keimai (**estoy puesto**), cuyo sentido original era acostarse o reclinarse, llegó a definir una designación oficial y en ocasiones el destino. En el ejército se empleaba para referirse a una tarea especial, como el deber de proteger o defender una posición estratégica. En el momento de bendecir al bebé Jesús, Simeón le dijo a su madre María: “He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha” (Lc. 2:34). En un sentido más figurado Pablo usa el término para recordarles a los tesalonicenses: “que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos” (1 Ts. 3:3).

Pablo había sido **puesto** por Dios **para la defensa del evangelio**. En el momento de su conversión, Jesús le comunicó al apóstol que había sido escogido “para llevar [su] nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hch. 9:15; cp. 13:2; Gá. 1:15-16; Ef. 3:6-7). Su cautiverio en Roma no era una casualidad del destino ni una decisión de hombres, ni siquiera la de Pablo de apelar al César (Hch. 25:11). Por encima de todo, era parte fundamental de su llamado divino a defender **el evangelio**. En este caso, Dios en su voluntad lo había destinado a experimentar esas prisiones, a fin de que pudiera predicar **el evangelio** en Roma.

En el versículo 16 Pablo menciona otra vez a sus detractores, aquellos creyentes (v. 15*a*) que proclamaban a Cristo **por contención, no sinceramente**. Como ya se indicó, no era su doctrina lo que estaba errado, pues **anuncian a Cristo**. Sin embargo, no predicaban para la gloria y honra de **Cristo**, sino **por contención**.

Eritheia (**contención**) no tenía en principio una connotación negativa, sino que se refería a trabajar por un salario. Sin embargo, con el tiempo, adquirió el significado de buscar únicamente los intereses personales, sin importar las consecuencias que esto trajera para otros. Aludía a profesionales que procuraban sin piedad escalar hasta la cima de sus carreras y a políticos que buscaban ocupar un cargo a cualquier precio.

Es evidente que los detractores contenciosos de Pablo **no** predicaban **sinceramente**. No solo buscaban lo suyo, sino peor aún, perjudicar a Pablo, **pensando añadir aflicción a [sus] prisiones**. Lo criticaban y acusaban sin razón con el objetivo perverso de irritarlo y aumentar su **aflicción**. Mostraban una crueldad inconcebible fruto de los celos, sirviéndose del cautiverio de Pablo para desprestigiarlo y promocionarse a sí mismos.

Sin embargo, la principal aflicción de Pablo no se debía al sufrimiento, causado por Roma o por otros creyentes. Él sabía que la hipocresía y los motivos perversos de sus detractores perjudicaban en gran manera la causa de Cristo, y esto era lo que más le afligía. Como ya se indicó, no podía evitar sentirse ofendido. Con todo, él no buscaba ser comprendido ni defenderse. Él sabía que otros líderes fieles de la iglesia enfrentaban críticas y oposición, tanto del mundo como de otros creyentes. Su reacción frente a esa situación en Roma marcaría la pauta para otros siervos fieles del Señor. Así podrían enfrentar sus propias aflicciones con la misma paz mental, espíritu perdonador y confianza en la victoria de la verdad divina que él había manifestado.

Pablo sabía muy bien que los creyentes inmaduros son propensos a “contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuraciones, soberbias, desórdenes” (2 Co. 12:20). Él quería que Timoteo se cuidara de cualquier persona en la iglesia que “está envanecido… y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas” (1 Ti. 6:4).

Pero más que eso, él vio la situación con mayor amplitud. Ya que esos hombres envidiosos predicaban en realidad el verdadero evangelio, las personas se salvaban. Entonces pregunta: **¿Qué, pues?**, y responde: **Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún**. En otras palabras, si ha sido provechoso para la causa de **Cristo**, incluso **por pretexto** de sus detractores envidiosos, él se gozaba. Aunque la principal motivación de los detractores no era exaltar a **Cristo** o ganar almas, sino exaltarse a sí mismos a expensas de Pablo, él no sentía amargura. Aunque no felicitaba a los hombres que predicaban la verdad **por pretexto**, él sabía que el Dios soberano honraría a pesar de todo su mensaje, si **Cristo es anunciado**. Esa realidad llenaba de gozo a Pablo.

La Palabra de Dios es siempre poderosa, sin importar los motivos del que la proclama. Lo último que deseaba el profeta Jonás era que Nínive se arrepintiera por su predicación, pero el mensaje que comunicó de parte de Dios produjo arrepentimiento a pesar de todas sus malas intenciones (cp. Jon. 4:1-9). Dios puede usar hasta a un predicador o maestro envidioso, celoso y egoísta si el mensaje que comunica se conforma a las Escrituras. Dios honra siempre su Palabra, y su Palabra siempre produce fruto. “Mi Palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y

será prosperada en aquello para que la envié" (Is. 55:11). Como observó sabiamente el ministro escocés del siglo XIX John Eadie: "La virtud reside en el evangelio, no en quien lo comunica; en su exposición, y no en el expositor" (*A Commentary on the Greek Text of The Epistle of Paul to the Philippians* [Comentario del texto griego de la Epístola de Pablo a los Filipenses] [reimpreso; Grand Rapids: Baker, 1979], p. 40).

**Por verdad** señala de nuevo a quienes predicaban "de buena voluntad… por amor" (Fil. 1:15-17). **Verdad** denota aquí la veracidad e integridad de sus corazones, no la exactitud del mensaje. En evidente contraste con los detractores, ellos no eran hipócritas que predicaban el evangelio puro con motivos impuros.

Katangellō (**anunciado**) se refiere a proclamar o declarar algo con autoridad. Aunque el evangelio fuera **anunciado** por predicadores celosos e injuriosos, o por quienes fueron fieles y humildes al predicarlo con una motivación pura, era **anunciado** con precisión, llevaba fruto, y Pablo no podía más que gozarse. Él reiteró la seriedad de su afirmación al agregar **y me gozaré aún**. Su **gozo**, su actitud benévola, y su comprensión de la prevalencia de la verdad del evangelio no eran pasajeros, sino permanentes y firmes (cp. Sal. 4:7-8; Ro. 12:12; 2 Co. 6:10).

Nada en absoluto podía robarle a Pablo el gozo que Dios le dio. Él podía desgastarse, pero el evangelio no. Su privacidad y libertad eran fortuitas, y nada le importaban el reconocimiento o los méritos. Tampoco las dolorosas cadenas de Roma, ni la todavía más agobiante crítica de otros cristianos podían impedirle gozarse, porque **Cristo** era **anunciado** y su iglesia crecía y maduraba. Tal vez la perspectiva del apóstol de su propia vida y ministerio se describan mejor en 2 Corintios:

> *Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, Y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación. No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo (2 Co. 6:1-10).*

El ejemplo de humildad y abnegación de Pablo demuestra que cuanto peores sean las circunstancias, mayor puede ser el gozo. Cuando lo que parece más cierto en la vida empieza a desintegrarse, y el sufrimiento y el dolor aumentan, los creyentes deben buscar una comunión más profunda con el Señor. Entonces experimentarán plenamente el gozo inalterable que el apóstol tan bien conocía. Este gozo es mucho mayor y satisfactorio que cualquier felicidad circunstancial pasajera. Y este gozo puro y simple no viene por las circunstancias sino a pesar y en medio de ellas.

# 5. El gozo del ministerio—Segunda parte: A pesar de la muerte y la carne

**Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros.** (1:19-26)

A pesar de las pruebas, penas y sufrimiento que Pablo experimentaba (cp. 2 Co. 11:23-33), su ministerio era siempre una experiencia gozosa para él. En este pasaje de Filipenses, él presenta cuatro aspectos que podrían haberle robado el gozo: las pruebas, los detractores, la muerte, y la carne. En el capítulo 4 de este tomo se expusieron los dos primeros (pruebas [su cautiverio] y detractores [predicadores que buscaban promocionarse a expensas de Pablo]). Ahora el apóstol revela que ni la amenaza de la muerte inminente ni la pena de seguir viviendo en la carne podían tampoco robarle su gozo.

## A PESAR DE LA MUERTE, CON TAL QUE EL SEÑOR SEA GLORIFICADO

**Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.** (1:19-21)

Según el estudio anterior, a Pablo no le importaba en realidad estar encarcelado, ni ser calumniado, ni enfrentar una posible ejecución, con tal que el evangelio salvador de Cristo fuera anunciado. Él tenía la plena confianza de que, a pesar de sus circunstancias negativas, la causa del Señor triunfaría. Por ese motivo podía enfrentar la muerte sin temor. En los versículos 19-21 él menciona cinco realidades sobre las cuales se basaba esa confianza: la voluntad del Señor (v. 19*a*), las oraciones de los santos (v. 19*a*), la provisión del Espíritu (v. 19*b*), la esperanza de Cristo (v. 20*a*), y el plan de Dios (vv. 20*b*-21).

### CONFIANZA EN LA VOLUNTAD DEL SEÑOR

**Porque sé que… esto resultará en mi liberación,** (1:19*a*, *d*)

Oida (sé) significa saber algo con certeza. Pablo estaba convencido de que el sufrimiento que experimentaba tanto por obra de incrédulos como de creyentes también **[resultaría] en [su] liberación**. Él cita directamente de la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento), la respuesta de Job a Zofar: “Y él mismo será mi salvación” (Job 13:16). Job entendía sin equivocación que su terrible sufrimiento no era un castigo de Dios por el pecado. Al igual que Job, Pablo creía plenamente que Dios lo libraría un día, tanto de sus aflicciones físicas como de las falsas acusaciones de quienes persistían en el error de creer que su sufrimiento era fruto de la iniquidad.

Pocos años antes, Pablo había escrito esta aseveración a los creyentes en Roma: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28), y ahora vivía en carne propia esa maravillosa verdad. Él sabía que su conciencia estaba tranquila (cp. Hch. 23:1; 24:16; 2 Co. 1:12; 1 Ti. 1:5; 3:9; 2 Ti. 1:3), que no había sido castigado por Dios, y estaba convencido de que sus sufrimientos presentes “[le ayudarían] a bien”.

**Liberación** viene de sōtēria, que suele traducirse “salvación”. Algunos comentaristas creen por tanto que Pablo se refería a su **liberación** del pecado y la muerte por medio de su fe en Jesucristo. En ese caso, la idea sería que estaba confiado en su seguridad eterna. Otros consideran que esta **liberación** se refiere a su defensa ante el César y la consiguiente **liberación** de prisión y de ser ejecutado. Sin embargo, la principal **liberación** de la que habla no podía referirse a la ejecución, porque en el versículo 20 él menciona su expectativa “o por vida o por muerte”.

En cualquier caso, Pablo sabía que sus circunstancias presentes eran pasajeras. De alguna manera, "o por vida o por muerte", sería librado de ellas. Los versículos 21-25 revelan su esperanza segura de que viviría. Su salvación se perfeccionaría con su llegada a la presencia del Señor (v. 23). De nuevo podía declarar como Job: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios" (Job 19:25-26).

CONFIANZA EN LAS ORACIONES DE LOS SANTOS

**por vuestra oración** (1:19*b*)

Pablo creía en la soberanía ilimitada de Dios, y confiaba absolutamente en el cumplimiento de la Palabra de Dios y de su propósito. También sabía que el plan soberano de Dios incluye la **oración** de su pueblo. Él agradecía en especial la **oración** de la amada congregación filipense, a la que expresaba sus más hondas convicciones y anhelos personales.

El apóstol sabía que "la oración eficaz del justo puede mucho" (Stg. 5:16), y por eso no solo oraba con diligencia, sino que también animaba sin cesar a otros creyentes a orar igualmente. Años antes, al enfrentar dificultades, él le había solicitado a la iglesia en Corinto orar por él:

> *Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación… Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos librará, de tan gran muerte; cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos (2 Co. 1:5, 8-11).*

Antes de visitar la iglesia en Roma, Pablo dijo: "Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios" (Ro. 15:30). Durante el mismo cautiverio desde donde escribió Filipenses, él exhortó a los efesios: "orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio" (Ef. 6:18-19). A los tesalonicenses pidió: "Hermanos, orad por nosotros" (1 Ts. 5:25); y más adelante: "Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros" (2 Ts. 3:1).

Nada resulta más alentador para quienes ejercen el ministerio que saber que otros creyentes los presentan en oración ante el Señor.

CONFIANZA EN LA PROVISIÓN DEL ESPÍRITU

**y la suministración del Espíritu de Jesucristo,** (1:19*c*)

La Palabra de Dios, las oraciones de los santos, y el poder del **Espíritu** obran siempre unidos por el bien de los siervos de Dios. Jesús prometió: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:16-17; cp. 15:26; Mr. 13:11; Lc. 12:12; Ro. 8:9). Sin embargo, parece que en este caso Pablo no se refería tanto al don del **Espíritu** que Cristo concede a los creyentes en el momento de la conversión, sino a la **suministración** del poder divino y la protección del Espíritu después de recibir la salvación.

Epichorēgia (**suministración**) describe una provisión plena, abundante y suficiente de lo que se necesita. El **Espíritu** Santo ofrece todos los recursos para cada necesidad del creyente. Él provee dirección cuando los creyentes no saben qué decir. "Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mt. 10:19-20). El **Espíritu** ayuda a los creyentes a orar. Si son débiles, la Palabra dice: "pues qué hemos pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Ro. 8:26). El **Espíritu** es la fuente de poder: "pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo", prometió Jesús antes de su ascensión, "y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hch. 1:8). A los efesios Pablo escribió que el Señor "es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros" (Ef. 3:20). Más tarde, dijo en Filipenses: "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Fil. 4:19). El **Espíritu** produce en la vida del creyente una abundante cosecha de fruto espiritual: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,

mansedumbre, templanza” (Gá. 5:22-23).

CONFIANZA EN LA ESPERANZA DE CRISTO

**conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo,** (1:20*a*)

La idea implícita es que el **anhelo** y la **esperanza** viva de Pablo se fundaban en la promesa del Señor, no en las ilusiones del apóstol. Apokaradokia (**anhelo**) es una palabra compuesta que se refiere literalmente a estirar el cuello. Con frecuencia se empleaba en sentido figurado para hablar de un anhelo intenso o expectativa, y el sinónimo **esperanza** refuerza dicha connotación. Pablo estaba seguro de que, a los ojos de Dios, **nunca [sería] avergonzado**, ni ante el César, ni ante el mundo, ni ante la iglesia. Al final sería recompensado. Él manifestó una confianza semejante a los corintios: “Porque aunque me gloríe algo más todavía de nuestra autoridad, la cual el Señor nos dio para edificación y no para vuestra destrucción, no me avergonzaré” (2 Co. 10:8).

Pablo expresó su gozo supremo al escribir que **como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo**. Con pleno conocimiento de que el cuerpo del creyente es “templo del Espíritu Santo” (1 Co. 6:19), él había presentado su cuerpo como “sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que [era su] culto racional” (Ro. 12:1). Él llevaba en su propio cuerpo “la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se [manifestara en su cuerpo]” (2 Co. 4:10). **Como siempre**, aún en situaciones adversas, Pablo era un instrumento para glorificar a su Señor con su obediencia fiel y santa. Él se gozó en gran manera al saber que gracias a su fidelidad, podía dar testimonio de que las iglesias de Judea (y en todo el imperio) “glorificaban a Dios en mí” (Gá. 1:24).

## CONFIANZA EN EL PLAN DE DIOS

**o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.** (1:20*b*-21)

Pablo no sabía con certeza cuál era el plan de Dios para él, si servirle y glorificarle aún con su **vida** y ministerio, o con la exaltación final en **muerte**. De cualquier forma, se haría la voluntad del Señor. Su plan se consumaría.

A los ancianos de Éfeso, que lo encontraron en la playa cerca de Mileto, Pablo dijo claramente: “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24). Poco después dijo a los creyentes en Cesarea que estaban angustiados por la profecía de Agabo del inminente arresto de Pablo: “¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch. 21:13). Él les recordó a los creyentes en Roma “ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Ro. 14:7-9). Viviera o muriera, el apóstol podía afirmar las mismas palabras que dirige a Timoteo pocos años después: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Ti. 4:6-7). De cualquier modo, él saldría victorioso y Cristo sería glorificado.

La frase del griego traducida **el vivir es Cristo, y el morir es ganancia** no tiene verbo. En sentido literal, diría “vivir Cristo, morir ganancia”. Pablo sabía que **vivir es Cristo**, pues mientras viviera seguiría sirviéndole. También sabía que **morir** sería **ganancia**, porque así estaría en la presencia de Dios, donde podría adorarlo y servirle en perfección santa (cp. v. 23). Pablo entendía muy bien que la riqueza, el poder, la influencia, las posesiones, el prestigio, la posición social, la salud, el éxito profesional o económico, y todo lo demás eran cosas pasajeras. Muchos reconocían esa verdad, pero pocos vivían como si fuera cierta. Pocos pueden decir con la misma franqueza absoluta de Pablo **para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia**.

La vida entera del apóstol estaba rendida a su Señor y Salvador Jesucristo. Él confiaba, amaba, servía, testificaba, y en todo se consagraba y dependía de Él. Su única esperanza, su único propósito, la sola razón para **vivir** era **Cristo**. Él viajó por **Cristo**, predicó por **Cristo**, y fue perseguido y encarcelado por **Cristo**. Al final, moriría por **Cristo**. Pero incluso la muerte, por la prodigiosa gracia de Dios, era en definitiva **ganancia** eterna para Pablo.

## A PESAR DE ESTAR EN LA CARNE, CON TAL QUE SEA PARA EL PROVECHO DE LA IGLESIA

**Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún**

**permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros.** (1:22-26)

Adoniram Judson fue el primer misionero extranjero enviado desde América. A principios del siglo XIX, él y su primera esposa viajaron a la India y, poco después, a Burma, donde trabajó por casi cuatro décadas. Después de catorce años, tenía un puñado de convertidos y había logrado escribir una gramática del burmés. Durante ese tiempo padeció un terrible cautiverio que duró año y medio, y perdió a su esposa e hijos por enfermedad. Al igual que Pablo, anhelaba estar con el Señor, y como él, pensaba que su servicio a Cristo revestía una importancia infinita frente a sus aspiraciones personales. Por tanto, oró para que Dios le permitiera vivir lo suficiente para traducir la Biblia entera al burmés y fundar allí una iglesia con al menos cien creyentes. El Señor le concedió su petición, y también le permitió compilar diccionarios bilingües de burmés e inglés, los cuales se convirtieron en herramientas de gran valor para los obreros cristianos que le siguieron, tanto extranjeros como burmeses. Él escribió: "Si no hubiera tenido la certeza de que cada prueba era dispuesta por un amor y una misericordia infinitos, no habría podido superar mis innumerables padecimientos".

Parte de la grandeza espiritual radica en conocer a Cristo de manera íntima y anhelar estar con Él. Sin embargo, la excelencia espiritual también significa el compromiso total con el progreso del reino y el servicio a Cristo en la tierra. Cada creyente experimenta dicho conflicto. Es evidente que Pablo no estaba exento de esa disyuntiva, la cual expresó con tanta gracia y vehemencia en los versículos 22-26. Él anhelaba estar con el Señor, pero si era la voluntad de Dios **quedar en la carne**, se gozaba. Él sabía que eso representaría un **beneficio de la obra** para la gloria de Dios. **La carne** no se refiere aquí al centro de la pecaminosidad, como en otros pasajes (cp. Ro. 6:19; 7:5, 18; 8:5; 2 Co. 7:1; 10:2; Gá. 3:3), sino a la vida física (cp. Ro. 1:3; 9:3; 1 Co. 6:16; 2 Co. 10:3; Gá. 2:20; 1 P. 4:1-2).

**La obra** es la del Señor, la que siempre bendice el Espíritu Santo. Cuando "la palabra verdadera del evangelio" es anunciada con fidelidad, "lleva fruto y crece también" (Col. 1:5-6; cp. Fil. 1:15-18). Por supuesto, Pablo no habla de buenas obras por medio de las cuales las personas aspiren en vano salvarse. Todas las obras humanas son incapaces de salvar, y en realidad invalidan la obra redentora de Cristo (Ro. 3:20-22, 28; 4:1-5; Gá. 2:16-21; Ef. 2:7-9). Él habla más bien de **la obra** impulsada por el Espíritu, buenas obras para las cuales fuimos "creados en Cristo Jesús… las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10). Es el fruto de "Dios… que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:13). El fruto espiritual demuestra los motivos que dirige y confiere el Espíritu, y la conducta basada en el fundamento que es Jesucristo (1 Co. 3:11). Puede dividirse en varias categorías. El fruto del carácter comprende el "fruto del Espíritu" (Gá. 5:22-23), el fruto de los hechos que son las buenas obras (cp. Fil. 1:11), y por último, el fruto que incluye también a los convertidos (cp. Ro. 1:13).

Pablo enfrentaba un dilema sobre su vida y muerte, al confesar **no sé entonces qué escoger**. Gnōrizō (**sé**) se emplea en veintisiete ocasiones en el Nuevo Testamento, sobre todo por Pablo. Significa revelar algo que era desconocido, de parte del Señor a los hombres (como en Lc. 2:15; Jn. 15:15; Ro. 9:22-23) o de los hombres hacia otros (como en Hch. 7:13; 2 Co. 8:1; Ef. 6:19, 21). Al parecer, Pablo explicaba que aún **no** había decidido **qué escoger**, ya que el Señor aún no se lo había revelado. Al no estar seguro de la voluntad del Señor en el asunto, tampoco lo estaba de la suya propia.

No es que Pablo se resistiera a la voluntad del Señor o quisiera estar en el cielo mientras Él quería la permanencia del apóstol en su ministerio terrenal. Él quería llevar a cabo ambas cosas, y los dos anhelos eran igualmente válidos e intensos. Es como la disyuntiva de una esposa cuyo marido ha trabajado lejos de casa por muchos meses y le pide visitarlo durante un tiempo. Aunque ella lo ama entrañablemente y anhela estar con él, también ama a sus hijos y quiere estar con ellos.

En consecuencia, Pablo dice: **Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho**. El sentido literal de sunechō (**puesto en estrecho**) es "mantenerse juntos". Se usaba con frecuencia para describir el hecho de estar restringido por ambos lados, como si se caminara por un desfiladero estrecho. Lucas empleó el término para referirse a la multitud en Galilea que "aprieta y oprime" a Jesús (Lc. 8:45), y en la advertencia del Señor: "Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán" (Lc. 19:43).

Por otro lado, Pablo explicó que tenía el **deseo de partir y estar con Cristo**. **Partir** viene de analuō, que significa "soltar", como un barco que se desata de sus amarras cuando está listo para zarpar. En ocasiones, la palabra se usaba para describir a un prisionero que era liberado de sus cadenas, de un animal liberado de su carga, o de un destacamento militar que deja su campamento y reanuda la marcha. Pablo aludía a la última ilustración en 2 Corintios 5:1: "Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos". Para los cristianos, la muerte no es más que dejar su campamento terrenal provisional para mudarse a su hogar eterno en los cielos. El sustantivo afín analusis, se empleaba con frecuencia como un eufemismo para muerte, idea que tenía Pablo en mente en este pasaje. En su segunda carta a Timoteo pocos años después, le dijo a su amado hijo en la fe: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida [analusis] está cercano" (2 Ti. 4:6).

Filipenses 1:23 desmiente la falsa doctrina del “sueño del alma”, la cual enseña que los muertos existen en un estado de inconsciencia hasta su resurrección. Cuando los creyentes mueren, lo hacen para **partir** de inmediato y **estar con Cristo**, como le ocurrió al ladrón arrepentido en la cruz, a quien Jesús dijo: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43; cp. 2 Co. 5:8). La aparición de Moisés y de Elías en la transfiguración (Mt. 17:3) y los creyentes de la tribulación que gozaban de plena conciencia (Ap. 6:9-11) también refutan la idea del sueño del alma. El Nuevo Testamento habla del sueño como metáfora de la muerte. Esteban “invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió” (Hch. 7:59-60; cp. Jn. 11:11-14; 1 Co. 11:30; 15:20, 51; 1 Ts. 4:13-15; 5:10).

La esperanza suprema del creyente es **estar con Cristo** por toda la eternidad, y **partir** para estar con Él es el comienzo de esa maravillosa experiencia. **Mucho mejor** traduce un giro del comparativo en griego que expresa el mayor adjetivo superlativo posible. Por consiguiente, en lo que respecta al gozo y deleite personal del creyente, es evidente que ir al cielo es **mucho mejor** que permanecer en la tierra.

Como Pablo, todos los creyentes deberían preferir “estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Co. 5:8). Así quedarán libres del sufrimiento, las penas y los padecimientos de esta vida, y entrarán en la presencia gloriosa del Señor. Allí gozarán de la maravillosa libertad de la gloria y la justicia eternas, y

> *le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos (Ap. 7:15-17).*

Los creyentes ya no tendrán que andar por fe sino por vista (cp. 2 Co. 5:7). Ya no verán a Dios a través de un “espejo, oscuramente… mas… cara a cara”, no conocerán “en parte… [sino] como [fueron conocidos]” (1 Co. 13:12; cp. 1 Co. 8:3). Puesto que son “hijos de Dios… [ellos serán] semejantes a Él, porque [lo verán] tal como Él es” (1 Jn. 3:2). Sentirán la misma confianza de Job: “Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:26-27; cp. Sal. 16:10-11; 17:15; 49:15).

Sin embargo, el anhelo de Pablo por el cielo no era su único interés. A los corintios escribió: “Por tanto procuramos también, o ausentes [en el cielo con Cristo] o presentes [sirviéndole en la tierra], serle agradables” (2 Co. 5:9). Por eso dijo a los filipenses: **pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros**. Mientras el Señor dispusiera una obra para él sobre la tierra, es allí donde Pablo quería estar. El apóstol puso en práctica la misma exhortación que escribió a los creyentes en Corinto: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58). Aunque sobre él se agolpaba cada día “la preocupación por todas las iglesias” (2 Co. 11:28), no consideraba esa responsabilidad como una carga que debiera aligerarse, sino una oportunidad gozosa de servir al Señor a través del servicio a los hermanos.

Más adelante, en su epístola, Pablo hizo un llamado de atención a los filipenses: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (2:3-4). Ellos debían tener

> *este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (vv. 5-8).*

El hecho de que ellos siguieran el ejemplo de Cristo “sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (v. 2), completaba el gozo de Pablo. Debido a que el apóstol consideraba que los creyentes filipenses eran mejores que él, podía decirles: **pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros**. Pablo pospondría con gozo sus bendiciones celestiales para seguir su servicio a los santos en la tierra.

**Confiado en** esta obligación de terminar su obra terrenal, Pablo les dice con seguridad: **sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros**. El apóstol sabía que los filipenses todavía lo necesitaban. No que él se considerara indispensable, sino más bien estaba **confiado** en que su ministerio para con ellos aún estaba incompleto. Puesto que acababa de manifestar su incertidumbre acerca de si viviría o moriría (1:22-24), parece que esta convicción es más algo personal que una revelación divina. Si Dios le hubiera dicho que no moriría hasta terminar la obra en la iglesia filipense, su vida o muerte no habrían sido tema de discusión.

Pablo estaba **confiado** en que la iglesia todavía requería su instrucción y liderazgo. A pesar de su madurez, amor, y

espíritu manso, los filipenses debían ser un ejemplo más elevado de la humildad del Señor (2:1-8). Debían cuidarse de los falsos maestros (3:2), observar y seguir el ejemplo de Pablo, y resistir a los "enemigos de la cruz de Cristo" (3:17-18). Por lo menos dos miembros de la congregación debían aprender a ser "de un mismo sentir en el Señor" (4:2-3). Tal vez muchos estaban ansiosos y necesitaban escuchar estas palabras: "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (4:6). Además de lo anterior, necesitaban pensar de continuo en "todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre" (4:8).

Pablo esperaba **quedar y permanecer con** los filipenses para alentar **su provecho y gozo de la fe**. Antes se había referido en términos generales al "progreso del evangelio" (1:12). Aquí emplea la misma palabra (prokopē) para hablar del **provecho** de los creyentes filipenses en particular, primero en su **gozo** y luego en la **fe**. Como se vio en el comentario del versículo 1:12, prokopē encierra la idea de avanzar en medio de obstáculos, de enfrentar una resistencia permanente. Cuando Pablo y Bernabé "volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe", les dijeron: "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hch. 14:21-22). Aunque el **provecho… de la fe** no ocurre sin pagar un precio, siempre está acompañado por el gozo.

**Para que** es la traducción de hina, que, al usarse con un verbo subjuntivo, forma una cláusula de propósito. Si Pablo continuaba sirviendo a la iglesia filipense sería con el propósito de que estando **confiado… abunde la gloria [de él] en Cristo Jesús por [su] presencia otra vez entre** ellos. En el texto griego, la frase **en Cristo Jesús** antecede la expresión **de mí**, y ese es el orden que debió tener Pablo en mente, cuya idea es: "para que su confianza abunde en Jesucristo, ya que Él se manifiesta en mí". Luego aclara en el capítulo 3 de Filipenses que, a pesar de sus impecables credenciales religiosas (vv. 4-6),

> *cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (vv. 7-9).*

Luego prosigue con una confesión: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante" (vv. 12-13).

Pablo les había advertido a los corintios: "Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (1 Co. 3:21-23). Por tanto, era la obra de **Cristo Jesús** en él que haría abundar la confianza de los creyentes filipenses.

Ninguna circunstancia, de la gravedad que fuera, podía robarle el gozo a Pablo. Nada podía menoscabar su entusiasmo por el ministerio. Nada podía impedirle crecer "en la obra del Señor siempre, [porque sabía] que [su] trabajo en el Señor no [era] en vano" (1 Co. 15:58).

# 6. Un comportamiento digno de la iglesia

**Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios. Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él, teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí, y ahora oís que hay en mí**. (1:27-30)

Pablo tenía un amor, una estima y un respeto especiales hacia la iglesia en Filipos. Era una de las iglesias más maduras que describe el Nuevo Testamento. Con todo, sus miembros adolecían de unos cuantos problemas, algunos de los cuales podían ser graves. Al igual que toda iglesia de todos los tiempos, debían cuidarse de los falsos maestros (3:2) y expulsar de la congregación a quienes fueran "enemigos de la cruz de Cristo" (3:17-18). El apóstol sabía que hasta las iglesias fieles podían caer fácilmente en la indiferencia y terminar en el error doctrinal.

En 1:27-30 Pablo se aparta de su enfoque autobiográfico en la primera parte de la epístola, y se centra en la congregación filipense. Anima a los filipenses a mantener su compromiso espiritual, a perseverar en un comportamiento acorde con el poder del evangelio. Los llama a examinar con atención sus corazones para determinar si viven en integridad espiritual. Claro que dicho llamado le atañe a todo seguidor de Jesucristo, en toda época y lugar.

Puesto que él consideraba necesaria su presencia para el bienestar espiritual de ellos, Pablo expresó así su confianza de que el Señor se lo concedería: "Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros" (1:25-26). Pero sin importar lo que pudiera ocurrirle, imploró: **Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo… sea que vaya a veros, o que esté ausente.** Lo que en realidad importaba era su conducta santa y consecuente. Monon (**solamente**) se emplea al principio de la frase en el texto griego para resaltar la idea. Ante todo, Pablo quería que sus vidas fueran un reflejo digno del **evangelio de Cristo**. Es cierto que de manera implícita el apóstol insiste en esto a lo largo de la carta, y de manera explícita en el capítulo siguiente, donde los exhorta: "para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado" (2:15-16).

Politeuomai (**comportéis**) es el verbo central de los versículos 27-30, que en el griego forman una sola frase. Su raíz es la palabra polis (ciudad), que en tiempos antiguos solía emplearse para hablar de las ciudades-estados a los cuales sus habitantes debían lealtad. El verbo encierra el significado básico de ser ciudadano. Claro que de manera indirecta significa ser un buen ciudadano, uno cuya conducta dignifique la comunidad política a la cual pertence.

Filipos se distinguía por ser una colonia romana (Hch. 16:12), una condición privilegiada que les permitía a sus habitantes gozar de muchos derechos que eran propios de los ciudadanos de Roma. Dichas colonias se consideraban a sí mismas como "pequeñas Romas" y se jactaban de tal alianza. Rendían lealtad incondicional a Roma y al emperador, usaban los atuendos y nombres romanos, y hablaban latín, el idioma oficial de Roma.

La sociedad romana, al igual que la griega que la precedió, se preocupaba en extremo por la vida comunitaria. El individuo era un subordinado del estado, y sus habilidades, fuerza, talentos, y esfuerzos debían consagrarse primero a los intereses de la sociedad en su conjunto. No se trataba de una sujeción forzada, como sucede en los estados totalitarios modernos, sino que se basaba en un sentido de interdependencia voluntaria de la cual se enorgullecían los ciudadanos. Un ciudadano responsable trataba de no hacer nada que desprestigiara su polis. También procuraba siempre ser considerado como un ciudadano honorable, para nunca ser borrado de la lista de ciudadanos.

Es posible que Pablo haya tenido en mente este sentido de consagración al usar el término politeuomai (**comportarse**). Si los ciudadanos de Filipos mostraban tal celo para honrar a su reino terrenal, ¿cuánto más debían los creyentes consagrarse al reino de **Cristo** (cp. Col. 1:12-13)? Por consiguiente, Pablo les encomendó comportarse **como es digno del evangelio de Cristo**, vivir como fieles ciudadanos del cielo (cp. 3:20). La iglesia, aunque imperfecta y transitoria, es la manifestación terrenal del reino celestial perfecto y eterno en esta era (cp. Col. 1:13). Comportarse como es digno del cielo significa ser "irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo" (2:15).

Vivir **como es digno del evangelio de Cristo** es vivir de manera consecuente con la Palabra de Dios revelada. Eso implica llevar una vida acorde con la verdad divina que los cristianos profesan creer, predicar, enseñar, y defender. En otras palabras, significa vivir con integridad en cada aspecto de la existencia. Este mandato aparece en otros pasajes del Nuevo Testamento, que exhortan a andar "como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (Ef. 4:1), "como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios" (Col. 1:10), y "como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria" (1 Ts. 2:12; cp. 4:1). Esto significa mostrarse "fieles en todo, para que en todo [los creyentes] adornen la doctrina de Dios [su] Salvador" (Tit. 2:10), demostrando una "santa y piadosa manera de vivir", y procurando "con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles" (2 P. 3:11, 14).

El mayor testimonio de la iglesia ante el mundo es la integridad espiritual. Cuando los cristianos viven por debajo de las normas bíblicas de la moral y la reverencia a su Señor, comprometen toda la verdad bíblica en lo que respecta al carácter, el plan y la voluntad de Dios. De esa manera, debilitan seriamente la credibilidad del evangelio y su capacidad de influir en el mundo. El pueblo de Dios ha estado siempre en enemistad con el mundo, porque el mundo está en enemistad con Dios (Ro. 1:28; 5:10; Ef. 2:3; Col. 1:21). Sin embargo, difícilmente se podría esperar que el mundo abrace una fe cuyos defensores imiten tan poco sus normas de santidad y sean incapaces de demostrar el poder transformador de Cristo.

Cuando el incrédulo observa a la iglesia y no ve santidad, pureza y virtud, pareciera no existir una razón para creer en el evangelio que profesa esta iglesia. Cuando los pastores cometen pecados escandalosos y luego son reubicados en posiciones de liderazgo en la iglesia, o cuando los miembros de la congregación mienten, roban, engañan, murmuran y pelean; y cuando a las congregaciones poco parece importarles el pecado y la hipocresía en sus filas, el mundo rechaza con razón sus pretensiones de amor y servicio a Dios. Además, el nombre de Cristo es manchado y deshonrado.

El **evangelio** es la buena nueva de salvación por medio de Jesucristo. Es la verdad de "que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras" (1 Co. 15:3-4). Es el mensaje que Pablo describe como "poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego" (Ro. 1:16). La idea aquí es que quienes pertenecen a **Cristo** en virtud de la fe salvadora en su **evangelio**, deben demostrar ese poder a través de sus vidas transformadas (cp. 2 Co. 5:17).

Pablo acababa de expresar su esperanza gozosa de volver a visitar Filipos (1:25-26), pero esa no era su principal inquietud. Él comprendió que era inevitable, al igual que en el caso de la iglesia en Éfeso, que los filipenses experimentaran la amenaza de "lobos rapaces" y que, de ellos mismos, se levantarían falsos maestros, "hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hch. 20:29-30). Él entendió que, a pesar de la madurez espiritual que prevalecía en la congregación, algunos miembros evidenciarían la ausencia de fe salvadora en ellos al abandonar a Cristo por un evangelio diferente. Otros, que habían sido salvos por el poder del Espíritu Santo, caerían en la trampa legalista de confiar en sus propios logros carnales para alcanzar su santificación (Gá. 1:6; 3:3). Tanto si Pablo visitara a su amada iglesia en Filipos como si no, ellos debían rendirle cuentas a **Cristo**, no a él. Ni él ni nadie más era la fuente de fortaleza espiritual para ellos. Por consiguiente, él los llamaba, **sea que [fuera a verlos], o que [estuviera] ausente**, a confiar en el Señor y a vivir como es digno de Él.

En los versículos siguientes, el apóstol presenta cuatro cualidades de los creyentes que viven como es digno de Cristo, a saber: estar firmes (v. 27*b*), estar en unidad (v. 27*c*), combatir unánimes por la fe del evangelio (vv. 27*d*-28), y sufrir por Cristo (vv. 29-30).

## ESTAR FIRMES

**oiga de vosotros que estáis firmes** (1:27*b*)

**Estáis firmes** traduce un solo verbo griego, stēkō, que se refiere a mantenerse firme y constante sin importar el peligro o la oposición (el v. 28 también recalca la fortaleza en medio de la oposición). La palabra se empleaba para referirse a un soldado que defendía su posición a toda costa, hasta el punto de sacrificar su vida. En sentido figurado, alude a mantenerse firme en una creencia, convicción, o principio sin transigir y sin importar el costo personal que eso demande. Esta amonestación incluye el hecho de permanecer firmes en la verdad bíblica y la vida santa.

Estar **firmes** tiene dos facetas, una positiva y una negativa. Es tomar partido por Dios y contra Satanás, por la verdad y contra la falsedad, por la justicia y contra el pecado. Al emplear más adelante la forma imperativa del mismo verbo, Pablo exhorta de manera similar en la carta: "Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados" (4:1). En Romanos usa el término para describir la capacidad que le da el Señor a su pueblo para permanecer firme (Ro. 14:4). En otras cartas él amonesta a los creyentes con estas palabras: "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos" (1 Co. 16:13; cp. 1 Ts. 3:8; 2 Ts. 2:15), "estad, pues, firmes en la libertad… y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud" (Gá. 5:1). En Efesios emplea dos veces un verbo relacionado en este llamado a los creyentes: "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del

diablo… y habiendo acabado todo, estar firmes" (Ef. 6:11, 13). Solo con la armadura de Dios los creyentes pueden mantenerse firmes, porque no luchan "contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12).

Pablo no le temía a las burlas, las privaciones, el sufrimiento o la muerte. Sus convicciones eran firmes y constantes, así que él no transigía con la verdad divina. En esto era inconmovible. Su único temor era llegar a ser apartado del ministerio. Sin importar cuán sana era su doctrina, Pablo comprendió que el riesgo de ser descalificado existía en gran medida en el mal uso de su cuerpo. Por eso declaró con resolución: "golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre" (1 Co. 9:27). El principal uso inadecuado del cuerpo que tenía Pablo en mente, si no el único, era la inmoralidad sexual. Con la mayor solemnidad dijo:

> *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios (1 Co. 6:15-20).*

Las exigencias del Nuevo Testamento para ejercer el liderazgo en la iglesia son elevadas, ya que los líderes deben establecer la norma según la cual todos los creyentes han de vivir. En su primera carta a Timoteo, Pablo escribió: "Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia. Y éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprensibles… Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas" (1 Ti. 3:8-10, 12).

Los requisitos para los ancianos se explican claramente:

> *Pero es necesario que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?); no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo. También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo (1 Ti. 3:2-7; cp. Tit. 1:5-9).*

Cabe observar que en estos pasajes que enumeran los requisitos para los líderes de la iglesia Pablo menciona en tres ocasiones que deben ser irreprensibles (1 Ti. 3:2; 10; Tit. 1:6). La firmeza de ellos en la fe y en la santidad establece el ejemplo que toda la iglesia debe seguir (cp. He. 13:7).

## ESTAR EN UNIDAD

**en un mismo espíritu… unánimes** (1:27*c*)

Además de estar firmes en la fe, los cristianos deben también vivir en unidad, participar de las convicciones y responsabilidades **en un mismo espíritu… unánimes**.

Muchos intérpretes han argumentado que la frase debería leerse **en un Espíritu**, en este caso el Espíritu Santo. Es evidente que Pablo se refiere al Espíritu Santo cuando dice que "por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo… y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1 Co. 12:13). Lo mismo es cierto cuando dice que por medio de Cristo "los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre", y les manda a los creyentes a ser "solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" porque hay "un cuerpo, y un Espíritu,… un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos" (Ef. 2:18; 4:3-6). Sin embargo, el contexto de este pasaje, que se centra en las actitudes del cristiano, parece indicar que habla del **espíritu** del creyente.

Psuchē (mente) se traduce por lo general como "alma". En este caso parece más apropiado utilizar el término *mente*, porque como vimos, Pablo habla de actitudes y puntos de vista personales. **Un espíritu… unánimes**, se refiere a la experiencia de unidad, armonía, e interdependencia. Desde sus comienzos la iglesia era de **un solo espíritu** y todos vivían **unánimes**. Pocos días después de Pentecostés,

*Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón (Hch. 2:44-46; cp. 4:32).*

Antes en su carta, Pablo alaba a los filipenses por su "comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora" (1:5), y luego les exhorta: "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa" (2:1-2). Más adelante, también insta a "Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor" (4:2), al tiempo que expresaba gran estima por esas dos mujeres que "combatieron juntamente [con él] en el evangelio" (v. 3).

La unidad de su Iglesia era uno de los mayores anhelos de Jesús. En la última cena les dijo a sus discípulos: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:34-35). Poco después, en su oración como sumo Sacerdote, pidió que todos los que creyeran en Él "sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (17:21-22). La respuesta a esta asombrosa petición es la unidad espiritual que existe en el Cuerpo de Cristo. Los creyentes comparten la vida eterna que Dios les ha dado en el nuevo nacimiento, de modo que son uno con el Señor y con los otros (cp. 1 Co. 10:16-17).

Pablo deseaba ver el cumplimiento práctico de esa verdadera unidad espiritual en el ministerio y el cuidado amoroso. La unidad de la iglesia manifiesta en la vida práctica era también uno de los mayores anhelos de Pablo. A los creyentes en Roma les recordó: "Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros… Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes" (Ro. 12:4-5, 16). Le rogó a la partidista iglesia en Corinto: "Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer" (1 Co. 1:10).

En los conflictos eclesiales no siempre se presentan pecados tan notorios como el adulterio, el robo, la mentira o la calumnia. Con frecuencia se originan por pecados "menores" como guardar rencor por asuntos insignificantes, crítica injusta, amargura, queja e incredulidad. En ocasiones surge la falta de armonía y ni siquiera puede identificarse la causa ni inculparse a una persona, asunto o incidente. El enemigo de la iglesia triunfa cuando el pueblo de Dios usa "la libertad como ocasión para la carne", y olvida servir "por amor los unos a los otros". En lugar de eso, empiezan a "[morderse] y [comerse] unos a otros", incluso hasta el punto de "[consumirse] unos a otros" (Gá. 5:13, 15). La única solución es "[andar] en el Espíritu, y no [satisfacer así] los deseos de la carne" (v. 16). Ser "benignos unos con otros, misericordiosos, [perdonarse] unos a otros, como Dios también [nos] perdonó… en Cristo" (Ef. 4:32) demanda un esfuerzo especial.

Pablo tuvo que enfrentar de continuo divisiones en la iglesia entre judíos y gentiles, esclavos y libres, y hombres y mujeres. Como respuesta a esos asuntos, él declaró que en Cristo "no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gá. 3:28). En otra ocasión, refiriéndose a judíos y gentiles, les recordó a los efesios: "Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación" (Ef. 2:13-14; cp. vv. 18-22). "Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él" (1 Co. 6:17; 2 Co. 12:18), y por lo tanto está llamado a ser uno en espíritu y mente con todo aquel que le pertenece a Él.

Pablo presenta la clave de la verdadera unidad en la iglesia al escribir: "sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (Fil. 2:2-4). En otras palabras, dice en seguida: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (v. 5).

## COMBATIR

**combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios.** (1:27*d*-28)

Una tercera característica de una vida digna de Cristo es estar **combatiendo unánimes** como cristianos. Sunathleō (**combatiendo unánimes**) es una palabra griega compuesta por la preposición sun (con) y el sustantivo athleō, que significa competir en un torneo, especialmente en un deporte como la lucha. De este término se derivan las palabras

atleta y atletismo. Al escribirle a Timoteo, Pablo usó dos veces el verbo en sentido literal a manera de analogía espiritual. Dijo: “Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente” (2 Ti. 2:5).

En este pasaje, **combatiendo unánimes** es sin duda la idea que Pablo tenía en mente, más que pelear o competir contra alguien o algo, como podría también traducirse. Él pone de relieve la actitud de sacrificar el bienestar propio para promover el de otros, no la de aprovecharse de otro para el bien personal. La idea de combatir contra algo está implícita, pero solo teniendo en cuenta que la iglesia debe también estar **combatiendo unánime** contra el pecado y contra su enemigo común, Satanás y sus huestes de demonios.

Pablo subraya aquí la relación constructiva de los creyentes entre sí. En más de una ocasión, un equipo deportivo compuesto por muchos miembros destacados ha fracasado en una competición debido a que la mayoría de ellos se preocupaban más por su propio éxito que por el del equipo. Un equipo menos talentoso puede ganar muchas veces al competir contra uno que lo supera, porque el equipo débil trabaja y funciona bien unido para alcanzar un objetivo común. A un jugador con enorme talento lo pueden dejar fuera de la competición e incluso sacar del equipo, porque a pesar de su gran capacidad individual, perjudica al equipo en vez de ayudarlo. **Combatir unánimes** en la iglesia significa jugar como un equipo para la extensión de la verdad divina.

Cualquier unidad verdadera debe tener un propósito. Tratar de alcanzar la unidad como un fin en sí mismo es un esfuerzo inútil, ya que debe existir la motivación y la visión de un objetivo y una causa común. La única verdadera unidad de la iglesia se basa en **la fe del evangelio**, que es la fe cristiana. En otros pasajes, Pablo la denomina “el evangelio de Cristo” (Gá. 1:7) y “el glorioso evangelio del Dios bendito”, que le ha sido encomendado a él y a Timoteo, al igual que a todos los creyentes (1 Ti. 1:11; 6:20; cp. Ro. 1:1; 2 Ti. 1:14; cp. 4:7). Judas se refiere a ella como “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3).

Como ya se observó, **combatir unánimes** no solo permite el avance de la fe del evangelio, sino que también frena cualquier oposición a él. La iglesia siempre ha enfrentado un mundo hostil. Parte de esa enemistad es evidente y directa, como la que viene de ateos, filósofos humanistas y otras religiones. Sin embargo, gran parte de la hostilidad es indirecta y sutil, y muchas veces resulta más peligrosa. Las falsas doctrinas han logrado entrar en iglesias que alguna vez fueron bíblicas y evangélicas. Quienes predican falsos evangelios, sin importar su forma, “tuercen… las Escrituras, para su propia perdición” (2 P. 3:16) y la de quienes caen en su engaño.

En ningún momento de la historia de la iglesia ha existido una mayor necesidad de discernimiento como en la actualidad. La iglesia necesita con suma urgencia atender la advertencia del Señor: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt. 7:15; cp. Hch. 20:28-30; Jud. 4). Los “vestidos de ovejas” son cualquier idea, principio o práctica impía que se disfraza con terminología cristiana. A menos que se examinen en profundidad, esas doctrinas de demonios parecen bíblicas. Al igual que Timoteo, los creyentes deben sin cesar y con atención “[guardar] lo que se [les] ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia’” (1 Ti. 6:20; cp. 2 Ti. 1:14).

En el sentido afirmativo, el otro objetivo de combatir juntos es proclamar **la fe del evangelio**. En Pentecostés, Pedro declaró: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch. 2:38). Al poco tiempo él testificó ante los líderes judíos de aquella ciudad:

> *sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hch. 4:10-12).*

Desde sus comienzos, las personas se han mofado del mensaje absoluto y claro de la predicación apostólica del evangelio. Para el mundo incrédulo, tales declaraciones son el gran escándalo del evangelio. Sin embargo, dichas verdades únicas y exclusivas son la esencia misma del evangelio. Jesús declaró: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6), y esa afirmación se confirma a lo largo del Nuevo Testamento.

Por desdicha, el evangelismo actual busca eliminar lo ofensivo que resulta predicar acerca del pecado y el arrepentimiento, la santidad y la humildad, en un esfuerzo por comunicar un mensaje más tolerable a la naturaleza humana caída y depravada. Un creciente número de iglesias omite de manera intencional los elementos bíblicos de la salvación y las exigencias del verdadero discipulado. De esa manera se trivializa el verdadero evangelio, el cual pierde toda su fuerza, y queda reducido al tamaño de esas falsificaciones que no son más que formas de entretenimiento y distracción.

En un esfuerzo por presentar el evangelio de manera más atractiva y aceptable, muchas iglesias ministran sin querer de

tal forma que de hecho falsean la Palabra misma de Dios que proclaman. Es alentador saber que la predicación expositiva con base bíblica, criterio razonado y sana doctrina ha vuelto a cobrar importancia. Sin embargo, la gran mayoría de servicios de adoración evangélicos, clases de escuela dominical (incluso de adultos), reuniones de jóvenes y otras actividades, están diseñadas principalmente para ofrecer una gratificación emocional a quienes asisten a ellas. La adoración centrada en Dios, reverente y cuidadosa, que está acompañada de una enseñanza formal y la exhortación y corrección basadas en la Palabra, es escasa.

Si bien muchos cristianos elogian a los grandes predicadores y teólogos del pasado como George Whitefield, Jonathan Edwards, o Charles Spurgeon, los miembros de las iglesias en su gran mayoría no tolerarían escuchar a alguno de estos hombres por más de unos cuantos minutos, ni qué decir horas (¡que es la duración de algunos de sus sermones!). Dirían que aquellos hombres fueron instrumentos maravillosos del Señor en su época, pero extremadamente alejados y ajenos a la situación actual de las personas.

Pablo animó a los creyentes filipenses a estar **en nada intimidados por los que se oponen**. **Intimidados** viene de pturō, un verbo que solo aparece aquí en el Nuevo Testamento. No significa necesariamente espanto, como sugieren algunas versiones. No obstante, sí se refiere a un afán temeroso y serio. Se usaba para describir a un caballo que saltaba de sorpresa con brusquedad y tumbaba al jinete, a veces por algo completamente inofensivo. Los cristianos de la época de Pablo, incluso los de Filipos, tenían muchas veces buenas razones desde el punto de vista humano para tener miedo de posibles apaleamientos, cautiverios y aun ejecuciones de parte de **los que se oponen** al evangelio. Otros enfrentaban ciertos opositores menos amenazantes: familiares, amigos y vecinos que se mofaban de ellos y los repudiaban. Sin embargo, por serio que fuera el conflicto, no debían sentirse **intimidados**, porque el hecho mismo de sufrir ataques por causa del evangelio demostraba que **los que se oponen** iban a la **perdición**. Para los creyentes, en cambio, era **indicio** de su **salvación** eterna. Ambas señales vienen **de Dios**. La primera marca el destino de los enemigos de Dios, la segunda de sus hijos. De manera similar, Pablo animó a los fieles tesalonicenses con estas palabras: “tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis”, y luego explicó: “Esto es demostración del justo juicio de Dios” (2 Ts. 1:4-5; cp. vv. 6-8).

**Indicio** viene de endeixis, que se refiere al hecho de presentar evidencias, o pruebas, de la veracidad de algo. En otras palabras, la misma animosidad de **los que se oponen** a los creyentes y al evangelio, constituía la doble evidencia que testificaba contra ellos y a favor de los creyentes.

En primer lugar, el **indicio** demuestra que los enemigos de Dios y su pueblo están bajo su juicio severo. Pablo alude al juicio como **perdición**, una referencia al castigo eterno, no a la destrucción total. Segunda de Tesalonicenses describe ese sufrimiento eterno en el infierno:

> *tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo (1:4-8).*

El Señor Jesucristo describió esta perdición en el infierno como el fuego y el tormento eternos (Mt. 25:30, 41). Como lo deja claro el Salmo 73, los malvados que al parecer prosperan y eluden el sufrimiento y el dolor están realmente en un estado lamentable y van a la destrucción.

En segundo lugar, este **indicio** demuestra la **salvación** de quienes padecen hostilidad **de los que se oponen** al evangelio. La persecución por causa de Cristo prueba que los creyentes le pertenecen a Él. Por eso, lejos de ser motivo de desánimo para los creyentes, debería serlo de confianza y gozo porque muestra que son salvos. Para Pablo era un honor traer “en [su] cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gá. 6:17; cp. Col. 1:24), es decir, haber padecido a manos de quienes odiaban a Cristo.

Si bien la iglesia lucha por llevar a cabo su misión divina, nunca debe ser intimidada, ni por los incrédulos del mundo que se oponen, ni por las críticas al interior de ella. Dios asegura la **perdición** de los opositores, y la **salvación** de los creyentes, pues el fin de todo es **de Dios**.

En el sentido inverso, Jesús habló de la misma doble verdad en Juan 3:16-21. En esta poderosa y clara aseveración, el Señor afirma la eterna condenación de los incrédulos y la seguridad de la vida eterna para los creyentes. La advertencia de condenación está implícita en las frases “no se pierda” (v. 16*c*) y “mas tenga vida eterna” (v. 17*c*). Luego lo hace explícito:

*El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas (vv. 18-20).*

## SUFRIR

**Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él, teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí, y ahora oís que hay en mí.** (1:29-30)

La cuarta característica de un comportamiento "digno del evangelio de Cristo" es el sufrimiento de los creyentes por causa de su fe en Él. Al igual que en el anterior, la provisión de Dios en este caso tiene dos facetas. **A causa de Cristo**, Dios les da a sus hijos fe y también sufrimiento.

**Os es concedido** viene de charizō, cuya raíz es la misma del sustantivo charis (gracia) y su significado literal es "dar, entregar, conceder por gracia". En su gracia soberana, Dios no solo les concedió a los creyentes el maravilloso don de la fe para creer en Él, sino también el privilegio de sufrir por su causa. Dicho sufrimiento ofrece la recompensa de la gloria venidera (Ro. 8:17; 1 P. 4:12-16).

Lo primero que se les ha **concedido** a los creyentes **a causa de Cristo** es la fe salvadora para creer **en Él**. Por medio de esa fe viene la salvación que Pablo acaba de mencionar (v. 28). En Efesios, él explica en detalle:

*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios (Ef. 2:4-8).*

Todo lo que trae la salvación, como la gracia y la fe, es una dádiva de Dios. Así lo declara Juan al comienzo de su evangelio: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:12). Luego, en el mismo evangelio, Jesús le dijo a la mujer samaritana: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva" (4:10).

El segundo regalo que Dios concede a sus hijos **a causa de Cristo** no es tan llamativo como el primero. Con todo, forma parte integral de la gracia divina. Pablo le recordó a Timoteo: "Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Ti. 3:12). Durante su ministerio terrenal, Jesús dejó claro que quienes lo sigan en verdad:

*[serán] aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo… El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa? (Mt. 10:22, 24-25; cp. Jn. 16:2-3).*

"Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mr. 8:34).

Aún así, poco después afirmó:

*De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna (Mr. 10:29-30).*

En otra ocasión, justo después de dar el mandato: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí", aseguró: "que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mt. 11:29-30).

Ese es el punto: sufrir **a causa de Cristo** no es solo un mandato sino también un privilegio. Pablo nunca olvidó lo que el Señor predijo por medio de Ananías: qué él sería "instrumento escogido… para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel", y que "le es necesario padecer por mi nombre" (Hch. 9:15-16). Luego, en

Filipenses, él dice con claridad que, en virtud de las inmensas y eternas riquezas que reciben los creyentes en Cristo, nada que ellos dejen en esta tierra por Él puede realmente ser un sacrificio. Pablo afirma:

> *Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (3:7-9).*

Entre las inconmensurables bendiciones que había recibido por medio de su fe en Cristo no solo estaba la de "conocerle, y el poder de su resurrección", sino también "la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte" (v. 10). Sufrir por **Cristo** no es una carga, sino más bien un gran honor que Él en su gracia concede a sus santos fieles.

De hecho, los creyentes deben "[gloriarse] en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Ro. 5:3-5; cp. Stg. 1:2-4). Pedro evoca la exhortación de Pablo al recordarles a los creyentes su herencia celestial:

> *En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso (1 P. 1:6-8; cp. 4:13; 5:10; Hch. 5:41).*

Pablo continúa su discurso diciéndoles a sus lectores que cuando sufren por el Señor experimentan **el mismo conflicto que [han] visto en [él], y que ahora [oyen] que hay en [él]**. **El mismo conflicto que habéis visto en mí** se refiere a la oposición y persecución que él y Silas soportaron cuando fueron encarcelados en Filipos (Hch. 16:16-40). **Y ahora oís que hay en mí** alude, por supuesto, al presente cautiverio del apóstol en Roma, que había mencionado de antemano (vv. 12-18).

A la iglesia se le ordena estar firme, estar en unidad, combatir y sufrir por causa del Señor Jesucristo, pues "para esto estamos puestos" (1 Ts. 3:3).

# 7. El secreto de la unidad espiritual

**Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.** (2:1-4)

Quizá el mayor peligro que enfrenta la iglesia es cualquier ataque contra su fuente de autoridad, que es la Palabra de Dios. La apatía espiritual, el desinterés y la indiferencia a la verdad bíblica y a las normas de justicia divinas también representan serios riesgos. Muchas veces tal indiferencia se niega y disfraza con una sinceridad aparente y engañosa, pero amenaza la espiritualidad de la iglesia. Cualquier amenaza contra la unidad de la iglesia es igualmente peligrosa. Todas pueden romper, debilitar, y destruir una iglesia al provocar discordias, falta de armonía, conflictos y división. Cuando Pablo terminó su última carta a los corintios, expresó su temor por los pecados que dañan la unidad: “Pues me temo que cuando llegue, no os halle tales como quiero, y yo sea hallado de vosotros cual no queréis; que haya entre vosotros contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuraciones, soberbias, desórdenes” (2 Co. 12:20). También le preocupaban los pecados que minan la pureza de la iglesia: “que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y quizá tenga que llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido” (v. 21).

Al parecer, la iglesia filipense enfrentaba el peligro de la discordia y la división a raíz del conflicto personal entre Evodia y Síntique (4:2). La falta de unidad puede ser peligrosa para cualquier iglesia, y Pablo trató este tema hasta cierto punto en cada una de sus cartas a las iglesias. A la iglesia de Roma escribió: “Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (Ro. 15:5-7; cp. 12:5, 16). A los corintios: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Co. 1:10), y “por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2 Co. 13:11). A los gálatas amonestó: “No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros” (Gá. 5:26; cp. 6:2-3). A los creyentes en Éfeso instó:

> *Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos (Ef. 4:1-6).*

La verdadera unidad espiritual se basa en la insondable unidad de la Trinidad.

Pablo escribió a los colosenses:

> *Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos (Col. 3:12-15).*

A los tesalonicenses les encomendó: “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros… Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más” (1 Ts. 4:9-10; cp. 2 Ts. 1:3).

El fundamento de la unidad de los creyentes es la unidad que dio el Padre en respuesta a la oración de Jesús a favor de su pueblo: “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para

que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn. 17:21). La respuesta a esa oración vino cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre todos los creyentes en Pentecostés y, posteriormente, para morar en todos los creyentes impartiendo la vida eterna de la cual todos ellos son partícipes (cp. 1 Co. 6:17, 19; 12:12-14). Esa unidad esencial de todos los creyentes en el Cuerpo de Cristo debe manifestarse en la vida práctica.

La falta de unidad en el pueblo de Dios le causa una profunda tristeza. La oración de todo pastor, líder y miembro de iglesia debe ser que los hombres no separen lo que Dios ha unido en el Cuerpo de Cristo. Ya que uno de los principales objetivos de Satanás es quebrantar la unidad de la iglesia de Cristo, el reto de preservar la unidad del Espíritu es permanente. Una iglesia dividida, sectaria, y pendenciera padece debilidad espiritual. En esas condiciones representa una amenaza insignificante a la obra del diablo y carece de poder para el avance del evangelio de Cristo. El esfuerzo por mantener o restablecer la unidad espiritual de una congregación es quizás el reto más apremiante, difícil y continuo que enfrentan los líderes.

Aunque la sana doctrina, la pureza moral, y el fiel compromiso al Señor y a su obra son esenciales para la eficacia ministerial de la iglesia, no pueden garantizar por sí solos la protección contra la discordia. William Barclay señaló con perspicacia que

> el único peligro que amenazaba la iglesia filipense era la falta de unidad. En un sentido esa es la amenaza que enfrenta toda iglesia sana. Cuando las personas experimentan su mayor consagración y convicción en las creencias, son más propensas a las desavenencias. Cuanto mayor sea su entusiasmo, mayor será el peligro de que surgan conflictos. Pablo deseaba proteger a sus amigos de ese peligro (*The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses]. Ed. rev. [Louisville, Ky.: Westminster, 1975], p. 31).

En este caso, a Pablo no le inquietan doctrinas, ideas, o prácticas contrarias a la Biblia. Su preocupación radica en las interpretaciones, reglas, intereses, preferencias y demás, que son en gran medida un asunto de elección personal. Esa clase de asuntos jamás deberían ser motivo de controversia en el Cuerpo de Cristo. Insistir en las costumbres de cada uno en estos asuntos es pecado, porque sin razón divide a los creyentes. Esto refleja un deseo altivo de promover las opiniones, el estilo o los planes personales. Claro que los creyentes nunca deben comprometer las doctrinas o principios que son claramente bíblicos. Sin embargo, respetar con humildad unos a otros en estos asuntos secundarios es un gesto que demuestra fortaleza espiritual, no debilidad (cp. Ro. 14:1—15:7). Es una señal de madurez y amor que Dios honra en gran manera, porque promueve y preserva la armonía en su iglesia.

Esta unidad que la Palabra tanto exalta, que es interna y no externa, es un deseo que nace del interior, no una imposición del exterior. Es espiritual, no eclesiástica; nace más del corazón que de las creencias. No se fundamenta en sentimentalismos, sino en la obediencia resuelta, cuidadosa y atenta a la voluntad de Dios. Es el lazo que une los corazones, las mentes y las almas de los hijos de Dios y que es motivado y conferido por el Espíritu. Preservar la unidad de la iglesia no es una opción (cp. Ef. 4:3).

A manera de analogía, piense en un saco lleno de canicas. Hay muchas canicas de varios colores, tamaños y materiales empacadas juntas. Sin embargo, están unidas solo por el saco que las contiene. Si el saco se abre o rompe, las canicas se esparcen por todas partes, porque no hay algo interno que las mantenga unidas. Por el contrario, piense en un imán puesto en un montón de virutas de acero. Por naturaleza, las virutas responden a la fuerza del imán y se mantienen unidas. Si una fuerza externa los separa, la fuerza de atracción permanece y vuelven a juntarse tan pronto desaparece aquella fuente extraña. De igual forma, los cristianos fieles que son separados por circunstancias que están fuera de su control, mantendrán la unión mutua por medio de la fuerza "magnética" del Espíritu que obra en ellos. Lo mismo ocurre con los miembros de una familia unida que sufren alguna división por causa de una guerra o un desastre natural, y que no cesan de buscar de nuevo la unión como la familia espiritual que conforman. Esa unidad de espíritu interna que Dios hace posible es vital para el gozo y la eficacia de la iglesia.

Dicha unidad se manifestó en la iglesia naciente después de su experiencia en Pentecostés. Los miles de creyentes nuevos (que en su mayoría habían sido extranjeros y otros incluso antiguos enemigos) "perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros… Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas… Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón" (Hch. 2:42, 44, 46).

Si bien la unidad de los creyentes es constante en Cristo, la debilidad humana a la cual aún están sometidos hace que la unidad entre ellos sea frágil. Por eso Pablo les aconsejó a los efesios a ser "solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef. 4:3). "Solícito" viene de spoudazō, que describe un esfuerzo persistente. La unidad espiritual debe cultivarse y preservarse siempre con vigor y devoción abnegada. Como ya se mencionó, este constituye quizá el mayor reto para la iglesia en lo que respecta al liderazgo y el cuidado espiritual.

En términos generales, la iglesia en Filipos era sana en su teología, dedicada, moral, amorosa, celosa, valiente, generosa y disciplinada en oración. Con todo, enfrentaba el peligro de la discordia que tantas veces provocan solo unos pocos. Esos alborotadores pueden incitar contiendas y conflictos que dividen a una congregación entera. Y dado que la falta de unidad debilita con tan funestos resultados, Pablo les ruega a los creyentes con amor y firmeza a velar siempre y con diligencia a fin de que esto no ocurra. A los filipenses acababa de comunicarles su esperanza de "[oír de ellos] que [están] firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio" (1:27).

En 2:1-4 Pablo ofrece una enseñanza acerca de la unidad, quizá la más práctica y concisa en el Nuevo Testamento. En estos cuatro versículos, él presenta la fórmula para la unidad espiritual que contiene tres elementos necesarios sobre los cuales debe construirse: los motivos correctos (vv. 1-2*a*), las señales correctas (v. 2*b*) y los medios correctos (vv. 3-4). Por medio de estos, él explica *por qué* los creyentes deben ser de un espíritu y mente, *lo que* esto significa, y *cómo* pueden realmente alcanzarlo.

## LOS MOTIVOS CORRECTOS PARA LA UNIDAD ESPIRITUAL

**Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo,** (2:1-2*a*)

**Por tanto** relaciona el pasaje con lo que Pablo acaba de decir, y que según los eruditos era su intención. Significa entonces que lo que el apóstol se dispone a decir se basa, al menos en parte, en su anterior discurso. El punto es: "Ya que debemos seguir el mismo mandato de estar en un mismo espíritu, unánimes (1:27), debemos **por tanto**…".

En el versículo 1 aparece cuatro veces la palabra "**si**" (esto es, en el griego original; en la RVR-1960 aparece cinco veces y en la versión LBLA aparece cuatro). La partícula griega *ei* (**si**) es siempre condicional cuando se usa con un verbo en indicativo. Sin embargo, en los escritos de Pablo, el verbo afín suele estar implícito, y requiere anotarse en la traducción, como aquí (**hay**). En este caso, *ei* introduce una claúsula condicional de primera clase, que expresa la idea: "Si esto es verdad, y lo es, entonces… ". En consecuencia, la palabra podría traducirse mejor "porque", o "ya que", o "por consiguiente", a fin de dar una idea más completa de su significado.

En el contexto de este pasaje, **por tanto** y **si** se refieren a dos condiciones estrechamente relacionadas. Como ya se expuso, **por tanto** remite al principio de que en virtud del mandato divino de estar en un mismo espíritu unánimes (1:27), los creyentes tienen un deber… **Si** aguarda las bendiciones que Dios otorga, de **consolación en Cristo**,… **consuelo de amor**,… **comunión del Espíritu… afecto entrañable** y **misericordia**. Ambos principios deberían alentar a los creyentes a desear y esforzarse por buscar la unidad de mente, amor, espíritu y propósito mencionados en el versículo siguiente (2:2). Pablo no habla aquí de abstracciones teológicas, sino de relaciones personales entre cristianos. Para reforzar su idea, repite la palabra *ei* (**si**) antes de cada una de las cuatro grandiosas verdades. Las dos primeras tienen que ver ante todo con Cristo, la primera de manera explícita y la segunda tácita. Las dos últimas tienen que ver ante todo con el Espíritu Santo, en el mismo orden de carácter explícito e implícito.

La primera verdad que motiva la unidad es la **consolación en Cristo**. La raíz de paraklēsis (**consolación**) significa acompañar a alguien con el fin de asistirlo a través del consuelo, el consejo o la exhortación. Es justamente el tipo de ayuda que ofreció el buen samaritano, quien, tras haber hecho todo lo posible por el extranjero herido y asaltado, "sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese" (Lc. 10:35; cp. vv. 30-34).

Usando una palabra afín, Jesús llamó al Espíritu Santo "otro Consolador [paraklēton]", el cual pediría al Padre que lo enviara a todos los que creyeran en él, "para que esté con [ellos] para siempre" (Jn. 14:16). La mayor **consolación en Cristo**, y la más importante, viene directamente del Espíritu Santo que mora en el creyente. La exhortación de Pablo aquí es a que, en virtud de esa **consolación**, los filipenses se "[comporten] como es digno del evangelio de Cristo" (1:27) esforzándose por ser de un mismo espíritu y estar unánimes. Este profundo principio espiritual demanda la búsqueda de la unidad como muestra de gratitud del creyente por su unión con Cristo. En otras palabras, Pablo pregunta: "¿La presencia de Cristo en sus vidas no debería impulsarlos a preservar la unidad que Él tanto estima?".

La segunda realidad que motiva la unidad es el **consuelo de amor**. El significado literal de paramuthion (**consuelo**) es hablar de cerca con alguien, y además dar consuelo y alivio. Su significado básico es similar al de paraklēsis (**consolación**); ambas palabras se relacionan de manera estrecha caracterizada por un interés genuino, servicio y **amor**. El **consuelo de amor** es lo que el Señor ofrece a los pecadores indignos mediante la gracia salvadora. Él derrama ese **amor** (Ro. 5:5) constantemente en los creyentes, quienes a su vez aman a sus hermanos en la fe. Eso demuestra gratitud por el **amor** que han recibido de Dios. Pablo les dijo a los corintios que el **amor** de Cristo por él era el motivo de su consagración al Señor y a la verdad hasta el punto de parecer loco (2 Co. 5:13-14).

La tercera realidad que motiva la unidad es la **comunión del Espíritu**. Koinōnia (**comunión**) sugiere participación y

correspondencia. Esta comunión es íntima porque cada creyente es templo **del Espíritu** Santo (1 Co. 6:19). Él es el sello y las arras de la herencia eterna de los creyentes (Ef. 1:13-14; 4:30; 2 Co. 1:22), la fuente de poder espiritual (Hch. 1:8; cp. Ro. 15:19), de los dones espirituales (1 Co. 12:4-11; Ro. 12:6-8) y del fruto espiritual (Gá. 5:22-23). El **Espíritu** "nos ayuda en nuestra debilidad", y como no sabemos "pedir como conviene,… el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Ro. 8:26). Los creyentes deben ser llenos continuamente del Espíritu (Ef. 5:18). Estorbar o desestimar la unidad es entristecer al **Espíritu** (Ef. 4:30) y apagar su obra (1 Ts. 5:19). Los nuevos creyentes después de Pentecostés son el ejemplo neotestamentario más evidente de la unidad inspirada por el Espíritu (Hch. 2:41-47). Pablo termina 2 Corintios con la hermosa bendición: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Co. 13:14). Antes, le había recordado a la misma congregación que "por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1 Co. 12:13). La respuesta correcta de los creyentes debe ser el apremio por ser "solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef. 4:3).

La cuarta realidad que motiva la unidad es el **afecto entrañable** y la **misericordia**. Esas son cualidades de Cristo, quien con ternura consuela y anima al débil y oprimido (cp. Is. 42:3; Mt. 12:18-20). Estas gracias también son bendiciones del Espíritu de Cristo. **Afecto entrañable** viene de splanchna, literalmente los intestinos o las vísceras, aunque se empleaba por lo general de manera metafórica acerca de las emociones. Pablo felicitó a la iglesia de Corinto por su afectuoso trato para con Tito, y les aseguró que "su cariño para con vosotros es aun más abundante, cuando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor" (2 Co. 7:13, 15). En ocasiones se empleaba el término en relación con un anhelo profundo y personal, especialmente hacia personas muy amadas. En la parte introductoria de esta carta, el apóstol usó esta palabra en ese sentido para afianzar a los filipenses: "os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo" (1:8). **Misericordia** viene de oiktirmos, que Pablo usa en dos ocasiones respecto a las "misericordias" de Dios. Les suplica a los creyentes "por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Ro. 12:1), y describe a Dios como "Padre de misericordias" (2 Co. 1:3). "Como escogidos de Dios, santos y amados", los creyentes deben reflejar la misericordia del Señor vistiéndose "de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia" (Col. 3:12).

Hay un aspecto negativo implícito en estas cuatro exhortaciones, a saber, el hecho de que no buscar ni preservar la unidad espiritual debilita la iglesia de Cristo. Aún más significativo es que no hacerlo es pecado. Es la máxima expresión de ingratitud hacia Dios. Es procurar y recibir dichoso cada bendición que el Señor ofrece, sin estar dispuesto a darle algo a cambio. Como ocurre con todo pecado, dicha indiferencia constituye un desacato a la Palabra revelada de Dios. Asimismo, menosprecia la gloriosa verdad de que "el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre… nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia" (2 Ts. 2:16).

El apóstol basa su plegaria en primera instancia en la gracia y la bondad del Señor, como resulta evidente en las cuatro verdades que acaba de mencionar. No obstante, al principio del versículo 2 añade un anhelo personal: **completad mi gozo**. Recompensar a un siervo fiel del Señor como él es un objetivo legítimo para los creyentes. El Nuevo Testamento deja claro que las iglesias deben amar, honrar, respetar y apreciar a sus líderes. Pablo amonestó a los tesalonicenses: "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra" (1 Ts. 5:12-13). El autor de Hebreos ordena: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso" (He. 13:17). El amor, la honra y el aprecio por los pastores y otros líderes de la iglesia están en perfecta armonía con el amor, la honra y la gratitud al Señor. Puesto que ambos son mandatos divinos, los primeros constituyen una manera de expresar los últimos.

## LAS SEÑALES CORRECTAS DE LA UNIDAD ESPIRITUAL

**sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.** (2:2*b*)

Las bendiciones espirituales que enumeró Pablo exigen una respuesta apropiada. En este versículo Pablo presenta cuatro señales esenciales de la unidad espiritual.

El primero se expone en la frase **sintiendo lo mismo**. Es la traducción de to auto phronēte, cuyo significado literal es "pensar lo mismo", o "ser de un mismo parecer". Pensar de manera correcta es vital para la unidad espiritual que es un tema primordial en Filipenses. De las veintiséis veces que aparece el verbo phroneō en el Nuevo Testamento, diez se encuentran en esta carta.

Pablo no habla aquí de doctrina o normas morales. En este contexto, **sintiendo lo mismo** significa esforzarse por alcanzar el mutuo entendimiento y el acuerdo genuino. Unos versículos más adelante, el apóstol declara que la única forma de tener una armonía semejante es que haya "este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (2:5). Por medio de la

Palabra de Dios y del Espíritu Santo que mora en ellos, los creyentes pueden conocer “la mente de Cristo” (1 Co. 2:16). Después de afirmar su determinación: “prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús… [y] a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (3:12, 14), Pablo exhorta a los creyentes filipenses a tener la misma actitud (Fil. 3:15). Quienes tienen una actitud contraria demuestran que “sólo piensan en lo terrenal” (3:19). Pablo ofrece después consejos prácticos para sentir **lo mismo**: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (4:8).

En Romanos, Pablo profundiza en este llamado a sentir **lo mismo**. Su primera instrucción es que los creyentes no deben andar “conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Ro. 8:4-5). Pablo recordó a los creyentes colosenses que los conflictos en la iglesia siempre surgen de creyentes que en vez de poner la mira “en las cosas de arriba”, la ponen “en las de la tierra” (Col. 3:2). Además, Pablo dice en Romanos que un creyente no debe tener “más alto concepto de sí que el que debe tener”, que es una opinión equivocada y subjetiva, sino pensar “de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Ro. 12:3). Al obedecer el mandato de pensar en las cosas del Espíritu y pensar con cordura, el “Dios de la paciencia y de la consolación” les concede a los creyentes la capacidad de ser “un mismo sentir según Cristo Jesús” (15:5). Pablo podía entonces exhortar confiado aun a la iglesia en Corinto, inmadura y dividida, con estas palabras: “tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2 Co. 13:11).

Una segunda señal de la unidad espiritual es tener **el mismo amor**, que se extiende y crece hasta lograr la “unanimidad”. Tener **el mismo amor** es amar a otros por igual. En el plano emocional resulta imposible tener el mismo amor por otros, pues no todas las personas son igualmente agradables. Sin embargo, agapē (**amor**), es el amor volitivo, no de preferencias o atracción. Se basa en la elección intencional y consciente de procurar el bienestar de la persona amada. Debido a que agapē (**amor**) se basa en la voluntad, puede ser un mandato.

Tener **el mismo amor** es “[amarse] los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, [preferirse] los unos a los otros”, e incluye el deseo de servir a otros, por ejemplo, “compartiendo para las necesidades de los santos [y] practicando la hospitalidad” (Ro. 12:10, 13). Pablo continúa diciendo en ese pasaje que el amor agapē alcanza a los incrédulos, e incluso los perseguidores deben ser bendecidos, no maldecidos (v. 14). Sin embargo, en este pasaje, Pablo se centra en el **amor** especial y recíproco que los creyentes deben mostrar, el amor al que alude en otra carta como “el amor de todos y cada uno de vosotros [que] abunda” (2 Ts. 1:3).

En su primera carta, Juan dice con toda franqueza que el amor hacia otros creyentes caracteriza al verdadero cristiano: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1 Jn. 3:14). En otras palabras, hasta la mínima carencia de agapē (**amor**) genuino hacia otros cristianos demuestra falta de salvación. El amor genuino no es un simple afecto sentimental, sino un servicio sacrificial. “El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?”, pregunta Juan (v. 17). Los creyentes no deben amar “de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (v. 18), lo cual puede requerir que incluso pongamos “nuestras vidas por los hermanos”, como Cristo “puso su vida por nosotros” (v. 16).

Una mente gobernada por la humildad y la abnegación (Fil. 2:3) produce una vida que abunda en **amor** genuino y práctico hacia los hermanos en la fe. Por otro lado, un pensamiento pecaminoso y egocéntrico inhibe el amor y la unidad. Las discordias y la falta de unidad en la iglesia necesariamente derivan de la falta de **amor**.

Una tercera señal de unidad espiritual es ser **unánimes**, lo cual se relaciona de manera estrecha con sentir lo mismo y tener el mismo amor. El significado literal de sumpsuchos (**unánimes**) es “una misma alma” y solo aparece aquí en el Nuevo Testamento. Tiene la misma connotación de lo que se afirma en 1:27 sobre “un mismo espíritu”. Estar **unánimes** significa vivir en armonía con los demás creyentes. Por definición, esto excluye la ambición personal, el egoísmo, el odio, la envidia, los celos, y las innumerables maldades que son fruto de la egolatría.

Como toda virtud cristiana, la unanimidad debe fundamentarse en la verdad objetiva de la Palabra de Dios. No obstante, contiene un elemento subjetivo. Dicha unidad comprende un interés profundo e intenso por Dios, su Palabra, su obra, su evangelio y su pueblo. Ningún cristiano, sin importar su grado de madurez espiritual o conocimiento de las Escrituras, entenderá todo de la misma forma que otro. A pesar de eso, si los creyentes actúan por humildad y amor, estarán realmente **unánimes**. No permitirán que las diferencias insignificantes los dividan o estorben su servicio al Señor.

Una cuarta señal de unidad espiritual es sentir **una misma cosa**, que es el complemento lógico de los tres anteriores. **Sintiendo una misma cosa** es la traducción de una forma de participio de phroneō, que Pablo usó antes en este versículo (“sintiendo… lo mismo”) y otra vez en el versículo 5 (“este sentir”). La frase verbal to en phronountes (**sintiendo una misma cosa**) significa literalmente “pensando una cosa” y por ende es un posible sinónimo de la frase “sintiendo lo

mismo”.

En este versículo el apóstol presenta un ciclo completo de unidad: sentir lo mismo, un mismo amor, unanimidad de espíritu, unanimidad en el sentir que, como acabamos de ver, se refiere en esencia a la mente. Estos cuatro principios son complementarios, se entrelazan y son inseparables. La misma idea se expresa de cuatro formas distintas, y cada una pone el acento sobre algo diferente y esencial.

En Colosenses, Pablo resume con maestría estas señales de unidad espiritual:

> *Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (3:12-16).*

## LOS MEDIOS CORRECTOS PARA ALCANZAR LA UNIDAD ESPIRITUAL

**Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.** (2:3-4)

Al presentar estos cinco medios, Pablo responde la pregunta de cómo lograr la verdadera unidad espiritual. Después de lo que acaba de decir en los versículos 1-2, estos medios precisan poca explicación o comentario. Como sucede con las cuatro señales de unidad espiritual, estos cinco medios se interrelacionan y son inseparables. Tres son de carácter restrictivo y dos afirmativo.

No resulta sorprendente que desechar la **contienda** encabece la lista, ya que el egoísmo es la raíz de todo pecado. Al poner su voluntad por encima de la de Dios, Satanás cayó (cp. Is. 14:12-17), y de igual forma Adán y Eva introdujeron el pecado en el mundo al anteponer su voluntad personal y no la de Dios (Gn. 3). La obstinación ha sido el eje de todo pecado posterior. En griego no hay un verbo (**hagáis**), sino que la forma gramatical (*mēden kat eritheia*, lit., “nada por la vía del egoísmo”) expresa un mandato en tono negativo. Dicha prohibición va más allá de la simple acción; el egoísmo debe también excluirse por completo de los pensamientos internos del corazón.

Pablo usó antes eritheia (**contienda**) en su carta, donde se tradujo “contención” (1:16). Como se indicó en el estudio de ese versículo, el término no tenía en su origen una connotación negativa, y se refería tan solo a un jornalero. No obstante, llegó a usarse en sentido metafórico, y casi de manera exclusiva, para describir a una persona que insiste en buscar el beneficio y el provecho personales, sin importarle las consecuencias que pueda traer sobre otros. Solía emplearse para referirse a la competencia desleal y a la ambición individualista propias de los cargos políticos. En tiempos del Nuevo Testamento llegó a significar ambición desenfrenada y egoísta, en cualquier campo de trabajo. Por obvias razones, eritheia solía asociarse con rivalidades entre personas y bandos, luchas internas, y contiendas (como lo indica la versión citada de la Biblia). Por lo general, abarca la idea de exaltarse a sí mismo al tiempo que se lastima al otro, como en el juego, donde la ganancia de uno es el resultado de la ruina de otro. La palabra describe con precisión a alguien que lucha por abrirse paso por medio de la adulación, el engaño, las falsas acusaciones, las contiendas y toda práctica que le resulta ventajosa. No es extraño, entonces, que Pablo incluya eritheia (“contiendas”) como una de las obras de la carne (Gá. 5:20).

La **contienda** es un pecado destructivo y voraz. La primera y segura víctima es quien la practica, aun si nadie más resulta perjudicado. Ya que este pecado, al igual que los demás, empieza en el corazón, cualquier persona puede cometerlo, aun sin motivos externos para que se manifieste. Aunque no se demuestre de manera abierta, la **contienda** engendra ira, resentimiento y celos. Ninguna iglesia, ni la que goza de gran madurez espiritual y sana doctrina, está exenta de la amenaza de este pecado, y nada puede con tanta rapidez dividir y debilitar a la iglesia. Quienes creen que sus habilidades para impulsar la obra de Cristo son superiores, disfrazan a veces las contiendas con discursos piadosos.

A juzgar por el texto del Nuevo Testamento, ninguna iglesia tenía mayores problemas con este pecado que la de Corinto. Pablo les suplicó: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas” (1 Co. 1:10-11). Diversos sectores de la iglesia seguían a Apolos, a Pedro, o a Pablo. Un grupo, tal vez el que más justo se creía, se gloriaba de seguir solo a “Cristo”. Sin embargo, el apóstol preguntó con asombro: “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (vv. 12-13;

cp. 3:4-6). En tono de fuerte reprensión les dijo después:

> *De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? (3:1-3).*

Quienes eran objeto de lealtad personal en la iglesia de Corinto (Apolos, Pedro, y Pablo) eran servidores fieles que merecían por completo el respeto y la admiración de la congregación. Dos de ellos eran apóstoles sobresalientes. Sin embargo, la verdadera lealtad de los partidistas corintios, incluso los del bando de "Cristo", era para consigo mismos. Esta situación no buscaba tanto honrar a estos líderes predilectos, sino crear bandos para exaltarse a sí mismos. Cada bando solo se preocupaba por lo suyo. Promover la causa de Cristo y la unidad de su iglesia no formaban parte de sus objetivos. En vez de servir a Cristo y a otros en su nombre, se servían a sí mismos haciendo uso de su nombre. Las contiendas son el resultado y la clara evidencia de las "obras de la carne" (Gá. 5:19-20). Contaminan incluso la labor que se realiza a favor de causas bíblicas. Los escribas y fariseos se caracterizaban por una jactancia hipócrita de servir a Dios cuando en realidad servían al yo (cp. Mt. 15:1-9).

Las discordias y las divisiones son inevitables cuando las personas se ocupan de sus planes al tiempo que excluyen a otros en la iglesia. Con frecuencia, dicho afán limitado surge de una pasión genuina por un ministerio importante. Sin embargo, pasar por alto a los hermanos en la fe, sin importar cuán involuntario sea, demuestra falta de amor, indiferencia pecaminosa que engendra celos, contiendas, rivalidades y otros enemigos de la unidad espiritual. Dondequiera que haya "celos y contención", sin importar el motivo, "hay perturbación y toda obra perversa" (Stg. 3:16).

Un segundo medio para promover la unidad espiritual es desechar la **vanagloria**. **Vanagloria** es la traducción de la palabra griega compuesta kenodoxia, que solo aparece aquí en el Nuevo Testamento. Está formada por el adjetivo kenos ("vano") y el sustantivo doxa ("gloria"), por lo que se traduce "vanagloria". Denota una opinión excesivamente elevada de uno mismo, que no es más que una gloria vana. Mientras que las contiendas persiguen metas personales, la **vanagloria** busca la gloria personal y el aplauso. Lo primero tiene que ver con los logros personales; lo último, con una imagen propia sobredimensionada. Como es de esperar, una persona vanagloriosa siempre piensa que tiene la razón y espera que otros estén de acuerdo con ella. La única unidad que dicha persona busca o valora se centra en ella misma.

La **vanagloria** es orgullo, es ser "arrogantes en cuanto a [sí] mismos" (Ro. 11:25). Los antiguos griegos no admiraban la humildad, pues la consideraban una debilidad del carácter. Sin embargo, hasta ellos reconocían que la opinión de una persona sobre sí misma podía ser tan elevada hasta tornarse arrogante y desdeñable. El término que empleaban para describir a una persona semejante era hubris, que aún se emplea en algunos idiomas. En su extensa lista de pecados característicos de la humanidad rebelde e incrédula, Pablo emplea una palabra que se deriva de hubris, y se traduce "altivo" (Ro. 1:30). En su carta a las iglesias en Galacia, advirtió: "Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña" (Gá. 6:3). Ya que por naturaleza la **vanagloria** lleva a las personas a engañarse a sí mismas, los creyentes deben estar en guardia constante contra esta. Es un enemigo implacable de la unidad espiritual.

El tercer medio que Pablo menciona para promover la unidad espiritual es positiva: La **humildad**. Es lo contrario a la contienda y la vanagloria, y el remedio contra ellas. La **humildad** es el fundamento del carácter cristiano y de la unidad espiritual. No es casualidad que la primera bienaventuranza, y la base de todas, habla de ser "pobres en espíritu" (Mt. 5:3), que es sinónimo de humildad.

**Humildad** es la traducción de la palabra griega tapeinophrosunē, que significa literalmente "humildad de mente". En Hechos 20:19 y Efesios 4:2 se traduce "humildad". En la literatura griega secular, el adjetivo tapeinos ("humilde") solo se usaba en sentido peyorativo, por lo general para referirse a un esclavo. Describía algo que se consideraba ordinario, bajo, inadecuado, y de poco valor. Así pues, no es extraño que el sustantivo tapeinophrosunē no apareciera en la literatura griega, aparte de la bíblica, antes del siglo II. Parece entonces que tuvo su origen en el Nuevo Testamento donde, al igual que sus sinónimos, siempre tuvo una connotación positiva. La **humildad** es lo contrario del orgullo, el pecado que siempre ha separado al hombre caído de Dios, y que lo lleva a hacer de sí mismo su dios.

La humildad también es una virtud que sobresale en el Antiguo Testamento. "Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra", advierte Salomón, "mas con los humildes está la sabiduría" (Pr. 11:2). Más adelante declara: "Mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios" (16:19). Zacarías describe al Rey mesiánico que ha de venir como "justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9), una profecía que Mateo cita específicamente para relatar la entrada triunfal, aunque humilde, de Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos (Mt. 21:5).

Moisés "era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra" (Nm. 12:3). David dijo: "Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos" (Sal. 138:6). En otro salmo, escribió: "Los mansos

heredarán la tierra" (Sal. 37:11), un pasaje que Jesús citó en las Bienaventuranzas: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad" (Mt. 5:5). Jesús se describió a sí mismo como "manso y humilde de corazón" (11:29). Sin miedo o hipocresía, Pablo podía dar testimonio sincero de sí mismo a los ancianos de Éfeso: "Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad" (Hch. 20:18-19). En dos versículos de su primera carta Pedro pronuncia tres llamados a la humildad: "y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo" (1 P. 5:5-6).

La verdadera humildad implica que el creyente no tiene un concepto más alto de sí mismo, y exige demostrarlo **estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo**. **Estimando** viene de un verbo cuyo significado va más allá de tener una opinión. Se refiere a una conclusión elaborada que se basa en la verdad. No significa que otros sean más importantes, sino creer que en realidad lo son.

**Superiores** es la traducción de una forma del participio de huperechō, que incluye la palabra griego que da origen al prefijo hiper- en español. Esta eleva y refuerza lo que se quiere decir, de modo que significa "superar, sobrepasar, o ser superior a". En Romanos, Pablo usa el término para referirse a "las autoridades superiores [lit. 'supremas']" a las cuales debe someterse "toda persona" (Ro. 13:1). De manera similar, Pedro lo emplea para mandar a los creyentes: "sométanse… al rey, como a superior [lit., 'como a supremo']" (1 P. 2:13). Más adelante, en la presente carta, Pablo usa el término para describir "la excelencia [supremacía, preeminencia] del conocimiento de Cristo Jesús" (Fil. 3:8), y para proclamar que "la paz de Dios, que sobrepasa [sobreexcede, supera] todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (4:7).

Es evidente que Pablo tiene en mente una visión del prójimo que no es propia del hombre y que resulta en extremo difícil de alcanzar, aun para creyentes. Quizá la mejor forma en que los creyentes pueden asumir este reto que parece imposible e irreal, es considerar sus propios pecados. Los creyentes conocen mejor su propio corazón que el de cualquier otra persona. El hecho de reconocer el pecado que hay en sus corazones debería eliminar toda vanagloria. Si Pablo se consideraba "el más pequeño de los apóstoles, que no [es] digno de ser llamado apóstol" (1 Co. 15:9), y "menos que el más pequeño de todos los santos" (Ef. 3:8), e incluso el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15), ¿cómo puede un creyente pensar más de sí mismo sin engañarse?

Un cuarto medio para promover la unidad espiritual es la exhortación: **no mirando cada uno por lo suyo propio**. Skopeō (**mirando… por**) significa observar algo. Sin embargo, en este contexto, aludía además a prestar atención minuciosa o considerar algo de manera especial. Al incluir **por lo suyo propio** (y la palabra **también** que le sigue), el apóstol desecha la idea no bíblica de que el ascetismo refleja un nivel más profundo de espiritualidad y merece un grado especial de aprobación divina. Por el contrario, es una manifestación sutil y engañosa de orgullo legalista.

Pablo se esforzaba por disciplinar su cuerpo para someterlo a su servicio, a fin de evitar convertirse él en su esclavo y ser así eliminado del ministerio (1 Co. 9:27). Él vivió "en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez" (2 Co. 11:27). Con todo, nunca se propuso de manera voluntaria aguantar hambre o imponerle algún daño a su cuerpo. Durante su ministerio terrenal, Jesús tampoco practicó ni aprobó la negación ascética de sí mismo. Él comía y dormía con regularidad, cuidaba su cuerpo, y pedía lo mismo de sus seguidores. Cabe observar que el ayuno bíblico (Mt. 6:16-17; 9:14-15) no debe compararse con el ascetismo severo y autodestructivo.

Los cristianos que no cuidan bien su cuerpo no pueden vivir ni servir de manera eficaz. Tampoco se les exige abandonar todo interés personal en otros aspectos de su vida. Lo que Pablo dice aquí tiene que ver ante todo, aunque no de manera exclusiva, con los intereses personales en el servicio al Señor. Como ya se indicó, muchas peleas y divisiones en la iglesia tienen que ver con programas o planes que pueden ser tanto bíblicas como importantes. Los problemas surgen cuando las personas buscan promover sus propias prioridades ministeriales a expensas de los demás. Algunos pueden considerar que el ministerio juvenil es más importante que el de adultos. Tal vez otros piensan que la evangelización personal es prioritaria en relación con el estudio bíblico grupal. La lista de conflictos posibles es casi infinita. Sin embargo, la división de la iglesia es destructiva. En cada caso, se sacrifican los mejores intereses del Señor y los de otros creyentes.

Hablar con sinceridad con miras al entendimiento bíblico de asuntos morales y doctrinales es una práctica completamente legítima y de suma importancia. No obstante, hasta el más aplomado debate sobre esos temas críticos debe realizarse en un espíritu de humildad y respeto mutuo. Los problemas surgen cuando la defensa de la Palabra de Dios es opacada por la defensa de los intereses u opiniones personales.

Es una verdadera tragedia que la cultura moderna (e incluso gran parte de la iglesia) haya rechazado los principios bíblicos ordenados por Dios, como la humildad y la abnegación, en gran medida por el influjo de la psicología secular. Cuando la virtud suprema es el amor propio y el propósito final en la vida es la satisfacción personal, el respeto mutuo es desplazado por el la falta de respeto, el servicio recíproco por la apatía y la indiferencia, y el amor entre hermanos por la

enemistad y el odio.

El quinto y último medio que menciona Pablo aquí para promover la unidad espiritual se encuentra en la frase: **sino cada cual también por lo de los otros**. Este es el lado positivo del anterior principio de no solo mirar los intereses personales. Al igual que los otros, este principio tiene que ver ante todo con las relaciones entre creyentes, especialmente quienes trabajan en el ministerio. Es un principio amplio y general, que no menciona algún interés en particular ni limita el tipo de persona a quienes se refiere con "**otros**".

Como sucede con los otros principios mencionados aquí, mirar **cada cual también por lo de los otros** es indispensable para la unidad espiritual. Y de igual forma, exige un esfuerzo deliberado y persistente para practicarlo de manera sincera e incondicional. Aunque el significado del principio es fácil de comprender, no es sencillo ponerlo en práctica. Es el resultado práctico del extremadamente difícil mandato de estimar cada uno a los demás como superiores a sí mismo.

Mirar **por lo de los otros** exige de los creyente, entre otras, que "[se gocen] con los que se gozan; [lloren] con los que lloran" (Ro. 12:15), que sin cesar "[sigan] lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación", que no "[coman] carne, ni [beban] vino… ni nada en que [un] hermano tropiece" (14:19, 21), y que "[soporten] las flaquezas de los débiles, y no [se agraden] a [ellos] mismos" (15:1). Además, que "[sobrelleven] los unos… las cargas de los otros, y [cumplan] así la ley de Cristo" (Gá. 6:2).

# 8. El modelo para la unidad espiritual

**Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.** (2:5-8)

En su libro *Miracles* [Milagros], C. S. Lewis presenta algunas reflexiones que ayudan a comprender la realidad insondable de la encarnación de Cristo:

> En la historia cristiana Dios desciende para ascender de nuevo. Desciende, baja de la cima de lo absoluto al tiempo y al espacio, a lo humano… Pero desciende para volver a subir y traer consigo al mundo entero miserable. Uno se imagina a un hombre fuerte que se inclina cada vez más para ponerse debajo de una carga onerosa. Debe encorvarse para levantarse, debe casi desaparecer bajo el fardo antes de enderezar con fuerza prodigiosa la espalda y avanzar con todo el bulto que se balancea sobre sus hombros. O podemos imaginar a un buceador, que primero se despoja de todo hasta quedar desnudo, luego echa un vistazo en el aire, y desaparece con un chapoteo, invisible, y atraviesa vertiginoso las claras y tibias aguas para adentrarse en las más oscuras y frías, hasta hundirse a la máxima presión en la zona mortífera del cieno, el fango y la vieja podredumbre; y que luego sale, regresa al color y la luz, sus pulmones casi estallan, hasta regresar por fin a la superficie, con el precioso tesoro que gotea en su mano, el motivo de su descenso, el rescate. Él y su botín recobran el lustre al salir a la luz: Allá abajo, donde este yacía sin color en las tinieblas, también él perdió el suyo.
>
> En este descenso y ascenso todos verán un modelo conocido: algo que está escrito por todo el mundo. Es el ciclo de toda la vida vegetal. Esta debe confinarse a algo duro, pequeño y sin vida aparente, debe caer en tierra: De allí asciende otra vez la nueva vida. También es el ciclo generativo del mundo animal. Hay un descenso del organismo perfecto y pleno al espermatozoide y el óvulo, y a la oscuridad del vientre… el lento ascenso al embrión perfecto, a la cría viviente y consciente, hasta llegar al adulto. También lo es nuestra vida moral y emocional. Los deseos primarios, inocentes y espontáneos deben ceder ante el proceso aniquilador del control o la total negación: pero de allí resurge el carácter enteramente formado que actúa con todo el ímpetu del material original mas de forma renovada. Muerte y renacimiento, descenso y ascenso, es un principio clave. Después del estrecho, de la mengua, casi siempre se encuentra el camino ancho.
>
> La doctrina de la encarnación, si se acepta, dirige toda nuestra atención a este principio. El modelo está en la naturaleza porque primero estuvo en Dios. Todos los ejemplos que he mencionado no son más que trasposiciones del tema divino en una escala menor. No me refiero tan solo a la crucifixión y resurrección de Cristo. El modelo entero, del cual solo son el punto crucial, es el verdadero morir y renacer: porque ciertamente ninguna semilla cayó de un árbol más bello a un suelo tan oscuro y frío como para compararse a este incomparable descenso y ascensión en el que Dios dragó el fondo lodoso y estéril de la creación (Nueva York: Macmillan, 1947, pp. 115-117).

La encarnación es el milagro central del cristianismo, la suprema y más maravillosa obra que Dios haya hecho jamás. El milagro de milagros es el tema de Filipenses 2:5-8. Algunos eruditos creen que este pasaje era primero un himno que cantaban los cristianos de la iglesia primitiva para conmemorar y celebrar la encarnación del Hijo de Dios. Ha sido llamado una joya cristológica, un diamante teológico cuyo brillo tal vez no tenga paralelo en las Escrituras. Con sencillez y brevedad, pero con una profundidad extraordinaria, este pasaje describe la condescendencia de la segunda Persona de la Trinidad para nacer, vivir y morir en forma humana con el fin de lograr la redención de la humanidad caída.

Sin embargo, por insondable y profundo que sea este pasaje en lo teológico, también es ético. La primera frase (**Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús**) deja claro que su propósito primordial es animar a los cristianos a vivir como su Señor y Salvador. Pablo no solo quiso describir la encarnación para revelar sus verdades teológicas, si bien son admirables. Él presenta un ejemplo supremo e inigualable de humildad que sirva como la motivación más poderosa de humildad en los creyentes. La encarnación llama a los creyentes a seguir el ejemplo incomparable de humildad, renuncia, entrega, sacrificio y amor abnegado de Jesús al enfrentar la encarnación en

obediente sumisión a la voluntad de su Padre (cp. Lc. 2:49; Jn. 3:16-17; 5:30; 12:49; 15:10).

En el versículo 5 Pablo pasa de la exhortación a la ilustración, y la frase **este sentir** se relaciona con lo que antecede y lo que sigue. Alude al principio que acaba de plantear: "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (vv. 3-4). Por otro lado, se proyecta a la ilustración de ese principio en el cumplimiento perfecto en Jesús como lo describen los versículos 6-8.

La finalidad del creyente con **este sentir** es la unidad espiritual de la iglesia, "sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa" (v. 2). La unidad de la iglesia solo puede surgir de un **sentir** de verdadera humildad, de creyentes que en realidad consideran a los demás como superiores a sí mismos, la actitud que **Cristo Jesús** manifestó como ningún otro en su encarnación. El apóstol Juan declara: "el que dice que permanece en él [Cristo], debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6). Jesús ordenó: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11:29).

Refiriéndose al valor ético de este pasaje, Paul Rees escribe:

> "No olviden", exclama Pablo, "que en todo este ancho universo y en todas las sombrías expansiones de la historia, nunca ha existido una demostración semejante de humildad servil como cuando el Hijo de Dios por pura gracia descendió a este planeta descarriado. ¡Recuerden que nunca jamás Él lo hubiera hecho si fuera la clase de deidad que solo mira 'lo suyo propio' y cierra sus ojos a 'lo de los otros'! Deben tener presente, mis hermanos, que en virtud de su unión con Él, en una experiencia viva y redentora, este mismo principio y esta pasión que lo motivaron a Él deben moverlos a ustedes" (*The Adequate Man: Paul in Philippians* [El hombre adecuado: Pablo en Filipenses] [Westwood, N.J.: Revell, 1954], p. 43).

**En vosotros** no se refiere a la virtud del creyente como individuo, sino que se dirige a toda la iglesia, que es tan propensa a las divisiones y contiendas producto del orgullo y la vanagloria. Toda la iglesia debe mostrar la humildad del Señor y cabeza de la Iglesia. Uno de las escenas más reveladoras de su humildad fue el lavamiento de los pies de sus discípulos en la última cena. La tarea servil de lavar pies sucios estaba reservada para los siervos del rango más bajo. A Jesús lo habían reconocido como el Mesías y Libertador mencionado en las profecías, el "Rey de Israel", en su entrada triunfal en Jerusalén pocos días antes (Jn. 12:12-15). Él sabía muy bien que "el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba" (13:3). Con todo, en mansa humildad, "se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido" (vv. 4-5). Ese gesto fue especialmente conmovedor porque los discípulos, insensibles al sufrimiento inminente de Jesús, estaban ocupados en disputas para determinar quién de ellos era el "mayor" en el reino del Mesías (cp. Lc. 22:24).

Poco después el Señor preguntó: "¿Sabéis lo que os he hecho?". Puesto que Él sabía muy bien que no comprendían el significado de lo que Él acababa de hacer, no esperó a que respondieran, sino que prosiguió con la explicación:

> *Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis (Jn. 13:13-17).*

Esa demostración de humildad ejemplifica con claridad **este sentir que hubo también en Cristo Jesús** que bien podría ser el acontecimiento que el apóstol tenía en mente al escribir este pasaje. Asimismo, ilustra su exhortación a la iglesia en Roma: "los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo" (Ro. 15:1-3). Una vez más subraya la relación intrínseca entre humildad y unidad espiritual, al agregar: "Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios" (vv. 5-7).

Dado que Pablo vivía de continuo ese principio, podía recordarles a los corintios: "como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos", y luego exhortarlos: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Co. 10:33—11:1; cp. 2 Co. 8:7-9). Asimismo, trajo a la memoria de los tesalonicenses el hecho de que "nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros", y los encomendó: "Y vosotros

vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor… de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya" (1 Ts. 1:5-7).

La vía de la humildad no es la del mundo. En especial, no es la elección de sus líderes eminentes, de quienes se espera que tomen lo más selecto de todo para sí. Se les otorgan los máximos lugares de honor y respeto, y antes que servir se supone que han de ser servidos. Jesús describió a los escribas y fariseos como hombres

> *que atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las salutaciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí (Mt. 23:4-7; cp. 20:25-28 para una actitud gentil similar).*

La mayoría de judíos en tiempos de Jesús, entre ellos los doce durante gran parte de su ministerio terrenal, esperaban que el Mesías viniera como un libertador que conquistara, reinara y recibiera honores. Al igual que aquellos judíos, si los cristianos hubieran tenido que imaginar un plan para la encarnación del Hijo de Dios, sin duda habrían esperado que naciera en una familia ilustre y que recibiera la mejor educación. Estaría rodeado por las mentes más brillantes y los ayudantes más capaces. Además viviría en un ambiente suntuoso, con infinidad de sirvientes que obedecieran sus órdenes y satisfacieran cada deseo y necesidad. Estaría protegido constantemente de peligros físicos y de críticas destructivas. Y sin duda merecería todo eso.

Sin embargo, esa no es la manera como Dios obra. Su Hijo unigénito nació en la familia más humilde, en el lugar más humilde. A los ojos de quienes lo rodeaban, incluso amigos y su propia familia, vivía como cualquier hombre. Los doce hombres que Él eligió para ser sus apóstoles eran, a excepción quizá de Mateo, hombres comunes con poca educación, destrezas, o posición social. Él se sometió a cada humillación y afrenta de parte de sus enemigos y rehusó defenderse. El más digno llegó a ser el más bajo.

Claro que los creyentes no pueden seguir el ejemplo de la deidad, la encarnación, la perfección moral y espiritual, los milagros, ni la obra redentora de Cristo. No obstante, están llamados a seguir su ejemplo de humildad como lo manifestó en su encarnación. En patente contraste con los escribas y fariseos que amaban la gloria, Jesús les mandó a sus seguidores:

> *Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido (Mt. 23:8-12).*

Al presentar el ejemplo intachable de humildad de Jesús, Pablo también relata desde una óptica teológica el descenso del Hijo de Dios del cielo a la tierra, describe la elevada posición que dejó, y luego presenta una serie de descensos desde aquella posición de gloria y honra a la humillación creciente. Veremos estas categorías paralelas juntas en relación con cada una de las etapas descendentes que menciona este pasaje.

## LA ELEVADA POSICIÓN QUE JESÚS DEJÓ

**el cual, siendo en forma de Dios,** (2:6*a*)

El descenso humillante de Jesús fue de su posición exaltada en virtud de su existencia **en forma de Dios**. Antes, durante y después de su encarnación, Él era, por naturaleza, de forma plena y eterna, **Dios**. **Siendo** es la traducción de un participio presente activo del verbo compuesto huparchō, que está formado por hupo ("bajo") y archē ("principio") y denota la continuación de un estado o existencia previos. Subraya la esencia de la naturaleza de una persona, la que es absolutamente inalterable, inalienable, e inmutable. William Barclay comenta que el verbo se refiere a "aquella parte de una [persona] que, bajo cualquier circunstancia, permanece igual" (*The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses]. Ed. rev. [Louisville, Ky.: Westminster, 1975], p. 35).

Jesucristo **era** desde la eternidad sin alteración alguna, y siempre será, **en forma de Dios**. Morphē (**forma**) se refiere a la manifestación externa de una realidad interna. La idea es que, antes de la encarnación, desde la eternidad, Jesús preexistía **en forma de Dios**, siendo igual a **Dios** el Padre en todo. Por su misma naturaleza y ser interior, Jesucristo es, ha sido siempre, y será siempre plenamente divino.

La palabra griega schēma también se traduce muchas veces "forma", pero el significado difiere mucho del de morphē.

Como señala Barclay:

> Morphē es la forma esencial que nunca sufre alteraciones; schēma es la forma externa que cambia de vez en cuando y de una circunstancia a otra. Por ejemplo, la morphē esencial de todo ser humano es su humanidad, y esto nunca cambia; en cambio, su schēma cambia continuamente. Un bebé, un niño, un joven, un hombre, un adulto mayor, un anciano, siempre tiene la morphē humana, pero su schēma exterior cambia todo el tiempo (Philippians [Filipenses], pp. 35-36).

Pablo expresó la verdad de la deidad de Cristo a los colosenses, con estas palabras: "Él [Jesucristo] es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación" (Col. 1:15). Refiriéndose a Cristo, Juan empieza su evangelio con la declaración: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios… Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Jn. 1:1-2, 14). Jesús dijo de sí mismo: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy" (Jn. 8:58), y luego oró: "Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese… Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo" (17:5, 24). El autor de Hebreos nos recuerda que Dios "en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder" (He. 1:2-3).

A la luz de la insondable realidad de la deidad de Jesús, plena e inalterable, su encarnación fue la más honda humillación posible. Para Él, cualquier cambio y a cualquier nivel, incluso pasajero, por el divino mandato de su Padre, significaba un descenso. Por definición, abandonar la perfección requiere adoptar algún grado de imperfección. No obstante, sin dejar ni menguar su perfecta deidad ni su absoluta santidad, en una realidad que excede la comprensión humana, el Creador tomó la forma de lo creado. Lo Infinito se hizo finito, lo absolutamente Santo llevó el pecado. El corazón mismo del evangelio de la redención es que el Padre, "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). Si bien esta verdad del evangelio infinitamente maravillosa y cardinal es imposible de entender, debe creerse.

El ejemplo para quienes tienen la fe salvadora en Cristo es evidente. En virtud de su relación con Cristo, gozan de una posición y un privilegio especiales delante de Dios. Por medio de Cristo son hijos de Dios. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:12); y por cuanto son sus hijos, "cuando él se manifieste, [serán] semejantes a él, porque le [verán] tal como él es" (1 Jn. 3:2). Aunque ellos siempre serán sus siervos, Él les concede el privilegio de llamarles amigos: "os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer" (Jn. 15:15). Jesucristo mora en los creyentes (Ef. 3:17), y también el Espíritu Santo (Jn. 14:17; Ro. 8:9, 11; 2 Ti. 1:14). En su vida terrenal ellos son templo viviente de Dios (1 Co. 6:19) y "embajadores en nombre de Cristo" (2 Co. 5:20). Han sido bendecidos por Dios "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo", escogidos "en él antes de la fundación del mundo", predestinados "para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo" (Ef. 1:3-5). Ellos han sido predestinados "para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo" (Ro. 8:29), llamados "conforme a su propósito", justificados, y un día serán glorificados (8:28, 30). Ellos son "piedras vivas… edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo… linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios" (1 P. 2:5, 9; cp. Ap. 1:6; 5:10; 20:6).

No obstante, los cristianos solo son hijos de Dios por adopción (Ro. 8:15; Gá. 4:5; Ef. 1:5), no por un derecho inherente. Reciben todas las bendiciones maravillosas y los privilegios por pura gracia divina, son suyos en virtud de su unión con el unigénito y eterno Hijo de Dios, Jesucristo. Por consiguiente, si el Hijo eterno de Dios se humilló a sí mismo de forma tan incomparable, ¿cuánto más deberían decidir los hijos adoptados de Dios llevar una vida humilde y abnegada?

Es lamentable que, por desatender de forma egocéntrica el ejemplo y la enseñanza de su Señor, algunos cristianos se jacten de su posición como hijos de Dios. Como "hijos del Rey", creen que merecen vivir como la realeza, a pesar de que el Rey de reyes, el Señor Jesucristo, muchas veces ni tenía "dónde recostar su cabeza" (Mt. 8:20; cp. Jn. 7:53—8:1) y que Él les manda a sus seguidores: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt. 11:29). No es casual que la primera bienaventuranza diga: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt. 5:3).

## PRIMER PASO

**no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,** (2:6*b*)

Desde su posición exaltada como Dios, el primer paso descendente de Cristo fue que **no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse**. Aunque seguía existiendo plenamente como Dios, en su encarnación se negó a retener sus derechos y prerrogativas divinas. **Ser igual a Dios** es sinónimo de la frase anterior "en forma de Dios". Al repetir la declaración de la verdadera naturaleza y esencia de Cristo, Pablo recalca su absoluta e incontestable realidad. Es interesante que isos (**igual**) está en una forma plural (isa, "iguales"), lo cual sugiere que Pablo podría referirse a cada aspecto de la deidad de Jesús. El término alude a una equivalencia exacta. Un triángulo isósceles tiene dos lados iguales. Los isómeros son sustancias químicas que difieren en ciertas propiedades y estructura, pero son idénticas en su peso atómico. Al hacerse hombre, Jesús no perdió ni quedó disminuida en absoluto la realidad de **ser igual a Dios**.

Durante su ministerio terrenal, Jesús nunca negó ni desestimó su deidad. Él fue claro en reconocer su unión y dependencia divina como Hijo de su Padre (Jn. 5:17-18; 10:30, 38; 14:9; 17:1, 21-22; 20:28), su "potestad sobre toda carne" y para dar "vida eterna" (Jn. 17:2), y su "gloria que [tuvo]… antes que el mundo fuese" (Jn. 17:5; cp. v. 24). Con todo, nunca usó su poder ni autoridad para provecho personal, porque dichas prerrogativas de su divinidad no eran **como cosa a que aferrarse**. Esa fue la elección que puso en marcha la encarnación. Él estuvo dispuesto a sufrir la peor humillación posible antes que exigir el honor, el privilegio, y la gloria que le pertenecían. Tampoco usó los poderes de su deidad soberana y permanente para resistirse al propósito de su Padre porque el precio fuera demasiado alto.

**A que aferrarse** es la traducción del sustantivo griego harpagmos, que se refiere a algo que se toma o se lleva por la fuerza. A veces también se utilizaba para hablar de un premio o trofeo. Puesto que Jesús ya poseía igualdad con Dios, el significado de **aferrarse** no es tomar para sí, sino asirse o agarrarse. Él tenía todos los derechos y privilegios de Dios, y nunca podía perderlos. Sin embargo, rehusó **aferrarse** a esta posición privilegiada como Hijo de **Dios** para su propio provecho, y tampoco la consideró una posesión estimada que podía beneficiarle. En cualquier momento pudo haber acudido a su Padre y recibir de inmediato "más de doce legiones de ángeles" que lo defendieran (Mt. 26:53). No obstante, eso habría frustrado el plan de su Padre con el que estaba de acuerdo, y por tanto rehusaría hacerlo. Aunque sin duda estaba muy hambriento tras un ayuno de cuarenta días en el desierto, se negó a convertir las piedras en pan para alimentarse (Mt. 4:3-4). En cambio, multiplicó generosamente los panes y los peces para alimentar a las multitudes hambrientas (Mr. 6:38-44; 8:1-9).

Esa actitud de entrega abnegada de sí mismo, de las posesiones, de la autoridad y de los privilegios debería caracterizar a todos los que pertenecen a Cristo. Ellos deberían estar dispuestos a soltar las bendiciones que tienen, y que solo poseen gracias a Él. Los cristianos han sido separados del mundo como hijos de Dios y comparten la herencia con Jesucristo. Con todo, no deben aferrarse a dichos privilegios y bendiciones. Antes bien, al igual que su Señor, deben desligarse de estos y estar dispuestos a sacrificarlo todo por el bien de los demás.

## SEGUNDO PASO

**sino que se despojó a sí mismo,** (2:7*a*)

En el siguiente paso descendente, Jesús siguió no aferrándose a sus prerrogativas divinas. Antes bien, **se despojó a sí mismo**. La conjunción griega alla (**sino que**) significa "no esto sino aquello", y establece un claro contraste de ideas. Aunque era plenamente Dios, **se despojó a sí mismo** de todos sus privilegios. **Despojó** viene de kenoō, que significa desprenderse completamente de algo. Se traduce "vana" en Romanos 4:14 y en 1 Corintios 1:17. Jesucristo **se despojó a sí mismo** de todo vestigio de superioridad y privilegio, y se negó a hacer valer cualquier derecho divino para su provecho personal. El que creó y es dueño de todo cuanto existe, lo entregó todo.

Cabe recordar siempre que Jesús **se despojó a sí mismo** de solo algunas prerrogativas divinas, y no de su deidad como tal. Él siempre ha sido, y siempre será Dios, pleno y eterno, como Pablo declaró en el versículo anterior. Los cuatro Evangelios también dejan claro que Él no abandonó su poder divino para realizar milagros, perdonar pecados, o conocer la mente y el corazón de las personas. Si Él hubiera dejado de ser Dios (lo cual es imposible), no hubiera podido morir por los pecados del mundo. Habría muerto en la cruz y permanecido en la tumba, incapaz de vencer el pecado o la muerte. R. C. H. Lenski comenta: "Incluso muerto, tenía que ser el Dios poderoso a fin de vencer la muerte con su muerte" (*The Interpretation of St. Paul's Epistles to the Galatians, to the Ephesians, and to the Philippians* [La interpretación de las Epístolas de san Pablo a los gálatas, a los efesios y a los filipenses] [Minneapolis: Augsburg, 1961], p. 782). Otro erudito, el obispo Handley C. G. Moule, escribe:

> Sea cual sea el significado de "se despojó a sí mismo", eauton ekenōsen, que aquí alude a su encarnación, nunca podría significar un "kenōsis" que podía vulnerar o falsear su aptitud absoluta para guiar y bendecir a quienes vino a salvar. El hecho de [despojarse] lo puso realmente al nivel de sus criaturas en el sentido de experimentar la realidad humana de crecer y la capacidad de sufrir. Con todo, en ningún instante, esto podía hacer de Él algo menos que el Maestro y Guía absoluto e infalible de aquellos a quienes redimió (*Philippian Studies* [Estudios

filipenses] [Londres: Pickering & Inglis, s.f.], p. 99).

El Hijo de Dios **se despojó a sí mismo** de cinco derechos divinos. Primero, se despojó momentáneamente de su gloria divina. Poco antes de su arresto, Jesús levantó "los ojos al cielo" y rogó: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti… Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 17:1, 5; cp. v. 24). El Hijo de Dios dejó la adoración de los santos y los ángeles en el cielo y se sometió a la incomprensión, la negación, la incredulidad, las calumnias, y toda clase de persecución e injurias de parte de hombres pecadores. Él renunció a todo su esplendor celestial para sufrir una muerte abyecta y dolorosa en la cruz.

Él no perdió su gloria divina, sino que más bien estuvo velada, escondida en su humanidad (Jn. 7:5, 24; cp. 2 Co. 4:4-6) de la vista del hombre. Un asomo de ella pudo observarse en sus muchos milagros, sus palabras sabias, su actitud humilde a la cual Pablo exhorta a imitar aquí, y sin duda alguna en su sacrificio final por el pecado en la cruz. Se manifestó de manera breve y parcial a Pedro, Jacobo, y Juan en el monte de la transfiguración (Lc. 9:31-32; cp. 2 P. 1:16-18). No obstante, no se volvió a evidenciar hasta su resurrección y ascensión, y solo ante quienes le pertenecían.

Segundo, Jesús **se despojó a sí mismo** de la autoridad divina que podía ejercer con independencia. La manera como funciona la Trinidad es, por supuesto, un gran misterio. Al interior de la Deidad hay perfecta armonía y acuerdo en todo sentido y nivel posibles. Jesús declaró sin dejar lugar a dudas su plena igualdad con el Padre: "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30; cp. 17:11, 21). Con todo, acababa de decir con igual precisión durante su encarnación: "No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Jn. 5:30), y "he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Jn. 6:38). Mientras enseñaba en el templo, Jesús dijo: "A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió" (Jn. 7:28-29). En el huerto de Getsemaní la noche de su traición y arresto, Él rogó tres veces: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa", y sin embargo, cada petición fue seguida de otra de sometimiento: "pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt. 26:39-44). El autor de Hebreos escribe: "aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia" (He. 5:8).

Tercero, Jesús **se despojó a sí mismo** del ejercicio voluntario de algunos de sus atributos divinos, mas no de la esencia de su deidad. Él no dejó de ser omnisciente, omnipresente, omnipotente, o inmutable; Él decidió no hacer pleno uso de esas facultades durante su ministerio y vida en la tierra. Aún así, ejerció algunos de manera selectiva y parcial. Sin haberlo conocido, Jesús en su omnisciencia sabía que Natanael era "un verdadero israelita, en quien no hay engaño… y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre" (Jn. 1:47; 2:25). Gracias a su omnipresencia, Él sabía dónde había estado Natanael antes de verlo (1:48). No obstante, hizo esta confesión acerca del momento exacto de su regreso: "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre" (Mt. 24:36).

Cuarto, Jesús **se despojó a sí mismo** de sus riquezas eternas. Pablo explica: "por amor a vosotros se hizo pobre… para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). Si bien muchos comentaristas han interpretado su "pobreza" como una referencia a su situación económica en la tierra, nada tiene que ver con eso. El punto no es que Cristo haya renunciado a las riquezas terrenales, sino a las celestiales. Como vimos, Él dejó la adoración y el servicio de los ángeles y los redimidos en el cielo, porque "el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:28).

Quinto, Él **se despojó a sí mismo** por un tiempo de su relación única, íntima y directa con su Padre celestial, incluso hasta el punto de que Él lo desamparara. Para cumplir el plan divino de la redención, "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado [el Padre], para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). Esa era la voluntad del Padre, que Jesús vino a ejecutar y por cuyo cumplimiento oró. Sin embargo, incluso la breve separación de su Padre causada porque Jesús cargaba con el pecado, lo llevó a clamar "a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46). La expectación horrenda e inimaginable de estar alejado de su Padre y de llevar el pecado ya lo había llevado a sudar gotas de sangre en agonía, y a estar "muy triste, hasta la muerte" (Lc. 22:44; Mt. 26:38).

Es obvio que los cristianos no pueden despojarse a sí mismos en el mismo grado que el Señor lo hizo, porque mientras Él empezó de la posición más elevada, los cristianos lo hacen de la más baja. Los creyentes tienen infinitamente menos de qué despojarse. Aun lo que tienen les ha sido dado por la gracia de Dios. Los creyentes tienen la obligación de seguir el ejemplo de su Señor despojándose a sí mismos de todo lo que estorbe su servicio y obediencia a Él.

Así como Jesús no dejó de ser Dios cuando **se despojó a sí mismo**, tampoco los cristianos dejan de ser sus hijos cuando se despojan a sí mismos como Él lo hizo (cp. Ef. 5:1-2). Así como la obediencia abnegada de Jesús agradó al Padre (Mt. 3:17), los creyentes pueden agradarle por medio de la obediencia (25:21, 23). El creyente humilde conoce bien sus derechos y privilegios como hijo de Dios pero rehúsa aferrarse a ellos. En cambio, se despoja a sí mismo de

toda ambición del beneficio terrenal que esos derechos y privilegios pudieran otorgarle.

## TERCER PASO

**tomando forma de siervo,** (2:7*b*)

En el siguiente paso de su descenso, en el que se despojó aún más, Jesús dejó todos los derechos de su señorío **tomando forma de siervo**, de esclavo. Aunque tenía la morphē (**forma**) inherente de Dios (v. 6), voluntariamente tomó la **forma** (morphē), la esencia misma y la naturaleza, de un **siervo**. Tan cierto como Él era "en forma [morphē] de Dios", ahora existía en forma de **siervo**. Él no solo se vistió como un siervo, sino que en realidad se convirtió en esclavo en todo el sentido de la palabra.

Un doulos (**siervo**) nada poseía, ni siquiera las vestiduras que llevaba. Todo lo que tenía, incluso su vida, le pertenecía a su amo. Jesús sí era dueño de sus vestiduras, pero no tenía tierras, ni casas, ni oro ni joyas. No tenía un negocio, un bote o un caballo. Tuvo que pedir prestado un burro para entrar en Jerusalén el Domingo de Ramos, una habitación para la última cena, e incluso ser enterrado en una tumba prestada. Se negó a tener cualquier propiedad, o gozar de cualquier ventaja o servicio especial para sí. En lo que respecta a su gloria, el Rey de reyes quiso convertirse en el **Siervo** de siervos. El que "era en el principio con Dios" y por medio de quien "todas las cosas… fueron hechas" (Jn. 1:2-3) no reclamó para sí nada de cuanto había creado. Entre otras funciones, un **siervo** debía llevar las cargas de otros. Como el **Siervo** supremo, Jesús llevó la carga que ningún hombre podría llevar, que es el pecado de todos los que llegarían a creer. Como reveló Isaías: "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:6).

Jesús vino a hacer la voluntad del Padre y a servir a las necesidades de su pueblo en nombre de su Padre. Él renunció por completo a sus derechos como Hijo de Dios y se convirtió en **siervo**, y tampoco reclamó derecho alguno como el Hijo del Hombre. Él mismo testificó en su último viaje de camino a Jerusalén: "el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:28). Pocos días después, en la última cena, le preguntó a sus discípulos: "¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve" (Lc. 22:27).

Mediante su ofrecimiento de salvación, Jesús sirvió a otros mejor que cualquier otro siervo o esclavo que haya vivido jamás. Pero también fue un ejemplo de servicio que sus discípulos deben seguir. Él les recordó: "El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor" (Mt. 10:24) y que "si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis" (Jn. 13:14-17). Él declaró: "El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo" (Mt. 23:11). Con todo, después de haber hecho "todo lo que [les] ha sido ordenado", los cristianos no deben atribuirse mérito alguno, sino más bien confesar con humildad sincera: "Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos" (Lc. 17:10).

## CUARTO PASO

**hecho semejante a los hombres;** (2:7*c*)

Al seguir con su descenso, Jesús fue **hecho semejante a los hombres**. Así lo hizo Dios mediante su concepción y nacimiento virginal, que fueron prodigiosos (Lc. 1:30-35). Homoiōma (**semejante**) se refiere a lo que es hecho para parecerse a algo, no solo en apariencia (cp. v. 7), sino en realidad. Jesús no era un clon, un extraterrestre disfrazado, o algún simple facsímile de un hombre. Él se convirtió en un ser humano como cualquier otro, con todos los atributos de la humanidad, un hombre auténtico entre **los hombres**. Era tan evidente su humanidad que incluso su familia y discípulos no hubieran conocido su deidad, a no ser porque los ángeles (Mt. 1:20-21; Lc. 1:26-35; 2:9-11), Dios Padre (Mt. 3:17; 17:5), y Jesús mismo (Jn. 8:58; 14:1-4; 16:13-15; 17:1-26) se la revelaron. Y a pesar de sus incontables milagros, sus enemigos rehusaron pensar siquiera en su deidad. Ante sus ojos, Él no solo era un simple mortal, sino el más bajo de los hombres, un blasfemo (Jn. 5:18; 10:33).

Es importante entender que Jesús no se convirtió en el segundo, o último Adán (1 Co. 15:45), en el sentido de ser como la humanidad antes de la caída. Más bien, en la encarnación, Él adoptó cada debilidad, limitación, problema y sufrimiento que vino como consecuencia de la caída, soportando así todas sus terribles consecuencias en la tierra.

Sin un padre humano, Jesús fue "nacido de mujer" (Gá. 4:4) en un "cuerpo de carne" (Col. 1:22) y, como todo niño humano, requería la atención y el cuidado de unos padres amorosos (Lc. 2:40-51). Salvo en lo que respecta al nivel, creció y se desarrolló como los otros niños, "crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (v. 52). Él tuvo hambre y sed, sufrió el dolor, y sintió tristeza. Como otros hombres, se cansó, se sintió débil y necesitó

dormir. “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo” (He. 2:14); y aunque nunca pecó, fue también “tentado en todo según nuestra semejanza” (He. 4:15; cp. Mt. 4:1-11). El autor de la carta ya había explicado que “en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (He. 2:18).

Ya que Jesús vivió “en semejanza de carne de pecado” (Ro. 8:3), estaba sujeto a la muerte física. De hecho, fue solo mediante su muerte que pudo llevar a cabo su objetivo divino de la redención. Así también lo explica el autor de Hebreos: Jesús “debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (2:17). Él vino a morir.

Aunque Jesús perdonó pecados (Mt. 9:2, 6; Lc. 7:47) y aceptó ser adorado como le correspondía siendo el Hijo de Dios (Mt. 28:17; Jn. 9:38), no pidió ni aceptó privilegio alguno ni especial honra como hombre. En la humildad más sublime que pueda existir, vivió y obró no solo como un hombre entre los hombres, sino como un Siervo de siervos. Él tomó su lugar entre las personas comunes (cp. 1 Co. 1:26-29).

## QUINTO PASO

**y estando en la condición de hombre,** (2:8*a*)

El descenso continuó con Jesús **estando en la condición de hombre**, para seguir con la verdad de que fue “hecho semejante a los hombres”. Habiendo sido hecho un auténtico ser humano por el poder divino mediante la concepción virginal, Cristo fue visto, o reconocido, como un hombre por quienes lo conocieron y observaron encarnado. Schēma (**condición**) es la palabra que dio origen a “esquema”. A diferencia de morphē (“forma”, vv. 6-7) y homoiōma (“semejanza”, v. 7), que se refieren a la esencia y la naturaleza del ser, schēma alude a la forma exterior o aspecto; no a la realidad sino a la **condición**. Jesús sufrió, y sufre aún, la humillación de ser considerado un mero **hombre**. Pablo usó el término al hablar de “la apariencia (schēma) de este mundo [que] se pasa” (1 Co. 7:31). Tanto Pablo como Pedro emplearon una forma negativa compuesta (suschēmatizō) para advertirles a los creyentes: “No os conforméis a este siglo” (Ro. 12:2) y “no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia” (1 P. 1:14).

Como había profetizado Isaías cerca de setecientos años antes, el Mesías fue “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (Is. 53:3). Juan también escribió: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:10-11). Ellos dijeron: “¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?” (Jn. 6:42). Es lamentable que “ni aun sus hermanos creían en él” (Jn. 7:5). Algunos judíos religiosos e incrédulos dijeron: “Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea” (Jn. 7:27), y “por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (Jn. 10:33). Inclusive algunos le acusaban de tener un demonio (Jn. 7:20; 8:48).

## SEXTO PASO

**se humilló a sí mismo,** (2:8*b*)

Para continuar la profunda descripción de la humillación de Cristo, Pablo dice que Jesús **se humilló a sí mismo**. Aquí el énfasis se centra más en la actitud personal de Jesús que en su naturaleza y forma. Él no fue humillado simplemente por la naturaleza y las circunstancias de su encarnación. **Se humilló a sí mismo** es la traduccción de tapeinoō, cuya idea es rebajarse. Jesús se rebajó **a sí mismo** no solo en relación con Dios, sino también con otros hombres.

El momento más impresionante y conmovedor de la humillación de Jesús fue su arresto, juicio y crucifixión. Se burlaron de Él, lo calumniaron, escupieron, golpearon, azotaron, y le arrancaron dolorosamente parte de su barba. Con todo, Él nunca se defendió, no se enojó, no exigió, no acusó. Se negó a hacer valer sus derechos como Dios o incluso como ser humano.

Al meditar en las implicaciones éticas de esta humillación, Paul Rees escribió con gran perspicacia:

> Mírenlo, ¡este maravilloso Jesús! Le ayuda a José a fabricar un yugo en el pequeño taller de carpintería en Nazaret. Este es Aquel que, de no haberse despojado de todo, podría sin dificultad alguna crear un sistema solar o una galaxia.
>
> ¡Mírenlo otra vez! Vestido de esclavo, servil, con toalla y vasija en mano, lava los pies de algunos de sus amigos quienes, si no fuera por sus riñas, debían lavar los *de Él*…

> "'¡Se humilló a sí mismo!' No olviden esto", exclama Pablo a estos amados amigos suyos de Filipos. "¡Recuerden esto cada vez que se asome el más leve impulso egoísta y arrogante, para no romper así el lazo de su comunión fraternal!" (*The Adequate Man: Paul in Philippians* [El hombre adecuado: Pablo en Filipenses] [Westwood, N.J.: Revell, 1954], pp. 45-46).

## SÉPTIMO PASO

**haciéndose obediente hasta la muerte,** (2:8*c*)

En su descenso, Jesús estuvo dispuesto a sufrir la humillación y la degradación aun **haciéndose obediente hasta la muerte**. Su obediencia y el alcance de la redención constituyen el tema de Romanos 5:12-19, cuya idea clave es que "por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida" (v. 19). Ralph Martin hace una aguda observación:

> Su obediencia es una señal inequívoca de su deidad y autoridad, porque… solo un ser divino puede aceptar la muerte como obediencia; para el hombre común es una necesidad. Solo Él como obediente Hijo de su Padre podía elegir la muerte como su destino; y así lo hizo por su amor, un amor por el propósito redentor de su Padre, así como por el mundo al que vino. "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad" (He. 10:7s), fue el lema de su vida entera (*The Epistle of Paul to the Philippians* [La Epístola de Pablo a los Filipenses]. Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Eerdmans, 1975], p. 102. Cursivas en el original).

Uno podría pensar que en algún punto de su sacrificio final Él diría: "¡Basta!". No obstante, su perfecta sumisión lo llevó **hasta la muerte**, porque esa era la voluntad del Padre. Hasta en su agonía, al rogar a Dios en el huerto "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa", Él reconoció que en la voluntad de su Padre era imposible evitar la crucifixión, pues oró: "no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt. 26:39). El compromiso con la voluntad de Dios era su deseo.

Al referirse a ese momento desgarrador, el autor de Hebreos dice que Cristo "en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente". Aún así, explica: "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen" (He. 5:7-9; cp. 10:7).

Mucho antes de su arresto, Jesús declaró: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar" (Jn. 10:17). Pedro se opuso con vehemencia a la clara predicción de Jesús acerca de su **muerte** inminente y necesaria, por lo que recibió una severa reprensión: "Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres" (Mt. 16:22-23). Puesto que la mente de Jesús solo se centraba en los intereses de Dios, no en los suyos ni los del hombre, con gusto se hizo **obediente hasta la muerte**. "Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos" (Ro. 5:6).

El Padre no obligó al Hijo a morir. Aunque era la voluntad del Padre, la voluntad del Hijo fue siempre obedecer por completo al Padre. Era su libre elección. Si Él no hubiera podido elegir, no habría tenido que ser **obediente**. "Nadie me la quita [mi vida]", dijo Él, "sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre" (Jn. 10:18). Él recibió la orden del Padre, pero no fue obligado. Como el amor encarnado, Él llegó a ser el ejemplo perfecto de la verdad que Él mismo había declarado: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Jn. 15:13).

## OCTAVO PASO

**y muerte de cruz.** (2:8*d*)

En la última etapa de su descenso y humillación, Jesús se sometió a la muerte, **y muerte de cruz**. De muchas formas hubiera podido ser ejecutado. Una de ellas, por decapitación, como Juan el Bautista, o apedreado o colgado. Pero Él no había sido predestinado para otra clase de muerte, sino la **muerte de cruz**.

La crucifixión es quizá la forma de ejecución más cruel, extremadamente dolorosa y vergonzosa que se haya concebido. Fue inventada en un principio por los antiguos persas o fenicios, y luego perfeccionada por los romanos. Estaba reservada para los esclavos, los delincuentes más viles, y los enemigos del estado. Ningún ciudadano romano podía ser crucificado, sin importar cuán atroz fuera su crimen. En su libro *The Life of Christ* [La vida de Cristo], Frederick Farrar describe así la crucifixión:

> Una muerte por crucifixión parece incluir todo cuanto el dolor y la muerte puedan tener de horrendo y atroz: aturdimiento, calambres, sed, inanición, insomnio, fiebre traumática, vergüenza, ignominia, tormento prolongado y continuo, expectación pavorosa, mortificación por heridas bien calculadas… y todo intensificado hasta el punto exacto de poder ser soportado, y detenido justo antes de alcanzar el punto de brindarle a la víctima el alivio de la inconsciencia… La posición antinatural hacía cada movimiento doloroso, las venas desgarradas y los tendones aplastados temblaban en agonía incesante (vol. 2 [Nueva York: E. P. Dutton, 1877], pp. 403-404).

Los judíos consideraban la crucifixión como una forma de horca, y quienes eran colgados eran malditos por Dios. Con respecto al cuerpo de un hombre colgado, la ley exigía: “no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad” (Dt. 21:23). Por eso, la idea de un Mesías crucificado constituía un obstáculo infranqueable para los judíos incrédulos (1 Co. 1:23). Como a Pedro, les resultaba inconcebile que el Mesías fuera sometido a la ejecución, y mucho menos una tan ignominiosa, horrenda, humillante y execrable como la **muerte de cruz**. La maldición de Deuteronomio 21:23 significaba la exclusión del pacto de Dios, y quedar proscrito de su pueblo y de sus bendiciones. En cambio, Jesús llevó la maldición en lugar de los creyentes para traerlos a Dios y a la gloria.

Sin embargo, en el plan perfecto de Dios, la crucifixión de su Hijo no solo era admisible, sino obligada. Pablo explicó: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gá. 3:13). Y Pedro declara: “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 P. 2:24). En la infinita sabiduría de Dios, la **muerte de cruz** era el único camino a la redención de la humanidad caída, pecadora y condenada. La crucifixión era sangrienta, como lo eran los sacrificios del Antiguo Testamento que la prefiguraron. En el cumplimiento de sus funciones, los sacerdotes al servicio del templo debían derramar sangre y sacrificar animales. El Cordero de Dios también moriría de una muerte sangrienta.

Después de reflexionar sobre el plan divino de la salvación en los primeros once capítulos de Romanos, Pablo exclamó maravillado: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33).

# 9. La exaltación de Cristo

**Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.** (2:9-11)

Cuando Henry Martyn, misionero del siglo XIX, hablaba con un musulmán que menospreciaba a Cristo, declaró que no soportaría vivir más si Jesús tenía que ser siempre deshonrado (Constance E. Padwick, *Henry Martyn* [Chicago: Moody 1980], pp. 225-226). Su actitud evoca la de David, cuando declaró que "los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí" (Sal. 69:9). Cuando el Señor es injuriado y vilipendiado, quienes lo aman sienten el dolor de esa deshonra e injuria.

Ningún otro hecho histórico podría equipararse al desprecio y la difamación que el hombre caído, pecador y rebelde le infligió al Hijo de Dios durante su encarnación (2:6-8). Sin embargo, en los siguientes tres versículos, que comprenden la segunda mitad de este himno de celebración, el apóstol narra con brevedad la inigualable y magnífica exaltación que luego le confirió el Padre al Hijo. Ningún pasaje de las Escrituras describe más bellamente la dimensión de la aprobación y el alcance de la exaltación que experimentó Jesucristo, como Filipenses 2:5-11. El mensaje del evangelio está incompleto sin estas dos majestuosas realidades.

Fue por "el gozo puesto delante de él" que Cristo "sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (He. 12:2). Como explica Pedro, el tema predominante de los profetas del Antiguo Testamento era el sufrimiento del Mesías y su gloria postrera. Ellos buscaron conocer "qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo [el Mesías] que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos" (1 P. 1:11).

En 2:1-4, Pablo establece que, para los creyentes, el resultado práctico de seguir el ejemplo de humildad del Señor es la unidad de la iglesia.

> *Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.*

La humildad es la llave para lograr la unidad de la iglesia, a la cual llama el apóstol con tanta vehemencia. Es la clave para que los creyentes sean realmente uno en Jesucristo, así como Él es uno con el Padre (Jn. 17:21).

En estos tiempos en los que abunda la soberbia, el amor propio y la búsqueda del éxito personal, aun entre muchos cristianos profesantes, es importante comprender que "el que se enaltece será humillado" (Mt. 23:12). El fariseo que se creía justo oró: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano", pero solo "oraba consigo mismo", no a Dios (Lc. 18:11-12). Por exaltarse a sí mismo, Dios habría de humillarlo (v. 14). Tan cierto como Dios "da gracia a los humildes", también "resiste a los soberbios" (1 P. 5:5).

En cambio, para quienes siguen el ejemplo de humildad del Señor, que tienen "este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:5), hay promesa de una gran recompensa. Al igual que su Maestro, serán exaltados por su Padre celestial. Como Jesús prometió: "El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido" (Mt. 23:12; cp. Lc. 14:11; 18:14). Por su parte, Santiago dijo: "Humillaos delante del Señor, y él os exaltará" (Stg. 4:10); y Pedro escribió: "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo" (1 P. 5:6). Filipenses 2:5-11 no es solo una descripción de la humillación y exaltación del Hijo de Dios. Es también una viva ilustración de un principio divino que trae inmensa bendición a los siervos de Dios humildes y obedientes. Por la inigualable gracia de Dios, tal como son humillados con Cristo, serán también glorificados con Él. Jesús dijo: "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (Jn. 17:22).

La verdad central de este himno, como la de esta epístola y todo el Nuevo Testamento, es la exaltación del señorío

soberano de Cristo. Pablo comienza Filipenses declarándose a sí mismo y a Timoteo como "siervos… del Señor Jesucristo" (1:1-2), y termina el pasaje afirmando que un día "toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor" (2:11). Esa verdad fundamental del evangelio se desarrollará más adelante en este capítulo.

En el primer capítulo de Hebreos se describe con suprema belleza la exaltación de Jesucristo:

> *en estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas… Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios… Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino (He. 1:2-3, 6, 8; cp. v. 13).*

En los últimos días solo el Hijo de Dios exaltado, Jesucristo, será digno de tomar el rollo de la diestra de su Padre y abrirlo (Ap. 5:1-7). Este rollo, que podría llamarse el título de propiedad del universo, describe lo que le corresponde a Cristo como heredero legítimo de toda la creación, la que hizo y sobre la cual reinará por toda la eternidad (cp. Ap. 11:15). Con razón Pablo exclamó jubiloso: "Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Ro. 11:36).

El Salvador humilde, encarnado, fue exaltado como Señor supremo y todopoderoso. Por esa razón los creyentes tienen la certeza de su redención y de su lugar eterno en el cielo. Él también debe ser obedecido como Señor, y honrado y adorado siempre y por la eternidad.

En la segunda mitad de este himno, Pablo presenta cuatro aspectos de la exaltación que le confirió el Padre al Hijo: la fuente (2:9*a*), el título (2:9*b*), la respuesta (2:10-11*a*) y el propósito (2:11*b*).

## LA FUENTE DE LA EXALTACIÓN DE CRISTO

**Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo,** (2:9*a*)

**Por lo cual** alude a la humillación de Jesús que se acaba de presentar en los versículos 6-8. Su exaltación era "el gozo puesto delante de él" por el cual estuvo dispuesto a sufrir la cruz, menospreciar el oprobio, soportar la hostilidad de los pecadores, "y se sentó a la diestra del trono de Dios" (He. 12:2-3). El camino a la exaltación es siempre a través de la humillación. Si ese principio se cumplió en el Hijo de Dios, ¿cuánto más deberá cumplirse en sus seguidores?

**Exaltó hasta lo sumo** traduce el verbo compuesto huperupsoō, formado por huper (sobre) y hupsoō (levantar, exaltar). Dios exaltó a su amado Hijo al mayor grado posible. Esto incluye cuatro etapas de ascenso: su resurrección, su ascensión, su coronación y su intercesión.

Primero, Jesús fue resucitado de los muertos. Cuando las mujeres fueron al sepulcro donde habían puesto a Jesús, el ángel les dijo: "No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron" (Mr. 16:6). Pedro le explicó a sus oyentes en Pentecostés: "A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos" (Hch. 2:32; cp. Ro. 1:4). Luego, tras haber sido liberado de la prisión en Jerusalén, Pedro y los otros apóstoles testificaron juntos ante el Sanedrín: "El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero" (Hch. 5:30; cp. 13:33-39). Muchos años después, Pablo escribió que Dios Padre "[resucitó a Jesús] y [lo sentó] a su diestra en los lugares celestiales" (Ef. 1:20).

El segundo aspecto de la exaltación del Hijo por parte del Padre fue su ascensión. Cuando el Señor se apareció a María Magdalena después de su resurrección, "le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). Más adelante, después de haberles dado las últimas instrucciones a los once en el Monte de los Olivos, "fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos" (Hch. 1:9; cp. Jn. 14:2; 16:7; He. 4:14). Pablo le explicó a Timoteo que Jesús fue "recibido arriba en gloria" (1 Ti. 3:16).

El tercer aspecto de la exaltación de Jesús fue su coronación. En el momento de pronunciar la Gran Comisión, Jesús proclamó: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mt. 28:18). "Habiendo subido al cielo [Jesús] está a la diestra de Dios" (1 P. 3:22). Pedro y los demás testificaron ante el Sanedrín que a Jesús "Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hch. 5:31). Justo antes de morir, Esteban "lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios" (Hch. 7:55-56; cp. He. 2:9; 10:12).

Desde el cielo, el Señor Jesucristo reina por siempre “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”, porque el Padre “sometió todas las cosas bajo sus pies” (Ef. 1:21-22; cp. 4:10; Sal. 2:8; 89:27; 1 P. 3:22; Jud. 25). En virtud de su autoridad y poder, Jesús será por siempre “Señor así de los muertos como de los que viven”, porque “para esto murió y resucitó, y volvió a vivir” (Ro. 14:9). Así proclamarán un día los “millones de millones” de adoradores alrededor del trono celestial: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza… Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Ap. 5:11-12; 11:15). El fin vendrá “cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Co. 15:24).

El cuarto y último aspecto de la exaltación de Jesús es su posición de honor como Sumo Sacerdote, por lo cual intercede sin cesar por los creyentes. Cristo, que murió y resucitó por nosotros, y “que además está a la diestra de Dios… también intercede por nosotros” (Ro. 8:34; cp. v. 26). Como el Sumo Sacerdote de los creyentes, “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”, dice el autor de Hebreos, “porque tal sumo sacerdote nos convenía: Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” (He. 7:25-26; cp. 4:14; 5:1-6; 6:20; 7:21; 8:1-6; 9:24).

En gran parte, la exaltación de Jesús comprendía la restauración de lo que poseía desde la eternidad antes de su encarnación. En su oración como Sumo Sacerdote, Él rogó: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). Sin embargo, en los pasajes citados, así como en muchos otros, parece claro que en ciertos aspectos Jesús recibió más en su exaltación de lo que se había despojado en su encarnación. Por supuesto que no se trata de ser más divino o perfecto. Era imposible para Él ser exaltado aún más en lo que respecta a su naturaleza y la esencia de su ser. Sin embargo, en virtud de su obra redentora perfecta, el Padre le confirió al Hijo mayores derechos, privilegios, honores y responsabilidades de los que antes tenía. La exaltación fue por tanto algo más que revocar la encarnación. Fue así que el Padre le dio al Hijo el honor y el enaltecimiento que solo podía recibir después de su sacrificio redentor, que cumplió en obediencia a la voluntad de su Padre.

La autoridad y el poder delegados a Jesús incluyen el de ser el Juez final. Jesús explicó: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:22-23). Pedro le dijo al recién convertido Cornelio y a su familia, que Dios “nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos” (Hch. 10:42; cp. Ro. 2:16; 2 Ti. 4:1). Cada ser humano que ha existido tendrá que presentarse ante Jesucristo el Juez:

> *Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo… De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (Jn. 5:22, 25-29).*

Cada creyente “[comparecerá] ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10).

De un modo que resulta incomprensible para la mente humana, Jesucristo no solo se hizo Dios-hombre en la encarnación, sino que siempre lo será. Como Sumo Sacerdote, Él intercede continuamente por todos los que salva. Ya que un sacerdote debe representar tanto a Dios como a los hombres, no podría ser el Sumo Sacerdote de los creyentes, a menos que hubiera decidido hacerse hombre. Si Él nunca hubiera sentido los males de ellos, o incluso si no hubiera sido tentado en todo como ellos, no habría podido identificarse plenamente con ellos ni animarlos, fortalecerlos y acompañarlos en sus tentaciones (He. 2:18; 4:15; 9:28; 1 P. 2:24).

De manera convincente, William Hendriksen describe la coronación de Jesús en este comentario:

> Él, que estuvo bajo condenación según la ley divina (por causa del pecado del mundo que llevó sobre sí) ha cambiado esta pena por una relación justa con la ley. El que fue pobre llegó a ser rico. El que fue rechazado ha sido aceptado (Ap. 12:5, 10). El que aprendió la obediencia ha entrado en la administración real del poder y la autoridad que se le confió.
>
> Como *rey*, habiendo triunfado sobre sus enemigos por su muerte, resurrección, y ascensión, ahora tiene en sus manos las riendas del universo, y gobierna sobre todo por el bien de su iglesia (Ef. 1:22, 23). Como *profeta* guía a toda verdad a los suyos por medio de su Espíritu. Y como *sacerdote* (Sumo Sacerdote según el orden de

Melquisedec) Él, sobre la base de la expiación que llevó a cabo, *no solo intercede, sino que en realidad vive para siempre para interceder* por quienes se acercan a Dios por medio de Él (He. 7:25) (*New Testament Commentary: Exposition of Philippians* [Comentario del Nuevo Testamento: Estudio de Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1962], p. 114. Cursivas del original).

## EL TÍTULO DE LA EXALTACIÓN DE CRISTO

**y le dio un nombre que es sobre todo nombre,** (2:9*b*)

**Dio** viene de charizomai, que comunica la idea de dar con libertad y generosidad. El Padre le dio al Hijo **un nombre que es sobre todo nombre** según el más perfecto amor divino. Jesús satisfizo de manera tan perfecta la demanda del Padre al cumplir la obra de su encarnación y la redención de los elegidos, que le concedió este título enaltecido. El autor de Hebreos dice que fue "hecho tanto superior a los ángeles", y que "heredó más excelente nombre que ellos" (He. 1:4).

Este **nombre** le fue dado para destacar su posición por encima de todo ser. Refleja no solo su esencia divina y su naturaleza, sino también los privilegios nuevos y exclusivos que el Padre le otorgó en respuesta a su obra redentora. Este **nombre** es incomparable, supremo.

Pablo no revela el nombre supremo, el **nombre que es sobre todo nombre**, hasta el versículo 11, donde declara que "toda lengua confiese que Jesucristo es *el Señor*" (cursivas añadidas). Señor es el título de majestad, autoridad, honor y soberanía. Un día ese nombre exaltado llegará a ser el de "REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES" (Ap. 19:16). Es evidente que *Señor*, usado en el sentido de la autoridad y dominio soberano finales, supera a los otros nombres. Quien es Señor está por encima de cualquier otro, y ese es el fin exacto en llamar así al Salvador, pues tiene absoluta supremacía y debe ser obedecido como Jefe divino.

En la maravillosa gracia de Dios, los creyentes no solo serán herederos juntamente con Cristo, sino que también participarán de sus nombres. A través del apóstol Juan, Dios promete: "el que vence", es decir, todo creyente verdadero (1 Jn. 5:4-5), "yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo" (Ap. 3:12; cp. 2:17). Cuando sean glorificados, sobre todos los creyentes se escribirá el nombre de Dios Padre ("mi Dios"), el nombre del cielo ("la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén"), y el título supremo de Señor ("mi nombre nuevo"). Esos nombres serán para ellos como una marca, como un sello, como quienes son propiedad de Dios y se identifican con Él plena e íntimamente.

## LA RESPUESTA A LA EXALTACIÓN DE CRISTO

**para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,** (2:10-11*a*)

Cada vez que la palabra griega hina (**para que**) se emplea con un verbo subjuntivo (como kampsē, **se doble**; y exomologēsētai, **confiese**), introduce una cláusula de propósito. Pablo quiere decir entonces: "A Jesús se le ha dado el nombre que es sobre todo nombre a fin de que, o con el propósito de que **se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor**". Es crucial entender que esta respuesta no se producirá ante el nombre de **Jesús**. Siendo una forma del nombre Josué (que significa "Jehová, o Yahvé salva"), Jesús era un nombre común en la época neotestamentaria. Es evidente que no podía ser el nombre exclusivo, y mucho menos supremo que Dios pensó como título de exaltación. Es más bien **en el nombre de Jesús**, es decir, en otro nombre (**Señor**) dado a **Jesucristo** en la exaltación que le dio su Padre, que **toda rodilla se doble** y **toda lengua confiese**.

Había varios indicios de lo que sería su nombre supremo. Kurios ("Señor") era un término conocido de respeto en la época neotestamentaria, parecida a la palabra que se usa en la actualidad, pero con mucha mayor veneración (cp. Mt. 10:24-25; 18:27-34; Lc. 12:42-47). Durante su ministerio terrenal, a Jesús le llamaron en algunas ocasiones por ese nombre. Parece que algunos de los que le llamaron "Señor" no lo consideraban más que un gran maestro, al menos en el primer encuentro que tuvieron con Él (cp. Jn. 8:11; 9:35-38). Incluso los doce solo comprendieron su deidad de manera paulatina y muchas veces vacilante. Y, como Jesús mismo lo señaló, incluso el hecho de llamarle Señor como reconocimiento de su deidad no evidenciaba siempre la existencia de una relación salvífica con Él.

*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os*

*conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23).*

Debido a que los judíos consideraban que el nombre de Dios era demasiado sagrado como para pronunciarlo, usaban el título Señor en lugar de su nombre personal que aludía al pacto, Yahvé (o *Jehová*), siempre que debían pronunciarlo. (La mayoría de traducciones modernas del Antiguo Testamento traducen por tanto la forma hebrea *YHWH* [Yahvé] como Señor. La RVR-1960 la traduce como "Jehová"). En consecuencia, a Dios se le llamaba Adonai ("Señor"), un título de autoridad divina, y *YHWH* ("Señor"), para referirse a su nombre de pacto, cuyo significado fundamental es "YO SOY" (cp. Éx. 3:13-15). Cuando se leían las Escrituras, solo la familiaridad con el texto hebreo facultaba al oyente para comprender cuál de los términos se mencionaba. En la predicación, la enseñanza, o la conversación casual, un oyente podía discernir el significado solo por el contexto.

En el pasaje que nos ocupa, es evidente que **Señor** se refiere a la deidad y soberanía de Jesús, y a su autoridad exaltada hasta lo sumo. Representa el nombre y título divino, así como todos los honores, derechos divinos, y prerrogativas. En algún momento, sea por elección o por la fuerza, toda criatura, humana y angélica, se someterá a **Jesucristo** como Señor exaltado.

Como primer acto de reverencia, **toda rodilla** se doblará, tal como profetizó Isaías unos setecientos años antes. El Señor declaró por medio de él: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla" (Is. 45:22-23). **Jesucristo** es Dios, Salvador, y Señor, ante quien **toda rodilla** se doblará.

Aquellos que se someten a la suprema autoridad de **Jesucristo** conformarán tres grupos. El primero incluirá a **los que están en los cielos**, que son los ángeles de Dios y los santos que han sido redimidos a lo largo de la historia. Ese grupo celestial, por supuesto, ha adorado por mucho tiempo a **Jesucristo** como **Señor** (cp. He. 1:6; 12:23; Ap. 4:8-11; 5:8-14).

El segundo grupo lo conformarán los habitantes **en la tierra**, tanto los redimidos como los que no lo son. Los redimidos seguirán su adoración al Señor, la que empezaron en el momento de ser salvos. Él será "admirado en todos los que creyeron", "cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos" (2 Ts. 1:10). Sin embargo, al mismo tiempo, aunque de mala gana y movidos por el terror, los incrédulos también tendrán que doblar sus rodillas ante Él. Él dará "retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder" (vv. 8-9).

El tercer grupo que adorará al Señor exaltado serán los que están **debajo de la tierra**, los ángeles caídos y los muertos que no fueron redimidos y esperan el juicio final y el castigo eterno. Apocalipsis 20:11-13, quizá el pasaje más temible de las Escrituras, describe el destino final de quienes no fueron salvos:

> *Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.*

El tercer grupo también incluye a "los espíritus encarcelados", los demonios que ya están atados en el abismo y a quienes Jesús "fue y predicó" en el período comprendido entre su muerte y resurrección, y mediante las cuales los venció (1 P. 3:19; cp. Col. 2:14-15).

Como predijo Isaías (Is. 45:23), en la segunda etapa de esta adoración universal del Hijo de Dios exaltado, **toda lengua** confesará **que Jesucristo es el Señor**. Glōssa (**lengua**) se usa con frecuencia, como aquí, para referirse al idioma. Sin importar el idioma que hable, todo ser humano y angelical confesará el señorío de Jesús. Los santos ángeles, los santos redimidos en el cielo y en la tierra, y todos los enemigos de Dios sobre la tierra y en el infierno, confinados para siempre por el poder invencible que los mantiene en castigo eterno, doblarán sus rodillas ante su autoridad soberana. Aun los demonios condenados, y Satanás, no tendrán opción aparte de someterse y confesar la realidad **que Jesucristo es el Señor**.

Exomologeō (**confiese**) es una forma acentuada de homologeō (confesar, estar de acuerdo con) y se refiere a una declaración abierta y pública. No obstante, en el momento al que alude Pablo, dicha confesión no llevará a la salvación, puesto que esa suprema bendición ya habrá sido para siempre recibida o perdida. Antes de la muerte o del regreso del Señor, esta es la promesa: "que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Ro. 10:9). Sin embargo, el apóstol deja claro más adelante en la misma carta, que en el día del juicio esa confesión no modificará la condición espiritual de quienes la hacen. Citando a Isaías, dice: "Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios" (Ro. 14:11; cp. Is. 45:23). En labios de quienes le pertenecen a Dios, esta será una declaración anhelante, continua, y amorosa

de fidelidad y adoración. Quienes lo han rechazado confesarán de mala gana, pero no podrán resistirlo, y será un reconocimiento obligado de Jesucristo como **el Señor** soberano del universo para quienes están bajo su juicio inmutable.

Jesús ya posee su título divino y plena autoridad, pero aún no es el tiempo señalado por el Padre para que esa autoridad se manifieste totalmente. Jesús ya está sentado a la diestra del Padre en su trono celestial, pero no todas las cosas se han sometido a Él todavía (cp. 1 Co. 15:27-28). Mientras haya tiempo, el Salvador áun llama a hombres y a mujeres a acercarse a Él por la fe salvadora, a confesarlo y recibirlo voluntariamente como Señor. Pablo se regocijaba en que fue "recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en [él] el primero [de los pecadores] toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna" (1 Ti. 1:16).

El anuncio que dieron los ángeles del nacimiento de Jesús fue: "os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor" (Lc. 2:11). Jesús les dijo a sus discípulos: "Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy" (Jn. 13:13), y después de la resurrección Tomás exclamó "¡Señor mío, y Dios mío!" (20:28). En Pentecostés Pedro proclamó: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hch. 2:36; cp. 10:36). Pablo les dijo a los romanos: "si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Ro. 10:9; cp. v. 12). Luego, en la misma epístola dijo: "Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven" (14:9; cp. v. 11). A los corintios les recordó que "sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él" (1 Co. 8:6; cp. 12:3; 15:57).

Contrario a muchas enseñanzas y predicaciones de gran acogida, las Escrituras nunca dicen que alguien haga a Jesús Señor. Si bien muchos que afirman tal cosa solo aluden a la sumisión y obediencia de los creyentes a la autoridad soberana de Jesús, esto resulta confuso y en gran manera engañoso. El problema es más serio porque algunos evangélicos insisten en afirmar que confesar a Jesús como Señor no es una parte importante de la fe salvadora. De manera equivocada lo consideran un paso opcional, aunque conveniente, que los creyentes deben dar tiempo después de su salvación. Creen que es posible ser salvo al confesar a Jesús como Salvador, pero no como el Señor que gobierna y domina. Sin embargo, como acabamos de ver, fue Dios Padre quien "le ha hecho Señor y Cristo" (Hch. 2:36), y para ser salva una persona debe confesar "que Jesús es el Señor, y [creer en su] corazón que Dios le levantó de los muertos" (Ro. 10:9), una verdad que se repite versículos después: "porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (v. 13). Reconocer a Jesús como Señor debe incluir sumisión y obediencia, porque, por definición, el título de Señor lo exige.

La evidencia bíblica de la relevancia del señorío de Jesucristo en el evangelio es abundante y clara. En el Nuevo Testamento, a Él se le llama Señor cerca de 747 veces. En Hechos se habla de Él como Salvador en solo dos ocasiones, y Señor 92 veces. El primer credo conocido de la iglesia primitiva era: "¡Jesús es Señor!". El señorío de Jesucristo es la esencia misma del cristianismo, y su confesión es indispensable para todo el que desea ser salvo. Jesús insistió muchas veces en la necesidad de la obediencia como parte de la fe salvadora (Mt. 7:22-27; 19:21-22; Lc. 14:25-33; Jn. 8:31; 14:23-24; 15:14).

Jesús es el Salvador para que pueda ser el Señor, y Él no salvará a quienes no lo aceptan como Señor. Como se mencionó anteriormente, incluso confesarlo verbalmente como Señor sin permitirle que lo sea en realidad resulta inútil. A comienzos de su ministerio Él declaró:

> *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23; cp. Lc. 6:46-49).*

Claro que Jesús no se refería a la justicia por las obras, es decir, que la salvación viene por medio de la obediencia, sino a que una profesión de fe que no produce una verdadera obediencia a su señorío resulta vana.

La idea de que el título *Señor* solo se refiere a la deidad de Jesús es en extremo falsa, y despoja al término de su significado esencial. Por definición, *Señor* alude a un amo, a una autoridad suprema, a un gobernante soberano. No solo eso, sino que la realidad de la deidad encierra el mismo significado. La idea de algunos críticos de la "salvación por señorío" que consideran que la confesión de Jesús como Salvador es un acto de fe, mientras que la confesión de Jesús como Señor es un acto de justicia por obras, es absurda. Ambas confesiones para salvación solo son posibles por medio de la gracia y el poder que Dios da (Ef. 2:8; 1 Co. 12:3).

Acerca de este requisito tan esencial y tergiversado del señorío de Jesús he comentado en mi libro *El evangelio según Jesucristo*:

> Cuando venimos a Jesús para recibir salvación, venimos a Aquel que es Señor sobre todo. Cualquier mensaje que omite esta verdad no puede llamarse evangelio. Es un mensaje defectuoso que presenta a un salvador que no es Señor, un redentor que no prueba tener autoridad sobre el pecado, un mesías débil, endeble, que no puede regir sobre aquellos a quienes rescata.
>
> El evangelio según Jesucristo en nada se parece a esto. Muestra a Jesucristo como Señor y Salvador y exige de quienes lo reciben aceptar lo que Él es. Como lo dijo el puritano John Flavel: "El ofrecimiento del evangelio de Cristo abarca todas sus funciones, y la fe del evangelio así lo recibe; para someterse a Él de igual forma que es redimido por Él; para imitar la santidad de su vida, al igual que gozar de los logros y del fruto de su muerte. Debe ser un recibimiento completo del Señor Jesucristo".
>
> A.W. Tozer a su vez escribió: "Alentar a los hombres y mujeres a creer en un Cristo dividido es una mala enseñanza, pues nadie puede recibir la mitad de Cristo, o un tercio de Él, ¡ni la cuarta parte de la persona de Cristo! No somos salvos por creer en un título ni en una obra".
>
> Él es Señor, y quienes lo rechazan como Señor no pueden beneficiarse de su obra como Salvador. Todo el que lo recibe debe rendirse a su autoridad, porque afirmar que recibimos a Cristo cuando en realidad rechazamos su derecho a reinar sobre nosotros es un completo despropósito. Es un esfuerzo inútil por aferrarse al pecado con una mano y tomar a Jesús con la otra. ¿Qué clase de salvación es esta si seguimos atados al pecado? (Ed. rev. [Casa Bautista de Publicaciones, 1997], pp. 235-236 del original en inglés).

R. A. Torrey, segundo presidente del Instituto Bíblico Moody, decano del Instituo Bíblico de Los Ángeles, y un destacado evangelista, les aconsejó a quienes predicaban a Cristo: "Guíen [al inconverso] de la manera más directa posible a aceptar a Jesucristo como Salvador personal, y a rendirse a Él como Amo y Señor" (*How to Work for Christ* [Cómo trabajar para Cristo] [Old Tappan, N.J.: Revell, s.f.], p. 32). W. H. Griffith Thomas, uno de los fundadores del Seminario Teológico de Dallas, escribió:

> Nuestra relación con Cristo se basa en su muerte y resurrección, y esto significa su señorío. De hecho, el señorío de Cristo sobre la vida de su pueblo era el objetivo mismo que lo llevó a morir y resucitar. Debemos reconocer a Cristo como nuestro Señor. El pecado es rebelión, y solo cuando nos sometemos a Él como Señor recibimos su perdón como nuestro Salvador. Tenemos que permitirle reinar en el trono del corazón, y solo cuando Él es glorificado en nuestro corazón como Rey, el Espíritu Santo entra y mora en nosotros (*St. Paul's Epistle to the Romans* [La Epístola de san Pablo a los Romanos] [Grand Rapids: Eerdmans, s.f.], p. 371).

## EL PROPÓSITO DE LA EXALTACIÓN DE CRISTO

**para gloria de Dios Padre.** (2:11*b*)

Por último, como todo en el plan de redención, el propósito de la exaltación de Jesús es la **gloria de Dios Padre**. Proclamar el señorío soberano de su Hijo es la mayor **gloria** que puede recibir **Dios Padre**. El reconocimiento universal de Cristo como Señor no provoca celos en el Padre. Más bien constituye el objetivo supremo y el cumplimiento de la divina voluntad del Padre al demostrar su amor perfecto hacia su Hijo.

Esto, por supuesto, encierra un gran misterio, uno que confunde a cualquiera que se jacte de entender plenamente la Trinidad. Las tres Personas son un solo **Dios**, completamente unido e indivisible. Nunca rivalizan, ni están en desacuerdo, ni disienten en lo más mínimo. Por tanto, los hombres no están llamados a adorar a **Dios** por medio de Jesús, sino a adorar a Jesús *como* **Dios**. Jesús explicó: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo" (Jn. 13:31-32; cp. 14:13; Ro. 9:5; 11:36; 16:27). La mayor dicha del Padre y del Hijo es glorificarse mutuamente. En su oración sumo sacerdotal, Jesús dijo: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti… Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 17:1, 4-5). Cualquiera que honra al Hijo honra al Padre, y todo el que deshonra al Hijo deshonra al Padre (Jn. 5:23). Por toda la eternidad, el Padre dirá del Señor Jesucristo exaltado: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mt. 3:17; cp. 17:5).

# 10. La obra de Dios en el creyente—Primera parte: El papel del creyente en la santificación

**Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,** (2:12)

Desde los inicios de la iglesia, la relación entre el poder de Dios y la responsabilidad del creyente de llevar la vida cristiana ha sido motivo de discusión. ¿Es la vida cristiana un asunto de confianza pasiva o de obediencia activa? ¿Se trata solo de lo que Dios hace, o de lo que hace el creyente, o una combinación de ambos? Esta no es una pregunta inusual en relación con la verdad espiritual; de hecho, la misma cuestión surge acerca de la salvación misma. ¿Se trata solo de la obra de Dios, o existe alguna exigencia de parte del hombre como respuesta al mandato de creer en el evangelio? Las Escrituras dejan claro que esto involucra tanto la soberanía de Dios como la respuesta humana. Pablo les recordó a los Efesios: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9). En Juan 6:44 Jesús declaró: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere"; y sin embargo, Hechos 16:31 ordena: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo". La salvación no se recibe por obras humanas, sino por la fe personal. Otras doctrinas también encierran aparentes paradojas. Por ejemplo, Jesucristo es plenamente Dios y plenamente hombre, y aunque las Escrituras fueron copiadas por autores humanos, cada palabra de ella fue inspirada por Dios. A todo el mundo se le ofrece el evangelio, y sin embargo solo se cumple en los elegidos. Dios les ofrece a los creyentes la seguridad eterna de su salvación, y sin embargo les manda perseverar.

Los cristianos que procuran conciliar cada doctrina en un plano racional y humano caen de manera inevitable en extremos. Con el fin de lograr su propósito de entenderlo todo sin misterios ni paradojas, resaltan una verdad o un aspecto de la Palabra de Dios a expensas de otros, que la mente finita considera contradictorios. Con respecto a la santificación, la idea que subraya el papel de Dios y elimina casi cualquier participación de parte del creyente suele denominarse quietismo. El extremo opuesto se llama pietismo.

En la santificación el quietista considera al creyente en una actitud pasiva. Un axioma conocido es: "Deja que Dios lo haga". Otro es: "Yo no puedo. Dios sí". El quietismo tiende a ser místico y subjetivo, pues se centra en sentimientos y experiencias personales. Según este, una persona que se somete a Dios y depende de Él por completo, recibirá la protección divina contra el pecado y llevará una vida fiel. Tratar de luchar contra el pecado o llevar una vida disciplinada para producir buenas obras es considerado no solo inútil sino poco espiritual y contraproducente.

Una destacada representante de este concepto de la santificación era la devota cuáquera Hannah Whithall Smith, en cuyo libro *El secreto de la vida cristiana feliz,* que ha sido leído por millones, escribe:

> ¿Qué *podemos* decir de la participación del hombre en esta gran obra, sino que debe continuamente rendirse y confiar? Sin embargo, al ver el lado divino de esta cuestión, ¿qué hay aparte de las múltiples formas en las que Él lleva a cabo la obra que se le confió? Es en ese punto que ocurre la transformación. El bloque de arcilla nunca podría transformarse en una hermosa vasija si permaneciera en el hoyo por miles de años; pero cuando es puesto en las manos de un alfarero experto, se transforma con rapidez, bajo su mano que moldea, hasta convertirse en la vasija que él desea. Y de igual forma el alma, entregada a la obra del Divino Alfarero, se convierte en una vasija de honra, santificada y lista para el uso del Maestro. (Terrassa: Clie, 1987, p. 32 en el original en inglés. Cursivas del original).

En respuesta a la cuestión de cómo un cristiano puede caer en pecado, los quietistas sostienen que sin duda tal persona no entiende lo que significa la completa rendición y se sale de las manos del Divino Artesano. Sin embargo, cabe preguntarse cómo, si Dios controla todo, un creyente podría salirse de las manos del Divino Alfarero. ¿Cómo podríamos no culpar a Dios por fallar en cuanto a la rendición completa?

Por su lado, los pietistas son por lo general muy celosos en su búsqueda de la pureza doctrinal y moral. Este movimiento surgió en Alemania en el siglo XVII como reacción a la estéril ortodoxia de muchas iglesias protestantes. En su favor está que la mayoría de los pietistas les dan gran importancia al estudio bíblico, la vida santa y disciplinada, y al cristianismo práctico. Ellos recalcan pasajes como: "limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Co. 7:1) y "Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Stg. 2:17). A pesar de eso, con frecuencia insisten en el esfuerzo personal y excluyen casi por completo la dependencia del poder divino. Como es de esperar, el pietismo conduce muchas veces al legalismo, al moralismo, al fariseísmo, al espíritu crítico, al orgullo y a la hipocresía.

En Filipenses 2:12-13, Pablo presenta la solución a este aparente conflicto entre la parte que les corresponde a ambos, el creyente y Dios, en la santificación. Sin embargo, de ninguna manera se esfuerza por armonizarlas racionalmente. Se

contenta con el carácter incomprensible de ambas verdades, y se limita a comunicarlas diciendo en efecto que el creyente debe ocuparse de su santificación por un lado (v. 12), y que Dios también lo hace por el suyo (v. 13).

El mismo enfoque dual se encuentra a lo largo del Nuevo Testamento, y revisar estos pasajes pertinentes resulta útil. Pedro, en su segunda epístola, les dice a los creyentes:

> *Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia (2 P. 1:3-4).*

Basándose en esa provisión divina, Pedro les encomienda a los creyentes:

> *vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás (vv. 5-10).*

Pablo escribió a los corintios: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Co. 15:10). En esa declaración inspirada, el apóstol deja claro que la gracia y el poder de Dios sostienen el esfuerzo fiel y obediente de los creyentes. Su declaración “con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20) se complementa con otra paralela: “a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (Col. 1:28-29). Santiago exhortó primero “someteos, pues, a Dios”, y luego “resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Stg. 4:7). La santificación de los creyentes requiere su esfuerzo diligente. Sin embargo, Dios los faculta, conforme a su poder soberano, para llevar a cabo su voluntad para y en sus hijos.

Esa sinergia entre lo humano y lo divino que obra en y a través del creyente siempre ha existido, y el Antiguo Testamento presenta ejemplos. Cuando el ejército del faraón amenazó al pueblo de Israel, Moisés confiaba tanto en el Señor que les dijo: “No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Éx. 14:13-14). Sin embargo, los israelitas debían hacer su parte: “Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco’” (vv. 15-16). La voluntad del Señor no era que su pueblo se quedara callado y pasivo, sino que participara de manera activa en el cumplimiento de su propósito divino. Su plan *para* ellos se cumplió *por medio* de ellos.

Ese principio también aparece en la dedicación que hizo Salomón del templo. Como rey se levantó ante la asamblea de Israel, y oró:

> *Bendito sea Jehová, que ha dado paz a su pueblo Israel, conforme a todo lo que él había dicho; ninguna palabra de todas sus promesas que expresó por Moisés su siervo, ha faltado. Esté con nosotros Jehová nuestro Dios, como estuvo con nuestros padres, y no nos desampare ni nos deje. Incline nuestro corazón hacia él, para que andemos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos y sus estatutos y sus decretos, los cuales mandó a nuestros padres. Y estas mis palabras con que he orado delante de Jehová, estén cerca de Jehová nuestro Dios de día y de noche, para que él proteja la causa de su siervo y de su pueblo Israel, cada cosa en su tiempo; a fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro. Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hoy (1 R. 8:56-61).*

Salomón descubrió que Dios mismo brinda dirección y fortaleza para que su pueblo pueda obedecer fielmente sus mandatos, servirle y adorarle. En consecuencia, ningún creyente tiene excusa para desobedecer o fracasar en su servicio al Señor. Confiar *es* obedecer.

Así lo explicó Santiago muchos siglos después: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Stg.

2:17). No se trata, por supuesto, de que el Señor no lleve a cabo muchos planes para su pueblo a menos que ellos actúen. No obstante, se les ordena obedecer su voluntad. No hacer lo que sabemos que debemos hacer es pecado: “al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado” (Stg. 4:17).

El punto central de toda esta declaración de las Escrituras no es presentar una idea completa de la “patología espiritual” de la santificación y ponerle fin al misterio, sino dejar claro que la aparente paradoja es exactamente lo que las Escrituras enseñan una y otra vez. Así que al tratar el tema de la santificación, Pablo se centra primero en el papel del creyente en su santificación. Algunos intérpretes mal encaminados comprenden mal esta exhortación, como si dijera “trabajen *por* su salvación”, “trabajen *en* su salvación”, o “preparen su salvación”. No obstante, según el contexto inmediato de la carta y también el de todo el Nuevo Testamento, ninguna de esas interpretaciones es correcta. Pablo no habla de alcanzar la salvación por medio de esfuerzos o bondad humana, sino de manifestar la transformación interna que Dios ha otorgado por gracia.

En Romanos Pablo dice con toda claridad:

> *Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús (Ro. 3:21-24).*

A los efesios escribió: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

Solo la fe ha sido siempre el camino a la salvación. “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella” (He. 11:4), y “por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios” (v. 5). Noé fue un hombre justo (Gn. 6:9) por la fe (He. 11:7). Abraham se salvó por la gracia de Dios que obró por medio de su fe personal: “Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:3-5; cp. He. 11:8-10). La ley dada por medio de Moisés no cambió el camino a la salvación. Moisés mismo, al igual que todos los santos del Antiguo Testamento, fueron salvos por la fe (He. 11:23-38). Todos esos hombres y mujeres creyentes “alcanzaron buen testimonio mediante la fe” (v. 39), por la cual Dios les concedió su justicia en virtud de la muerte de su Hijo.

Pablo subraya así en el versículo 13 de Filipenses 2 que la salvación viene de Dios. No obstante, en el versículo 12 él se centra en la responsabilidad de los creyentes de llevar una vida de acuerdo con el don divino de la salvación. Ya que “vivimos por el Espíritu”, es decir, tenemos la vida de Cristo en nosotros, “andemos también por el Espíritu” (Gá. 5:25).

Todo en la vida necesita energía. Se requiere energía para caminar y trabajar, Se requiere energía para pensar y meditar, y también para obedecer y adorar a Dios. Lo que dice este versículo es que se requiere energía espiritual para crecer como cristiano, llevar una vida santa, fructífera, y agradable al Señor. El verbo central de este versículo, katergazomai (**ocuparse**), pide específicamente la energía y el esfuerzo constante que precisa la culminación de una tarea. En 2:12, las palabras de Pablo sugieren cinco verdades que los creyentes deben comprender a fin de mantener dicha energía: el ejemplo que deben seguir, la realidad de que son amados, su obediencia, sus responsabilidades y recursos personales y las consecuencias de su pecado.

## COMPRENDER EL EJEMPLO QUE DEBEN SEGUIR

**Por tanto,** (2:12*a*)

La primera verdad para que los creyentes se ocupen en su santificación es comprender el ejemplo de Cristo. **Por tanto** es la traducción de la partícula griega hōste, que se empleaba para extraer una conclusión a partir de una declaración anterior. Aquí hace referencia al ejemplo de Jesucristo, cuyo modelo perfecto de humildad, sumisión y obediencia se describe en los versículos 5-8. En su encarnación, Jesús no se aferró a su igualdad con Dios Padre, sino que se despojó a sí mismo de sus derechos y prerrogativas divinas. Tomando forma de un siervo humilde, fue obediente a su Padre celestial, hasta el punto de morir en la cruz como sacrificio por el pecado. También al despojarse a sí mismo, el Hijo de Dios se puso como siervo de la voluntad del Padre y del poder del Espíritu Santo. Una de las mayores realidades de la encarnación fue el hecho de que Jesús lo hizo todo en el poder del Espíritu (Lc. 4:1, 14, 18; 5:17; Hch. 10:38; cp. Mt. 12:18, 28-32). La esencia de la vida cristiana es ser obediente como Él lo fue: “El que dice que permanece en él [Cristo], debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6).

## COMPRENDER LA REALIDAD DE QUE SON AMADOS

**amados míos,** (2:12*b*)

Las siguientes palabras de Pablo sugieren una segunda verdad por la cual deben ocuparse los creyentes en su santificación: comprender que son muy amados. **Amados míos** era sin duda una expresión de aliento y consuelo. El apóstol sabía que los filipenses enfrentarían muchas decepciones y fracasos al buscar seguir el ejemplo del Señor y vivir para Él. El amor de Pablo por ellos era reflejo del amor de Cristo por su Iglesia (cp. 1:8).

Pablo conocía muy bien las debilidades y fallas de sus hermanos. Él era consciente de los peligros que enfrentaban por causa de los falsos maestros, tanto de judíos legalistas como de gentiles libertinos. De todos ellos dijo: "Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal" (Fil. 3:18-19). Él estaba al tanto del conflicto entre Evodia y Síntique, hermanas en Cristo a quienes exhortó a ser "de un mismo sentir en el Señor" (4:2). Es probable que muchos creyentes en la iglesia propendieran al orgullo, de ahí el llamado imperioso a seguir el ejemplo de humildad de Cristo (2:1-8). Tal como el Señor lo trató a él y trata a todos sus hijos, el apóstol se mostró paciente con sus fallas. Ellos no servían a una deidad cruel e inmisericorde, como sus vecinos paganos. Ellos servían a un Señor lleno de gracia, misericordia y perdón que siempre estaba dispuesto a restaurarlos a la comunión con Él.

A pesar de sus imperfecciones, los creyentes filipenses eran los **amados** hermanos de Pablo y del Señor, a quienes amaba "con el entrañable amor de Jesucristo" (1:8). En 4:1 él se refiere dos veces a ellos como sus "amados", y como su "gozo y corona", a quienes anhelaba ver y animar a permanecer "firmes en el Señor". Él entendió que, como él mismo, ellos aún no eran "perfectos", y que también proseguían para lograr "asir aquello para lo cual [habían sido] también [asidos] por Cristo Jesús", sin pretender "haberlo ya alcanzado… olvidando ciertamente lo que queda atrás, y [extendiéndose] a lo que está delante", y fielmente "[proseguían] a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (3:12-14).

El encargo de Pablo para ellos de ocuparse en su salvación no era una instrucción en tono indiferente. Era más bien un llamado afectuoso a seguir el ejemplo de Cristo confiados en su amor y practicando lo que aprendieron y recibieron y oyeron y vieron en Pablo (4:9).

## COMPRENDER LA OBEDIENCIA

**como siempre habéis obedecido,** (2:12*c*)

El tercer elemento por el cual deben ocuparse los creyentes en su santificación es comprender la necesidad de la obediencia al Señor. Pablo anima a los filipenses a perseverar en la fiel sumisión a la voluntad de Dios. **Obedecido** es la traducción de una forma de hupakouō, un verbo compuesto por la preposición hupo y el verbo akouō, del cual se deriva la palabra acústica. El significado fundamental del verbo compuesto es ponerse bajo lo que se ha dicho, y por tanto someterse y obedecer. Es evidente que un creyente debe escuchar la Palabra de Dios antes de obedecerla, de modo que este es un llamado indirecto a los creyentes a seguir en su estudio y obediencia a las Escrituras (cp. Mt. 28:19-20).

Lidia obedeció la Palabra cuando escuchó la predicación de Pablo. Ella adoraba a Dios, y mientras "estaba oyendo… el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía" (Hch. 16:14). Lo mismo sucedió con el carcelero filipense, el cual estaba seguramente entre los destinatarios de la carta del apóstol. Después que Pablo y Silas "hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa… él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos" (Hch. 16:32-33). De igual forma, los judíos en Berea "recibieron la palabra con toda solicitud", porque "[escudriñaban] cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así" (Hch. 17:11).

El mandato de Dios para Pedro, Jacobo, y Juan en el monte de la transfiguración es para todos: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd" (Mt. 17:5). Predicar el evangelio es más que la simple comunicación de la fe de alguien y una invitación. Es llamar a los pecadores a obedecer a Dios, "para la obediencia a la fe… por amor de su nombre" (Ro. 1:5). Ser salvo es "[obedecer] al evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ts. 1:8; cp. Ro. 6:17; 1 P. 1:2). Los creyentes deben mirar "con diligencia cómo [andan], no como necios sino como sabios" (Ef. 5:15). Pablo le escribió a Tito: "Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres" (Tit. 3:8). El autor de Hebreos les encomienda a los creyentes: "Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia" (He. 4:11). La Gran Comisión de Jesús incluye el mandato de enseñarles a quienes se convierten de "todas las naciones… que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mt. 28:19-20). La obediencia es vital para la

santificación, pues no puede existir sin ella.

## COMPRENDER LAS RESPONSABILIDADES Y RECURSOS PERSONALES

**no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia,** (2:12*d*)

El cuarto aspecto por el cual deben ocuparse los creyentes en su santificación es comprender sus responsabilidades y recursos personales. Puesto que los creyentes son pecadores, tienden a justificarse, a culpar las circunstancias o a otros por sus problemas y fallas. Pablo felicita a los filipenses por su ejemplo de obediencia fiel a Cristo en la **presencia** de Pablo. Ahora continúa diciéndoles que debían obedecer igualmente en su **ausencia**.

El lazo afectivo entre Pablo y la iglesia de Filipos era particularmente profundo y fuerte. Esos creyentes habían gozado del increíble privilegio de ser enseñados por Pablo, quizá el mayor maestro de la Palabra de Dios que el mundo haya conocido nunca, a excepción del Señor Jesucristo. Gran parte de lo que él enseñó, predicó, y escribió llegó a incluirse en las Escrituras, como son trece libros del Nuevo Testamento. Habría resultado en extremo difícil que muchos creyentes filipenses desarrollaran una dependencia tan particular de tan noble siervo de Dios de no haber sido así.

Pero, en el momento de escribir, Pablo estaba a cientos de kilómetros de distancia, encarcelado en Roma. El único medio de contacto eran las cartas, como esta, y noticias esporádicas de amigos. Con todo, por difícil y desalentadora que fuera la situación, Pablo les recuerda que su responsabilidad espiritual no era con él, sino con el Señor. Debían obedecer al Señor a pesar de la **ausencia** de Pablo.

El apóstol reitera una exhortación anterior: “Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (1:27). Aquí señala que un creyente verdadero es responsable en todo tiempo de obedecer al Señor. Los creyentes nunca deben depender en primer lugar de un pastor, un maestro, de la comunión cristiana, ni de cualquier otra cosa para su crecimiento y fortaleza espiritual. El ejemplo supremo que tienen es el Señor Jesucristo, y el verdadero poder que reciben viene del Espíritu Santo. Como creyentes, es una dicha poder siempre contar con el ejemplo de Cristo y con el poder del Espíritu.

## COMPRENDER LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO

**ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,** (2:12*e*)

El quinto motivo para que los creyentes se ocupen en su santificación es comprender las consecuencias del pecado. Aunque Dios ama, y es misericordioso y perdonador, nunca exime a los creyentes de su responsabilidad frente a la desobediencia. Al igual que Juan, Pablo comprendía bien que “si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:8-9). Sabiendo que sirve a un Dios justo y santo, el creyente fiel vivirá siempre **con temor y temblor**. **Temor** es la traducción de phobos, que describe terror o espanto (cp. Mt. 14:26; Lc. 21:26; 1 Co. 2:3) así como temor reverencial (cp. Hch. 2:43; 9:31; 2 Co. 5:11; 7:1). **Temblor** viene de tromos, que se refiere a sacudir, y da origen a la palabra *tremor*. Ambas son reacciones apropiadas cuando alguien se percata de su propia debilidad espiritual y del poder de la tentación. El Señor busca esa actitud en sus hijos, como lo indica su Palabra en Isaías 66:2: “miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”.

Una importante verdad del Antiguo Testamento es: “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Sal. 111:10; cp. Pr. 1:7; 9:10). No se trata del temor de estar condenado al tormento eterno, ni un pavor irremediable al juicio que lleva a la desesperación. Es más bien un temor reverencial, una preocupación santa por darle a Dios el honor que merece y evitar el castigo que viene por desagradarle. Ese temor constituye una protección contra la tentación y el pecado, y una motivación para llevar una vida obediente y piadosa.

Siendo consciente de su propia debilidad personal, Pablo habló de su “temor y temblor” al ejercer su ministerio en la iglesia de Corinto (1 Co. 2:3), y más adelante se refirió a los creyentes que recibieron a Tito con el mismo “temor y temblor” (2 Co. 7:15). Esa clase de “temor y temblor” se relaciona íntimamente con la obediencia al Señor y con el amor y afecto por Él y por los hermanos creyentes. Por ese motivo Salomón pudo decir: “Bienaventurado [feliz] el hombre que siempre teme a Dios” (Pr. 28:14).

Dicho **temor** significa, entre otras cosas, dudar de uno mismo, tener una conciencia sensible, y velar para no caer en tentación. Esto precisa resistir el orgullo, y estar siempre consciente del engaño del corazón, así como de la sutileza y fuerza de la corrupción que hay en el interior de cada uno. Es un pavor que busca evitar ofender y deshonrar a Dios de cualquier forma.

Los creyentes deberían tener un serio temor del pecado y anhelar lo que es justo delante de Dios (cp. Ro. 7:14ss). Al ser conscientes de su debilidad y del poder de la tentación, deberían temer caer en pecado y entristecer así al Señor. El **temor** santo los preserva de influir negativamente en otros creyentes, de hacer concesiones en su testimonio y ministerio ante el mundo incrédulo, de enfrentar el castigo del Señor, y de perder el gozo.

Esa clase de **temor y temblor** piadoso es mucho más que tan solo reconocer la pecaminosidad personal y la debilidad espiritual. Es un **temor** reverente y solemne, que fluye de la adoración y el amor profundos. Es un temor que ve en todo pecado una ofensa contra un Dios santo, y que produce un deseo sincero de no ofenderle ni entristecerle, sino de obedecerle, honrarle, agradarle, y glorificarle en todo. Quienes temen al Señor reciben de buena gana su castigo, pues saben que Dios nos disciplina "para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad" (He. 12:10). Este **temor y temblor** moverá a los creyentes a orar con fervor para pedirle a Dios su ayuda para huir del pecado, como el Señor les enseñó: "Y no nos metas en tentación, mas líbranos [sálvanos] del mal" (Mt. 6:13). Esa oración evidencia también la tensión espiritual que existe entre la responsabilidad del creyente y el poder de Dios.

**Ocupaos** es la traducción de una forma moderada del imperativo presente de katergazomai, y señala un mandamiento de importancia constante. La idea es: "Sigan ocupándose hasta el cumplimiento total, final". Heautōn, traducido aquí **vuestra**, en realidad tiene un sentido más acentuado, como "vuestra propia". El mandato para los creyentes es realizar un esfuerzo permanente para ocuparse de la consumación de su salvación, la que recibieron por gracia de Dios por medio de su fe en Jesucristo.

El principio de ocuparse en la **salvación** tiene dos aspectos. El primero tiene que ver con la conducta personal, el diario vivir en fidelidad y obediencia. Dicha obediencia comprende sin duda un compromiso activo y un esfuerzo personal, y para esto las Escrituras abundan en preceptos tanto negativos como positivos. Cualquier forma de pecado debe abandonarse, sacarse y en su lugar debe reinar la justicia en el modo de pensar. Los creyentes deben limpiarse "de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Co. 7:1), poner la mira "en las cosas de arriba, no en las de la tierra", porque han muerto al pecado y sus vidas están ahora "[escondidas] con Cristo en Dios" (Col. 3:2-3). Así como ya "[presentaron sus] miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad", deben "ahora para santificación [presentar sus] miembros para servir a la justicia" (Ro. 6:19), andando "como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (Ef. 4:1).

El apóstol exhortó a los Corintios a esforzarse al máximo para vivir como cristianos:

> *¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado (1 Co. 9:24-27).*

Más adelante, sus palabras en esta carta instan a una vida cristiana radical:

> *No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa (Fil. 3:12-16)*

Él exhortó a Timoteo: "huye de estas cosas [malas], y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos" (1 Ti. 6:11-12; cp. 4:15-16; He. 12:1-3). Pablo escribió a los colosenses:

> *Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el*

*nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Col. 3:12-17; cp. vv. 5-11).*

Si vivir la vida cristiana fuera un simple asunto de rendición y entrega pasiva, de "soltar y dejar que Dios haga", entonces estas exhortaciones no solo serían superfluas sino impertinentes. Antes bien, estas exhortaciones y muchas similares que hay en la Palabra de Dios, dan por sentado que los creyentes son responsables de su obediencia. Ellos deben tomar la determinación de vivir de manera justa, de ocuparse en su **salvación** en su vida diaria, mientras reconocen que toda la capacidad para obedecer viene del Espíritu de Dios.

El segundo aspecto para ocuparse de la **salvación** es la perseverancia, la obeciendia fiel hasta el final. La salvación tiene tres dimensiones: pasado, presente y futuro. La dimensión pasada es la justificación, el momento en que los creyentes pusieron su fe en Jesucristo como Salvador y Señor, y fueron redimidos. La dimensión presente es la santificación, el período comprendido entre la justificación del creyente y su muerte o arrebatamiento. La dimensión futura es la glorificación, cuando la salvación se completa y los creyentes reciben sus cuerpos glorificados. Por consiguiente, los creyentes han sido, están siendo, y serán salvos. Deben procurar la santificación en esta vida para el tiempo de la glorificación. En aquel día glorioso los creyentes verán al Señor "cara a cara" y conocerán todo como fueron conocidos (1 Co. 13:12). Ellos serán "semejantes a él, porque le [verán] tal como él es" (1 Jn. 3:2). Era ese día glorioso lo que Pablo tanto anhelaba. Con la expectación de ese momento exclamó:

*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:8-14).*

Debido a que el cumplimiento de esa esperanza era una certeza que Dios estableció, Pablo podía afirmar con absoluta confianza que "ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos" (Ro. 13:11). Aunque aún no se ha consumado, el testimonio de las Escrituras es que la salvación de todo creyente está totalmente asegurada.

En su discurso en el Monte de los Olivos, Jesús declaró: "el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 24:13). Pablo y Bernabé persuadieron a los nuevos creyentes en Antioquía de Pisidia "a que perseverasen en la gracia de Dios" (Hch. 13:43) y los exhortaron "a que permaneciesen en la fe" (14:22). En su carta a la iglesia en Roma, Pablo declaró que Dios dará vida eterna "a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad" (Ro. 2:7; cp. 11:22). A los colosenses prometió que Cristo los presentaría delante de Dios Padre "santos y sin mancha e irreprensibles… si en verdad [permanecen fundados y firmes en la fe, y sin [moverse] de la esperanza del evangelio que [han] oído" (Col. 1:22-23). Asimismo, exhortó a Timoteo: "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (1 Ti. 4:16). El autor de Hebreos escribe: "somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (He. 3:14; cp. 8:9; 10:38-39; cp. Stg. 1:22-25). En cada una de sus cartas a las siete iglesias en Asia, el Señor describe a los creyentes como vencedores (Ap. 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21).

Perseverar en la fe es el deber de todo verdadero creyente, aunque no el poder de su seguridad. Es, sin embargo, la evidencia inequívoca e ineludible del poder divino que actúa en el alma (Col. 1:29).

Los creyentes perseverarán porque el poder de Dios guarda su salvación. Jesús recalcó esa verdad en numerosas ocasiones. A las multitudes en Capernaúm dijo claramente: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Jn. 6:37, 39). Luego, en Jerusalén, declaró: "y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn. 10:28-29; cp. 17:2, 12, 24; 18:9). Antes, en Filipenses, Pablo escribió que estaba "persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (1:6). Pedro les comunicó a los creyentes una certeza similar, al decir que están "guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero" (1 P. 1:5).

De principio a fin, toda la obra de la salvación está bajo el control divino. En un pasaje muy estimado Pablo escribió:

*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su*

*propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Ro. 8:28-30).*

A los Efesios escribió: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:8-10).

De modo que el llamado a los creyentes de ocuparse en su salvación se encuentra a lo largo del Nuevo Testamento. Es un llamado pertinente y justo, ya que establece el compromiso del creyente como prerrequisito para las bendiciones, el gozo y el provecho de la santificación.

# 11. La obra de Dios en el creyente—Segunda parte: El papel de Dios en la santificación

**porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.** (2:13)

Como se vio en el capítulo anterior, existen dos errores opuestos en los que pueden caer los cristianos en lo que respecta a la doctrina de la santificación. Por un lado, los quietistas ponen de relieve la obra de Dios en la santificación, e ignoran casi por completo cualquier esfuerzo humano. Por el contrario, los pietistas subrayan el esfuerzo personal y desatienden la confianza en el poder de Dios. En Filipenses 2:12-13, el apóstol Pablo evita caer en ambos extremos no bíblicos, y presenta una visión realmente equilibrada de la santificación.

Después de haber hablado de la parte que le corresponde al creyente en su santificación en 2:12, en el versículo 13 Pablo se centró en la de Dios. Mientras el creyente se ocupa de su salvación, Dios obra desde su interior. De hecho, sin la verdad expuesta en el versículo 13, sería imposible llevar a cabo lo que dice el versículo 12.

Jesús puso de relieve esa verdad en el Aposento Alto, en su discurso a los discípulos la noche antes de su muerte: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:4-5).

En este versículo, Pablo muestra la obra divina en la santificación al subrayar cinco aspectos esenciales acerca de **Dios**: su persona, su poder, su presencia, su propósito y su buena voluntad.

## SU PERSONA

**porque Dios es** (2:13*a*)

La primera verdad acerca de la obra de Dios en la santificación de los creyentes atañe a su ser, expuestos en los pronombres personales **el que** y **su**, y los verbos **es** y **produce**.

La mayoría de deidades paganas son descritas como indiferentes, impersonales y distantes. Eso es de esperar, pues los dioses falsos son fabricados por los hombres movidos por el temor y la superstición. Incluso los que poseen rasgos personales no manifiestan interés en tener comunión con sus adoradores. Naturalmente, sus adoradores no desean tener comunión con ellos. Ya que esos dioses falsos son fachadas para los demonios, lo que hacen los demonios al hacerse pasar por deidades solo puede ser maligno y dañino. Eso garantiza que son adorados únicamente con el fin de apaciguarlos; por el lado negativo, para aplacar la ira de la deidad y así evitar problemas, y por el lado positivo, para adquirir salud, prosperidad, poder y otros beneficios.

En cambio, el Dios viviente y verdadero de las Escrituras es real y personal. La Biblia no intenta probar que **Dios** es una persona porque da por sentado que lo es. En ambos testamentos se habla de Él en términos antropomórficos (con rasgos humanos), como tener ojos y ver, tener oídos y oír, tener pies y caminar, además de amar y odiar, llorar y reír, condenar y perdonar. Él piensa, siente, actúa y habla, y eso revela una personalidad. Como persona, tiene un interés personal por la humanidad, y especialmente por sus hijos. Esa preocupación personal se hace patente en su obra en los creyentes.

El Dios de las Escrituras tiene un amor incomprensible por la humanidad caída y pecadora que se ha rebelado contra Él, que ha blasfemado y lo ha difamado. La ha amado tanto "que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Jn. 3:16-17). El Señor no quiere "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9).

Para quienes le pertenecen, el Dios de las Escrituras prodiga un amor incluso mayor y reserva la relación personal más cercana. En el Antiguo Testamento (Is. 63:16; 64:8), y especialmente en el Nuevo (cp. Mt. 5:16, 45, 48; 6:1, 9; 23:9), se habla de Él como el Padre de su pueblo. Adán y Eva, Moisés, y muchos otros santos del Antiguo Testamento hablaron directamente con Dios. "Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero" (Éx. 33:11). El

profeta Malaquías escribió:

> *Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve (Mal. 3:16-17).*

El omnipotente, omnisciente, y omnipresente Creador y Sustentador del universo ama a sus hijos con amor y ternura eternos. **Dios** los protege conforme a su pacto eterno y promete, perdona y limpia con gracia eterna por medio de su Hijo. También los llama, les concede dones y los equipa con su Espíritu para el servicio espiritual con frutos que perduran. Él santifica y glorificará a quienes ha justificado, y los traerá a su reino celestial para vivir con Él por la eternidad.

Es natural que Pablo haya exclamado con júbilo:

> *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén (Ro. 11:33-36).*

## SU PODER

**el que… produce** (2:13*b, d*)

La segunda verdad esencial que este pasaje subraya acerca de la participación de Dios en la santificación de los creyentes es su divino poder. Por encima de todo, es Dios quien **produce** en la vida de sus hijos. Él los llama a obedecer, y luego, mediante su poder soberano, les da la capacidad de hacerlo. Él los llama a servirle, y asimismo los faculta para llevar a cabo su servicio. Él los llama a la santidad, y de igual forma les concede el poder para alcanzarla.

**Produce** viene del verbo energeō, la raíz de la palabra energía. Dios les da a sus hijos la energía necesaria para obedecerle y servirle; su poder hace posible su santificación. Como vimos en el capítulo anterior, nada santo ni justo pueden hacer los creyentes en sus propias fuerzas o capacidad. Así como nadie puede justificarse por las obras de la carne (Ro. 3:20), nadie puede ser perfeccionado “por la carne” (Gá. 3:3). Pablo confesó: “En mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Ro. 7:18). Además, que “por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Co. 15:10). Él exhortó a los corintios: “estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre”, ya que él podía asegurarles que su “trabajo en el Señor no es en vano” (v. 58). Pablo no le restó importancia a la obediencia fiel. Sin embargo, sabía que detrás de cualquier servicio aceptable se encuentra el poder y la gracia de Dios. Él escribió: “no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co. 3:5). A los efesios les recordó: “yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder”, y se gozó al afirmar: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Ef. 3:7, 20-21).

Antes de que Jesús pronunciara la Gran Comisión “id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, les recordó a los discípulos que “toda potestad [le] es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18-20). Y antes de comunicarles el último llamado “me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”, les prometió: “recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hch. 1:8).

Es importante que los creyentes se sirvan mutuamente, porque es la voluntad de Dios (Gá. 5:13). También es la voluntad de Dios que los predicadores y maestros ministren a la iglesia (Ef. 4:11-13). Es importante que los santos ángeles ministren a los creyentes, porque Dios envía esos “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” (He. 1:14). Pero por encima de todo, Dios mismo es la fuente y el poder supremo y vital de los creyentes. El gran prodigio es que Dios **es el que produce** en ellos. Pablo lo resumió en Colosenses 1:29 con estas palabras: “trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí”.

Por ese motivo la santificación continúa a lo largo de la vida del creyente (1:6). A quienes Dios justifica, siempre

santifica. Él hará su voluntad salvando y preservando a quienes vienen a Él (Jn. 6:40, 44). David entendió esa gran verdad cuando escribió: "El Señor es mi pastor" (Sal. 23:1). Él sabía que nada le faltaría (v. 1), que Dios lo protegería (v. 4) y guiaría (v. 3). Ante todo, David tenía la certeza divina de que viviría para siempre en la presencia de Dios (v. 6).

Tal vez el pasaje que mejor expresa la preservación divina de los creyentes es aquel donde Pablo escribió:

> *¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:31-39).*

El avivamiento que experimentó Israel bajo el mandato del rey Ezequías ilustra la obra de Dios en la vida de su pueblo. Esa poderosa obra espiritual empezó con la restauración del templo. Ezequías ordenó a los levitas: "Santificaos ahora, y santificad la casa de Jehová el Dios de vuestros padres, y sacad del santuario la inmundicia… Hijos míos, no os engañéis ahora, porque Jehová os ha escogido a vosotros para que estéis delante de él y le sirváis, y seáis sus ministros, y le queméis incienso" (2 Cr. 29:5, 11). Al día siguiente "el rey Ezequías reunió los principales de la ciudad, y subió a la casa de Jehová" (v. 20). Luego convocó a toda la ciudad, y "se alegró Ezequías con todo el pueblo" (v. 36). Para seguir su búsqueda del avivamiento espiritual, "envió después Ezequías por todo Israel y Judá, y escribió cartas a Efraín y a Manasés, para que viniesen a Jerusalén a la casa de Jehová para celebrar la pascua a Jehová Dios de Israel" (30:1). Por todo el país circuló un decreto llamando al pueblo para celebrar la fiesta de la Pascua que por tanto tiempo habían abandonado. El edicto incluía tanto una advertencia como una promesa:

> *No endurezcáis, pues, ahora vuestra cerviz como vuestros padres; someteos a Jehová, y venid a su santuario, el cual él ha santificado para siempre; y servid a Jehová vuestro Dios, y el ardor de su ira se apartará de vosotros. Porque si os volviereis a Jehová, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra; porque Jehová vuestro Dios es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro, si vosotros os volviereis a él (vv. 8-9).*

El pueblo respondió favorablemente porque "estuvo la mano de Dios para darles un solo corazón para cumplir el mensaje del rey y de los príncipes, conforme a la palabra de Jehová" (v. 12). Dios le ordenó a su pueblo que se volviera a Él y luego le dio un corazón para hacerlo, produciendo en ellos por la gracia el cumplimiento de su mandato.

## SU PRESENCIA

**en vosotros** (2:13*c*)

La tercera verdad esencial acerca de la participación de Dios en la santificación de los creyentes es su divina presencia. Pablo usa con frecuencia la preposición en cuando escribe acerca de la preciosa verdad de que Jesucristo mora en los creyentes (cp. Ro. 8:9-10; Gá. 2:20; Col. 1:27). El Señor mismo habló de esa presencia en ellos en Juan 17:22-23: "La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado".

David comprendió y se regocijó en la realidad de la presencia permanente del Señor en su vida: "Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos" (Sal. 139:3). Como ya se mencionó, el Señor era su Pastor, que nunca lo abandonó, dejó de cuidarlo ni protegerlo, y que suplió en abundancia sus necesidades (Sal. 23). En formas que exceden la comprensión humana, Dios mora en su pueblo, tanto de manera individual como colectiva en la iglesia. Jesús les prometió a los discípulos y a todos los futuros creyentes: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:16-17; cp. Hch. 1:8). Quizá por la inmadurez y mundanalidad de los corintios, Pablo les reiteró esa verdad al menos en tres ocasiones. "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1 Co. 3:16), inquirió. Más adelante agregó: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois

vuestros?" (6:19). En su segunda epístola les escribió: "Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (2 Co. 6:16; cp. Éx. 29:45; He. 13:5).

Dios obra sin cesar en favor de su pueblo (Ro. 8:28). Su santidad, sabiduría, poder, amor, presencia, y misericordia son infinitos. Después de haber comenzado una nueva vida en Cristo por medio del poder de su Espíritu, los creyentes son perfeccionados por ese mismo poder divino. En el caso de algunos creyentes en las iglesias de Galacia que pretendían vivir según su propia sabiduría y capacidad, Pablo les pregunta consternado: "¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?" (Gá. 3:3).

## SU PROPÓSITO

**así el querer como el hacer,** (2:13*e*)

La cuarta verdad esencial que el versículo pone de relieve, y que ocupa un lugar central en la obra de Dios para la santificación de los creyentes, es su propósito divino. Dicho propósito se revela mediante aquello para lo cual Dios faculta a los creyentes, **así el querer como el hacer**.

Una mejor interpretación de ambas frases se refiere al **querer y el hacer** de los creyentes, no de Dios. El **querer** lo que es justo delante de Dios debe preceder toda obra eficaz que se hace con ese fin. Un deseo genuino de hacer la voluntad de Dios, al igual que el poder para obedecerla, vienen de Él.

El **querer** viene de thelō, que se refiere a una elección cuidadosa que tiene un fin determinado, no un simple deseo emocional o caprichoso. Es lo que tenía en mente el salmista cuando oró: "Inclina mi corazón a tus testimonios" (Sal. 119:36; cp. 110:3) y de lo que Esdras habló al relatar que "se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén" (Esd. 1:5; cp. 7:27). Más adelante, Esdras le dio gracias a Dios porque también inclinó el corazón del rey Artajerjes de Persia al permitir que los judíos fueran a "honrar la casa de Jehová que está en Jerusalén" (7:27). Proverbios declara: "Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina" (Pr. 21:1).

Dios usa dos medios para impulsar la voluntad de los creyentes. El primero, lo que podría llamarse una insatisfacción santa, es la humilde confesión de que nunca logramos alcanzar en esta vida la norma divina de santidad. Cuando Isaías vio "al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo", solo pudo exclamar con temor reverencial: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos" (Is. 6:1, 5). Como le sucede a todos los justos, él se sentía insatisfecho con su condición espiritual, lo cual se agravaba por tan formidable experiencia. Aunque Pablo podía decir "de nada tengo mala conciencia", de inmediato agregó: "no por eso soy justificado" (1 Co. 4:4). Gracias al examen cuidadoso y sincero de su vida, sabía que su percepción finita era incapaz de detectar todo pecado o defecto espiritual. Su insatisfacción santa lo llevaba a deplorar en su carta a la iglesia de Roma: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Ro. 7:24).

El segundo medio que Dios usa para impulsar la voluntad de los creyentes es el anhelo por la santidad, que es el lado positivo de la insatisfacción santa. Después de infundir un desprecio genuino por el pecado, Dios cultiva un genuino deseo por la justicia. Después de llevar a los creyentes a la insatisfacción con lo que son, les concede el anhelo de una mayor santidad. Ante todo es el deseo de ser como Cristo, de ser "hechos conformes a la imagen de su Hijo" (Ro. 8:29). En Filipenses, Pablo integra la insatisfacción santa y el anhelo por la santidad con esta confesión:

> *No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (3:12-14).*

Una determinación santa conduce a una vida santa. Un **querer** piadoso produce un hacer piadoso.

No puede recalcarse demasiado el hecho de que solo Dios puede producir en los creyentes el **querer** y **el hacer** que Él demanda. **El hacer** viene de energeō, que se refiere a tener energía y actuar en un esfuerzo en particular. Santiago dijo que "toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces" (Stg. 1:17). A la luz de esa verdad, el autor de Hebreos escribió: "Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo" (He. 13:20-21).

Así como los creyentes no se salvan por las buenas obras, sino únicamente por la gracia de Dios que obra a través de

su fe (Ef. 2:8-9), ellos son santificados por su gracia que actúa por medio de su obediencia. Ellos son "hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que [anduviesen] en ellas" (v. 10). Al igual que los creyentes son predestinados de manera soberana para la salvación, también lo son para la santificación. Aquí también cabe citar Romanos 8:

> *Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Ro. 8:29-30).*

## SU BUENA VOLUNTAD

**por su buena voluntad.** (2:13*f*)

La quinta y última realidad esencial acerca de la participación de Dios en la santificación de los creyentes es la admirable verdad de que Dios obra en ella **por su buena voluntad**. Su voluntad para los creyentes es que ellos piensen y hagan lo que a Él le agrada. Aunque en esencia esto es posible gracias a su poder, siempre que sus hijos buscan su voluntad y hacen su obra, Él se complace en gran manera. **Buena voluntad** es la traducción de eudokias, que expresa gran deleite y satisfacción. Puesto que Dios es infinitamente autosuficiente, apenas si podemos imaginar cómo algo o alguien, en especial un ser humano pecador, podría aumentar su complacencia. Sin embargo, eso es lo que dice Pablo. Incluso cuando fueron débiles, inconstantes y temerosos, Jesús dijo a sus discípulos: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Lc. 12:32). Darles a sus hijos un lugar en su reino es para Él motivo de gran complacencia.

Ya que la santificación de los creyentes es motivo de dicha para Él, Dios les concede todo lo necesario para que ellos puedan alcanzarla. Pablo escribió a los efesios que "el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo… nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo… dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo" (Ef. 1:3, 9). Por su parte, les dijo a los tesalonicenses que Dios cumplirá "todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder" (2 Ts. 1:11).

Incluso cuando se rebela contra Él, Dios anhela bendecir a su pueblo si se vuelve a Él y le obedece. Isaías pronunció estas alentadoras palabras a Israel en medio de su obstinación: "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" (Is. 55:6-7). Por medio de Oseas, el Señor le dijo a su amado pueblo: "¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad" (Os. 11:8-9).

El objetivo supremo de los creyentes es obedecer, adorar y glorificar a Dios, y el cumplimiento de ese propósito complace **su buena voluntad**. Esa magnífica verdad es una de las realidades únicas del cristianismo. El soberano Dios del universo se regocija en lo que Él mismo inspira y en lo que les permite a sus hijos redimidos ser y hacer.

Todo cristiano debe comprender que la santificación requiere el máximo esfuerzo de su parte, y que sin embargo depende por completo del poder de Dios. Al igual que otras verdades bíblicas que pueden parecer contradictorias, estas realidades son difíciles de entender. Una vez que hacen todo lo que pueden, los creyentes deben darle a Dios todo el mérito. Después de haber "hecho todo lo que [les] ha sido ordenado", el Señor les enseñó que debían reconocer: "Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos" (Lc. 17:10).

## 12. Dejar de quejarse

**Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado.** (2:14-16)

La sociedad moderna occidental se ha destacado por ser la cultura más próspera de la historia de la humanidad. Salvo por los más pobres, las personas tienen todo lo que necesitan y gran parte de lo que desean. Con todo, muchas se sienten rara vez satisfechas. En consecuencia, esta es también quizá la sociedad más insatisfecha que ha existido. A medida que la economía crece, las personas parecen más descontentas y se quejan más con cada generación que pasa. El descontento va en aumento gracias al mundo fantasioso de las películas, la televisión y la publicidad. Con el fin de generar insatisfacción, los medios atacan sin cesar los sentidos con imágenes atrayentes y muchas veces irreales denominadas "perfección plástica". Algo que alienta esa fascinación es la firme convicción de que la felicidad personal, aunque resulte esquiva e inalcanzable, constituye el objetivo supremo de la existencia.

En una ocasión escuché a un sociólogo afirmar que el joven típico de hoy vive en un estado de insatisfacción displicente, descontento siempre con las cosas como son. Sugería que parte del problema eran las familias pequeñas, en las cuales menos hijos podían exigir más la atención de sus padres y no tenían la obligación de compartir con hermanos y hermanas. Junto con la riqueza y el materialismo, esa situación tiende a producir niños egoístas y autocomplacientes que nunca están contentos con lo que tienen. En lugar de acomodarse a las necesidades de la familia, como precisa una familia numerosa, la familia se somete a ellos. Los padres ausentes, que salen a trabajar, hacer compras, y a divertirse, aplican soluciones rápidas a las exigencias de sus hijos, por lo general dándoles lo que desean para poner fin al conflicto. Los niños en esas circunstancias tienen pocos deseos de crecer, al percatarse de que la sociedad adulta no complacerá hasta sus mínimos caprichos. Ellos quieren posponer las responsabilidades de un empleo, un matrimonio y una familia, y compromisos similares tanto como puedan, ya que todo eso demanda un grado considerable de renuncia. Cuando estos niños se convierten en adultos y no obtienen lo que desean cuando quieren, aumenta su insatisfacción, así como la frustración, la ira, la ansiedad, y la queja.

La insatisfacción también produce impaciencia, otra peculiaridad de nuestros tiempos. En la que parece una lista interminable de motivos que provocan impaciencia, y a veces hostilidad, están las filas largas, las interrupciones, las personas habladoras o toscas, los precios elevados, los embotellamientos, los conductores desconsiderados y los bebés que lloran. Estos dos últimos han llegado a convertirse en la causa de crímenes graves. Los conductores desconsiderados suscitan muchas veces la ira en las carreteras, que cada vez más termina en disparos e incluso asesinatos. El llanto de los bebés ha desencadenado maltrato infantil, que en ocasiones resulta en el asesinato de un bebé indefenso.

La insatisfacción creciente a lo largo de los años produce el trauma de la llamada "crisis de media vida". Dicho fenómeno es la realidad de que la vida empieza a acortarse, y que los sueños de felicidad empiezan a morir.

Los mandatos bíblicos para los creyentes de no quejarse (cp. Stg. 5:9; 1 P. 4:9) evidencian que la iglesia no es inmune a este mal. La iglesia hoy tiene demasiadas personas quejumbrosas y descontentas. Muchas veces los miembros abandonan una iglesia porque a sus hijos les desagrada, o porque les disgusta algún aspecto insignificante del liderazgo, la organización o las políticas de la iglesia. Las iglesias que fomentan el autoestima y la satisfacción de los deseos personales alimentan el fuego de la queja y el descontento. Las iglesias que se dedican al entretenimiento y a suplir las necesidades aparentes también generan la expectativa de satisfacer estos requerimientos superficiales.

Adán fue el primer hombre que se quejó. Apenas desobedeció a Dios, culpó a Eva por su pecado, y se quejó al Señor diciendo: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí" (Gn. 3:12). En vez de aceptar su culpa, culpó a Dios. Años después, su primogénito, Caín, se quejó en amargura contra Dios porque consideraba demasiado severo el castigo que recibió tras haber asesinado a su hermano Abel (4:13-14). Moisés se quejó ante el Señor porque no liberó a Israel del faraón tan rápido como quería (Éx. 5:22-23). Después que Dios los liberó milagrosamente ahogando en el mar Rojo a los egipcios que los perseguían, Moisés y los israelitas prorrumpieron en un cántico glorioso de alabanza al Señor (Éx. 15:1-18). Sin embargo, al cabo de solo tres días en el desierto, se quejaron otra vez porque el agua de Mara era amarga. El Señor por su gracia respondió endulzando el agua y conduciéndolos a un oasis en Elim, "donde había doce fuentes de aguas, y setenta palmeras; y acamparon allí junto a las aguas" (vv. 23-27; cp. 17:1-7). No obstante, poco después el pueblo volvió a quejarse, esta vez por una supuesta escasez de alimento (16:2-8).

Más adelante Caleb, Josué, y los otros hombres regresaron de inspeccionar la tierra de Canaán, y Caleb "hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos" (Nm. 13:30). A excepción de Caleb y Josué, los otros espías se mostraron temerosos e incrédulos, y les dijeron a sus hermanos israelitas:

> *No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. Y hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos (vv. 31-33).*

Por causa de la queja y la falta de fe de esos hombres, "se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!" (14:2). Luego ellos se quejaron contra Dios, diciendo: "¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto" (vv. 3-4). Sus quejas se convirtieron en franca rebelión al tomar la decisión de apedrear a Caleb y Josué, y tal vez a Moisés y Aarón también (v. 10). Ellos rechazaron el plan de Dios, a los líderes que Dios había elegido, y a Dios mismo. Entonces:

> *Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?… todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá… Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros. En este desierto caerán vuestros cuerpos; todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años arriba, los cuales han murmurado contra mí… Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día; y conoceréis mi castigo. Yo Jehová he hablado; así haré a toda esta multitud perversa que se ha juntado contra mí; en este desierto serán consumidos, y ahí morirán. Y los varones que Moisés envió a reconocer la tierra, y que al volver habían hecho murmurar contra él a toda la congregación, desacreditando aquel país, aquellos varones que habían hablado mal de la tierra, murieron de plaga delante de Jehová (vv. 11, 22-23, 28-29, 34-37).*

Rememorando ese trágico momento, Asaf se lamentó: "¡Cuántas veces se rebelaron contra él en el desierto, lo enojaron en el yermo! Y volvían, y tentaban a Dios, y provocaban al Santo de Israel" (Sal. 78:40-41). Otro salmista escribió: "Pero aborrecieron la tierra deseable; no creyeron a su palabra, antes murmuraron en sus tiendas, y no oyeron la voz de Jehová" (Sal. 106:24-25).

Refiriéndose a ese mismo episodio, Pablo les advirtió a los corintios: "Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor" (1 Co. 10:9-10). Como respuesta a los que se quejaban porque en su soberanía Dios "de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece" y preguntaban con insolencia "¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?", Pablo les dijo: "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?" (Ro. 9:18-21; cp. Is. 29:16; 45:9; Jer. 18:6). Judas señaló que los apóstatas eran "murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho" (Jud. 16).

En realidad, cada queja del creyente es contra el Señor y es uno de los pecados más horribles. Asimismo, quejarse contra otros creyentes es especialmente grave, una afrenta a Dios, porque esos creyentes son sus hijos. Santiago advirtió al respecto: "Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta" (Stg. 5:9). De igual manera, Pedro exhortó: "Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. [Más bien] cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios" (1 P. 4:9-10).

La falta de sumisión voluntaria y gozosa de los creyentes a la voluntad de Dios es un pecado grave y profundamente arraigado. La insatisfacción y la queja son actitudes a las cuales se puede acostumbrar tanto una persona que difícilmente se percata de ello. No obstante, esos dos pecados relacionados revelan desconfianza en la buena voluntad de Dios, en su gracia ilimitada, y en su sabiduría y amor infinitos. En consecuencia, esos pecados son especialmente detestables a sus ojos y merecen su reprensión. Pablo explicó a los corintios que las numerosas narraciones del Antiguo Testamento que muestran el severo castigo de Dios por las quejas en el desierto fueron dadas "como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros" (1 Co. 10:11). Jeremías preguntó: "¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado" (Lm. 3:39). Si eso es cierto para todos, ¿cuánto más lo será para los creyentes, cuyos pecados han sido perdonados por la gracia del Señor?

Para tratar con los quejumbrosos de la congregación filipense y en otros lugares, Pablo primero les ordena dejar de

quejarse, y luego les presenta razones para obedecer a ese mandato.

## EL MANDATO DE NO QUEJARSE MÁS

**Haced todo sin murmuraciones y contiendas,** (2:14)

La palabra todo se refiere a los dos anteriores versículos (2:12-13) y destaca la actitud con la cual los creyentes deben ocuparse en su salvación. Todo lo que requiere ese proceso debe hacerse **sin murmuraciones y contiendas**. Por un lado, la actitud fundamental para ocuparse en la salvación es no murmurar ni contender. Por el otro, el apóstol recalca en toda su carta la actitud resuelta de "[regocijarse] en el Señor siempre" (Fil. 4:4; ver también, p. ej., 1:4, 18, 25; 2:18; 4:1).

**Murmuraciones** viene de gongusmos, una palabra onomatopéyica que suena como los ruidos guturales y rezongos que suelen hacer las personas cuando se irritan. Es una respuesta negativa frente a algo desagradable, molesto, frustrante y que surge de la idea egoísta de que es algo inmerecido. El verbo relacionado se emplea para referirse a los empleados resentidos que "murmuraban contra el padre de familia" por haber recibido la misma paga de quienes solo habían trabajado una hora (Mt. 20:11). También describe a los fariseos y escribas que "murmuraban contra los discípulos [de Jesús], diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?'" (Lc. 5:30). Aparece en Juan 6:61, donde se alude a ciertos hombres que profesaban ser discípulos y se ofendieron por las palabras de Jesús: "De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros" (v. 53). Pablo usa el término para referirse a los israelitas en el desierto, quienes murmuraron "y perecieron por el destructor" (1 Co. 10:10).

**Contiendas** viene de dialogismos, cuyo significado fundamental es razonamiento interno, y es el término que dio origen a la palabra diálogo. Con el tiempo, la expresión abarcó los conceptos más específicos de cuestionar, poner en duda, o discutir la verdad de un asunto. En Romanos 14:1 se emplea el término respecto a no contender sobre las opiniones de otro creyente, y en 1 Timoteo 2:8 se traduce "contienda". Mientras las **murmuraciones** tienen que ver en esencia con las emociones, las **contiendas** son de tipo intelectual. Una persona que persiste en murmurar y contender contra Dios terminará en discusiones y pleitos con Él.

Detrás de este pecado está la realidad de que a pesar de ser ciudadanos del cielo (Fil. 3:20), los creyentes viven en un mundo caído y en cuerpos irredentos (Ro. 7:18; 8:23). Con frecuencia, el Señor lleva a los creyentes a través de pruebas y dificultades (Stg. 1:2-3) y los pone sobre aviso acerca de las persecuciones que enfrentarán por causa de su fe (Mt. 5:10-12; Jn. 15:20). Por consiguiente, es inevitable que las circunstancias no siempre sean favorables o gratas.

Pablo había dejado los numerosos privilegios y comodidades del mundo que tuvo en su vida pasada, y las estimaba como pérdida (Fil. 3:4-7). En cambio, consideraba un inmenso privilegio ser encarcelado por causa de Cristo, lo cual "[había] redundado más bien para el progreso del evangelio", porque "la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con [sus] prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor" (1:12, 14). El apóstol anhelaba conocer a Cristo de manera más profunda, a fin de conocer "el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos", hasta el punto de llegar "a ser semejante a él en su muerte" (3:10). A todos los creyentes se les ha "concedido a causa de Cristo, no sólo que [crean] en él, sino también que [padezcan] por él" (1:29).

Cada circunstancia en la vida debe aceptarse con gozo y de buena gana, sin murmuraciones, contiendas, desilusiones, y mucho menos resentimiento. No hay excepción. Nunca debe haber murmuración emocional ni **contienda** intelectual. Para los creyentes siempre es pecado quejarse acerca de cualquier asunto que el Señor les mande hacer o acerca de cualquier situación que Él permite de manera soberana. Sin importar que la tarea sea fácil o difícil, que la situación sea de bendición o prueba, las actitudes negativas están prohibidas. Como él mismo testifica en su carta, el mismo crecimiento de Pablo lo había llevado a gozarse en esta actitud: "No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad" (Fil. 4:11-12). Su ejemplo demuestra que tal comportamiento justo es posible.

## LAS RAZONES PARA DEJAR DE QUEJARSE

**para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado**. (2:15-16)

Pablo presenta tres razones por las cuales deben dejar de quejarse los creyentes: por su propio bien, por causa de los incrédulos, y por los pastores.

POR EL PROPIO BIEN DE LOS CREYENTES

**para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha** (2:15*a*)

**Para que** es la traducción de la conjunción griega hina, que, al usarse con un verbo subjuntivo como aquí, señala una cláusula de propósito. Los creyentes deben dejar de quejarse para que puedan llegar a ser la clase de **hijos de Dios** que Él desea, o sea, **irreprensibles y sencillos**. Los cristianos son hijos de Dios por la fe (Jn. 1:12; Gá. 3:26), por adopción (Ro. 8:15, 23; Gá. 4:5), y por el nacimiento espiritual (Jn. 1:13; 3:3-6; 1 P. 1:23). Debido a que son sus hijos, deben ser "imitadores de Dios" (Ef. 5:1); todo cristiano está en el proceso de ser más como Cristo (2 Co. 3:18). Dicho proceso incluye ser más **irreprensibles y sencillos**. Abandonar la murmuración y la contienda es una parte esencial para avanzar en ese proceso.

**Irreprensibles** viene de amemptos, que en sus orígenes significaba no tener defecto o tacha. El creyente debe procurar estar libre de imperfecciones morales o espirituales. Zacarías y Elisabet, los padres de Juan el Bautista, "eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lc. 1:6). A los tesalonicenses Pablo comunicó su profundo deseo de que "sean afirmados [sus] corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos" (1 Ts. 3:13). Luego, en Filipenses él habló de sí mismo como quien fue hallado "irreprensible" "en cuanto a la justicia que es en la ley" (Fil. 3:6). El autor de Hebreos comenta: "si aquel primero hubiera sido sin defecto [amemptos], ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo" (He. 8:7).

**Sencillos** viene de akeraios, cuyo significado fundamental es ser puro o no adulterado. El término se empleaba para describir al vino puro que no se mezclaba con agua, y al metal puro sin aleación. En sentido metafórico, akeraios se empleaba en ocasiones para referirse a lo que era inocente o sencillo. Jesús mandó a sus discípulos ser "prudentes como serpientes, y sencillos como palomas" (Mt. 10:16). De igual forma, Pablo exhortó a los romanos a ser "sabios para el bien, e ingenuos para el mal" (Ro. 16:19). La vida del creyente debe ser absolutamente pura, no mezclada con pecado ni maldad. Preocupado por el bienestar espiritual de los inmaduros corintios, Pablo escribió: "Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo" (2 Co. 11:2).

Como **hijos de Dios**, los cristianos también deben ser sin tacha. Amōmos (**sin mancha**) tiene un significado muy cercano al de amemptos (**irreprensibles**), pues ambas palabras describen algo que no tiene mancha o imperfección. Amōmos aparece muchas veces en la Septuaginta cuando habla de los animales para el sacrificio. Moisés decretó que un Nazareo "ofrecerá su ofrenda a Jehová, un cordero de un año sin tacha en holocausto, y una cordera de un año sin defecto en expiación, y un carnero sin defecto por ofrenda de paz", y que todos "los hijos de Israel [deberían traer] una vaca alazana, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo" (Nm. 6:14; 19:2).

En sentido metafórico, amōmos se refería a estar libre de culpa o pecado. El carácter de los **hijos de Dios** debería estar libre de cualquier culpa, crítica o reprobación. Pablo usa dos veces la palabra en Efesios, en una exhortación a los creyentes a ser "santos y sin mancha delante de él [Cristo]… a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha" (Ef. 1:4; 5:27; cp. Col. 1:22). El autor de Hebreos emplea amōmos para referirse al Señor Jesucristo con estas palabras: "¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (He. 9:14), al igual que Pedro, quien habla de Él como "un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P. 1:19). Como sucede con cualquier virtud espiritual, ser **sin mancha** resulta imposible en las fuerzas del creyente; solo Cristo mismo, sin mancha y sin contaminación "es poderoso para [guardar a los creyentes] sin caída, y [presentarlos] sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24). Los creyentes son sin mancha en virtud de la justicia perfecta de Cristo, y deben procurar en la práctica vivir según esa norma de santidad.

En su carta a Tito, Pablo presenta el motivo principal para una vida pura y sin mancha:

> *para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador. Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (Tit. 2:10-14).*

Tras describir brevemente "el día del Señor [que] vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas", Pedro afirma: "Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir", y luego reitera su afirmación en tono de amonestación: "Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz" (2 P. 3:10-11, 14).

POR CAUSA DE LOS INCRÉDULOS

**en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida,** (2:15*b*-16*a*)

La segunda razón para no quejarse es el efecto negativo que esto produce en los incrédulos que pertenecen a una **generación maligna y perversa**, una descripción de todo el mundo incrédulo. Generación se refiere a las masas en términos amplios, y **mundo** al sistema malvado y satánico que rige sus vidas. Toda la frase **generación maligna y perversa** viene de Deuteronomio 32:5, donde Moisés describe al infiel y rebelde Israel como un pueblo que se convirtió en una "generación torcida y perversa". Pablo aplica esa descripción del pueblo de Israel a la humanidad incrédula y corrompida. **Maligna** viene de skolios, que alude a lo que está torcido, encorvado, o deformado. La enfermedad llamada escoliosis es una inclinación anormal y una desviación de la columna. El término se empleaba en sentido metafórico para referirse a cualquier cosa que se desvía de una norma o patrón, y en las Escrituras suele aludir a lo que es moral o espiritualmente corrompido. Aparece en la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento), donde Salomón habla de los "que dejan los caminos derechos, para andar por sendas tenebrosas; que se alegran haciendo el mal, que se huelgan en las perversidades del vicio; cuyas veredas son torcidas [skolios], y torcidos sus caminos" (Pr. 2:13-15; cp. 21:8; 28:18).

**Perversa** traduce una forma de participio del verbo diastrephō, que comunica la misma idea esencial de skolios, pero en un sentido más activo y dinámico. Jesús habló de una "generación incrédula y perversa [diestrammenē]" (Mt. 17:17). La multitud que se presentó ante Pilato y que pidió la crucifixión de Jesús lo acusó porque "pervierte [diastrephonta] a la nación, y… prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey" (Lc. 23:2). En la isla de Pafos, Pablo reprendió así al mago y falso profeta Barjesús (o Elimas): "¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar [diastrephōn] los caminos rectos del Señor?" (Hch. 13:10). Varios años después advirtió a los ancianos de Éfeso que "de [ellos] mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hch. 20:30).

La malignidad y perversidad del mundo moderno son tan evidentes y escandalosas que los ejemplos sobran. Gran parte de la cultura moderna se ha pervertido y desviado radicalmente de las normas divinas de verdad y justicia. Al igual que la iglesia de la época de Pablo, la iglesia de hoy no vive junto a la sociedad **maligna y perversa**, sino que de manera inevitable está **en medio de** ella. Debido al desarrollo expansivo de la tecnología de las comunicaciones, los cristianos de hoy son atacados de forma continua y penetrante con lenguaje, ideas y prácticas abominables como nunca antes en la historia del cristianismo.

Las personas necesitan salvarse precisamente de esta **generación maligna y perversa**. En su sermón en Pentecostés, Pedro amonestó a sus oyentes "con otras muchas palabras [mientras] testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación" (Hch. 2:40). Jesús señaló que los escribas y fariseos que pedían señales para probar que Él era el Mesías, eran parte de una "generación mala y adúltera" (Mt. 12:23, 39; cp. v. 45).

En su oración sumo sacerdotal, Jesús dijo que el mundo odiaría a quienes no pertenecen a él, es decir, a los que creen en Él (Jn. 17:14, 16). Aún así, le rogó a su Padre: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (17:15). Él oró: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo… para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (Jn. 17:17-18, 23). Vivir en pureza y fidelidad es un prerrequisito indispensable para llevar a cabo el mandato del Señor de comunicar su divino mensaje de salvación a un mundo perdido en el pecado.

En la primera parte del versículo 15, Pablo habla del carácter cristiano, de aquello que los creyentes deben ser ("irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha"). Aquí habla acerca de lo que los creyentes deben decir, del contenido de su mensaje y enseñanza **como luminares en el mundo**. La manera de vivir de los creyentes como hijos de Dios afecta de forma considerable la influencia que pueden ejercer sobre el mundo impío que los rodea. No obstante, así como la sana doctrina sin un carácter piadoso es hipócrita e inoperante, también la vida justa resulta ineficaz si los creyentes no proclaman la verdad del evangelio. A fin de cumplir con eficacia la Gran Comisión de Mateo 28:19-20, los cristianos deben resplandecer **como luminares en el mundo**. En otras palabras, "brillar como luminares". En su sentido literal, phōstēr (**luminares**) se usaba por lo general para referirse a las estrellas. Al emplear el término en sentido metafórico, Pablo declara que los cristianos deben ser luminares morales y espirituales que irradian la verdad de Dios y **la palabra de vida** a un universo que de otro modo quedaría sumido en la oscuridad del pecado.

El llamado de Dios a su pueblo de ser **luminares** en un **mundo** incrédulo no comenzó en la iglesia neotestamentaria. Daniel declaró que "los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad" (Dn. 12:3). Isaías escribió que el Mesías sería "luz de las naciones, para que [sea la] salvación [de Dios] hasta lo postrero de la tierra" (Is. 49:6; cp. 42:6). En Romanos, Pablo les dijo a los judíos incrédulos:

> *He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la ciencia y de la verdad (Ro. 2:17-20).*

En seguida les advierte con firmeza: "Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?… Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros" (Ro. 2:21, 23-24; cp. Is. 52:5).

En su profecía inspirada por el Espíritu, Zacarías habló de Jesús como "la aurora", que daría "luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por camino de paz" (Lc. 1:78-79). "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella" (Jn. 1:4-5). En el sermón del monte, el Señor Jesucristo llamó a los creyentes "la luz del mundo" y les encomendó: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:14, 16). Todos los cristianos "en otro tiempo [eran] tinieblas" pero a hora son "luz en el Señor" y por tanto deben "[andar] como hijos de luz" (Ef. 5:8), como "hijos de luz e hijos del día" (1 Ts. 5:5).

Los cristianos obedientes impactarán de manera extraordinaria al mundo que los rodea. Sin embargo, no todos que entran en contacto con ellos recibirán la luz del evangelio. Jesús dijo: "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Jn. 3:19). La luz de la Palabra de Dios no solo revela la verdad, sino que saca a la luz la maldad. Aún así, como el Señor prometió, el Espíritu Santo convencerá a algunos, que verán en el creyente las "buenas obras, y [glorificarán a su] Padre que está en los cielos" (Mt. 5:16), es decir, serán salvos.

F. B. Meyer escribió:

> Es casi aterrador vivir con estos pensamientos que oprimen el corazón: que no es posible hablar una sola palabra o tramitar un solo negocio, que nunca vean nuestro rostro brillar con el resplandor de Dios, o que nos hallen tristes y abatidos, sin que esto facilite o impida que otros lleven una buena vida. Todos nosotros, cada día, somos como Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a otros; o somos quienes conducen a otros hombres a la luz, la paz, y el gozo de Dios. Ningún hombre ha vivido para sí, y ninguno ha muerto para sí, sino que la vida de cada uno afecta en proporción creciente a la humanidad. ¡Qué seria responsabilidad es vivir!" (*The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1952], p. 116).

La calidad de vida de un creyente, sea fiel y obediente o infiel y desobediente, es la base de su testimonio. Un cristiano quejumbroso y murmurador no afectará de manera positiva a los demás. Por obvias razones, a los incrédulos no les atrae esa clase de vida.

**Asidos** viene de epechō, que quizá se traduce mejor "retener". Los términos que Pablo suele emplear para la idea de retener, o asirse, son echō o katechō (cp. 1 Co. 11:2; 15:2; 1 Ts. 5:21; 1 Ti. 1:19; 3:9; 2 Ti. 1:13). El contexto de este versículo deja claro que no se refiere a la necesidad de que los creyentes permanezcan fieles (es decir, asirse a) la verdad de Dios, sino más bien a que comuniquen a otros (mantenerse firmes a) la Palabra redentora que trae vida eterna.

**La palabra de vida** se refiere a las Escrituras y, más específicamente, al evangelio. Jesús dijo: "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Jn. 6:63). Después que muchos que se decían seguidores abandonaron a Jesús, Él preguntó "a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros?". Pedro respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn. 6:66-68). Muchos años después, el apóstol Juan empezó su primera epístola con estas palabras: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)" (1 Jn. 1:1-2). Después que el ángel del Señor liberó a Pedro y a los otros apóstoles de la prisión en Jerusalén, les mandó: "Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida" (Hch. 5:20; cp. 13:26), el mensaje que Pedro llamó después "la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 P. 1:23).

POR CAUSA DE LOS PASTORES

**para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado.** (2:16*b*)

La tercera razón para no quejarse es el bien de los líderes de la iglesia, quienes han entregado sus vidas al ministerio. El corazón de pastor de Pablo salta a la vista en su profundo deseo de que los filipenses dejen de murmurar y quejarse,

**para que en el día de Cristo** él **pueda** gloriarse. Él previó **el día de Cristo**, cuando podría mirar atrás y gozarse en la fidelidad de sus amados hermanos. Las personas a quienes servía serían una fuente de dicha eterna.

Es importante notar que **el día de Cristo** no es sinónimo del término similar "el día del Señor", cuyo propósito central es el castigo de los malos que no se arrepintieron. Pablo trae a la memoria de los tesalonicenses: "Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán" (1 Ts. 5:2-3; cp. 2 Ts. 2:1-8). En cambio, **el día de Cristo** será solo para los creyentes (cp. Fil. 1:6, 10). Aunque también será un tiempo de juicio, pues es necesario que todos los creyentes "comparezcamos ante el tribunal de Cristo", su propósito será recompensar, no castigar, "para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Co. 5:10; cp. 1 Co. 3:8; cp. 3:13-14; 4:5).

Al decir que tendría de qué gloriarse, el apóstol no expresaba un orgullo pecaminoso en su ministerio o una obsesión con su propia importancia en el reino o en el cielo. El verbo kauchaomai (**gloriarme**) puede tener la connotación de una soberbia pecaminosa, como aparece claramente en Santiago 4:16. No obstante, también puede describir regocijo, como ocurre en este pasaje. En Romanos 5:11, el término se traduce "gloriamos". Pablo aguardaba recibir el gozo que el Señor promete a todo creyente fiel. Jesús dijo: "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 15:11). El gozo es fruto del Espíritu, que debe procurarse y estimarse tanto como el amor, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad y demás frutos (Gá. 5:22-23). En parte, Juan escribió sus cartas para que su "gozo sea cumplido" (1 Jn. 1:4; cp. 3 Jn. 4) y anhelaba estar "cara a cara" con aquellos a quienes escribía "para que nuestro gozo sea cumplido" (2 Jn. 12). David oró: "Vuélveme el gozo de tu salvación" (Sal. 51:12), y otro salmista exclamó: "Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán" (Sal. 126:5).

Como ya se indicó, en este pasaje Pablo habla específicamente de la gloria, o del gozo, que experimentará **en el día de Cristo** (cp. 1:6, 10). El apóstol estaba ahora encarcelado y, según lo que sabía en ese momento, podría morir allí (véase 1:13-14, 20-21). Como dijo luego en su carta, incluso entonces sus amados hermanos en Filipos eran su "gozo y corona" en el Señor, y anhelaba verlos otra vez (Fil. 4:1). Sea que su esperanza se cumpliera o no, él sabía que su anhelo era recibir la recompensa del gozo final en el cielo por su fiel ministerio para con ellos.

En su discurso en el Aposento Alto, Jesús dijo a los discípulos: "aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo… pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo" (Jn. 16:20, 22). Desear y aguardar el gozo no solamente reconoce la promesa de Jesús ,sino que sigue su ejemplo, "el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (He. 12:2). Pablo escribió a los tesalonicenses: "Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?" (1 Ts. 2:19). En la bendición final de su corta epístola, Judas escribió: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén" (Jud. 24-25).

Lo mejor que pueden hacer los creyentes por su pastor es practicar fielmente las verdades de la Palabra de Dios que él ha predicado y enseñado, a fin de que pueda decir como Pablo: **no he corrido en vano, ni en vano he trabajado**. Todo pastor desea que la recompensa de su esfuerzo sea plena, que las personas bajo su cuidado amen y obedezcan al Señor sin murmuraciones ni contiendas, y que con su vida y palabras demuestren con eficacia que el evangelio es verdadero y creíble. Es responsabilidad y el privilegio de la iglesia "[reconocer] a los que trabajan entre [ellos], y [los] presiden en el Señor, y… amonestan" (1 Ts. 5:12). El autor de Hebreos exhorta: "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso" (He. 13:17). El mayor gozo de cualquier siervo de Dios es que su rebaño viva de manera piadosa. "No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad" (3 Jn. 4).

# 13. Siervos espirituales ejemplares

**Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo. Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús. Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio. Así que a éste espero enviaros, luego que yo vea cómo van mis asuntos; y confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros. Mas tuve por necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero, y ministrador de mis necesidades; porque él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado. Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza. Así que le envío con mayor solicitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recibidle, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él; porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.** (2:17-30)

Cualquiera que haya leído bastante los escritos de los grandes siervos de Dios alcanza a vislumbrar en parte lo que hay en sus corazones y mentes. Por lo general, su cualidad más admirable y fascinante es la disposición para hacer grandes sacrificios.

Thomas Brooks, puritano del siglo XVII, comentó sabiamente que “el ejemplo es el discurso más poderoso” (citado en I. D. E. Thomas, *A Puritan Golden Treasury* [Tesoro de escritos puritanos] [Edimburgo: Banner of Truth, 1977], p. 96). Quizá el aspecto más importante del liderazgo espiritual es poder tener una vida piadosa digna de ser imitada. El ejemplo personal ilustra los principios bíblicos en acción, y demuestra cómo deben practicarse. Cuando los creyentes examinan a fondo las normas divinas a la luz de sus pecados, faltas, debilidades y fracasos, dichos parámetros parecen imposibles de alcanzar. Jesús es el ejemplo supremo para el creyente (1 Jn. 2:6). Sin embargo, Él no cometió pecado, era el perfecto Hijo de Dios, y lo que fue posible para Él puede parecer imposible a sus seguidores. No obstante, cuando los creyentes ven que otro cristiano logra vivir según las normas divinas, se sienten animados.

Filipenses 2:17-30 presenta tres hombres cuyas vidas constituyen modelos excepcionales de vida piadosa. Los tres, Pablo, Timoteo y Epafrodito, estaban juntos en Roma en ese momento. Pablo era prisionero en su propia habitación alquilada. Aunque se encontraba encadenado a un soldado, gozaba de libertad para continuar su ministerio sin impedimentos (Hch. 28:16, 30-31). Timoteo, el hijo en la fe del apóstol (1 Ti. 1:2), había estado con él durante un tiempo. Epafrodito había sido enviado por la iglesia filipense para apoyar a Pablo económicamente y para atender sus necesidades. Los tres estaban ligados geográfica, espiritual y ministerialmente en una causa común. Todos estaban consagrados por completo al Señor Jesucristo, habiendo renunciado a sus propios intereses. Por causa del Señor habían arriesgado su salud, su libertad e incluso su vida.

Aunque todos eran ejemplares en cuanto a las cualidades que Pablo ya había resaltado, cada uno poseía también características distintivas en lo personal y en lo espiritual. Pablo podría entonces catalogarse como el siervo gozoso y abnegado, Timoteo como el benévolo y fiel, y Epafrodito como el intrépido amoroso.

## PABLO: EL GOZOSO Y ABNEGADO

**Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo.** (2:17-18)

Nada caracterizaba tanto la vida y el ministerio de Pablo como el amor: por el Señor, por su obra y por su pueblo. Él también amaba a los que no eran salvos, especialmente a sus hermanos judíos, acerca de los cuales testificó: “Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Ro. 9:3). Sin embargo, el sentía un amor especial por los creyentes, como lo demuestra su testimonio a los de Corinto: “Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo” (2 Co. 2:4).

Ese amor impulsaba a Pablo a servir sin reservas y con abnegación. Él temía que de no esforzarse al máximo, podía ser eliminado y perder su recompensa (1 Co. 9:24-27). Él era profundamente consciente de que tenía un llamado especial, así como dones y capacidades por las cuales el Señor le pediría cuentas. Él escribió acerca de esa obligación a los corintios: "Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel" (1 Co. 4:1-2). Por este motivo Pablo ejercitaba la autodisciplina: "golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Co. 9:27). Él confiaba en que "en el día de Cristo [podía gloriarse] de que no [ha] corrido en vano, ni en vano [ha] trabajado" (Fil. 2:16).

Es inevitable preguntarse por qué Pablo tenía tal confianza en su propio ejemplo. La mayoría de los creyentes se mostrarían reacios a presentarse a sí mismos como un modelo, por considerarlo presuntuoso y jactancioso. Sin embargo, el Espíritu Santo revistió a Pablo de esa confianza. Puesto que Pablo era guiado por el Espíritu y obediente, no sufría de ese temor a ser incompetente que tienen la mayoría de los creyentes. Aunque era humilde y estaba muy al tanto de su debilidad (1 Ti. 1:15), podía ponerse como ejemplo porque sus motivaciones eran puras y su vida santa. Con sinceridad y humildad verdaderas podía exhortar así a los corintios: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Co. 11:1; cp. 4:16). Pablo era un ejemplo humano porque siguió el ejemplo divino, el Señor Jesucristo. Como señala el autor de Hebreos, Pablo puso "los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe" (He. 12:2).

**Y aunque sea** es la traducción de una cláusula condicional de primera clase, que se refiere a algo que se conoce como cierto. Una traducción más exacta sería: "Puesto que soy **derramado en libación sobre el sacrificio**". La frase entera traduce una sola palabra griega, spendō, que significa "ser derramado en libación" (cp. 2 Ti. 4:6). El ejemplo de Pablo era evidente en el precio que pagaba al derramar su vida a Dios como sucedía en la ofrenda libatoria del Antiguo Testamento.

Contrario a lo que algunos intérpretes sugieren, Pablo no aludía aquí a su posible martirio. El tiempo presente indica claramente que se refería a su situación actual como prisionero en Roma. Él vio su vida, no su muerte, como el mayor sacrificio al Señor. Él era un sacrificio vivo, no muerto (Ro. 12:1). Sus comentarios en otras partes de su carta señalan que él no esperaba una ejecución inminente, si bien comprendía claramente que era una posibilidad. Él había dicho antes: "Pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe" (1:24-25). Más adelante en este capítulo escribió: "Confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros" (2:24).

Tanto judíos como gentiles habrían comprendido la imagen sugerida de una **libación**, u ofrenda líquida, pues era un ritual conocido en muchos pueblos antiguos (cp. Lv. 23:18, 37; 2 R. 16:10-16; Jer. 7:18; Os. 9:4). Después de poner el animal del sacrificio sobre el altar, los sacerdotes tomaban vino (o en ocasiones agua o miel) y lo derramaban sobre el sacrificio ardiente o en tierra frente al altar. Ese acto simbolizaba la elevación del sacrificio hasta la nariz de la deidad a quien se ofrecía.

La **libación** de Pablo se hacía también a favor de sus amados hermanos en Filipos, una ofrenda hecha **sobre el sacrificio y servicio de** su **fe**. Él habló como si la fidelidad de ellos fuera superior a la suya, al sugerir que era derramado sobre un mayor **sacrificio y servicio**, el de ellos. Aquí el apóstol demuestra la sincera humildad característica del creyente que es noble en lo espiritual, y cuyo ejemplo supremo es el Señor mismo en su encarnación (2:1-8).

Thusia (**sacrificio**) se empleaba en relación con sacrificios físicos (Mt. 9:13; Hch. 7:41; 1 Co. 10:18; He. 5:1). También se usaba en sentido figurado, como en este pasaje (cp. 4:18; Ro. 12:1; He. 13:15; 1 P. 2:5). **Servicio** es la traducción de leitourgia, que por lo general se empleaba acerca del servicio religioso y es el término que dio origen a la palabra liturgia. En 2 Corintios, Pablo la usó para describir las ofrendas de dinero entregadas para suplir "lo que a los santos falta" (2 Co. 9:12). Al igual que Pedro, Pablo consideraba a todos los creyentes como sacerdotes de Jesucristo, "como piedras vivas, [que son] edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 P. 2:5).

Los filipenses eran compañeros de Pablo en el servicio sacrificial a Dios (1:25-30; 4:10-19), en especial a través del ministerio de Epafrodito (2:25-30). Ellos sufrían en gran manera por su fe en medio de un ambiente pagano extremadamente hostil. Cuanto más crecía la iglesia, más era odiada y perseguida. Por eso el apóstol les dijo: "En nada [se sientan] intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios" (Fil. 1:28). Y prosiguió con su explicación: "Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él" (v. 29). La persecución de ellos también reflejaba la que él mismo padecía. Ellos tenían "el mismo conflicto que [habían] visto en [él], y ahora [oían] que hay en [él]" (v. 30). Y presentaban la misma ofrenda, ya que Pablo derramaba su libación sobre el sacrificio ardiente de la iglesia filipense.

Por lo tanto, escribe, **me gozo y regocijo con todos vosotros**. El apóstol ya ha mencionado varias razones para estar gozoso. Él se regocijaba por el amor mutuo entre él y los filipenses (4:1, 10). El simple hecho de recordar a sus amados hermanos de Filipos era motivo de gozo (1:3-4). Incluso las aparentes circunstancias desafortunadas que padecía en

Roma “han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que [sus] prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás” (vv. 12-13). Su aceptación benigna de ese cautiverio animaba a los creyentes en Roma, Filipos, y en todas partes a atreverse “mucho más a hablar la palabra sin temor” (v. 14). Aun cuando el evangelio era predicado por pretexto o por contención y envidia, Pablo se gozaba (vv. 17-18).

Incluso sin tales bendiciones, el servicio sacrificial al Señor es en sí mismo un privilegio y un motivo de gozo. Los creyentes deben gozarse no a pesar de su sufrimiento por Cristo, sino por causa de él (cp. Hch. 5:41), sabiendo que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12). El mayor gozo de los creyentes viene en el momento del mayor sacrificio, pues servir a Dios es el objetivo supremo de su existencia. El apóstol escribió antes en Filipenses: “[es] mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (1:20-21). Pocos años antes había escrito: “Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos” (Ro. 14:7-8).

Por desdicha, muchos creyentes experimentan gozo casi de igual manera que el mundo. Si las circunstancias son favorables están felices; pero si no lo son, se entristecen y en ocasiones se resienten. Lo único que les trae gozo es aquello que favorece sus propios intereses y bienestar. En cambio, cuando los creyentes buscan hacer la voluntad del Padre y agradarle, reciben con gozo el sacrificio por Él. La razón por la que muchos creyentes conocen tan poco la clase de gozo que tenía Pablo es que desconocen la clase de sacrifició que él hizo.

A los creyentes egocéntricos y mundanos les resulta difícil entender cómo los misioneros pueden vivir durante años bajo condiciones primitivas, difíciles y muchas veces arriesgadas, y en medio de todo conservar el gozo. En todo eso se gozan porque, al igual que Pablo y los filipenses, presentan sus vidas como un continuo sacrificio a Dios. Han aprendido que cuanto más grande el sacrificio, mayor es el gozo. Tienen la misma actitud de Pedro y los otros apóstoles que, después de haber sido azotados y que se les ordenara “no [hablar] en el nombre de Jesús,… salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:40-41).

El servicio abnegado por Cristo es un sacrificio solo en el sentido de ser una ofrenda a Dios. De ninguna manera lo es en el sentido de una pérdida. Todo lo que un creyente sacrifica por el Señor será siempre sustituido por algo infinitamente más valioso y gratificante (cp. 2 Co. 4:17). Siempre es un intercambio de lo inferior por lo superior, respecto a lo cual Pablo escribió: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Fil. 3:8). Lo que él abandonó no era más que “basura”; lo que él ganó fue a Cristo y las inmensurables bendiciones de la salvación y la vida eterna (vv. 9-11). Esta realidad de la justificación se extiende a la santificación.

Pablo no solo es un modelo de servicio abnegado y desinteresado, sino también del gozo que ese servicio produce. Como escribió a los corintios: “lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones” (2 Co. 7:4; cp. Ef. 3:13) y a los colosenses: “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Col. 1:24). A los tesalonicenses les dijo con certeza: “por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor. Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios” (1 Ts. 3:7-9). De igual forma Santiago exhortó: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Stg. 1:2-4). Asimismo, Pedro aconsejó: “gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 P. 4:13).

Era pues con integridad y sinceridad que Pablo podía decir **me gozo y regocijo con todos vosotros**. Sunchairō (**me regocijo… con**) es una forma compuesta (y por tanto acentuada) del verbo precedente (chairō, **me gozo**) y describe una profunda reciprocidad en el propósito y el sentimiento. Lucas lo usó para describir a los vecinos y familiares de Elisabet que “se regocijaron con ella” por el nacimiento de Juan el Bautista (Lc. 1:58). Jesús lo utilizó para referirse al hombre que se regocijó al encontrar su oveja perdida (Lc. 15:6) y a la mujer que a su vez se gozó al encontrar la moneda que se le había perdido (15:9; cp. 1 Co. 12:26; 13:6). Ya que Pablo y los filipenses se habían sacrificado y servido juntos, podían regocijarse juntos. Usando la misma palabra (sunchairō) que acababa de escribir respecto a sí mismo, ahora los exhorta: **Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo.**

## TIMOTEO: EL BENÉVOLO Y FIEL

**Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos**

**buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús. Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio. Así que a éste espero enviaros, luego que yo vea cómo van mis asuntos; y confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros.** (2:19-24)

El segundo ejemplo de siervo espiritual es Timoteo, el amado hijo de Pablo en la fe. Al igual que Pablo, su mentor y modelo, Timoteo es un ejemplo digno de imitar para otros creyentes.

Puesto que su cautiverio le impedía a Pablo ir a Filipos, esperaba **en el Señor Jesús** (es decir, en la voluntad del Señor) enviarles **pronto a Timoteo**, para que él también estuviera **de buen ánimo al saber** del **estado** de los filipenses. La esperanza del apóstol no era un deseo vano, sino el anhelo profundo de su corazón. Como él nunca quería obrar aparte de la voluntad de su Maestro, su esperanza y deseo se conformaban al propósito del **Señor Jesús**. Sin duda alguna, Pablo oró con fervor para que el Señor lo guiara, y estaba decidido a ajustar o desechar sus propios planes si era necesario.

**Timoteo** era oriundo de Listra, una ciudad ubicada en la provincia de Galacia (parte de Turquía en la actualidad). Su madre, Eunice, era judía, y su padre era griego, quizás un pagano. Pablo lo guió a Cristo (1 Co. 4:17; 1 Ti. 1:2, 18; 2 Ti. 1:2), tal vez durante la visita del apóstol a Listra en su primer viaje misionero (Hch. 14:6-23). Su madre, y su abuela Loida, eran creyentes (2 Ti. 1:5) y habían instruido a Timoteo en el Antiguo Testamento (2 Ti. 3:15). El hecho de que no fue circuncidado en su infancia sugiere que su padre lo había educado en la cultura y saber griego. La combinación de su madurez espiritual y su herencia judeo-griega lo hacían especialmente apto para llevar el evangelio con Pablo al mundo gentil. A fin de que los judíos aceptaran más a Timoteo, en especial en Galacia donde lo conocían, Pablo lo circuncidó (Hch. 16:3). Ya en el momento de escribirse Filipenses, Timoteo había sido el compañero más fiel del apóstol por casi diez años.

Con gran afecto, Pablo se refirió a él como “verdadero hijo en la fe” (1 Ti. 1:2), “amado hijo” (2 Ti. 1:2), “mi hijo amado y fiel en el Señor” (1 Co. 4:17), “mi colaborador” (Ro. 16:21; 1 Ts. 3:2; cp. 1 Co. 16:10), “el hermano” (2 Co. 1:1; 1 Ts. 3:2; cp. He. 13:23), y, en esta carta, como un siervo de Jesucristo (Fil. 1:1). Timoteo estuvo con Pablo en Corinto (Hch. 18:5), fue enviado a Macedonia (19:22), y acompañó al apóstol en su viaje de regreso a Jerusalén (20:4). Se relaciona con Pablo en las cartas a los Romanos (Ro. 16:21), 2 Corintios (2 Co. 1:1), Filipenses (Fil. 1:1), Colosenses (Col. 1:1), 1 y 2 Tesalonicenses (1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1), y Filemón (Flm. 1). Sirvió como mediador de Pablo en Corinto (1 Co. 4:17), Tesalónica (1 Ts. 3:2), Éfeso (1 Ti. 1:3-4) y Filipos (Fil. 2:19).

Timoteo era fiel y confiable en todo sentido y sin duda apto para ser un modelo que los filipenses pudieran imitar. Ellos lo conocían bien, ya que seguramente estuvo con Pablo en el momento de ser fundada la iglesia allí (cp. Hch. 16:3, 12-40). Por consiguiente, no es extraño que el apóstol insistiera en enviarles **pronto a Timoteo**. Luego, en este capítulo, Pablo explica sus intenciones en una corta frase: “Así que a éste espero enviaros, luego que yo vea cómo van mis asuntos” (v. 23). Algunos intérpretes creen que Pablo estaba expectante por saber si permanecería en prisión, si sería liberado, o ejecutado. Sin embargo, los pocos versículos que siguen señalan que él esperaba ser liberado y visitar en persona la iglesia de Filipos (2:24). Es posible que Timoteo ayudara en algún asunto crucial en la iglesia de Roma. Aunque el apóstol tenía la libertad de recibir visitantes y de predicar y enseñar sin impedimentos, no podía salir de su habitación, donde permanecía bajo constante vigilancia (Hch. 28:16, 23, 30-31). Pudo ser que Timoteo ayudara también a Pablo en la situación mencionada en 1:15-17.

La única razón específica por la cual Pablo dijo que enviaba a Timoteo era para estar **de buen ánimo al saber** del **estado** de los filipenses. A pesar de su expectiva de visitar pronto Filipos, Pablo esperaba que Timoteo alcanzara a verlos y que lo informara acerca de su situación antes de que liberaran al apóstol. Su confianza en que ese informe lo alentaría, revela que él esperaba las mejores noticias. Era característico de Pablo que se preocupara de esa manera. En el caso de la iglesia en Corinto, su preocupación era tan honda que no pudo concentrarse en el ministerio hasta no tener noticias de su situación (2 Co. 7:5-9).

Puesto que desaba que los filipenses aceptaran a Timoteo sin vacilar, Pablo les presentó una corta descripción de un siervo de Jesucristo consagrado (vv. 20-24). El apóstol subrayó siete características personales que los filipenses podrían imitar: Timoteo se parecía al apóstol, era benévolo, fiel, experimentado, sumiso, abnegado y servicial.

Primero, el carácter espiritual de Timoteo era similar al del apóstol. En muchos sentidos Timoteo era verdaderamente **del mismo ánimo**. Epafrodito (2:25-30) y otros predicadores y maestros en Roma eran fieles siervos del Señor, y Pablo los amaba y estimaba (cp. 1:14-17). De ninguna manera el apóstol los desestimaba con su comentario, pero **ninguno** era como Timoteo. Había sido instruido en las Escrituras desde la niñez por su madre y abuela (2 Ti. 1:5; 3:15) y gozaba de gran estima por parte de quienes lo conocían (Hch. 16:2). No obstante, el mayor crecimiento espiritual en la vida de Timoteo se produjo cuando empezó a viajar y a ministrar con Pablo. A excepción del Señor Jesucristo, no ha existido un mentor espiritual que se compare con Pablo. Timoteo tuvo el privilegio único y envidiable de ser el protegido del apóstol.

La palabra isopsuchos, que solo aparece aquí en el Nuevo Testamento, es un adjetivo compuesto por isos (igual) y

psuchē (alma). Su significado literal es “de una misma alma” o “de un alma”, y alude a personas que tienen espíritus afines o **del mismo ánimo**. La Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento) utiliza el término en el Salmo 55:13, donde David habla del “hombre, al parecer íntimo mío, mi guía, y mi familiar”, que lamentablemente lo había traicionado.

La meta del verdadero discipulado es la imitación. Jesús dijo que si una persona ha sido discipulada plenamente, será como su maestro (Mt. 10:25). Con el paso del tiempo, Timoteo llegó a pensar como Pablo, a relacionarse con creyentes e incrédulos como Pablo, a examinar las ideas y las situaciones como Pablo, a confiar en el Señor como Pablo, y a orar como Pablo. Estos dos hombres de Dios eran similares en su alma, sus aspiraciones, sus objetivos y su celo. Pablo les dijo a los creyentes de Filipos lo que años antes había dicho a los de Corinto: “Por tanto, os ruego que me imitéis. Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseño en todas partes y en todas las iglesias” (1 Co. 4:16-17). De modo que en este caso, como en Corinto, hasta que Pablo pudiera volver a visitar Filipos, Timoteo era sin duda su mejor reemplazo. Él era el cumplimiento final del anhelo del apóstol de que otros creyentes fueran sus fieles imitadores, como lo era él de Jesucristo (1 Co. 11:1). No es extraño que Timoteo fuera tan amado y valioso para Pablo.

Timoteo también tenía la virtud de ser benévolo. Con plena confianza, Pablo podía asegurarles a los filipenses que Timoteo se interesaría **sinceramente por** ellos. El verbo merimnaō (**se interese por**) alude a un fuerte sentimiento por algo o alguien, con frecuencia hasta volverse preocupación. Jesús empleó el verbo para referirse a los afanes y ansiedades inútiles (cp. Mt. 6:25-28; 10:19; Lc. 10:41), y luego en esta carta se traduce “afanosos” (4:6). Sin embargo, Pablo lo usa aquí en un sentido positivo para referirse al gran interés de Timoteo por el bienestar de la iglesia filipense. Como su Señor, Pablo tenía “la [constante] preocupación por todas las iglesias” (2 Co. 11:28) y confiaba en que Timoteo sintiera lo mismo. Ellos eran verdaderos pastores, cuya mayor preocupación era el bienestar de sus ovejas.

Una tercera virtud que caracterizaba a Timoteo era su fidelidad, aquí enunciada de manera indirecta al compararlo con los líderes de la iglesia en Roma. Pablo lamenta la actitud egocéntrica y la falta de amor de esos líderes. **Buscan** es la traducción en tiempo presente del verbo zēteō y podría cambiarse a “buscar siempre”. Debió resultar muy doloroso para Pablo tener que decir de ellos que solo **buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús**.

Aunque el evangelio era proclamado por varios hombres en Roma, a veces lo predicaban “por envidia y contienda… [y] por contención, no sinceramente” (1:15, 16). Con todo, Pablo se gozaba porque “de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado” (v. 18). Parece que quienes predicaban de buena voluntad y por amor (vv. 15-16) ya se habían ido o permanecían en silencio. A pesar de la presencia de Pablo, muchos predicadores se habían vuelto carnales y egocéntricos. Ellos no eran apóstatas ni herejes, pero sin duda habían perdido su primer amor por Cristo y se habían vuelto egoístas (cp. Ap. 2:4). Ya no buscaban **lo de Cristo Jesús** sino **lo suyo propio**. A diferencia de Timoteo, ya no eran fieles, sino que se habían vuelto inconstantes y por ende inestables en su vida espiritual (Stg. 1:8). Un ejemplo era Demas, un colaborador confiable de Pablo en Roma (Col. 4:14; Flm. 24), quien acabó por abandonarlo (2 Ti. 4:10, 16). Seguro que los pocos hombres fieles que acompañaban a Pablo en Roma, como Lucas y Aristarco (Col. 4:10; Flm. 24), no estaban disponibles para viajar a Filipos. El apóstol dependía de su último colaborador confiable; el fiel Timoteo era el único en Roma que permanecía a su lado. Tal era la situación de Pablo en su último cautiverio en Roma. En su última carta a Timoteo, él dijo: “me abandonaron todos los que están en Asia” (2 Ti. 1:15) y llamó a Timoteo a permanecer fiel (2 Ti. 1:13). Al igual que Pablo, lo que más buscaba Timoteo cuando el apóstol escribió su carta era **lo que es de Cristo Jesús**.

Cuarto, Timoteo era experimentado. Pablo no tenía que convencer de esto a la iglesia de Filipos porque **ya** conocían sus **méritos**. **Ya conocéis los méritos** es la traducción de dokimēn, cuyo significado fundamental es examinar después de poner a prueba. Al emplearse en relación con una persona, describía un carácter probado o de valor comprobado. Pablo usó la forma verbal en numerosas ocasiones al exhortar a los creyentes a “[comprobar] cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:2), y a probarse “a sí mismo” (1 Co. 11:28; cp. 2 Co. 13:5; Gá. 6:4). Los creyentes deben “[examinarlo] todo; [retener] lo bueno, [abstenerse] de toda especie de mal” (1 Ts. 5:21) y “[probar] los espíritus si son de Dios” (1 Jn. 4:1). Pablo también empleó el término en relación con la prueba del Señor sobre los creyentes: “Según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones” (1 Ts. 2:4; cp. 1 Co. 3:13; 1 P. 1:7). Pablo habló muy favorablemente de un hermano sin mencionar su nombre, “cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas” (2 Co. 8:22), y mandó que los diáconos “también sean sometidos a prueba primero, [para ver] si son irreprensibles” (1 Ti. 3:10).

Timoteo había sido probado muchas veces en su servicio al Señor. Cuando los alborotadores de Tesalónica expulsaron a Pablo de Berea, a Timoteo y a Silas se les encomendó permanecer y continuar la obra allí (Hch. 17:14). De igual manera, “después de recorrer Macedonia y Acaya… [él envió] a Macedonia a dos de los que le ayudaban, Timoteo y Erasto” (Hch. 19:21-22). Poco después, Timoteo acompañó al apóstol y a otros en su regreso a Macedonia (20:3-4), donde Filipos era una ciudad principal. Pablo pudo haber escrito 2 Corintios desde Filipos (cp. 2 Co. 11:9; Fil. 4:15) y en

la introducción a esa carta envía saludos del "hermano Timoteo" (2 Co. 1:1). La iglesia en Filipos conocía bien a Timoteo y había gozado de su fiel servicio durante muchos años.

La quinta virtud de Timoteo mencionada aquí era su sujeción. Al igual que Pablo, con quien servía Timoteo, el joven era obediente al Señor. Douleuō (**ha servido**) se empleaba para muchos tipos de servicio, incluso el servicio al dinero (Mt. 6:24), a un amo (1 Ti. 6:2), a un padre (Lc. 15:29), a una nación conquistadora (Hch. 7:7; cp. Jn. 8:33), y el servicio recíproco de los creyentes (Gá. 5:13). También es uno de los verbos más usados en el Nuevo Testamento para hablar del servicio al Señor (cp. Hch. 20:19; Ro. 12:11; 14:18; Col. 3:24), con frecuencia en contraste con el servicio a otros y a las cosas, como sucede en la ley mosaica (Ro. 7:6), la ley del pecado (Ro. 7:25), y los deseos pecaminosos (Ro. 16:18; Tit. 3:3). Como dice claramente la siguiente frase ("en el evangelio"), **ha servido** se refiere aquí al servicio al Señor.

Es importante notar que Pablo no habla del servicio personal de Timoteo hacia él, si bien era notable. Timoteo era completamente obediente a Pablo, como un apóstol, un padre espiritual, y un modelo incomparable de piedad. Sin embargo, Pablo deja claro que este servicio en particular no era para él, sino con él. Ellos servían al Señor juntos en un compañerismo amoroso y no competitivo. Pablo era indudablemente el mayor y Timoteo el menor, sumiso. No obstante, ambos eran "siervos de Jesucristo" (Fil. 1:1), "[haciendo] la obra del Señor" juntos (1 Co. 16:10). Timoteo no solo era compañero de Pablo, sino también el "servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo" (1 Ts. 3:2).

La sexta virtud de Timoteo era su disposición a sacrificarse, lo cual está implícito en su ministerio con Pablo **que como hijo a padre ha servido [con él] en el evangelio**. Desde el momento en que el apóstol lo escogió para servir a su lado, Timoteo renunció a toda iniciativa personal que tuviera para su vida. Él empezó una aventura permanente que resultaría en mucho fruto y satisfacción espiritual, aunque también sufrimiento y sacrificio.

Al igual que Pablo, Timoteo consideraba que tenía la obligación de predicar a Cristo a todos, consciente de que el evangelio "es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego" (Ro. 1:14-16). Él también "[se propuso] no saber… cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Co. 2:2), estaba dispuesto "a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres", a ser considerado "[insensato] por amor de Cristo", y a padecer hambre y sed, a tener vestiduras humildes, a ser maltratado, a no tener vivienda, a ser vilipendiado, perseguido y calumniado, a "ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos" (1 Co. 4:9-13). Él podía decir francamente con Pablo: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús", y junto con Pablo estaban "atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2 Co. 4:5, 8-10). El Señor también le había confiado "el ministerio de la reconciliación" como un embajador para Cristo (2 Co. 5:18, 20). Y al igual que Pablo, terminó encarcelado por su fe (He. 13:23). Por causa de su Señor, él dejó su casa y su madre y abuela piadosas. No existe evidencia en las Escrituras de que se haya casado, tenido hijos, y experimentado las dichas de la vida familiar. Él podía realmente unirse a la declaración de Pablo a los ancianos en Éfeso: "Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:24).

La séptima virtud de Timoteo era su disponibilidad para el servicio, una característica implícita en las demás. Debido a que estaba tan preparado para el servicio, Pablo podía afirmar sin vacilar: **Así que a éste espero enviaros, luego**. Al decir **luego**, el apóstol explicó que primero quería **[ver] cómo van [sus] asuntos**. Como se vio en el estudio del versículo 21, él todavía requería la ayuda de Timoteo por más tiempo.

El contexto deja claro que Timoteo estaba dispuesto a hacer lo que Pablo le pidiera. Él no tenía sus propios planes. Para él, estar al servicio de Dios significaba esencialmente serle útil al apóstol del Señor. Quedarse o irse era decisión exclusiva de Pablo, no suya. Debió haber sido una lucha para este joven inteligente, vigoroso, talentoso y dotado romper continuamente relaciones con familiares, amigos y compañeros. Para la mayoría de las personas, especialmente tan capaces, sería impensable estar a la entera disposición de alguien y servirlo. Sin embargo, Timoteo era precisamente esa clase de siervo dispuesto, confiable y gozoso para Pablo en su servicio conjunto a Jesucristo. Él estaba dispuesto a darlo todo según el parecer de su amado amigo y apóstol.

Luego Pablo agregó: **Y confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros**. Él no desestimó el valor de su ministración en persona a la iglesia de Filipos. Sin embargo, pudiera hacerlo o no, es evidente que confiaba absolutamente en Timoteo.

Timoteo tenía flaquezas personales. A pesar de su llamado divino y de sus dones espirituales (1 Ti. 4:14), al parecer carecía de confianza en sí mismo debido a su juventud (1 Ti. 4:12). Era tentado por pasiones juveniles. En su segunda carta a él, el apóstol advierte: "Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor" (2 Ti. 2:21-22). Parece que Timoteo se encontraba en ese momento en un decaimiento en su vida personal y ministerio. Había experimentado victorias y derrotas, satisfacción y desilusión,

felicidad y tristeza. Sin embargo, él atendió el consejo de Pablo: “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido… que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina… Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio” (2 Ti. 3:14; 4:2, 5).

## EPAFRODITO: EL INTRÉPIDO AMOROSO

**Mas tuve por necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero, y ministrador de mis necesidades; porque él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado. Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza. Así que le envío con mayor solicitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recibidle, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él; porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.** (2:25-30)

El tercer modelo de siervo espiritual mencionado en 2:17-30 es **Epafrodito**, otro protegido y colaborador de Pablo. Él no era un apóstol ni líder espiritual como Pablo, ni siquiera un diácono como Timoteo, según se sabe. No se mencionan obras sobresalientes realizadas por él. Nada se sabe de su familia, su historia personal, su conversión, el tiempo que llevaba como creyente, o sus funciones específicas en las iglesias de Filipos, Roma, o las demás.

El nombre **Epafrodito** significa “el que pertenece a”, o “el favorecido de Afrodita”, la diosa griega del amor (a quien los romanos llamaban Venus), lo cual indica que, al igual que Timoteo, tal vez había nacido y sido educado en la cultura griega. El nombre era común, y con el tiempo significó “amoroso”, o “hermoso”. Aunque se acostumbraba abreviar el nombre **Epafrodito** con Epafras, no hay evidencia de que se tratara del hombre mencionado en Colosenses 1:7 y 4:12. Su nivel de servicio sacrificado al Señor es especialmente instructivo y alentador para el creyente a quien los ejemplos de grandes predicadores y pastores como Pablo y Timoteo podrían parecerle inalcanzables. Él constituye un ejemplo del espíritu de sacrificio por causa de Cristo donde no hay aplauso público, ni distinción, ni cargos de importancia, ni grandes talentos o dones. Él no era un predicador, maestro o líder destacado, y aún así su ejemplo parece ser más relevante y alcanzable.

El hecho de que los filipenses eligieran a **Epafrodito** para llevar su ofrenda a Pablo y servirle (Fil. 2:25; 4:18), demuestra que lo tenían en gran estima y confiaban en él. A pesar de que no tenía un cargo oficial en la iglesia de ellos, sabían que cumplía con las elevadas normas morales y espirituales del apóstol. Tenía alma de siervo, e iba dispuesto a Roma para ayudar a Pablo de cualquier forma y durante el tiempo que él lo necesitara.

El hecho de que estuviera dispuesto a ir a Roma mientras Pablo seguía encarcelado, también demuestra gran valor (cp. 2 Ti. 1:16-17). Aunque al apóstol le permitían vivir en su propia habitación y gozaba de libertad ilimitada para recibir visitantes (Hch. 28:30-31), **Epafrodito** entendió que esta situación podía cambiar en cualquier momento. Si el César decidía que Pablo era una verdadera amenaza para él como lo indicaban los cargos en su contra, no dudaría en ordenar su inmediata ejecución. Eso pondría a los colaboradores de Pablo en peligro de arresto, cautiverio, y quizá de ejecución. **Epafrodito** sabía que el riesgo que estaba tomando era real.

Después de comentar su intención de enviar a **Epafrodito** de regreso a Filipos, Pablo presenta primero cinco títulos que revelan el carácter de este hombre (v. 25) y luego menciona varias razones para enviarlo de regreso (vv. 26-30).

### SUS TÍTULOS

**Mas tuve por necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero, y ministrador de mis necesidades;** (2:25)

Los tres primeros títulos (que empiezan por la palabra **mi**) corresponden a la relación de Epafrodito con el apóstol mismo: **hermano y colaborador y compañero de milicia**. Los dos últimos (que empiezan con la palabra vuestro) apuntan a su relación con la iglesia en Filipos: mensajero, y ministrador.

Al emplear el pronombre posesivo **mi**, Pablo manifestó una relación profunda y afectuosa con este hombre extraordinario. El apóstol era el líder más amado y respetado en la iglesia primitiva. Con todo, se dignó llamar a un creyente común y prácticamente desconocido no solo su **hermano**, sino también su **colaborador y compañero de milicia** al servicio del Señor.

Ante todo, **Epafrodito**, al igual que todos los demás creyentes, era **hermano** espiritual de Pablo, un hijo de Dios. Sin embargo, los dos hombres también se habían convertido en hermanos en el sentido de tener un profundo afecto personal hacia el otro. Ellos habían desarrollado una amistad y compañerismo constantes al servir juntos al Señor.

Segundo, **Epafrodito** era **colaborador** de Pablo, y eso resalta su esfuerzo espiritual conjunto además de la vida espiritual que compartían. Sunergos (**colaborador**) es un término característico de Pablo. De sus trece apariciones en el Nuevo Testamento solo una (3 Jn. 8) no es de Pablo. En cada caso encierra la idea de un compañerismo afectuoso, no una simple relación impersonal y oficial (cp. Ro. 16:9, 21; Col. 4:11; 1 Ts. 3:2; Flm. 24). En dos ocasiones Pablo incluye específicamente a mujeres piadosas entres sus colaboradores: Prisca (o Priscila, Ro. 16:3) y Evodia y Síntique, dos miembros piadosos pero conflictivos de la iglesia en Filipos que habían "[combatido] juntamente [con Pablo] en el evangelio" (Fil. 4:2-3). En 1 Corintios, él llama a todos los creyentes "colaboradores de Dios" (1 Co. 3:9).

Tercero, **Epafrodito** era el **compañero de milicia** de Pablo, lo cual alude a sus luchas juntos combatiendo los enemigos espirituales comunes. **Compañero de milicia** es la traducción del sustantivo griego compuesto sustratiōtēs (que solo aparece en dos ocasiones en el Nuevo Testamento; cp. Flm. 2), y que está formado por sun ("con") y stratiōtēs, la palabra que por lo general describe a un soldado (cp. Mt. 8:9; 28:12; Jn. 19:2, 23; Hch. 10:7; 12:6). Pablo estaba encadenado a un stratiōtēs en Roma cuando escribió Filipenses (Hch. 28:16). Al usar la palabra en sentido metafórico, Pablo exhortó a Timoteo a sufrir penalidades "como buen soldado de Jesucristo" (2 Ti. 2:3). El apóstol no consideraba a **Epafrodito** un subordinado sino, en humildad, un guerrero espiritual al servicio del Señor Jesucristo.

En la segunda serie de títulos, **Epafrodito** es llamado **mensajero y ministrador de mis necesidades**. Como ya se mencionó, la palabra **vuestro** señala su relación con la iglesia de Filipos y la obra de él desde la perspectiva de ellos. Ahora Pablo tenía **por necesario** enviar de regreso a Filipos al amado hermano, colaborador y compañero de milicia que con tanto amor ellos le habían enviado.

Apostolos puede referirse a un **mensajero** común, como en este caso. El término se usa para el cargo de apóstol, que tenían los doce (entre ellos Matías; Hch. 1:21-26) y Pablo (cp. Ro. 1:1; Gá. 1:1, 19; Ef. 1:1). Eran hombres que habían visto al Señor resucitado y a quienes Él escogió directamente. De una manera completamente excepcional, Jesús es "el apóstol [apostolon] y sumo sacerdote de nuestra profesión" (He. 3:1). Apostolos también describe mensajeros especiales que eran escogidos y enviados por las iglesias (cp. Hch. 14:14; 2 Co. 8:23). Sin duda alguna **Epafrodito** era uno de ellos, enviado a Roma por la iglesia filipense.

**Epafrodito** era también un **ministrador** enviado desde Filipos para atender las necesidades de Pablo. Leitourgos es una de las palabras griegas que en ocasiones se traduce ministrador en el Nuevo Testamento. De nuevo, es el término que da origen a liturgia. Sin embargo, tiene un amplio margen de significados y aplicaciones. Los antiguos griegos lo usaban para referirse a un oficial público tan dedicado a sus deberes que los desempeñaba por cuenta propia. Con frecuencia el término describía la realización de un servicio que revestía especial importancia, y un leitourgos gozaba por ende del respeto y la estima de sus conciudadanos. Pablo describe a los gobernadores humanos en general como "servidores [leitourgoi] de Dios" (Ro. 13:6), a quienes se les debe respeto y obediencia (vv. 1-5, 7).

En el Nuevo Testamento, leitourgos alude principalmente al servicio al Señor. Pablo habló de sí mismo como "ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios" (Ro. 15:16). El autor de Hebreos llama a los santos ángeles de Dios "sus ministros" (He. 1:7) e incluso se refiere a Jesucristo como "ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo" (8:2). El hecho de que Pablo llamara a **Epafrodito** un **ministrador** era por cierto un gran elogio. **Epafrodito** era en sí el más valioso don que recibió Pablo de Filipos; un humilde siervo abnegado, incansable, y excelente.

Por ese motivo debió resultar muy difícil para Pablo enviar de regreso a este amado **hermano**, **colaborador**, **compañero de milicia**, **mensajero** y **ministrador**. Y en vista de que la iglesia había enviado a **Epafrodito** para que permaneciera con el apóstol y lo sirviera por tiempo indefinido, Pablo sentía la obligación de explicarles el motivo de su regreso. Él expone estas razones en los versículos 26-30.

## LOS MOTIVOS DE PABLO PARA ENVIAR DE REGRESO A EPAFRODITO

**porque él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado. Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza. Así que le envío con mayor solicitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recibidle, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él; porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.** (2:26-30)

No era que Epafrodito estuviera cansado de servirle a Pablo. Tampoco que sintiera nostalgia o inquietud por el cambio de labor o de ambiente. Tampoco temía el daño que pudiera sufrir al permanecer más tiempo con el apóstol. Los títulos que Pablo le otorgó demuestran que era un trabajador fiel que nunca dejaría una obra incompleta, y un soldado leal que nunca dejaría su puesto por causa del peligro.

Sin embargo, Epafrodito **tenía gran deseo de** ver **a todos** sus hermanos en Filipos, **y gravemente se angustió porque**

habían **oído que había enfermado**. A él no le preocupaba su propia situación o bienestar, sino la de los filipenses. **Se angustió** traduce una forma del participio del verbo adēmoneō, el cual alude a una angustia y ansiedad profundas, o perturbación emocional. Tanto Mateo como Marcos lo usaron para describir la angustia de Jesús en el momento de orar en el huerto de Getsemaní. Él "comenzó a entristecerse y a angustiarse [adēmonein] en gran manera", hasta el punto de decirles a Pedro, Jacobo y Juan: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte" (Mt. 26:37-38; cp. Mr. 14:33-34). Él oró con tal agonía que "era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lc. 22:44).

La angustia de Epafrodito no era tan extrema, si bien era muy real y profunda. Sin quererlo, pudo llegar a distraerse hasta tal punto de serle menos útil a Pablo. Su corazón se angustió al saber que los creyentes en Filipos habían **oído que había enfermado** y estaban preocupados por él. Él no se mostró aprensivo con respecto a su enfermedad que había puesto en riesgo su vida, ¡sino más bien estaba angustiado por la angustia de ellos! Astheneō (**estuvo enfermo**) traduce un verbo compuesto de la partícula negativa *a* y sthenos ("fuerza") y su significado literal es "sin fuerza". Se empleaba para describir diversas clases y grados de debilidad. Algunos sustantivos afines se empleaban para referirse a debilidad física general (2 Co. 12:10) y también a debilidad espiritual (Mt. 26:41). Pablo incluso empleó astheneō para describir la incapacidad de la ley mosaica para producir justicia por causa de la pecaminosidad de la carne (Ro. 8:3).

Sin embargo, astheneō se usaba por lo general para referirse a la enfermedad física. Y en el Nuevo Testamento, para señalar las enfermedades que sanó milagrosamente Jesús (cp. Mr. 6:56; Lc. 4:40; Jn. 5:3; 11:2-3), los discípulos (Mt. 10:8) y los apóstoles después de Pentecostés (cp. Hch. 9:37; 19:12).

Los filipenses tenían motivos suficientes para preocuparse por la salud de Epafrodito, **pues en verdad estuvo enfermo y a punto de morir**. Si **Dios** no hubiera tenido **misericorida de él**, habría muerto. Es interesante que, a pesar de haber ejercido antes el don de sanidad (cp. Hch. 28:8), es evidente que Pablo no se sirvió de él para sanar a Epafrodito, quizá porque el período de señales apostólicas milagrosas casi había llegado a su fin (cp. 2 Ti. 4:20).

El hecho de que Dios permita que una persona siga viva es siempre una demostración de su **misericordia**, porque "la paga del pecado es muerte" (Ro. 6:23) y todo ser humano es pecador (Ro. 3:23). Los dos ciegos que le rogaron a Jesús que los sanara reconocieron que su única esperanza era la misericordia divina. Su primer clamor, de hecho, fue por misericordia, no por sanidad (Mt. 9:27). De igual forma, los diez leprosos clamaron primero al Señor: "¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!" (Lc. 17:12-13). También la mujer cananea (Mt. 15:22), el hombre con el hijo atormentado (Mt. 17:15), y el mendigo ciego Bartimeo (Mr. 10:47; Lc. 18:39) le pidieron primero a Jesús misericordia.

La sanidad que obró Dios en Epafrodito no solo era un bien evidente para él sino también para Pablo, quien escribió que **Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí**. Junto con los filipenses, Pablo hubiera tenido **tristeza sobre tristeza** en caso de que Epafrodito muriera. Pablo no se hubiera entristecido como los incrédulos "que no tienen esperanza" (1 Ts. 4:13), pero la muerte de Epafrodito le habría causado una pena real, profunda y duradera.

A pesar de la pérdida que significaba para él enviar de regreso a Epafrodito, Pablo escribió con gozo: **Así que le envío con mayor solicitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza**. Los filipenses no le habían pedido que les enviara de nuevo a Epafrodito. Su regreso fue idea de Pablo y se realizó únicamente por iniciativa suya. Él sabía que su pérdida sería ganancia para ellos. No obstante, su felicidad al tener a Epafrodito de regreso entre ellos consolaría al apóstol. Tal es el admirable poder y recompensa del amor desinteresado. De hecho, Pablo, Epafrodito y los creyentes en Filipos sentían "lo mismo, [tenían] el mismo amor, unánimes, [sentían] una misma cosa", nada hacían "por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad", y estimaban "cada uno a los demás como superiores" a ellos mismos, y "no [miraban] cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (Fil. 2:2-4). Con total desprendimiento Pablo exhortó a los filipenses: **Recibidle, pues, en el Señor, con todo gozo**.

Prosdechomai (**recibidle**) se refiere a la aceptación gozosa y favorable. Los fariseos y escribas lo usaron en tono despectivo al murmurar de Jesús porque recibía y comía con quienes ellos consideraban viles pecadores (Lc. 15:2). La raíz (dechomai) tiene la misma connotación. Jesús la usó para describir la manera de recibir a los creyentes fieles que son como niños (Mt. 18:5), a los predicadores fieles del evangelio (Mt. 10:14) y el evangelio mismo (Lc. 8:13; cp. Hch. 8:14; 17:11). Prosdechomai describe cómo Febe, hermana de Pablo en el Señor y que ayudó "a muchos", debía ser recibida por la iglesia en Roma (Ro. 16:1-2) y cómo la iglesia en Filipos debía acoger ahora al honorable Epafrodito: **en el Señor, con todo gozo**. Más aún, los filipenses debían tener **en estima a los que son como él; porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba** a la iglesia filipense en su **servicio por** Pablo.

**Exponiendo** es la traducción de una forma del participio de paraboleuomai, que significa literalmente "desechar". Habla de exponer el bienestar personal de manera voluntaria y ponerse a sí mismo en riesgo. Se usaba a veces para hablar de juegos de azar, y por eso el título de esta sección se refiere a Epafrodito como el "intrépido amoroso". Pasando completamente por alto su propio bienestar, él arriesga de continuo su vida **por la obra de Cristo**.

Poco después de la época neotestamentaria, un grupo de cristianos se unió para formar una asociación a la que llamaron Parabolani, que significa “Los intrépidos”. Basándose en el ejemplo de Epafrodito, visitaban prisioneros y ministraban a los enfermos, especialmente a quienes padecían enfermedades peligrosas y contagiosas y que no recibían ayuda. Ellos proclamaban con valentía el evangelio de Jesucristo dondequiera que iban (William Barclay, *The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses][ed. rev., Louisville, Ky.: Westminster, 1975], p. 50).

Cuando la ciudad de Cartago, en la costa mediterránea del norte de África, sufrió una terrible plaga en el 252 d.C., los habitantes paganos estaban tan asustados de contagiarse que incluso rehusaban tocar los cadáveres para enterrarlos. Cipriano, obispo de la iglesia allí, guió a los cristianos en el peligroso y arduo ministerio de ayudar a los enfermos y moribundos, y de enterrar miles de cuerpos. La influencia espiritual de ese testimonio silencioso pero poderoso en sus vecinos incrédulos y hostiles fue sin duda inconmensurable (Barclay, p. 50).

Tal vez Pablo jugaba aquí con el nombre Epafrodito, el cual, como se indicó, significa “favorecido de Afrodita”. Ya que era la diosa del juego y también del amor, los hombres solían gritar “Epafrodito” para lanzar el dado, con la esperanza de recibir su favor. En evidente contraste con esos hombres, el amado hermano, colaborador y compañero de milicia de Pablo estuvo **exponiendo su vida** por algo infinitamente más valioso que el dinero. Su vida enfrentaba muchos riesgos, pero no era un juego de azar. Sin reservas él podía testificar sinceramente con Pablo: “Cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Fil. 3:7-8).

Pablo, Timoteo y Epafrodito eran tres personas diferentes: Pablo el líder osado y valiente; Timoteo, su colaborador ecuánime y consagrado; Epafrodito, un trabajador diligente y anónimo. Sin embargo, los tres manifestaron el rasgo más importante de un líder piadoso: una vida digna de ser imitada.

# 14. Los rasgos distintivos de los verdaderos creyentes

**Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro. Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo. Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne.** (3:1-3)

Las buenas nuevas del perdón y la vida eterna constituyen el centro del Nuevo Testamento. Mateo, Marcos, Lucas y Juan relatan el ministerio de Cristo, que vino "a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc. 19:10). Hechos narra la expansión del evangelio a lo largo y ancho del mundo romano. Las Epístolas revelan el abundante contenido teológico del evangelio. También exhortan a los creyentes a practicar la santidad que el evangelio exige. Apocalipsis relata el triunfo final del evangelio en la consumación de la historia humana.

Sin embargo, la presentación del evangelio incluye un tema muy relacionado e inquietante. Después de haber proclamado la verdad del evangelio, los escritores del Nuevo Testamento se preocupan porque las personas no sean engañadas en cuanto a la autenticidad de su salvación. Así pues, el Nuevo Testamento no cesa de instar a los creyentes a examinarse a sí mismos y asegurarse de la autenticidad de su fe.

El primero que planteó la preocupación por la autenticidad de la salvación en el Nuevo Testamento fue el precursor del Mesías, Juan el Bautista. En un estilo que parece ofensivo en nuestra época donde abundan las formas "cómodas" de presentar el evangelio, Juan confrontó con valentía los falsos creyentes de su tiempo: "Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mt. 3:7-8).

En uno de los pasajes más solemnes de la Biblia, Jesús advirtió:

> *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23).*

Luego, Jesús reiteró su advertencia en una parábola:

> *Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga (Mt. 13:3-9).*

En su explicación privada de la parábola ante sus discípulos, su mensaje quedó completamente claro. No todos los que reciben el evangelio son en realidad salvos:

> *Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador: Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino. Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno (Mt. 13:18-23).*

Simón el mago es un ejemplo clásico de un falso creyente. Él escuchó la proclamación del evangelio que hizo Felipe, y fingió creer:

> *Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad, y había engañado a la gente de Samaria, haciéndose pasar por algún grande. A éste oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este es el gran poder de Dios. Y le estaban atentos, porque con sus artes mágicas les había engañado mucho tiempo. Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe; y viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito (Hch. 8:9-13).*

Según las apariencias, la conversión de Simón fue real. Él hizo una profesión de fe, se identificó públicamente con Jesucristo en el bautismo, e incluso "estaba siempre con Felipe" (Hch. 8:13). Sin embargo, todo no era como parecía, como lo evidencia su encuentro con Pedro y Juan:

> *Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo. Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo. Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás. Respondiendo entonces Simón, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí (Hch. 8:14-24).*

Es trágico ver que hasta la petición de Simón de que Pedro orara por él no revela un corazón arrepentido. Él no buscaba perdón (o hubiera orado él mismo), sino el simple alivio de las consecuencias temporales de su pecado. La tradición de la iglesia primitiva nombra a Simón como el fundador de lo que llegó a ser más adelante el gnosticismo, y relata sus pretensiones blasfemas de deidad (Harold O. J. Brown, *Heresies* [Herejías] [Garden City, N.Y.: Doubleday, 1984], p. 50).

Los escritores de las Epístolas advirtieron también a las personas acerca de no ser engañados en cuanto a la realidad de su salvación. Pablo exhortó a los corintios: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2 Co. 13:5; cp. 1 Co. 11:28). Él previno a su amado hijo en la fe, Timoteo, acerca de quienes "tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella" (2 Ti. 3:5). En su misiva a otro joven pastor, Tito, Pablo alertó acerca de personas que "profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra" (Tit. 1:16). Judas escribió de "hombres impíos [en la iglesia], que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo" (Jud. 4). El Señor Jesucristo le advirtió a la iglesia apóstata de Laodicea: "Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Ap. 3:16). Tanto en Santiago (cp. 1:2-12, 13-18, 19-27; 2:1-13, 14-26; 3:1-12, 13-18; 4:1-12, 13-17; 5:1-11, 13-18) como en 1 Juan (cp. 1:6; 2:3-4, 9-11, 15-17; 3:3-10, 13-15, 18-19, 23-24; 4:7-8; 5:2) se enumeran las marcas de la verdadera fe salvadora.

Desdichadamente, a pesar de las claras advertencias de las Escrituras, muchos están engañados en cuanto a su verdadera condición espiritual. Aunque piensan estar en el camino estrecho que conduce al cielo, en realidad están en el camino ancho que lleva al infierno. Basan su falsa seguridad de salvación en una serie de pruebas que en realidad nada demuestran. (Para un estudio más amplio sobre las pruebas falsas de la salvación, véase Matthew Mead, *The Almost Christian Discovered* [El cuasi-cristiano al descubierto] [Reimpreso; Beaver Falls, Pa.: Soli Deo Gloria, s.f.]; Gardiner Spring, *The Distinguishing Traits of Christian Character* [Los rasgos distintivos del carácter cristiano] [Reimpreso; Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed, s.f.]; John MacArthur, *El evangelio según Jesucristo* [Casa Bautista de Publicaciones, 1997]; John MacArthur, *Faith Works: The Gospel According to the Apostles* [La fe obra: El evangelio según los apóstoles] [Dallas: Word, 1993]).

Muchas personas depositan su esperanza de salvación en un suceso pasado. Tal vez oraron para recibir a Cristo siendo niños, o pasaron al frente tras un llamado desde el altar, o firmaron una tarjeta, o hicieron un compromiso en un retiro de fin de semana. En ocasiones, personas bien intencionadas alientan esa clase de esperanzas ofreciendo lo que podría llamarse "seguridad silogística". A quienes oran para recibir a Cristo les presentan el siguiente silogismo que parece creíble: "Juan 1:12 dice que 'a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; y puesto que usted acaba de recibir a Cristo, ahora es un hijo de Dios". Por desgracia, ese silogismo es solo verdadero si la premisa menor ("acaba de recibir a Cristo") es cierta. Y ese es el punto en cuestión. Como se vio

antes, Jesús enseñó en la parábola de los terrenos que una profesión de fe sin fruto nada prueba. La fe auténtica produce siempre una transformación en la vida de la persona, mientras que la falsa o la fe muerta no (cp. Stg. 2:14-26). En ningún lugar las Escrituras señalan alguna experiencia pasada de conversión que valide la ; el asunto es una vida transformada. Simón el mago no solo hizo una profesión de fe, sino que fue bautizado y siguió a Felipe por un tiempo. No obstante, según lo indica su conducta posterior, él nunca fue salvo (Hch. 8:21-23).

Una segunda prueba falsa de la fe salvadora es una vida moral superficial. Es indudable que la nueva naturaleza rompe el círculo de pecado constante (cp. 1 Jn. 3:9), y que todos los cristianos deben llevar vidas de una creciente pureza moral (cp. Mt. 5:48; 1 P. 1:14-16). Sin embargo, lo contrario no es cierto, pues no todos los que llevan una vida exterior moral son redimidos. Muchos incrédulos son sinceros, amables, generosos y procuran vivir según normas éticas elevadas. Dicho comportamiento es loable, pero nada revela del estado espiritual de esas personas. Eso puede impresionar al "hombre" que "mira lo que está delante de sus ojos", pero no engañará al Señor, que "mira el corazón" (1 S. 16:7; cp. Pr. 21:2). Jesús denunció con severidad a los líderes religiosos de su época que más aparentaban una vida moral: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad" (Mt. 23:27-28).

Las personas que no son salvas pueden comportarse según las normas morales por muchas razones. Algunas lo hacen porque temen a Dios. Otras, por la presión social de vivir conforme a las normas y expectativas de su grupo. Por regla general, los niños llevan una vida moral para agradar a sus padres y evitar el castigo. Lo más trágico es que muchas personas creen que llevar una vida moral los conducirá al cielo. Sea cual sea la motivación, la moralidad externa a nadie salva, pues a los ojos de Dios "todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento" (Is. 64:6); y "por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él" (Ro. 3:20; cp. Gá. 2:16).

El ejemplo del joven rico demuestra que llevar una vida moral no salva. Él afirmó haber guardado (al menos exteriormente) los Diez Mandamientos (Mt. 19:20). Aún así, su pregunta a Jesús: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mt. 19:16), revela que no tenía la certeza de la vida eterna. Stephen Charnock comenta:

> La idea de obtener la vida eterna mediante la observación externa de la ley resultará inaceptable para una conciencia inquisitiva. Este joven afirmaba, y sin duda estaba convencido, que había cumplido la ley (v. 20): "Todo esto lo he guardado desde mi juventud", y aún así se sentía completamente insatisfecho; su corazón dudaba, y ciertos sentimientos en su interior le decían que algo faltaba, que sus esfuerzos podrían ser demasiado ineficaces, demasiado escasos para abrirle la puerta del cielo. Y para eso vino a Cristo, para recibir instrucciones y enmendar lo que estuviera defectuoso (*The Existence and Attributes of God* [La existencia y los atributos de Dios] [Reimpreso; Grand Rapids: Baker, 1979], 2:212).

El hecho se confirmó con su negativa de seguir a Jesús (Mt. 19:21-26).

Otra idea falsa muy común es que el simple conocimiento de los hechos del evangelio constituye la evidencia de salvación. Sin embargo, "también los demonios creen [la verdad], y tiemblan" (Stg. 2:19). Muchas personas conocen la verdad del evangelio, pero no han sido perdonadas y están bajo la condenación eterna. Por regla general, los teólogos liberales poseen un conocimiento detallado de las verdades de las Escrituras, pero las critican y rehusan creerlas. El autor de Hebreos dice de tales personas: "No les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron" (He. 4:2). Por supuesto que nadie puede ser salvo sin conocer las verdades del evangelio, a saber, que Dios es santo, que somos pecadores por quienes Cristo murió en nuestro lugar en la cruz, y que la salvación es solo por gracia por medio de la fe. No obstante, la mera aceptación intelectual de esas verdadades no equivale a fe salvadora, que implica confianza y compromiso. Conocer la verdad pero negarse a ser guiado por ella solo resulta en mayor condenación (Lc. 12:47-48), no en salvación.

Después de observar la vida de Cristo, escuchar sus palabras y ver sus milagros, los escribas y fariseos, que eran religiosos y morales, concluyeron que Él "no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios" (Mt. 12:24). Puesto que se habían negado a creer la verdad, Jesús declaró sobre ellos: "Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero" (Mt. 12:31-32). Los escribas y fariseos oyeron la verdad, y aún así la rechazaron y fueron condenados eternamente. Al igual que los escribas y fariseos, Judas vio los milagros de Jesús y escuchó su predicación. Sin embargo, a pesar de haber pasado tres años en su presencia, también rechazó la verdad, traicionó a Jesús y se perdió para siempre.

El autor de Hebreos también advirtió acerca de falsos creyentes apóstatas:

> *Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (He. 6:4-6).*

La actividad religiosa tampoco es prueba de salvación. Muchos de los que andan por el camino ancho que conduce al infierno asisten fielmente a la iglesia, son bautizados, participan de la comunión y demás rituales de sus iglesias. "Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella" (2 Ti. 3:5), y están engañados trágicamente al pensar que su actividad religiosa prueba que son salvos. Son como los apóstatas en Israel, de quienes dijo Dios: "Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado" (Is. 29:13; cp. 58:1-4).

Las vírgenes insensatas de la parábola de Jesús representan esa clase de personas. Aunque en apariencia no se diferenciaban de las vírgenes sabias (que representan a los redimidos), en realidad caracterizan a las personas no regeneradas, que no están listas para el regreso de Cristo (Mt. 25:1-13). Ananías y Safira parecían iguales a los otros miembros de la iglesia en Jerusalén, hasta que su avaricia e hipocrecía quedaron al descubierto (Hch. 5:1-11). El Señor Jesucristo le dijo a la iglesia de Sardis: "Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto" (Ap. 3:1). Una forma externa de religión sin la realidad interna de la salvación dará como resultado una condenación eterna.

Una última prueba falsa de salvación es el servicio en el nombre de Cristo. Es preocupante que tantos que predican el evangelio no sean salvos. Entre ellos Judas, el hijo de perdición (Jn. 6:70-71; 17:12), que predicó el evangelio (Mt. 10:4-7). "Muchos me dirán [a Jesús] en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:22-23).

En Filipenses 3:1-3 Pablo complementa la enseñanza bíblica sobre el tema de distinguir entre la fe genuina y la falsa. Tanto por implicación como de manera explícita, presenta cinco cualidades de los verdaderos creyentes. Ellos se gozan en el Señor, ejercen el discernimiento, adoran en Espíritu, se glorían en Jesucristo, y no confían en la carne.

## LOS VERDADEROS CREYENTES SE GOZAN EN EL SEÑOR

**Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor.** (3:1*a*)

**Por lo demás** (to loipon) se traduce mejor "además", "así pues", o "ahora pues". Es una palabra de transición, no conclusiva, ya que aún falta la mitad de la epístola. El gozo es un tema central, tanto en Filipenses (cp. 1:4, 18, 25; 2:2, 17-18, 28-29; 4:1, 4, 10) como en el resto del Nuevo Testamento, donde aparece como sustantivo y como verbo alrededor de 150 veces. Aquí, como en 4:4, 10 (cp. Lc. 1:47), Pablo vincula el gozo con una relación, y manda a los creyentes **gozaos en el Señor**. La esfera en la cual existe su gozo es su relación con el Señor Jesucristo.

El gozo al que alude Pablo no es sinónimo de felicidad (una palabra relacionada con el término "circunstancia fortuita"), el sentimiento de alegría asociada con sucesos favorables. De hecho, el gozo persiste en medio de la debilidad, el dolor, el sufrimiento, e incluso la muerte (cp. Stg. 1:2). El gozo bíblico genera una profunda confianza en el futuro basada en la confianza en el poder y los propósitos de Dios. Se produce en ausencia de cualquier temor, ya que la relación sobre la cual se fundamenta es eterna e inconmovible (cp. Sal. 16:11; Jn. 16:22). Tampoco es una emoción de origen humano. El hecho de que Pablo lo ordena demuestra que el gozo es un acto de la voluntad cuando se decide obedecer a Dios. El resultado es una emoción producida de manera sobrenatural, el fruto de andar en el Espíritu (Ro. 14:17; Gá. 5:22). De modo que el gozo caracteriza a los verdaderos creyentes (cp. Sal. 9:14; 13:5; 32:11; 33:1, 21; 35:9; 40:16; 51:12; 70:4; Lc. 10:20; Jn. 15:11; 17:13; Ro. 15:13; 1 Ts. 5:16).

## LOS VERDADEROS CREYENTES EJERCEN EL DISCERNIMIENTO

**A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro. Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo.** (3:1*b*-2)

Después de ordenarles a los filipenses gozarse, Pablo prosigue con el otro tema principal de la epístola. Su advertencia firme y directa encierra otra característica distintiva de los verdaderos creyentes: su capacidad de discernir. Nadie puede llegar a ser salvo sin entender las verdades fundamentales del evangelio (Ro. 6:17; 10:14, 17). Pero como el discernimiento, al igual que la fe, necesita crecer y madurar, los pastores y ancianos deben alertar a la iglesia en cuanto a los falsos maestros (Ef. 4:11-14). Por eso, a Pablo **no** le **es molesto** escribirles **las mismas cosas, y para** los filipenses **es**

**seguro**. Los falsos maestros, que predican la salvación por medio de rituales, ceremonias y legalismo, representaban una seria amenaza para ellos. Seguro (asphalēs) significa literalmente no tropezar, vacilar, o ser derribado. Pablo les advierte firmemente a los filipenses a fin de que no tropiecen (cp. Hch. 20:31).

La frase **escribiros las mismas cosas** señala que Pablo se dispone a profundizar en algo que ya ha mencionado. Sin duda el apóstol tenía en mente su exhortación en 1:27-28:

> *Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios.*

En ese pasaje, Pablo les dijo a los filipenses que no se inquietaran por sus opositores, y en el presente pasaje les dice cómo reconocerlos. Él describe a estos falsos maestros que se oponían al evangelio con tres términos, cada uno introducido por una forma imperativa del verbo blepō (**guardaos**).

Pablo describe primero a los falsos maestros como **perros**. A diferencia de los perros domésticos (kunarion) mencionados en Mateo 15:26-27, kuōn (**perros**) se refiere a los perros salvajes carroñeros que infestaban las ciudades antiguas. Esos perros vagaban en manadas, se alimentaban de basura (Éx. 22:31; 1 R. 14:11; 16:4; 21:23-24) y a veces atacaban a los humanos. Eran despreciados, y el término "perro" solía usarse en tono despectivo (cp. Dt. 23:18; 1 S. 17:43; 24:14; 2 S. 9:8; 16:9; 2 R. 8:13; Sal. 22:16; Ap. 22:15). De hecho, los judíos de los tiempos bíblicos acostumbraban referirse desdeñosamente a los gentiles como **perros**.

Es asombroso que Pablo, un judío, llamara **perros** a estos falsos maestros judíos (véase el comentario siguiente). Él advirtió a los filipenses que se cuidaran de quienes llaman a otros **perros**, pero que en realidad son **perros** ellos mismos. La descripción del apóstol es justa. ¿Son los **perros** sucios e impuros? Los falsos maestros también. ¿Son peligrosos, perversos, y temibles? También lo son los falsos maestros, al igual que todos los que enseñan la salvación por obras.

Las palabras de Pablo parecen duras y carentes de amor en el actual clima de tolerancia y diversidad. Incluso muchos en la iglesia considerarían el señalamiento de errores doctrinales como algo hostil que puede ser motivo de divisiones. Aún así, la verdad y el amor no se excluyen, y los creyentes están llamados a vivir según las dos (Ef. 4:15), así como a tener discernimiento (cp. John MacArthur, *Reckless Faith: When the Church Loses Its Will to Discern* [Fe temeraria: Cuando la iglesia pierde su deseo de discernir] [Wheaton, Ill.: Crossway, 1994). Las Escrituras enseñan que la salvación es solo por gracia por medio de la fe (Ef. 2:8-9). Quienes enseñan otra cosa son lobos salvajes y rapaces (Mt. 7:15; Hch. 20:29), portadores de doctrinas de demonios (1 Ti. 4:1), que conducen a las almas al ancho camino que lleva a la perdición (Mt. 7:13). Los pastores y ancianos deben alertar a sus rebaños en cuanto a ellos. Debe evitarse cualquier extravío de la verdadera doctrina de Cristo (2 Jn. 9-11).

Aunque los falsos maestros se jactaban de una supuesta justicia, en realidad eran **malos obreros**. Por regla general, quienes participaban en religiones inclinadas a lo externo, a los rituales y ceremonias, se consideraban como buenas y agradables a Dios. Pablo mismo se sintió orgulloso porque alguna vez "en el judaísmo aventajaba a muchos de [sus] contemporáneos en [su] nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de [sus] padres" (Gá. 1:14). Después de su conversión, el apóstol se dio cuenta de que todas sus buenas obras eran inútiles: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo" (Fil. 3:7-8). En lugar de considerarse como alguien que hacía lo bueno a los ojos de Dios, al final de su ministerio Pablo sintió que en realidad era el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15-16).

Únicamente los creyentes guiados por el Espíritu Santo pueden realizar buenas obras que son auténticas (Ef. 2:10; Col. 1:10; 2 Ti. 2:21; 3:17; Tit. 2:14). Los incrédulos pueden hacer lo malo por malos motivos. También pueden hacer cosas buenas, pero solo por presunción egoísta, no para la gloria de Dios. Los redimidos, y nadie más, pueden hacer buenas obras movidos por el deseo de glorificar a Dios. Los falsos maestros que acechaban a los filipenses se consideraban agradables a Dios y merecedores de su favor (y de su salvación) gracias a su celo por la ley. Sin embargo, Pablo puso al descubierto que son **malos obreros** y que están llenos de orgullo.

Al describirlos como **los mutiladores del cuerpo**, Pablo identifica con claridad a estos falsos maestros con sus eternos enemigos, los judaizantes. Esos legalistas judíos negaban el evangelio de la gracia, enseñaban que la circuncisión y la obediencia a la ley de Moisés eran necesarias para la salvación (Hch. 15:1). El Concilio de Jerusalén condenó sus enseñanzas heréticas (Hch. 15:1-29), como lo hizo Pablo (p. ej., Gá. 1:6-9; 2:16-21; 3:2-14, 22-25; 5:1-4, 11-14). La salvación es solo por gracia y por medio de la fe.

La circuncisión ha sido siempre esencial para el pueblo judío, porque es la señal del pacto de Dios con su antepasado

Abraham (Gn. 17:11; Hch. 7:8). Tanto se identifican los judíos con la circuncisión, que se llaman entre sí "fieles de la circuncisión" o "los de la circuncisión" (Hch. 10:45; 11:2; Ro. 15:8; Gá. 2:7; Ef. 2:11; Col. 3:11; 4:11; Tit. 1:10), y a los gentiles como la incircuncisión o los incircuncisos (Jue. 14:3; 15:18; 1 S. 14:6; 17:26; 31:4; 2 S. 1:20; Hch. 11:3; Gá. 2:7-9; Ef. 2:11; Col. 3:11). En obediencia al mandato de Dios, todo niño judío era (y es) circuncidado al octavo día de nacido (Gn. 17:12; Lv. 12:3). La circuncisión era tan importante que los hombres judíos incircuncisos debía ser cortados de la comunidad del pacto (Gn. 17:14). Aunque la circuncisión ha brindado protección durante siglos contra algunas enfermedades, ese no era el objetivo primordial de Dios al ordenarla. La circuncisión ilustraba la depravación del hombre, que se manifiesta con mayor fuerza en la procreación, momento en el que la naturaleza pecaminosa se transmite a una nueva generación (Sal. 51:5; 58:3). La circuncisión era un símbolo que representa la necesidad del hombre de limpiarse del pecado desde lo más profundo de su ser. El derramamiento de sangre que acompañaba el procedimiento de la circuncisión podría simbolizar la necesidad de un sacrificio para llevar a cabo dicha limpieza.

Al igual que el bautismo en el nuevo pacto, la circuncisión debía reflejar una realidad interna. Dios les mandó a los israelitas: "Circuncidaos a Jehová, y quitad el prepucio de vuestro corazón" (Jer. 4:4; cp. 9:26; Lv. 26:41; Dt. 10:16; 30:6; Ez. 44:7, 9). Tristemente, en la época de Pablo la circuncisión se había convertido en un simple ritual externo, desprovisto de su significado espiritual:

> *Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios (Ro. 2:25-29).*

El pueblo judío observaba con celo las ceremonias religiosas, pero sus corazones se habían alejado tanto de Dios que su "circuncisión viene a ser incircuncisión". En otras palabras, el símbolo aislado de la realidad carece de significado. Luego Pablo añadió: "El que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley". El apóstol declara que Dios prefiere gentiles incircuncisos pero obedientes en vez de judíos circuncisos pero desobedientes. "La [verdadera] circuncisión es la del corazón, en espíritu". Ningún ritual, sea la circuncisión, el bautismo, la comunión, o cualquier otro, puede transformar el corazón. Y solo quienes tienen un corazón transformado pueden agradar a Dios.

Los judaizantes se consideraban apartados para Dios, y la circuncisión como su símbolo. Sin embargo, la suya era una circuncisión falsa. El significado literal de katatomē (**mutiladores del cuerpo**) es "mutilación"; la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento) usaba el verbo relacionado katatemnō para describir la mutilación religiosa que practicaban los paganos en Levítico 21:5 y 1 Reyes 18:28. La acusación del apóstol de los judaizantes es estremecedora. Debido a que no reflejaba un corazón purificado, su circuncisión era tan inútil como el ritual de mutilación de las religiones paganas.

En Gálatas 5:12 Pablo expresó la misma verdad con mayor vehemencia: "¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!". Apokoptō ("mutilasen") es un término aún más fuerte que katatomē. En otros pasajes del Nuevo Testamento se traduce "cortar" (Mr. 9:43, 45; Jn. 18:10, 26; Hch. 27:32). Sin embargo, en la literatura griega no bíblica, apokoptō se usaba también para referirse a la castración (Walter Bauer, William F. Arndt, y F. Wilbur Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y literatura adicional de la iglesia primitiva] [Chicago: Univ. de Chicago, 1979], p. 93), y ese es el sentido en el cual Pablo lo emplea en Gálatas. Lo que el apóstol quiere decir es que si los judaizantes creían que el simple ritual externo de la circuncisión agradaba a Dios, ¿por qué no llevaban su devoción hasta sus últimas consecuencias y se castraban?

La circuncisión (o cualquier ritual o ceremonia externa) carece de valor si no refleja un corazón transformado. Quienes enseñan otra cosa no son personas religiosas dignas de aplauso que hacen su mejor esfuerzo por agradar a Dios. Son promotores de doctrinas de demonios (1 Ti. 4:1), "que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella" (2 Ti. 3:5). "A éstos [deben evitar]" los creyentes (2 Ti. 3:5).

A diferencia de los judaizantes, los katatomē o **los mutiladores del cuerpo**, los creyentes son la peritomē o, la verdadera circuncisión. Ellos tienen limpieza espiritual interna, no una vana señal externa. El versículo 3 presenta tres cualidades de los creyentes que son la verdadera circuncisión.

## LOS VERDADEROS CREYENTES ADORAN EN ESPÍRITU

**que adoramos en el Espíritu de Dios** (3:3*a*, LBLA)

La primera cualidad de un creyente genuino es un corazón que desborda en adoración. El origen de esa adoración es sobrenatural, ya que el Espíritu de Dios lo inspira. Es adoración y alabanza a Dios que trasciende los rituales o ceremonias externas. Los seres humanos son adoradores por naturaleza. Sin embargo, la adoración impulsada por la cultura, la tradición, la culpa, el temor, la búsqueda de aceptación y renombre, o la obtención de bendiciones es inaceptable para Dios. El Espíritu Santo que mora en el creyente alienta la adoración verdadera y aceptable que nace del amor al Señor. Puesto que Él solo mora en los cristianos (Ro. 8:9), solo ellos pueden adorar verdaderamente a su Salvador.

En su conversación con una mujer samaritana (Jn. 4:1-26), Jesús estableció claramente la adoración verdadera y aceptable. Al sentirse molesta porque Él conocía perfectamente su vida disoluta (vv. 16-18), trató de cambiar de tema: "Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar" (vv. 19-20). En respuesta, Jesús declaró: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre" (v. 21). La verdadera adoración tiene lugar en el corazón, no en un lugar sagrado.

En seguida el Señor reveló una segunda verdad acerca de la verdadera adoración: "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos" (v. 22). La adoración que es aceptable se basa en las verdades de la salvación reveladas en las Escrituras y dadas al pueblo judío (Ro. 3:2). No debe realizarse de acuerdo con los caprichos de los adoradores. Luego Jesús le dio la más clara definición de adoración que hay en las Escrituras: "Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (vv. 23-24). La frase que se repite, "en espíritu y en verdad", define la esencia de la verdadera adoración.

Dios salvó a los creyentes para que lo adoren. Tales "verdaderos adoradores [que] adorarán al Padre en espíritu y en verdad" busca "el Padre… que le adoren". Los verdaderos cristianos son aquellos que de corazón adoran a Dios en obediencia a su Palabra. En el Salmo 29:2 David exhorta: "Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad a Jehová en la hermosura de la santidad". El Salmo 95:6 añade: "Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor". La adoración es el deber supremo de la humanidad; en palabras del Catecismo abreviado de Westminster: "El fin supremo del hombre es glorificar a Dios y gozarse en Él por siempre".

Latreuō (**adoramos**) podría traducirse mejor "rendir servicio espiritual reverente". La verdadera adoración es mucho más que alabar a Dios, cantar himnos, o participar en un servicio de adoración. La esencia de la adoración es llevar una vida de servicio obediente a Dios. "Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis", exhorta el autor de Hebreos, "porque de tales sacrificios se agrada Dios" (He. 13:16). La verdadera adoración involucra cada aspecto de la vida.

Existen varias características propias de los verdaderos adoradores. En primer lugar, aman a Dios. Eso establece un claro contraste con los incrédulos, que le odian. Jesús declaró en Juan 7:7: "No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas". En Romanos 1:30 Pablo describe a los incrédulos como "los que… aborrecen [a Dios]" (cp. Nm. 10:35; Dt. 7:10; 2 Cr. 19:2; Sal. 81:15; Jn. 15:23-24), mientras que en Romanos 8:7 el apóstol señala que "los designios de la carne son enemistad contra Dios". El amor de los cristianos hacia Dios nunca será perfecto en este mundo, pero siempre existirá.

Puesto que los verdaderos adoradores aman a Dios, encuentran en Él su fuente de gozo y deleite. Ellos reconocen que "el gozo de Jehová es [su] fuerza" (Neh. 8:10). Ellos se alegran "en Jehová" (Sal. 33:1; cp. Sal. 84:2; 92:4; 95:1; 98:4), porque están llenos del "gozo del Espíritu Santo" (1 Ts. 1:6; cp. Ro. 14:17). Como el salmista, encuentran en "Dios… [su] alegría y [su] gozo" (Sal. 43:4). Los verdaderos adoradores "desean reverenciar [su] nombre" (Neh. 1:11), y atienden a la exhortación de David: "Deléitate asimismo en Jehová" (Sal. 37:4). La contemplación de la gloria y la majestad de Dios, y lo que Él ha hecho en sus vidas, constituye su mayor gozo y deleite.

Los verdaderos adoradores también tienen una confianza en Dios que produce gozo. Esa paz no se basa en sus circunstancias, sino en su relación con Dios. Ellos pueden exclamar con los salmistas: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía" (Sal. 42:1); y "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra" (Sal. 73:25). Esta "paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento" (Fil. 4:7) solo viene a quienes "[buscan] primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mt. 6:33).

La verdadera adoración es posible **en el** poder del **Espíritu de Dios**, porque solo Él puede producir el amor, el gozo y la paz características de los verdaderos adoradores (cp. Gá. 5:22). Quien adora en la carne "se acerca a [Dios] con su boca, y con sus labios [lo] honra, pero su corazón está lejos de [Él], y su temor de [Él] no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado" (Is. 29:13).

Los verdaderos adoradores son consagrados a Dios; su amor no está dividido. Solo "al Señor [su] Dios [adoran], y a él

sólo [sirven]" (Mt. 4:10), conscientes de que "a otro no [darán su] gloria" (Is. 42:8; 48:11). Ellos reafirman las palabras de Jesús: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10:37). Sin reservas, ellos "[presentan sus] cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es [su] culto racional" (Ro. 12:1).

Los verdaderos cristianos no solo se distinguen por asistir a la iglesia o cumplir deberes religiosos, sino por un corazón que adora.

## LOS VERDADEROS CREYENTES SE GLORÍAN EN JESUCRISTO

**y nos gloriamos en Cristo Jesús,** (3:3*b*)

Kauchaomai (**gloriamos**) es jactancia jubilosa motivada por lo que más enorgullece a una persona. Es uno de los términos predilectos de Pablo; de las treinta y siete veces que aparece en el Nuevo Testamento, treinta y cinco están en sus epístolas. Puede usarse en sentido negativo para describir el orgullo y la jactancia indebidos (p. ej., Ro. 2:17, 23; Gá. 6:13). Sin embargo, kauchaomai también se emplea para describir el júbilo de los creyentes en Cristo (p. ej., Ro. 5:2, 11; 1 Co. 1:31; Gá. 6:14), como en este caso. Los verdaderos cristianos le dan al Señor Jesucristo todo el mérito por todo lo que son y tienen. Con Pablo declaran: "por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Co. 15:10; cp. Fil. 3:8-9) y "tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere" (Ro. 15:17). Ellos obedecen el mandato bíblico: "El que se gloría, gloríese en el Señor" (1 Co. 1:31; 2 Co. 10:17; cp. Sal. 20:7; 34:2; Jer. 9:23-24; Gá. 6:14).

En cambio, los falsos creyentes "se glorían según la carne" (2 Co. 11:18), al creer que sus buenas obras y sus actividades religiosas los hacen merecedores del favor de Dios. Sin embargo, la salvación es "por gracia… por medio de la fe… pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9; cp. Ro. 3:27). Fue la verdad bíblica de que los hombres pecadores son incapaces de merecer la salvación lo que impulsó a los Reformadores a enseñar que la salvación es sola fide (solo por fe) y sola gratia (solo por gracia). Quienes piensan que pueden ganarse la gracia de Dios por sus obras demuestran que les falta fe salvadora.

## LOS VERDADEROS CREYENTES NO CONFÍAN EN LA CARNE

**no teniendo confianza en la carne.** (3:3*c*)

**La carne** representa la humanidad caída e irredenta, simboliza la capacidad humana aparte de Dios. A diferencia de "muchos [que] se glorían según la carne" (2 Co. 11:18), los verdaderos cristianos no ponen **su confianza** en esto. Ellos entienden que "el espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha" (Jn. 6:63), y se unen a la declaración de Pablo: "Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (Ro. 7:18). Puesto que la carne es irredenta y caída, nada que haga será agradable a Dios; solo sirve a la ley del pecado (v. 25). Por consiguiente, es una característica distintiva de los redimidos, que "no [andan] conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (8:4), porque "el ocuparse de la carne es muerte" (v. 6; cp. v. 13) y "los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (v. 8).

Debido al avasallador efecto de la carne pecaminosa (lo que los teólogos llaman depravación total), nadie puede de manera alguna merecer la salvación. Solo quienes abandonan sus esfuerzos pecaminosos y abrazan la verdad de la salvación solo por gracia y por fe, son salvos. Eso caracteriza al genuino arrepentimiento que es un elemento indispensable de la fe salvadora (cp. Mr. 1:15; Lc. 5:32; 13:3, 5; 15:7, 10; 24:47; Hch. 3:19; 5:31; 11:18; 17:30; 20:21; 26:20; Ro. 2:4; 2 Co. 7:10; 2 Ti. 2:25; 2 P. 3:9). El verdadero arrepentimiento incluye el dolor por el mal o los hechos pecaminosos, mientras que el falso únicamente lamenta las consecuencias nefastas que éstos traen. El falso arrepentimiento se interesa por la conducta, mientras que el verdadero se ocupa de la condición interior del hombre. El falso arrepentimiento trata con los síntomas, y el verdadero con la enfermedad. Solo el verdadero arrepentimiento, que no confía **en la carne**, conduce a la salvación.

# 15. Renunciar para ganar

**Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.** (3:4-11)

Este pasaje autobiográfico presenta el testimonio de salvación más impresionante y asombroso del Nuevo Testamento, el del apóstol Pablo. También es una de las declaraciones más valiosas de la doctrina de la salvación en las Escrituras, al poner en evidencia la obra interna de Dios en un pecador que verdaderamente se arrepiente y cree. El apóstol narra lo que estaba pensando cuando tuvo el encuentro con el Cristo resucitado de camino a Damasco. Hechos 9:1-9 presenta el relato histórico de la asombrosa conversión de Pablo:

> *Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén. Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie. Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.*

Sin embargo, puesto que el relato de Lucas de este grandioso acontecimietno no describe la transformación que tuvo lugar en la mente de Pablo, en Filipenses 3:4-11 el apóstol mismo presenta esos detalles de la obra del Espíritu en su corazón. La salvación es un acto soberano de Dios en el cual penetra con la gloriosa luz de su verdad la oscuridad del pecador, y lo redime. Pablo describe el milagro que lo transformó para dejar de ser un archienemigo de los cristianos y convertirse en su líder más amado. Aquel día en el camino a Damasco el Cristo vivo irrumpió en la ceguera espiritual de Saulo de Tarso, el fariseo soberbio que se creía justo. Como resultado, su confianza en sus logros religiosos se hizo pedazos, y la fuente de su confianza en sí mismo se secó para siempre ante la gran convicción y verdad que inundaron su alma entenebrecida.

En este pasaje Pablo habla de la salvación como una transacción o un intercambio. Hasta usa un lenguaje contable y financiero en los versículos 7 y 8, que son el centro del pasaje. Kerdos (“ganancia”) describe todo lo que se anota en la columna de ganancias; zēmia (“pérdida”) lo que se ubica en la columna de pérdidas; hēgeomai significa “contar”, o “estimar”. Pablo dedicó su vida a acumular lo que era en su opinión justicia ganada por méritos personales con la cual obtendría la salvación. Pero cuando se encontró con Cristo, el apóstol se dio cuenta de que todo eso pertenecía en realidad a la columna de pérdidas. Él cambió todo eso por la justicia que viene de Dios sobre la base de la fe. Dicho intercambio es el tema de este pasaje.

Jesús describió la salvación como un intercambio o transacción, es decir, un intercambio de todo lo que es el pecador por todo lo que es Cristo. En Mateo 16:25-26 Él dijo: “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”. En Mateo 13, Jesús contó dos parábolas que ilustran el intercambio que tiene lugar en la salvación:

> *el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de*

*nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo (v. 44).*

*También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró (vv. 45-46).*

Ambas parábolas describen personas que han acumulado riquezas terrenales. Sin embargo, encuentran en el reino celestial (la esfera de salvación donde Dios gobierna) un tesoro mucho más valioso. Entonces venden gustosos todo cuanto poseen para adquirirlo. De igual forma los pecadores deben dejarlo todo por Cristo.

Pablo presenta su testimonio aquí para reforzar la enseñanza del versículo 3, que los creyentes son "la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne". Ellos no confiaban en su propia justicia para ganar la salvación. En cambio, como se indicó en el capítulo anterior de este libro, los filipenses enfrentaban el ataque del grupo herético conocido como los judaizantes. Se trataba de falsos maestros judíos y legalistas que enseñaban que la circuncisión y la obediencia a la ley de Moisés eran necesarias para la salvación. Pablo previno a los filipenses contra los judaizantes en términos muy claros, denunciándolos de manera terminante como "perros", "malos obreros", y "mutiladores del cuerpo" (3:2).

Tras desenmascarar a los judaizantes en el versículo 2 y referirse a los cristianos como "la circuncisión" en el versículo 3, Pablo prevé la respuesta de aquellos. Sin duda ellos argüirían que los filipenses, por ser gentiles, no comprenderían la preciosa herencia del judaísmo. Sin embargo, no podía decirse lo mismo en el caso del apóstol Pablo. Sus credenciales judías eran impecables, y sin dificultad igualaban o aventajaban las de los judaizantes. Él sabía por su propia experiencia todo lo que el judaísmo podía ofrecer. Al describir su vida antes de su conversión, Pablo escribió: "Y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres" (Gá. 1:14). En términos actuales, él "ya había hecho esto… y aquello".

Si alguien hubiera podido alcanzar la salvación por el esfuerzo personal, habría sido Pablo. Sus notables credenciales le permitían decir con razón: **Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más.** Pablo no pronunció esa declaración con apariencia de presunción para exaltar su ego, ni para exigir superioridad espiritual alguna sobre otros. Él comprendía la insensatez de la jactancia, y solo lo hizo para darle fuerza al argumento. Como en el caso de Corinto (cp. 2 Co. 11:16—12:1), Pablo presenta sus credenciales para contradecir los absurdos argumentos de sus adversarios.

El testimonio de Pablo puede dividirse en dos partes, según la terminología contable presentada en los versículos 7 y 8. El apóstol enumera primero todo lo que para él clasificaba en la columna de ganancias, lo que compraba su vida eterna, pero que en realidad correspondía a la columna de pérdidas, pues lo llevaba a la condenación. Esa columna podría denominarse "credenciales religiosas que no impresionan a Dios". El título de la verdadera columna de ganancias espirituales podría ser "las incomparables riquezas de conocer a Cristo".

## CREDENCIALES RELIGIOSAS QUE NO IMPRESIONAN A DIOS

**circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible.** (3:5-6)

Pablo enumera siete realidades que alguna vez puso en su columna de ganancias espirituales, pero que ahora traslada a la de pérdidas. Después de entender el evangelio de Cristo, el apóstol se dio cuenta de que todas esas credenciales, logros, privilegios y derechos eran inútiles. Pablo no sugiere que tengan algún valor social, cultural, educacional o histórico. Más bien sostiene que carecen de valor en cuanto a la salvación, pues son incapaces de salvarlo a él o a cualquier otro.

### LA SALVACIÓN NO ES POR UN RITUAL

**circuncidado al octavo día,** (3:5*a*)

Pablo empieza con la circuncisión porque era el asunto más importante para los judaizantes (cp. Hch. 15:1; Gá. 6:12-13). El apóstol pasó por el rito principal del judaísmo (Gn. 17:10-12; Lv. 12:3) al ser **circuncidado al octavo día** de nacer. El texto griego dice literalmente: "Con respecto a la circuncisión, uno del octavo día". A diferencia de algunos judaizantes, Pablo no era un gentil prosélito del judaísmo. Él era judío de nacimiento y siguió los ritos judíos desde el principio. En el momento señalado, celebró la ceremonia que lo integró al pueblo del pacto. Él, como la mayoría de judíos, había olvidado hace mucho que la circuncisión debía ser un poderoso símbolo de la grave condición de pecado y la necesidad de las personas de ser purificadas, y había convertido esa cirugía en una insignia de justicia.

Aún así, Pablo incluye la circuncisión, el rito más esencial del judaísmo, en su columna espiritual de pérdidas. La salvación no viene por una ceremonia o rito, ya sea la circuncisión judía, la misa católico-romana, el bautismo de niños o adultos, o la observancia de la cena del Señor en el culto protestante.

LA SALVACIÓN NO ES POR RAZA

**del linaje de Israel,** (3:5*b*)

La declaración de pertenencia de Pablo al **linaje de Israel** apoya la idea de que algunos judaizantes eran gentiles convertidos al judaísmo. En cambio, Pablo era por nacimiento un miembro del pueblo escogido por Dios, de quien Él declaró: "A vosotros solamente he conocido [escogido] de todas las familias de la tierra" (Am. 3:2; cp. Éx. 19:5-6; Sal. 147:19-20). Él heredó todas las bendiciones de pertencer a la nación del pacto. Al escribirles a los romanos, el apóstol mencionó algunas de ellas:

> *¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios (Ro. 3:1-2).*
>
> *Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén (Ro. 9:3-5).*

Pablo era descendiente de Abraham, de Isaac y de Jacob, una herencia en la que confiaba el pueblo judío, así como en la circuncisión, para salvación. No obstante, la herencia de raza, al igual que la circuncisión, es incapaz de salvar a nadie. Ningún privilegio ante Dios se gana por nacimiento.

LA SALVACIÓN NO ES POR CASTA

**de la tribu de Benjamín,** (3:5*c*)

Otra de las que parecían credenciales notables de Pablo era que pertenecía a **la tribu de Benjamín**, una de las tribus más distinguidas en Israel. Benjamín era el menor de los dos hijos que tuvo Jacob con su esposa predilecta, Raquel. También fue el último hijo que le nació a Jacob y el único que nació en la tierra prometida. Saúl, el primer rey de Israel, era miembro de la tribu de Benjamín (1 S. 9:21; 10:21; Hch. 13:21). Cuando se repartió la tierra prometida entre las doce tribus, la ciudad santa de Jerusalén fe incluida en el territorio de Benjamín (Jue. 1:21). Cuando el reino se dividió tras la muerte de Salomón, solo Benjamín y Judá permanecieron fieles a la dinastía davídica. El gran líder Mardoqueo, que fue instrumento de Dios junto con Ester para salvar a los judíos del genocidio, también pertenecía a la tribu de Benjamín (Est. 2:5). Así que la tribu de Benjamín era una de las más ilustres en Israel.

En la época de Pablo, muchos judíos ya no sabían a qué tribu pertenecían. Los matrimonios mixtos durante los años de exilio habían borrado las líneas tribales. Sin embargo, la familia de Pablo había conservado su pureza como benjamitas. Eso también lo ubicaba en un nivel superior al de los judaizantes, quienes tal vez no conocían su ascendencia tribal. Con todo, la condición privilegiada de Pablo como benjamita no impresionaba a Dios. El nivel social de una familia nada tiene que ver con la salvación.

LA SALVACIÓN NO ES POR TRADICIÓN

**hebreo de hebreos;** (3:5*d*)

Pablo no hizo esfuerzo alguno para obtener los primeros tres privilegios de su lista, sino que los heredó de sus padres. Los cuatro últimos son logros que él alcanzó. La aseveración del apóstol de que es un **hebreo de hebreos** se entiende mejor como su declaración de haber llegado a la edad adulta conservando de manera estricta la herencia y tradición judías de su familia. Él nació en Tarso, una ciudad en Asia Menor, no en Israel. Pero a diferencia de muchos judíos de la diáspora (dispersión), Pablo se mantuvo aferrado al idioma (Hch. 21:40), las tradiciones ortodoxas y las costumbres de sus ancestros. Él no se convirtió en un judío helénico (cp. Hch. 6:1; 9:29), uno que se había incorporado a la cultura greco-romana. Antes bien, dejó Tarso para ir a Jerusalén a estudiar bajo la tutoría del famoso rabino Gamaliel (Hch. 22:3; 26:4). Pablo se aferró tanto a su herencia judía que podía afirmar confiado: "Mi vida, pues, desde mi juventud, la cual desde el principio pasé en mi nación, en Jerusalén, la conocen todos los judíos" (Hch. 26:4). La celosa devoción de Pablo por su patrimonio judío era bien conocido. Aún así, después de ver la gloria de Cristo, esto solo pasó a ser un elemento más de la lista de pérdidas.

## LA SALVACIÓN NO ES POR UNA RELIGIÓN

**en cuanto a la ley, fariseo;** (3:5*e*)

Pablo se consagró al extremo a su herencia judía. Era tan celoso **en cuanto a la ley** que se volvió **fariseo**. Ante el sanedrín Pablo declaró: "Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo" (Hch. 23:6). Pablo testificó en su audiencia ante Agripa: "Conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo" (Hch. 26:5). Volverse **fariseo** significaba alcanzar el nivel más alto de judaísmo devoto y legalista. Los fariseos eran extremadamente leales a **la ley**, al Antiguo Testamento y a todas las tradiciones que habían sido añadidas. De hecho, es probable que la palabra **fariseo** provenga de un verbo hebreo que significa "separar", lo cual indica que eran apartados para **la ley**. El término **ley** no se limitaba al Pentateuco o al Antiguo Testamento, sino que incluía todo el sistema de reglas rabínicas. Jesús dijo que en realidad habían cambiado **la ley** de Dios por esas tradiciones (Mt. 15:1-9).

El origen de los fariseos no se conoce con certeza, pero es probable que la secta haya surgido de manera formal durante el período intertestamentario. Se había desarrollado desde la época de Esdras cuando se despertó el interés por la ley de Dios (Neh. 8:1-8). Aunque eran más bien pocos (Josefo, escritor judío del siglo I, calculó que eran unos 6.000), ejercían la mayor influencia religiosa sobre el pueblo. Ser **fariseo** significaba pertenecer a un grupo de hombres influyentes, selectos y muy respetados que vivían con fanatismo para conocer, interpretar, vigilar y obedecer **la ley**.

El valioso estatus de Pablo como fariseo no era más que otro en su lista de pérdidas espirituales. Ningún sacerdote, monje, erudito en teología o miembro devoto de una secta puede alcanzar la salvación por pertenecer a una religión.

LA SALVACIÓN NO ES POR SINCERIDAD

**en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia;** (3:6*a*)

Como una demostración adicional de su **celo** por su herencia judía, Pablo confesó que había sido **perseguidor de la iglesia**. Los judíos valoraban el **celo** como la virtud religiosa por excelencia. Es una moneda de dos caras, la una es el amor y la otra, el odio. Ser celoso significa amar a Dios y odiar lo que le ofende. El amor celoso pero mal enfocado de Pablo por Dios lo llevó a odiar y perseguir el cristianismo.

La intensidad de su celo puede verse en la magnitud de su persecución a la iglesia. Después del martirio de Esteban, Pablo "asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel" (Hch. 8:3). Tan devastadora y eficaz era su persecución que la iglesia de Jerusalén fue esparcida: "Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio" (Hch. 8:4). Luego, "Saulo [Pablo], respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén" (Hch. 9:1-2). Su persecución fue tan violenta que después de la conversión de Pablo "todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?" (Hch. 9:21). A la turba furiosa en Jerusalén le recordó: "Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres; como el sumo sacerdote también me es testigo, y todos los ancianos, de quienes también recibí cartas para los hermanos, y fui a Damasco para traer presos a Jerusalén también a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados" (Hch. 22:4-5). Al describir su persecución de cristianos en su defensa ante Agripa, Pablo declaró:

> *Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras (Hch. 26:9-11).*

La vergüenza de sus actos pasados acompañó a Pablo por el resto de su vida. En 1 Corintios 15:9 él dijo: "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios". A los gálatas escribió: "Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba" (Gá. 1:13). Años después le confesó a Timoteo: "Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a porque lo hice por ignorancia, en incredulidad" (1 Ti. 1:13).

En términos de celo, Pablo superó a los judaizantes. Ellos solo hacían proselitismo en la iglesia, mientras que él la había perseguido. Su celo por Dios lo llevó a tratar de erradicar el cristianismo de manera implacable, despiadada, y cruel. Pablo era sincero, pero estaba equivocado. El mundo está repleto de personas que, como él, son sinceras en sus creencias religiosas. Harían cualquier esfuerzo, pagarían cualquier precio, y sacrificarían lo que fuera en su intento por agradar a Dios. Pueden ser judíos ortodoxos devotos, fieles católicos romanos que asisten con regularidad a misa, o incluso protestantes que participan en actividades y ceremonias eclesiales. Pueden orar, ayunar, vivir en pobreza, y procurar el bien de todos. Sin embargo, el celo religioso nada garantiza. Esas personas pueden estar completamente equivocadas. Cuando Pablo enfrentó la realidad de Jesucristo, el celoso perseguidor de la iglesia se dio cuenta de que su

celo mal enfocado era un asesino espiritual, y que pertenecía a la lista de pérdidas.

LA SALVACIÓN NO ES POR LA JUSTICIA LEGALISTA

**en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible.** (3:6*b*)

Antes de su conversión, Pablo llevaba una vida conforme **a la justicia que es en la ley**. Aquí también Pablo usa el término **ley** en el sentido amplio de la tradición judía, no solo del Antiguo Testamento. Quienes observaban su vida podían considerar su conducta **irreprensible**. Claro que él no negaba que era pecador. Eso contradeciría tanto la teología judía como su testimonio en Romanos 7:7-11:

> *¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató.*

A juzgar por las apariencias, Pablo era para quienes lo conocían un judío ejemplar que regía su vida por la ley judía. Con todo, no era como Zacarías y Elisabet, quienes "eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lc. 1:6).

Pablo parecía tenerlo todo. Había cumplido con los ritos requeridos, era miembro del pueblo escogido por Dios, era de una favorecida tribu de Israel, había guardado de manera escrupulosa su herencia ortodoxa, era uno de los más devotos legalistas del judaísmo, era celoso hasta el punto de perseguir a los cristianos, y seguía en todo las exigencias del judaísmo. Con todo, él consideró todo eso como inútil para la salvación, y le fue revelada la realidad de la salvación por gracia que es por medio de la fe en Jesucristo. El apóstol no llegó a pensar que esas cosas fueran buenas y Cristo mejor, sino que las consideró todas como malas. Eran muerte, ya que lo engañaron al hacerle pensar que estaba bien con Dios. La falsa religión engaña la mente y, por ende, condena el alma.

## LAS INSUPERABLES RIQUEZAS DE CONOCER A CRISTO

**Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.** (3:7-11)

La declaración **pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo** resume el asombroso cambio que tuvo lugar en la mente de Pablo al conocer a Cristo. Todos los valiosos tesoros que aparecían en la lista de ganancias de repente se convirtieron en pérdidas. Sin embargo, por la maravillosa gracia de Dios, todo lo que pensaba en su error que le daría vida eterna, fue sustituido por cinco beneficios que poseía en Cristo.

CONOCIMIENTO

**Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él,** (3:8-9*a*)

La enérgica frase **y ciertamente** es una serie intraducible de cinco partículas griegas (lit. "pero de hecho por consiguiente al menos aun"). Esta pone un gran acento en el contraste entre las credenciales religiosas que no impresionan a Dios y los incalculables beneficios de conocer a Cristo. En el versículo 7, Pablo estimó los méritos en los versículos 5 y 6 como pérdidas, y aquí amplía esa convicción al considerar **todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús**. El verbo traducido "las he estimado" del versículo 7 está en tiempo perfecto, como también el mismo verbo traducido aquí **estimo**. Eso indica que todas las obras meritorias en las que Pablo confiaba para ganar el favor de Dios, y cualquiera que pudiera realizar en el presente o en el futuro, eran pérdidas.

Pablo desechó sus logros religiosos pasados **por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús**. El participio huperchon (**la excelencia**) se refiere a algo de valor incomparable. La palabra **conocimiento** en el texto griego es una

forma del sustantivo gnōsis, del verbo ginōskō, que significa conocer de manera experimental o experiencial a través de la participación directa. **La excelencia del conocimiento de Cristo** que Pablo describe aquí es mucho más que el simple conocimiento intelectual de los hechos relacionados con Él.

El Nuevo Testamento describe muchas veces a los cristianos como quienes conocen a Cristo. En Juan 10:14 Jesús dijo: "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen". En Juan 17:3 Él definió la vida eterna como conocerlo a Él: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". A los corintios Pablo escribió: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Co. 4:6), mientras que en Efesios 1:17 oró: "Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él". En su primera epístola Juan declaró: "Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (1 Jn. 5:20). La salvación comprende un conocimiento personal y relacional del Señor Jesucristo.

Para los griegos, gnōsis podía describir una comunión secreta, reverencial y mística con una deidad. Quienes eran iniciados en el misterio alegaban haber trascendido el conocimiento mundano que poseían las masas. Imaginaban que solo ellos gozaban de alguna experiencia personal con su deidad. Los griegos solían buscar dicho estado de elevación mediante juergas en las que se embriagaban. En el siglo II, la peligrosa herejía del gnosticismo intentaba hacer un sincretismo del concepto griego de gnōsis y la verdad cristiana. Al igual que sus homólogos paganos, los gnósticos se jactaban de tener un conocimiento más elevado y verdadero de Dios que el cristiano promedio. Sin embargo, Pablo emplea gnōsis aquí para describir una comunión trascendente con Cristo que todos los verdaderos creyentes experimentan.

También hay un contexto para gnōsis en el Antiguo Testamento. La forma verbal se usaba en la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento) para traducir la palabra hebrea yada. Yada denotaba por lo general un conocimiento íntimo, incluso una unión o vínculo de amor. En ocasiones se usaba en las Escrituras como un eufemismo de la relación sexual (p. ej., Gn. 4:1, 17, 25; 19:8; 24:16; Nm. 31:17-18, 35; Jue. 21:11-12; 1 S. 1:19). También describía el vínculo íntimo de amor de Dios con Israel: "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (Am. 3:2). De este modo, la palabra puede tener ambas connotaciones, de un conocimiento trascendente y de un lazo de amor íntimo.

Pablo añade un toque personal y cálido al profundo concepto teológico de conocer **a Cristo Jesú**s, llamándolo **mi Señor**. Esa descripción abarca los tres oficios de Cristo como profeta, sacerdote y rey. La palabra **Cristo** lo describe como el Mesías, el mensajero o profeta de Dios; **Jesús**, como Salvador, y pone de relieve su papel como Sumo Sacerdote de los creyentes; y **Señor**, como Rey soberano sobre toda la creación.

La salvación solo viene por medio del conocimiento profundo y el vínculo íntimo de amor con Jesucristo que Dios da por gracia mediante la fe. Acerca del conocimiento de Cristo que tiene el creyente, F. B. Meyer comentó:

> Podemos conocerlo de manera personal, íntima, cara a cara. Cristo no quedó en la historia ni vive en las nubes del cielo: Él está cerca de nosotros, con nosotros, nos acompaña en nuestro andar y reposar, y conoce todas nuestras andanzas. Sin embargo, no podemos conocerlo en esta vida mortal, sino mediante la iluminación y enseñanza del Espíritu Santo… y debemos conocer a Cristo con certeza, no como un extraño que viene de visita a pasar la noche, o como el rey de los hombres exaltado. Debe existir un conocimiento íntimo, como de quienes Él considera sus amigos, a quienes confía sus secretos, con quienes comparte su propio pan.
>
> Conocer a Cristo en la tormenta de la batalla, en el valle de la sombra, cuando la luz del sol irradia nuestro rostro, o cuando se oscurece por la pesadumbre y la desilusión; conocer la dulzura de su trato con las cañas cascadas y el pábilo que humea; conocer la ternura de su simpatía y la fortaleza de su diestra. Todo esto abarca muchas experiencias diversas de nuestra parte, pero cada una como las caras de un diamante reflejarán la belleza prismática de su gloria desde un nuevo ángulo. (*The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1952], pp. 162-163).

**Por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús**, Pablo sufrió gustoso la pérdida de todas las cosas por medio de las cuales había buscado obtener la salvación sin Él. El apóstol incluso llegó a tenerlas **por basura, para ganar** (hacer suyo de manera personal) **a Cristo**. Todos los esfuerzos por alcanzar la salvación mediante logros humanos no son más que **basura**, como lo más despreciable. Skubalon (**basura**) es una palabra muy fuerte que podría también traducirse "despojo", "desecho", "estiércol", e incluso "excremento". Pablo expresa en los términos más fuertes posibles su absoluto desprecio por todos los méritos religiosos con los cuales procuró impresionar a los hombres y a Dios. Comparadas con la excelencia del conocimiento de Cristo, carecen por completo de valor. Pablo se habría unido gustoso

a las palabras de Isaías: “todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento” (Is. 64:6).

La frase **en él** expresa la conocida verdad paulina de que los creyentes están en Cristo, un concepto que aparece más de setenta y cinco veces en sus epístolas. Los creyentes están unidos estrechamente a Cristo en una vida inseparable y en un vínculo de amor. “Con Cristo estoy juntamente crucificado”, escribió Pablo a los gálatas, “y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20).

JUSTICIA

**y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe;** (3:9*b*)

Pablo había pasado su vida adulta tratando en vano de alcanzar su **propia justicia** a partir del cumplimiento de **la ley**. Esa **justicia**, la del esfuerzo personal, la moral externa, el rito religioso y las obras, todas producidas por la carne, habían sido una carga insoportable y aplastante (cp. Mt. 23:4; Lc. 11:46; Hch. 15:10). A pesar de que Pablo hizo su mejor esfuerzo, no alcanzó en lo más mínimo la norma divina (cp. Ro. 3:23), la cual nadie puede cumplir: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3:19-20; cp. Hch. 13:39; Gá. 2:16; 3:10-13; 5:4; Ef. 2:8-9). Él era como sus demás compatriotas que, “ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro. 10:3).

En Romanos 7:9-13, Pablo explica el despertar en su corazón:

> *Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. De manera que la ley una verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso.*

Antes, a pesar de su devoción a la ley judaica, él vivía y pensaba separado de la ley de Dios. Al verse frente una verdadera ley divina, se vio como un pecador muerto en su pecado y digno de muerte eterna. Él pensaba que la ley del judaísmo le daba vida. La ley de Dios lo mató. Al verse en su absoluta pecaminosidad, renunció a las obras de la justicia de sus propios actos y aceptó el don gratuito de la justicia de Dios por gracia.

Pablo intercambió gustoso el fardo de la **propia justicia** legalista por **la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe**. **La fe** es la confesión permanente y segura de total dependencia y confianza en Jesucristo para cumplir con todas las exigencias para entrar en el reino de Dios. Supone más que una simple aceptación intelectual de la verdad del evangelio; la fe salvadora incluye la confianza en el Señor Jesucristo y la rendición a su señorío. Solo sobre la base de la fe… **la justicia que es de Dios** viene al pecador que se arrepiente.

**La justicia** significa estar bien con Dios y ser aceptado por Él. El centro del evangelio es la realidad de que a Cristo se le imputa el pecado del pecador arrepentido y a éste se le imparte la justicia de Cristo. En 2 Corintios 5:21, Pablo declaró que Dios: “Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Pablo se despojó gustoso de los harapos de su propia justicia y estiró sus manos vacías para recibir el glorioso manto real de la justicia de Dios en Cristo. Esta doctrina está en el corazón del evangelio. En la cruz, Dios juzgó a Jesús como si Él mismo hubiera cometido todos los pecados de los que creen. Cada vez que un pecador recibe a Jesús como su Señor y confía solo en su sacrificio por el pecado, Dios trata a ese pecador como si hubiera llevado la misma vida de Cristo, sin pecado (cp. Is. 53; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24).

PODER

**a fin de conocerle, y el poder de su resurrección,** (3:10*a*)

Pablo ya había mencionado el conocimiento directo y profundo de Jesucristo que trae la salvación (v. 8). Sin embargo, ahora el clamor de su corazón era **conocerle**. Ese conocimiento salvador inicial de Cristo llegó a ser el fundamento de la búsqueda permanente de Pablo de un conocimiento cada vez más profundo de su Salvador. Específicamente, Pablo anhelaba experimentar **el poder de su resurrección**. Él sabía que la ley carecía de poder. También sabía que no había

poder en su carne para vencer el pecado o servir a Dios (cp. Ro. 7:18). En cambio, por conocer a Cristo y haber sido hecho justo, Pablo había recibido al Espíritu Santo y el mismo poder espiritual que levantó a Jesús de los muertos.

**Su resurrección** fue la mayor manifestación del poder de Cristo. El hecho de levantarse de los muertos (cp. Jn. 2:19-21; 10:17-18) reveló su absoluto poder sobre el reino físico y también el espiritual (cp. Col. 2:14-15; 1 P. 3:18-20). Pablo experimentó el poder de la resurrección de Cristo de dos formas. Primero, fue ese poder lo que le salvó, una verdad que afirmó en Romanos 6:4-5: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección". En la salvación, los creyentes se identifican con Cristo en su muerte y resurrección. Pero más que eso, el poder de la resurrección de Cristo los santificó para vencer la tentación y las pruebas, llevar una vida santa, y proclamar con valentía y eficacia el evangelio. Pablo intercambió gustoso su incapacidad por el poder de la resurrección de Cristo, y anhelaba experimentar su plenitud.

PARTICIPACIÓN

**y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte,** (3:10*b*)

Una cuarta bendición que recibió Pablo mediante la salvación fue participar de Jesucristo. El apóstol habla aquí específicanente de **la participación de sus padecimientos**. Como acaba de comentar, Pablo llegó **a ser semejante a Él en su muerte** en la salvación (cp. Ro. 6:4-5). Sin embargo, aquí tenía algo más en mente, una comunión y una participación íntimas con Cristo en el sufrimiento. Tras encontrarse con Cristo, Pablo logró participar de sus padecimientos, de Aquel que soportó como nadie la más atroz persecución y agonía, siendo completamente inocente.

Los momentos más profundos de comunión espiritual con el Cristo viviente son los de intenso sufrimiento; el padecimiento acerca a los creyentes a Él. Ellos encuentran en Él un Sumo Sacerdote misericordioso, un amigo fiel que siente su dolor, y un compañero compasivo que soportó sus mismas pruebas y tentaciones (He. 4:15). Por eso es el único que con tal idoneidad puede ayudarlos en sus debilidades y dolencias (He. 2:17). Esa bendita y consoladora verdad alentó a Pablo a exclamar: "Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co. 12:10).

GLORIA

**si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.** (3:11)

Un último y perfecto beneficio que obtuvo Pablo al conocer a Cristo fue la garantía de su futura **resurrección**, cuando participaría de la gloria de Cristo. La frase **si en alguna manera** no demuestra duda en Pablo, sino más bien humildad. Pablo nunca perdió su sentido de indignidad. En 1 Corintios 15:9 escribió: "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios". En Efesios 3:8 se describió a sí mismo como "el más pequeño de todos los santos". Pablo estaba seguro de que alcanzaría **la resurrección de entre los muertos** y participaría de la gloria de Cristo.

La frase **la resurrección de entre los muertos** es única en las Escrituras. Literalmente diría "la gran resurrección de entre los muertos". Los creyentes experimentarán esa **resurrección** en el arrebatamiento, pues "no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Co. 15:51-53). Los creyentes serán sacados del resto de **muertos** que solo se levantarán hasta el final del reino del milenio, y serán transformados a imagen de Cristo.

Pablo detestaba la debilidad de su carne y anhleaba librarse de ella. Ya que se consideraba miserable (Ro. 7:24), les escribió a los romanos: "Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:23). La redención del cuerpo en la resurrección es otro de los excelentes beneficios de conocer a Cristo.

¿Qué obtienen los creyentes en virtud de su unión con Cristo? El conocimiento de Cristo en su identificación con Él, la justicia de Cristo que les fue conferida en la justificación, el poder de Cristo por su santificación, la participación en los padecimientos de Cristo, y en la gloria de Cristo mediante la glorificación de ellos. No es extraño que Pablo pasara dichoso los méritos religiosos a su columna de pérdidas por los incomparables beneficios de conocer a Cristo.

Mateo 19 relata la historia de otro hombre que llegó a la misma encrucijada de Pablo. En respuesta a su pregunta de cómo obtener la vida eterna, Jesús le dijo que obedeciera la ley. A su vez, "el joven le dijo: Todo esto lo he guardado

desde mi juventud. ¿Qué más me falta?” (Mt. 19:20). Él también tenía su columna de ganancias espirituales repleta de esfuerzos, rituales religiosos y obras de justicia. Pero a diferencia de Pablo, él los consideraba ganancia, y rechazó a Cristo. Pablo las estimó como pérdida y ganó a Cristo.

Todos estamos frente a la misma encrucijada. Las personas pueden aferrarse a sus méritos religiosos y seguir el ejemplo del joven rico por el camino que conduce a la destrucción eterna. O pueden despojarse de ellos en aras de los excelentes beneficios de conocer a Cristo y seguir a Pablo en el camino estrecho que conduce a la vida eterna.

# 16. Alcanzar el premio— Primera parte: Los prerrequisitos

**No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa.** (3:12-16)

A juzgar por el frecuente empleo de metáforas atléticas que encontramos en los escritos de Pablo, podríamos decir que el apóstol era un aficionado al deporte. Refiriéndose a su deseo de llevar una vida cristiana eficaz, Pablo escribió: "De esta manera peleo, no como quien golpea el aire" (1 Co. 9:26*b*). En Efesios describió la vida cristiana como una "lucha [palē, un juego de lucha libre o una pelea]… [no] contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12). En lo que podríamos considerar su epitafio, Pablo declaró triunfante: "He peleado la buena batalla" (2 Ti. 4:7; cp. 1 Ti. 6:12). En una alusión a los juegos ístmicos de la Grecia antigua (realizados en Corinto y segundos en importancia solo después de los juegos olímpicos), les recordó a los Corintios: "Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible" (1 Co. 9:25).

Sin embargo, la metáfora deportiva predilecta de Pablo era la carrera atlética. A los ancianos en Éfeso dijo: "Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:24). A los romanos escribió: "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Ro. 9:16). Trayendo a la memoria de los corintios los consagrados atletas que competían en los juegos de la Grecia antigua el apóstol escribió: "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis… Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura" (1 Co. 9:24, 26). En Gálatas 2:2 Pablo manifestó su temor de "no correr o haber corrido en vano", mientras que en Gálatas 5:7 se dolió por los gálatas: "Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?". Al final de su vida, Pablo pudo declarar: "He acabado la carrera, he guardado la fe" (2 Ti. 4:7). Esa metáfora de la vida cristiana como una carrera descrita en el conocido versículo 14 ("prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús"), constituye el tema de Filipenses 3:12-21. El pasaje evidencia la intensa preocupación de Pablo por el crecimiento espiritual.

El pasaje anterior (3:4-11) presentó la transformación de Pablo cuando encontró al Cristo resucitado en el camino a Damasco y entendió el evangelio. En ese pasaje tan conmovedor, el apóstol citó sus impresionantes méritos religiosos. Luego, de manera asombrosa, declara que comparados con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, todos esos logros no son más que basura. Pablo canjeó sus inútiles logros humanos por el conocimiento, la justicia, el poder, la participación y la gloria del Señor Jesucristo.

Algunos filipenses podrían haberse equivocado al pensar que Pablo, tras haber logrado tan asombrosos méritos, hubiera alcanzado la perfección espiritual. Los judaizantes quizá también les enseñaron a los filipenses que la perfección espiritual podía alcanzarse por medio de la circuncisión y la observancia de la ley. También había herejes (los precursores de los gnósticos del siglo II) quienes enseñaban que a quienes alcanzan cierto nivel de conocimiento les aguarda la perfección espiritual. A fin de impugnar esas ideas falsas, Pablo no tardó en añadir este pasaje, que es una impresionante negación de la perfección espiritual. Aunque él era una nueva criatura (2 Co. 5:17), con un corazón nuevo (Ez. 36:26), una nueva disposición que anhelaba con fuerza la santidad (Ro. 7:22; 2 Co. 4:16; Ef. 3:16), estaba unido con Cristo (Gá. 2:20), poseía una nueva mente (Ro. 12:2; Ef. 4:23), tenía la mente de Cristo (1 Co. 2:16), estaba bien con Dios (Ro. 8:1), había sido justificado (Ro. 5:1), perdonado (Ef. 1:7), se le había conferido la justicia de Cristo (2 Co. 5:21), y en él moraba el Espíritu Santo (Ro. 8:9, 11; 1 Co. 3:16; 2 Ti. 1:14), Pablo no era perfecto. Estaba expuesto a la tentación, aún vivía en una carne irredenta, y todavía era un pecador (cp. Ro. 7:14-25; 1 Ti. 1:15). Lejos de haber alcanzado la perfección, la buscaba con todas sus fuerzas. Al igual que Pedro, Pablo comprendió que la vida cristiana es un proceso de toda la vida de "[crecer] en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 P. 3:18;

cp. 1 P. 2:1-2).

Este pasaje asesta un duro golpe a la falsa doctrina del perfeccionismo que aún subsiste en algunas denominaciones e iglesias. El perfeccionismo es la enseñanza de que los creyentes pueden alcanzar un nivel de perfección espiritual y moral en esta vida. Los perfeccionistas enseñan que mediante una segunda obra de la gracia los creyentes pueden gozar de una vida sin pecado de forma instantánea. Algunos incluso llegan a enseñar la erradicación de la naturaleza pecaminosa. Sin embargo, el apóstol Pablo, que es sin duda alguna el cristiano más consagrado, dedicado y maduro espiritualmente que ha vivido, confesó jubiloso que había fracasado en alcanzar la perfección espiritual treinta años después de su conversión. Y dicha confesión era una evidencia clara de la madurez y autenticidad de su espiritualidad. Así pues, ¿quién podría sostener de manera legítima haberlo logrado? Al insistir en la fábula de haber alcanzado la perfección sin pecado, los perfeccionistas se ven obligados a establecer una distinción no bíblica entre el pecado voluntario y los "errores". En cambio, las Escrituras enseñan que cualquier violación de la ley de Dios, sin importar la intención, es pecado. Ningún cristiano llegará a ser perfecto en esta vida, hasta que tenga lugar la redención del cuerpo (Ro. 8:23). La perfección en esta vida será siempre una meta, nunca un logro. Si decimos que no pecamos, hacemos a Dios mentiroso, pues Él dice lo contrario (1 Jn. 1:7-9).

Algunos podrían preguntarse de qué vale buscar el crecimiento espiritual. Después de todo, los creyentes han recibido la promesa de "una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para [ellos]" (1 P. 1:4). No obstante, esa pregunta es un punto discutible. Los hijos espirituales, al igual que los hijos en la carne, no pueden evitar crecer (cp. 1 P. 2:1-2), y tienen un deseo e impulso inherente por crecer.

Además, existen varias razones de peso por las cuales los cristianos deben crecer espiritualmente. Primero, porque eso glorifica a Dios. Segundo, porque eso demuestra que su salvación es genuina. Tercero, porque eso adorna y hace visible la verdad de Dios a otros (cp. Tit. 2:10). Cuarto, porque brinda seguridad de salvación. Quinto, porque guarda a los creyentes del dolor y el sufrimiento propios de la inmadurez espiritual. Sexto, porque protege la causa de Cristo del descrédito. Séptimo, porque produce gozo en la vida del creyente. Octavo, porque los capacita para el ministerio al prójimo en el Cuerpo de Cristo. Por último, porque mejora su testimonio hacia el mundo perdido.

En el siguiente pasaje (3:17-21), Pablo ofrece instrucciones específicas sobre cómo alcanzar el premio de la perfección espiritual, que es la semejanza de Cristo. Más adelante, en esta epístola, Pablo les recordó a los filipenses que "nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:20-21). El apóstol Juan reiteró ese pensamiento: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). La semejanza de Cristo es el premio que se debe perseguir, aunque no sea posible alcanzarlo en esta vida. Aún así, antes de que Pablo escribiera acerca de esta búsqueda, él establece primero seis prerrequisitos para alcanzar realmente el premio de la semejanza de Cristo. El esfuerzo exige de parte del creyente una conciencia sincera, un esfuerzo máximo, una concentración absoluta, una motivación apropiada, un reconocimiento justo y la debida conformidad.

## ALCANZAR EL PREMIO REQUIERE UNA CONCIENCIA SINCERA

**No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto;** (3:12*a*)

Todo lo que los creyentes son ahora en Cristo y que gozarán para siempre en el cielo ha sido fijado por Dios desde la eternidad mediante su benigno propósito (cp. 1 P. 1:4). Esa realidad y promesa espiritual no puede perfeccionarse, pero la virtud de los creyentes en esta vida puede y debe hacerlo. Saber que no somos ahora lo que deberíamos, y que algún día lo seremos en la gloria, no debe producir apatía e indolencia, sino un celo por moverse en dirección del premio. Esa es la obra del Espíritu en nosotros (2 Co. 3:18) y el anhelo del alma regenerada. La conciencia de la necesidad de mejorar nuestra condición espiritual es un prerrequisito para alcanzar el premio de la perfección espiritual.

Pablo era consciente de esto, y lo expresó en las dos palabras con que empieza el versículo 12, **no que**. Él aún no había **alcanzado** (de lambanō; "recibir", "adquirir", o "conseguir") el premio que perseguía, aún no era **perfecto** (de teleioō; "alcanzar la perfección", "lograr una meta", o "consumar"). El hecho de repetir la palabra **ya** revela que Pablo aún era imperfecto en el momento de escribir esta epístola.

A pesar de las abundantes bendiciones que le pertenecían en Cristo, el apóstol sabía que no era perfecto. Su conocimiento de Cristo aún era incompleto (1 Co. 13:12). Auque la justicia de Cristo le había sido conferida (2 Co. 5:21), aún necesitaba "[limpiarse] de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Co. 7:1). En Pablo obraba el poder de Cristo (1 Co. 15:10; Col. 1:29), pero ese poder todavía actuaba por medio de su debilidad (2 Co. 12:9). La profunda comunión con Cristo que había experimentado también era imperfecta, pues aún no sabía orar como convenía, y dependía de que el Espíritu Santo intercediera por él (Ro. 8:26-27). Aunque su

cuerpo era un templo del glorioso Espíritu Santo que moraba en él (1 Co. 6:19), Pablo aguardaba el día en que Cristo "transformará el cuerpo de [su] humillación… para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Fil. 3:21).

Por supuesto que alcanzar el premio de la perfección espiritual empieza con la inconformidad con nuestra situación espiritual presente. Quienes piensan haber alcanzado la perfección espiritual no verán la necesidad de procurar una condición mejor. ¿Para qué esforzarse por alcanzar algo que ya consideran tener? Esas personas satisfechas y contentas consigo mismas están en grave peligro de volverse insensibles a su pecado y ciegos a sus debilidades. Solo quienes son conscientes de su extrema necesidad espiritual vienen a Cristo en busca de salvación (Mt. 5:6). Y solo quienes reconocen continuamente la necesidad de combatir el pecado y cultivar la santidad progresarán en la vida cristiana. Esta búsqueda en el poder del Espíritu santificador de Dios debilita el pecado y aumenta el amor por la santidad, lo que a su vez hace a la persona más sensible al pecado. Quienes son realmente maduros y rectos poseen la mayor sensibilidad y conciencia de sus pecados, y son los más humildes ante Dios por causa de ello.

## ALCANZAR EL PREMIO REQUIERE UN ESFUERZO MÁXIMO

**sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.** (3:12*b*)

Los verdaderos creyentes no alcanzarán el premio de la perfección espiritual hasta que reconozcan la necesidad de mejorar su condición, pero esa conciencia no basta. También deben ser diligentes en su búsqueda. **Prosigo** significa "correr" o "seguir". Habla de un empeño vigoroso y dinámico. Pablo perseguía el premio espiritual con todas sus fuerzas, ejercitando al máximo cada músculo espiritual en su carrera por ganarlo (1 Co. 9:24).

La mentalidad de "soltar y dejar que Dios haga" es ajena a Pablo. Él dependía por completo del poder de Dios que actuaba en su vida (2 Co. 12:9; Col. 1:29). Aún así, describió también la vida cristiana como trabajo y lucha (Col. 1:29), y como "la buena batalla de la fe" (1 Ti. 6:12; cp. 2 Ti. 4:7). Él enseñó: "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hch. 14:22), e insistió de manera reiterada en que el sufrimiento es inevitable en la vida cristiana (p. ej., Ro. 8:17; 1 Ts. 3:4; 2 Ti. 1:8; 3:12).

La frase que resulta de algún modo enigmática **por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús** fija la meta del gran esfuerzo de Pablo. El verbo traducido **logro asir, y fui… asido** podría también traducirse "alcanzar", "tomar", o "atrapar". Pablo corría espiritualmente para alcanzar lo mismo por lo cual **Cristo** lo había alcanzado. En otras palabras, la meta de Pablo en la vida estaba acorde con la meta por la cual Cristo lo salvó.

¿Cuál era la meta de Cristo al salvar a Pablo? El apóstol lo declaró en Romanos 8:29: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos". Dios escogió a Pablo, como a todos los creyentes, para que fueran hechos conformes a Jesucristo. Ese propósito por el cual Dios nos salvó es también el propósito por el cual vivimos. Pablo escribió a los tesalonicenses, "a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ts. 2:14). La vida cristiana es una búsqueda permanente de la semejanza de Cristo. Ese era el objetivo del Señor al salvar a Pablo, y era la meta del apóstol en respuesta a ello.

## ALCANZAR EL PREMIO REQUIERE UNA CONCENTRACIÓN ABSOLUTA

**Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante,** (3:13)

El mayor esfuerzo sin una concentración absoluta es inútil. Todo atleta sabe que quienes corren en una competición deben poner sus ojos en lo que está delante. Quienes miran a la multitud o se fijan en sus propios pies son más propensos a tropezar y caer. El esfuerzo máximo en cualquier empeño atlético exige que los participantes se concentren en una meta fija.

Pablo se dirige a los filipenses con el apelativo afectuoso, íntimo y bondadoso **hermanos** con el fin de alejar sus corazones de los judaizantes y acercarlos a él. Por tercera vez en este pasaje, Pablo añade su afirmación **yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado**. La intención del apóstol es polémica. Él dirige su argumento a quienes enseñaban el error, y quiere que la verdad quede completamente clara. A pesar de que los falsos maestros afirmaran lo contrario, no es posible alcanzar la perfección espiritual en esta vida.

Aunque Pablo no había alcanzado la perfección espiritual, tenía esa bendita insatisfacción que lo motivaba a procurarla. De hecho, se había convertido en la búsqueda de su vida, expresada en la frase **pero una cosa hago**. **Hago** no se encuentra en el texto griego, sino que fue añadido por los traductores porque estaba implícito. En el texto griego, Pablo expresa su tenacidad de manera breve, apasionada, casi abrupta. La atención del apóstol en su meta era absoluta, su nivel de concentración agudo.

Las personas que son capaces de concentrarse de esa forma son quienes triunfan en el atletismo y en otras metas de la vida. Muchas personas saltan de una actividad a otra, pero en nada triunfan. A pesar de toda la energía que gastan, logran muy poco. Sus vidas están llenas de acción y emoción, pero carecen de significado. A esa clase de persona Santiago la llamó "de doble ánimo… inconstante en todos sus caminos" (Stg. 1:8). Para evitar esa inconstancia el salmista oró: "Afirma mi corazón para que tema tu nombre" (Sal. 86:11), y Salomón aconsejó: "Tus ojos miren lo recto, y diríjanse tus párpados hacia lo que tienes delante. Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal" (Pr. 4:25-27). Cuando los creyentes tienen esa necesidad apremiante de ser como Cristo, se acercarán a la perfección espiritual.

Dicha concentración tiene dos facetas. Por un lado, Pablo mantuvo su atención **olvidando lo que queda atrás**. Un atleta que mira hacia atrás corre el riesgo de ser aventajado. El desempeño de un atleta en carreras anteriores tampoco le garantiza el éxito en carreras presentes o futuras. El pasado es irrelevante; lo que importa es hacer el máximo esfuerzo en el presente que permita sostener el impulso en el futuro. Los perfeccionistas y legalistas miran sus logros pasados para validar un supuesto nivel espiritual. Los judaizantes buscaron seducir a los gálatas con su pasado, por lo que Pablo escribió: "Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?" (Gá. 4:9).

Pablo rompió con todo su pasado, tanto lo bueno como lo malo. Logros religiosos, obras loables, grandes triunfos ministeriales, al igual que pecados, oportunidades perdidas y calamidades, todo debe olvidarse. Nada de eso controla el presente ni el futuro. Los creyentes no pueden vivir de victorias pasadas, ni desalentarse por la culpa que suscitan los pecados pasados.

Las iglesias están llenas de inválidos espirituales, paralizados por la amargura, el pecado, el rencor o las tragedias del pasado. Otros intentan sobrevivir en el presente confiados en victorias pasadas. Es preciso que rompan con el pasado si han de perseguir el premio espiritual. Dios se interesa por lo que los creyentes hacen ahora y en el futuro. Jesús declaró: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Lc. 9:62). Los que han olvidado el pasado son quienes gozan de la visión más clara.

Por otro lado, Pablo mantuvo su enfoque [extendiéndose] **a lo que está delante**. **Extendiéndome** es la traducción de una forma del participio del verbo epekteinō, compuesto por dos preposiciones añadidas al verbo teinō ("estirar"). Se refiere a estirar un músculo al máximo de su capacidad, y describe a un atleta que fuerza cada músculo para alcanzar la línea de llegada.

Como ya se indicó, la meta en la cual deben concentrarse los creyentes es ser como Jesucristo. También fue la meta del ministerio de Pablo "presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre" (Col. 1:28). Asimismo, les manifestó ese objetivo a los efesios:

> *Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error (Ef. 4:11-14).*

Pablo les dijo a los gálatas que sufría "dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gá. 4:19). Exhortó a los corintios a "[perfeccionarse]" (2 Co. 13:11), y su colaborador Epafras rogó que los colosenses fueran "firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere" (Col. 4:12). Buscar la semejanza de Cristo aquí y ahora, hasta que seamos hechos como Él en la gloria, determina el progreso de la vida cristiana y fija la meta del ministerio.

## ALCANZAR EL PREMIO REQUIERE UNA MOTIVACIÓN APROPIADA

**prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.** (3:14)

Como ya se vio, este versículo es el eje del pasaje. El tiempo presente del verbo aquí traducido **prosigo** denota el esfuerzo permanente de Pablo por alcanzar el "sueño imposible" y vencer "al enemigo invencible". El significado original de la preposición kata (**a**) es "abajo". Pablo expresó de nuevo su meta fija, diciendo: "Prosigo continuamente **a la meta** (skopos; 'una marca sobre la cual fijar los ojos')".

Ese **premio** era su motivación para correr (1 Co. 9:24). Los creyentes no recibirán el **premio** (la semejanza de Cristo con todos sus beneficios eternos) hasta que el **supremo** (lit. "alto", que señala tanto la fuente del llamamiento como su destino) **llamamiento de Dios en Cristo Jesús** los introduzca en la gloriosa presencia divina en el cielo. Como ya se

indicó, la perfección no puede alcanzarse en esta vida. La línea de llegada es la entrada celestial, donde se entregarán los premios (cp. Mt. 5:12; Lc. 6:23; 1 Co. 3:12-15). Solo "cuando él [Cristo] se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2).

Al igual que un atleta levanta triunfante sus brazos al acercarse a la línea de llegada, Pablo declaró al final de su vida: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Ti. 4:7-8). Solo "en aquel día" en el cielo Pablo recibiría "la corona de justicia" (la justicia de Cristo que ha sido perfeccionada en él), y solo entonces recibirá el **premio** que procuró con tanta diligencia.

## ALCANZAR EL PREMIO REQUIERE UN RECONOCIMIENTO JUSTO

**Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios.** (3:15)

Pablo no estaba solo en la carrera espiritual. En ella participan todos los cristianos, mencionados aquí en la frase **así que, todos los que somos perfectos** (cp. He. 10:14). El apóstol no se refiere a la perfección práctica, pues eso podría contradecir lo que acaba de exponer en el pasaje. La perfección práctica solo viene cuando los creyentes son glorificados. Antes bien, en un juego de palabras, él describe a los creyentes como quienes gozan de perfección en Cristo. Puesto que este es un pasaje polémico dirigido contra quienes enseñaban que la perfección se lograba en esta vida, el hecho de que Pablo emplee el término **perfectos** podría ser con doble intención y un toque de sarcasmo. Esos falsos maestros no eran **perfectos** en la práctica, y tampoco en su posición ante Dios.

Todo cristiano verdadero debe tener esta misma actitud de Pablo. Phroneō (**esto mismo sintamos**) significa literalmente "pensar de esta manera", "estar resuelto a", o "estar de acuerdo con esto". Podría traducirse "pensar continuamente así". Como Pablo, los creyentes deben centrarse totalmente en realizar su máximo esfuerzo por alcanzar el premio de la semejanza de Cristo. Sabemos cómo piensa Cristo porque las Escrituras revelan su mente (1 Co. 2:16). Si pensamos de manera bíblica, santa, viendo todo desde la perspectiva divina, esos pensamientos impulsarán nuestra conducta para que sea como la de Él (cp. Col. 3:16).

Sin embargo, Pablo era un pastor experimentado y sabía que no todos los creyentes estarían de acuerdo con su fuerte e inexorable interés en la búsqueda del premio. A ellos, Pablo dice: **y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios**. Quienes rehúsan atender al mensaje de Pablo, escucharán el mismo mensaje de parte de Dios. Él los corregirá mediante su Palabra, su Espíritu, o mediante el castigo. Dios hará todo lo que sea necesario para que los creyentes reconozcan su necesidad de perseguir el premio de la semejanza de Cristo. Él también les dará todo lo necesario para lograrlo (2 P. 1:3).

## ALCANZAR EL PREMIO REQUIERE LA DEBIDA CONFORMIDAD

**Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa.** (3:16)

Plēn (**pero**) también podría traducirse "una cosa más". Suele emplearse para expresar una idea final. Este último prerrequisito para alcanzar el premio también podría describirse como coherencia. Después de desarrollar una conciencia sincera, un esfuerzo máximo, una concentración, una motivación y un reconocimiento, los creyentes deben persistir en vivir según una misma regla a la cual han llegado. Stoicheō (**sigamos una misma regla**) significa "alinearse", o "seguir de acuerdo". Los creyentes deben seguir por el camino espiritual que han emprendido. En términos de la metáfora de la carrera, deber seguir corriendo por su carril.

Existen cuatro recursos que Dios ofrece para ayudar a los creyentes en su búsqueda del premio de la semejanza de Cristo. El primero es la Palabra de Dios. Pedro escribió: "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación" (1 P. 2:2). El segundo es la oración. Pablo oró "por [la] perfección" de los corintios (2 Co. 13:9). El tercero es seguir el buen ejemplo de otros. Pablo les rogó a los corintios: "que me imitéis" (1 Co. 4:16; cp. 11:1; Fil. 3:17; 1 Ts. 1:6; 2 Ts. 3:7, 9; 1 Ti. 4:12; He. 13:7; 1 P. 5:3). Por último, Dios usa las pruebas para transformar a los creyentes a la imagen de Jesucristo: "Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca" (1 P. 5:10; cp. Stg. 1:2-4).

En la ladera de uno de los alpes suizos hay una señal que rememora a un hombre que murió en su intento por llegar a la cima. Allí está escrito su nombre y este breve epitafio: "Murió escalando". El epitafio de todo cristiano debería ser el de morir mientras asciende por el camino que conduce al premio de la semejanza de Cristo.

# 17. Alcanzar el premio— Segunda parte: El procedimiento

**Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal. Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.** (3:17-21)

Las personas que logran transformar el mundo siempre tienen un compromiso constante para el logro de sus metas. Ya sea que la meta consista en conquistar el mundo, triunfar en los negocios o ganar un campeonato, están dispuestos a sacrificar lo que sea necesario para alcanzarla. Por otro lado, quienes se dedican a satisfacer sus propias necesidades y a vivir en comodidad rara vez logran algo.

Lo mismo se cumple en la vida cristiana. No hay secretos ocultos, ni trucos, ni atajos para una vida que influye en el mundo con la verdad de Jesucristo. Esa clase de vida es el resultado directo del esfuerzo máximo por alcanzar el objetivo espiritual de la semejanza de Cristo en la vida y en el ministerio. Muchos siervos ilustres de Dios han sufrido mucho para alcanzar ese objetivo. Inclusive muchos lo pagaron con su vida. Todos tenían algo en común: su comodidad personal era menos importante para ellos que ser como el Señor Jesucristo en este mundo. Ellos dejaron su huella en la iglesia gracias a su permanente devoción a Él y a sus infatigables esfuerzos por causa de su evangelio.

Desdichadamente, pocos en la iglesia actual tienen ese nivel de compromiso con la causa de Cristo. Entre las muchas razones que lo explican, está el efecto devastador de la psicología humanista sobre la iglesia. Uno de los supuestos básicos de la psicología moderna es que la razón de la existenica es la gratificación personal. La meta primordial en la vida es, pues, que las personas satisfagan lo que consideran sus deseos y necesidades. Solo entonces estarán felices, satisfechas y complacidas.

La forma contemporánea de presentar el evangelio refleja con frecuencia esa filosofía humanista. Dios se ha convertido en una especie de genio utilitario, que existe para concedernos cualquier deseo para nuestra gratificación y contentamiento. Las Escrituras presentan a Jesucristo como Señor y Salvador, ante quien toda rodilla debe inclinarse en total sumisión y obediencia (Fil. 2:10). Sin embargo, las presentaciones contemporáneas del evangelio lo muestran como la solución instantánea para todos los problemas de la vida, a pesar de que Él mismo advirtió: “En el mundo tendréis aflicción” (Jn. 16:33; cp. Hch. 14:22; 1 Ts. 3:4; 2 Ti. 3:12). El ejemplo más evidente de esta visión actual centrada en el hombre es el evangelio de la prosperidad, con su descarada búsqueda de las cosas de este mundo. Esas actitudes de gratificación egoísta se contraponen a la actitud de verdadera espiritualidad, que es la conciencia humilde y modesta del pecado, y la profunda gratitud por la más pequeña demostración de la gracia de Dios.

El narcisismo que abunda en el cristianismo contemporáneo también ha pervertido la doctrina de la santificación. Jesús enseñó: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23). En claro contraste, hoy se pone el acento sobre la gratificación de las personas y la satisfacción de sus deseos. Se afirma que solo así pueden ser cristianos eficaces. Este es el enfoque de gran parte de las predicaciones, enseñanzas y escritos.

Acerca de este nuevo paradigma de la vida cristiana, Tony Walter escribe:

> Está en boga seguir la concepción de algunos psicólogos de que el yo es un manojo de necesidades y que el crecimiento personal consiste en la tarea de suplirlas de manera progresiva. Muchos cristianos están de acuerdo con tales creencias…
>
> Una evidencia de la casi total acogida de esta nueva moralidad es que la iglesia cristiana, por tradición inclinada a mortificar los deseos de la carne y a crucificar las necesidades del yo en aras de la [semejanza de Cristo], ha adoptado con ansias el lenguaje de las necesidades para sí misma… Ahora oímos decir que “Jesús suplirá todas sus necesidades”, como si Él fuera un psiquiatra o detergente divino, como si Dios solo existiera para servirnos (*Need: The New Religion* [Necesidad: La nueva religión] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1985], Prefacio, p. 5).

El hecho de que la iglesia adopte esta mentalidad enfocada en las necesidades que propone la psicología humanista conduce a una nueva teología, una casi salvación y un reemplazo para la santificación, todos centrados en el hombre. Para muchos, la meta de la vida cristiana es lograr la satisfacción de sus necesidades personales, ser felices, tener una buena imagen de sí mismo, y eliminar todos los problemas de la vida. El centro no es Cristo, sino el hombre.

No obstante, la "teología de la necesidad" seudocristiana se opone diametralmente a lo que enseña la Biblia. La satisfacción de las necesidades humanas no es el objetivo de la salvación ni de la santificación. La meta de la salvación es que los creyentes sean hechos conformes a la imagen del Hijo de Dios (Ro. 8:29). En consecuencia, la santificación cristiana se proyecta hacia fuera a Cristo, no hacia adentro a las necesidades percibidas de los creyentes. El objetivo de la vida cristiana no es complacer a los creyentes, sino a Dios. De hecho, los creyentes florecen cuando la debilidad los abruma (2 Co. 12:9-10).

El hecho de que los cristianos están llamados a ser como Jesucristo es la sencilla verdad que tienden a ocultar el sinnúmero de teologías, seminarios, libros, fórmulas y mensajes que pretenden descifrar el secreto del crecimiento espiritual. Algunos de esos ofrecimientos pueden ser útiles, pero solo en la medida en que facultan al creyente para ser más como Jesucristo.

El mandato reiterado del Señor Jesucristo: "Venid en pos de mí" (cp. Mt. 4:19; 8:22; 9:9; 16:24; 19:21), no ha sido reemplazado ni mejorado. Es la obligación más fundamental de un creyente. Pablo expresó la misma verdad a los gálatas: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gá. 4:19) y a los corintios: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Co. 11:1). El apóstol Juan enseñó: "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6).

Cuando Pablo les dijo a los filipenses "una cosa hago" (3:13), resumió la vida cristiana en ese único objetivo. Por ejemplo, los cristianos deben glorificar a Dios, pero solo pueden hacerlo en la medida en que son como Jesucristo. Cuando evangelizan al perdido, imitan al Señor, quien vino "a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc. 19:10). A medida que los creyentes maduran espiritualmente, "[crecen] en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 P. 3:18). Al "[estar] muertos a los pecados, [y vivir] la justicia" (1 P. 2:24) se vuelven más y más como Jesús, "que no conoció pecado" (2 Co. 5:21; cp. He. 7:26; 1 P. 2:22; 1 Jn. 3:5).

Hay un recurso objetivo y uno subjetivo para alcanzar el premio de la semejanza de Cristo. El recurso objetivo es la Palabra de Dios. La Biblia es la revelación de Cristo, "en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col. 2:3). Cuando Pablo escribió que los creyentes tienen "la mente de Cristo" (1 Co. 2:16), se refería a la revelación de las Escrituras dadas por el apóstol y demás autores del Nuevo Testamento.

El poder subjetivo para llegar a ser más como Jesucristo es la obra del Espíritu Santo. Él usa el conocimiento de Cristo extraído de las Escrituras para transformar de manera progresiva a los creyentes a la imagen de Cristo (2 Co. 3:18). El Nuevo Testamento deja claro que el crecimiento cristiano es el resultado del estudio de las Escrituras y del sometimiento al Espíritu Santo.

En este pasaje, Pablo presenta tres elementos prácticos de la búsqueda de la semejanza de Cristo: seguir vidas ejemplares, huir de los enemigos y poner la mira en lo que está delante.

## SEGUIR VIDAS EJEMPLARES

**Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros.** (3:17)

Por tercera vez en este capítulo, Pablo se dirige afectuosamente a los filipenses como **hermanos** (cp. vv. 1, 13). En el texto griego la frase **sed imitadores de mí** significa literalmente "sean imitadores conmigo". Pablo instó a los filipenses a imitar su manera de vivir. Él no pretendía ponerse en un pedestal de perfección espiritual (cp. el comentario de vv. 12-16 en el capítulo anterior de este tomo). Antes bien, animaba a los filipenses a seguirlo, como un pecador imperfecto, en su esfuerzo por alcanzar la meta de la semejanza de Cristo.

El Nuevo Testamento registra tanto los triunfos como los desaciertos de Pablo. En un arranque de ira por el maltrato que sufrió a manos del sumo sacerdote, exclamó "¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?" (Hch. 23:3), si bien no tardó en disculparse (Hch. 23:5). Debido a su lucha con el orgullo, el Señor le dio a Pablo un aguijón en la carne (2 Co. 12:7). Tres décadas después de su conversión, él aún se considera como el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15).

Si Pablo hubiera sido perfecto, no habría sido un ejemplo que los creyentes pudieran seguir. Necesitamos seguir a alguien que no es perfecto, a fin de aprender a vencer nuestras imperfecciones, alguien que pueda mostrarnos cómo manejar los problemas de la vida, sus desilusiones y adversidades, cómo tratar con el orgullo, resistir la tentación, y morir al pecado. Cristo es el modelo perfecto que los creyentes deben imitar. Sin embargo, Cristo nunca buscó la

perfección, pues siempre ha sido perfecto. Pablo era un compañero de viaje en el camino hacia la inalcanzable perfección espiritual, y por ende un ejemplo que los creyentes podían seguir. Él fue ejemplo de virtud, de moral, de victoria sobre la carne y sobre la tentación, de adoración, de servicio a Dios, de perseverancia y paciencia frente al sufrimiento, del manejo de las posesiones y de las relaciones.

Aparte de él mismo, Pablo les mandó a los filipenses: **Y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros**. Skopeō (**mirad**) es la forma verbal del sustantivo que se traduce "meta" en el versículo 14, y podría también traducirse "fijar su mirada en". En realidad Pablo dice: "Miren a quienes andan (se comportan a diario) según el **ejemplo** correcto, el que tienen en nosotros". Eso incluiría a Timoteo y a Epafrodito, a quienes conocían los filipenses, al igual que los obispos y diáconos de Filipos (cp. 1:1). No obstante, la palabra **nosotros** parece más bien un plural literario, una manera modesta de referirse Pablo a sí mismo.

Los filipenses, al igual que los creyentes en la actualidad, podían conocer el ejemplo de Pablo en forma impresa. Sin embargo, ellos también habían sido testigos directos de su vida durante su estancia en Filipos. Los creyentes siempre han necesitado ejemplos de vida piadosa que les sirvan de modelo. Dichos ejemplos son los pastores y ancianos de la iglesia, quienes deben ser "ejemplo de los creyentes" (1 Ti. 4:12) demostrando humildad, servicio desinteresado, disposición a sufrir, devoción a Cristo, valor y dedicación al crecimiento espiritual.

Quienes enseñan y predican la Palabra deben manejarla con precisión. Eso reviste una importancia particular hoy, cuando la correcta interpretación de las Escrituras ha sido terriblemente empañada, y cualquier idea parece aceptable. Pablo exhortó a Timoteo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Ti. 2:15). Sin embargo, la correcta enseñanza de la verdad debe estar respaldada por una vida recta.

## HUIR DE LOS ENEMIGOS

**Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal.** (3:18-19)

El apóstol advirtió que en la búsqueda del premio espiritual de la semejanza de Cristo, es necesario admitir que existen **muchos** ejemplos que deben evitarse. Los **enemigos** acerca de los cuales Pablo les advirtió no parecían demostrar una hostilidad declarada hacia la fe cristiana. Al igual que su perverso amo, Satanás, eran engañosos, se disfrazaban como mensajeros de Cristo, ángeles de luz y ministros de justicia (2 Co. 11:13-15). Llegaron a formar parte de la iglesia, y tal vez incluso en funciones de liderazgo. Su astucia significaba una singular peligrosidad.

El Nuevo Testamento no cesa de advertir acerca del peligro que representan los falsos maestros. En el sermón del monte, Jesús previno: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces" (Mt. 7:15). En el discurso en el Monte de los Olivos dijo: "Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán" (Mt. 24:4-5). Hechos menciona entre los falsos maestros a Simón el mago (Hch. 8:9-24) y a Elimas (Hch. 13:8-11), en tanto que Pablo enfrentó a Himeneo y a Alejandro en Éfeso (1 Ti. 1:20). El apóstol instó a Timoteo (1 Ti. 1:4) y a Tito (Tit. 3:9) a evitar a los falsos maestros que se enredaban en mitos y genealogías. Tanto Pedro (2 P.) como Judas escribieron acerca del peligro de los falsos maestros. Juan también previno a sus lectores para que estuvieran en guardia contra los falsos maestros:

> *Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo (1 Jn. 4:1-3).*

En su segunda epístola agregó: "Muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo" (2 Jn. 7).

Por desdicha, debido a la apatía hacia la verdad y al escaso conocimiento bíblico, la iglesia actual carece de discernimiento. Es sorprendente e inquietante ver lo que creen los cristianos y las personas a quienes siguen. La falta de mensajes bíblicos coherentes, precisos y permanentes desde el púlpito ha producido deficiencias en el pensamiento bíblico exacto y en el discernimiento. El resultado trágico es el engaño generalizado de la iglesia por parte de enemigos de la cruz de Cristo. (Para un estudio más amplio de la falta de discernimiento en la iglesia, véase John MacArthur, *Reckless Faith: When the Church Loses Its Will to Discern* [Fe temeraria: Cuando la iglesia pierde su deseo de discernir] [Wheaton, Ill.: Crossway, 1994]).

A diferencia de los ejemplos piadosos del versículo 17, la conducta de los falsos maestros no debe ser imitada. Algunos consideran la frase **de los cuales os dije muchas veces** como una alusión a 1:28. Sin embargo, es más probable que se refiera a las advertencias que le comunicó Pablo a la iglesia filipense cuando estuvo con ellos en persona. Él les dio una advertencia similar a los ancianos de la iglesia en Éfeso:

> *Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno (Hch. 20:28-31).*

Pablo les advirtió a los filipenses que los falsos maestros **son enemigos de la cruz de Cristo**. Con todo, lo hizo **llorando**, no con alegría. Este es el único lugar en el Nuevo Testamento donde Pablo habla de sí mismo en tiempo presente como quien llora. Él era un hombre sensible y emotivo, y la carga de los pecadores perdidos o la amenaza contra sus amadas congregaciones le llevaba en muchas ocasiones a derramar lágrimas (cp. Hch. 20:19, 31; Ro. 9:2; 2 Co. 2:4). A Pablo le acongojaba reconocer los estragos que podrían causar los falsos maestros en la iglesia filipense. Sin duda alguna también lloró por el destino que les esperaba a esos falsos maestros (cp. Ro. 9:2). La condenación de los enemigos de la cruz, su efecto destructivo en la iglesia y el descrédito que traían a la causa de Cristo afligían a Pablo.

Pablo describió a los falsos maestros como **enemigos de la cruz de Cristo**. El término **cruz** no se limita al objeto en sí empleado para asesinar (1 Co. 1:17-18, 23; 2:2; Gá. 3:1; 6:14; Ef. 2:16; Col. 1:20; 2:14; 1 P. 2:24), sino que significa la muerte expiatoria de Cristo a todo nivel. ¡Los falsos maestros estaban en contra de la salvación!

Pablo no nombró específicamente a los **enemigos de la cruz de Cristo** que perturbaban a los filipenses. Sin embargo, hay solo dos opciones: eran judíos o gentiles, o ambos. Los falsos maestros judíos que se infiltraban en la iglesia se conocían como los judaizantes (cp. Hch. 15). Ellos alegaban que el evangelio solo era insuficiente para salvar, y que también se necesitaba la circuncisión y la observacia de la ley. Pablo los denunció enérgicamente en 3:2 Como “perros… malos obreros”, y “mutiladores del cuerpo”. Aunque se consideraban como ovejas del redil de Dios, los judaizantes eran en realidad perros salvajes, sarnosos y despreciables. Sus descendientes espirituales, aquellos que añaden a la salvación las obras, plagan la iglesia hasta hoy.

Puesto que Pablo no identificó de manera específica a estos **enemigos de la cruz** como judaizantes, es posible que fueran gentiles. Algunos falsos maestros gentiles sostenían la conocida filosofía dualista del pensamiento griego contemporáneo. Esos herejes, precursores de la peligrosa herejía del siglo II conocida como gnosticismo, enseñaban que el espíritu era bueno y la materia mala. Ya que el cuerpo estaba hecho de materia, era por naturaleza malo. En última instancia, la salvación no comprendía la redención del cuerpo, sino la liberación del mismo. Así que, siendo el cuerpo irremediablemente malo, no importaba lo que se hiciera con él. Sus deseos podían saciarse, una persona podía ser glotona, ebria, homosexual o adúltera. Los herejes enseñaban que todo eso era irrelevante porque solo afectaba al cuerpo, no al espíritu. Los judaizantes añadían al evangelio, mientras que los falsos maestros gentiles restaban del evangelio.

Ese mismo espíritu de libertinaje antinomianista sigue latente hoy. En la iglesia contemporánea hay quienes enseñan que la fe salvadora no exige como respuesta una vida de santidad. Afirman que al pagar Jesús con su muerte por el pecado de los creyentes, no tiene importancia cómo vivan ellos. Algunos incluso enseñan que todos los que profesan fe en Cristo son salvos, incluso si más adelante se vuelven ateos.

Pablo presentó cuatro señales de los **enemigos de la cruz** en el versículo 19.

## EL FIN QUE LES ESPERA

**el fin de los cuales será perdición,** (3:19*a*)

Después de haber rechazado la única verdad de salvación, la cruz de Cristo, todos los falsos maestros enfrentan el mismo destino. Su **fin** (la palabra griega telos se refiere aquí a su destino final) será la **perdición** eterna (tormento, castigo) en el infierno (Mt. 25:46; 2 Ts. 1:9). Los judaizantes merecían ese fin porque añadían las obras del hombre a la cruz de Cristo. Creer la verdad acerca de Él, pero creer también que las obras humanas son necesarias para la salvación es estar condenado para siempre. Los herejes gentiles merecían su destino porque privaban a la cruz de Cristo de su poder para transformar vidas. El resultado es una fe muerta, incapaz de salvar (Stg. 2:14-26).

## LA DEIDAD A LA QUE SIRVEN

**cuyo dios es el vientre,** (3:19*b*)

**El vientre** es la traducción de koilia, que se refiere al abdomen, y en sentido particular al estómago. Aquí se emplea en sentido metafórico para referirse a todos los apetitos desenfrenados, sensuales, carnales y corporales (cp. 1 Co. 6:13). Los falsos maestros estaban condenados porque no adoraban a Dios, sino que se inclinaban ante sus impulsos carnales. Podría ser una referencia a la importancia que le concedían los judaizantes a la observancia de las leyes judaicas de la dieta. En caso de que se refiriera a los falsos maestros gentiles, podría aludir a su búsqueda desenfrenada de placeres sensuales. Judas describió a esta clase de personas como "hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo" (Jud. 4).

## LA VERGÜENZA QUE LLEVAN

**y cuya gloria es su vergüenza;** (3:19*c*)

Resulta chocante que los falsos maestros se jactaran de las mismas cosas que eran **su vergüenza**. La máxima expresión de maldad es que la mayor perversidad de un pecador ante Dios sea su mayor motivo de gloria. Los judaizantes se gloriaban en su "basura" (3:8), al igual que hizo Pablo antes de aprender a considerarlo todo "como pérdida por amor de Cristo" (3:7). Los libertinos gentiles también se gloriaban en su supuesta libertad para seguir los deseos carnales. Sus conductas más perversas eran motivo del mayor orgullo (cp. 1 Co. 5:1-2).

### SU MANERA DE PENSAR

**que sólo piensan en lo terrenal.** (3:19*d*)

Esta mentalidad **terrenal** demuestra que los falsos maestros no eran salvos. Santiago cuestionó: "¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Stg. 4:4). "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15). Los judaizantes solo pensaban en sus ceremonias, festivales, fiestas, sacrificios, lunas nuevas, "todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo" (Col. 2:17). Los libertinos se ocupaban en disfrutar de los placeres carnales del mundo.

Los enemigos de la cruz, tanto si le añaden como si le quitan al evangelio, deben evitarse, nunca imitarse.

## PONER LA MIRA EN LO QUE ESTÁ DELANTE

**Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.** (3:20-21)

La motivación fundamental para alcanzar la semejanza de Cristo es la esperanza del regreso de Jesucristo. Ya que Cristo está en el cielo, quienes le aman deben ocuparse de las cosas del cielo, anhelando que Él regrese y los lleve a estar con Él (1 Ts. 4:17).

A Pablo no le interesaban las comodidades ni placeres de este mundo, como lo demuestran los siguientes pasajes:

> *que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de*

*Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos (2 Co. 4:8-10).*

*antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo (2 Co. 6:4-10).*

> *¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? (2 Co. 11:23-29).*

Esta manera de pensar le llevó a la convicción que le motivó a escribir: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (1:23).

Para los creyentes es lógico poner la mira en el cielo, ya que **nuestra cuidadanía está en los cielos**. Politeuma (**ciudadanía**) solo aparece aquí en el Nuevo Testamento, si bien Pablo usó el verbo afín en 1:27. Se refiere al lugar donde una persona tiene su estado civil oficial, a la nación en la cual su nombre está registrado en la lista de ciudadanos. Aunque los creyentes viven en este mundo, son ciudadanos del cielo. Son miembros del reino de Cristo, que no es de este mundo (Jn. 18:36). Sus nombres están escritos en el cielo (Lc. 10:20; cp. Fil. 4:3; He. 12:23; Ap. 13:8; 21:27); donde está su Salvador (Hch. 1:11; 1 Ts. 4:16), los santos que los precedieron (He. 12:23), su herencia (1 P. 1:4), su recompensa (Mt. 5:12) y su tesoro (Mt. 6:20).

Aunque los creyentes todavía no viven en el cielo, sí viven en el reino celestial (Ef. 2:6), y experimentan en cierto grado la vida celestial aquí en la tierra. Tienen la vida de Dios en ellos, están bajo el gobierno del Rey del cielo, y viven por él.

La alusión de Pablo a la **ciudadanía** pudo haber tenido especial significado para los filipenses, ya que Filipos era una colonia romana. Los filipenses eran ciudadanos romanos, aunque era evidente que vivían fuera de Roma, así como los creyentes son ciudadanos del cielo al tiempo que viven en la tierra.

Es del cielo **de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo**. Los ángeles les dijeron a los discípulos que observaron la ascensión de Cristo al cielo: “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hch. 1:11). En Juan 14:2-3 Jesús mismo prometió: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. Por esas promesas los creyentes deben “[esperar] la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 1:7), y “esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Ts. 1:10). Hasta su regreso, los creyentes “gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23).

La esperanza del regreso de Cristo llena a los creyentes de motivación, responsabilidad, y seguridad. Esta promesa encierra una motivación positiva a ser hallado fiel cuando Él regrese a premiar a los creyentes; a rendir cuentas ante Dios por una vida que produzca oro, plata y piedras preciosas en vez de madera, heno y hojarasca (1 Co. 3:12). Existe una realidad opuesta, como escribió Juan: “Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo” (2 Jn. 8). Por último, la promesa del regreso de Cristo provee seguridad, ya que Jesús prometió: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:39-40).

Los creyentes no deben esperar el regreso de Cristo con una actitud pasiva de resignación o de apatía. Antes bien,

deben esperar con ansias **al Salvador, al Señor Jesucristo**. Los creyentes no esperan un acontecimiento, sino una persona. Apekdechomai (**esperamos**) se emplea con frecuencia para hablar acerca de la segunda venida de Cristo (p. ej., Ro. 8:19, 23, 25; 1 Co. 1:7; Gá. 5:5; He. 9:28). No solo significa anhelo, sino también paciencia.

Como ya se vio, el regreso de Cristo marca el fin de la búsqueda esforzada del elusivo premio de la perfección santa, porque solo entonces Él **transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya**. Entonces la tan anhelada redención del cuerpo tendrá lugar (Ro. 8:23). "Cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). Hasta entonces, la nueva criatura (2 Co. 5:17) está aprisionada en la humanidad irredenta ("este cuerpo de muerte"; Ro. 7:24) de la cual anhela ser liberada.

Para los creyentes que mueren antes del regreso de Cristo, la muerte significa la separación temporal del espíritu y el cuerpo. El cuerpo va a la tumba, mientras que el espíritu va directo a la presencia de Dios (1:21, 23; 2 Co. 5:6, 8). En este momento el cielo está habitado por "los espíritus de los justos hechos perfectos" (He. 12:23). Esos creyentes que vivieron desde Pentecostés hasta el arrebatamiento experimentarán la unión de sus espíritus con el cuerpo resucitado en el momento del arrebatamiento (1 Ts. 4:15-17). Los creyentes del Antiguo Testamento y aquellos que fueron salvos durante la tribulación recibirán sus cuerpos resucitados en la segunda venida de Cristo (Dn. 12:2; Ap. 20:4).

Cristo **transformará** completamente el cuerpo de todos los creyentes, cada grupo en el momento señalado (cp. 1 Co. 15:22-23), a fin de prepararlos para entrar al cielo. El cuerpo de los creyentes tendrá una nueva apariencia, será hecho de nuevo y rediseñado. Cristo **transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya**. Al igual que el cuerpo resucitado de Cristo, el de los creyentes podrá reconocerse. Podrán comer, hablar y caminar, pero no tendrán las limitaciones físicas del cuerpo que tenemos ahora. Después de su resurrección Cristo apareció y desapareció a su arbitrio, incluso entró en una habitación con las puertas cerradas (Jn. 20:19). Pablo presenta una descripción más detallada de los cuerpos resucitados de los creyentes en 1 Corintios 15:35-49:

> *Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.*

Tener a la vez un espíritu redimido y un cuerpo glorificado les permitirá a todos los creyentes manifestar perfectamente la gloria de Dios. El pecado, la debilidad, el pesar, la desilusión, el dolor, el sufrimiento, la duda, el temor, el odio y el fracaso se acabarán y darán lugar al gozo (Mt. 25:21), la dicha (Sal. 16:11), el conocimiento (1 Co. 13:12), el consuelo (Lc. 16:25) y el amor perfectos (1 Co. 13:13).

La salvación abarca mucho más que tan solo librarse del infierno. El objetivo final de Dios al redimir a los creyentes es transformar su cuerpo en semejanza **al cuerpo de la gloria suya**. Ellos serán "hechos conformes [summorphos; la misma palabra traducida **semejante** en el v. 21] a la imagen de su Hijo" (Ro. 8:29; cp. 1 Jn. 3:2). "Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial" (1 Co. 15:49).

Con cuerpos tranformados los creyentes podrán convertirse al fin en la creación perfecta que Dios había planeado para ellos a fin de gozar de la perfecta y eterna comunión con Él. Juan describió así el cielo: "Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Ap. 21:3; cp. Jn. 14:1-3; 1 Ts. 4:17). Ese cuerpo también les permitirá a los creyentes ver a Dios. En las Bienaventuranzas Jesús dijo: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt. 5:8), y Juan escribió que en el cielo "no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes" (Ap. 22:3-4). Los cuerpos resucitados de los creyentes también serán perfectos para el servicio eterno que prestarán a Dios (cp. Ap. 7:15).

Con el fin de disipar cualquier duda acerca del poder de Cristo para transformar el cuerpo de los creyentes, Pablo escribe que lo llevará a cabo **por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas**. Hupotassō

(**sujetar**) significa “organizar en orden de jerarquía” o “administrar”. Cristo tendrá el poder de gobernar el reino milenario (Ap. 12:5, 19:15; cp. Is. 9:6; 32:1; Zac. 14:9). Por su poder, Cristo también transformará la topografía de la tierra (Zac. 14:4-8) y el reino natural (Is. 11:6-9). Lo que Pablo quiere señalar es que si Cristo puede sujetar el universo entero a su control soberano (cp. 1 Co. 15:24-27), tiene el poder para transformar el cuerpo de los creyentes a su semejanza.

Mientras corren la carrera espiritual (He. 12:1), los creyentes deben mirar los ejemplos piadosos para obtener inspiración e instrucción. También deben cuidarse de los enemigos de la verdad que intentarán desviarles del buen camino. Por último, deben centrarse en la esperanza gloriosa que es suya en el regreso de Cristo: la transformación del cuerpo en semejanza al de Él. Luego, completamente regenerados en cuerpo y alma, estarán listos para el gozo y la gloria eternas en santidad.

# 18. Estabilidad espiritual— Primera parte: Armonía, gozo, contentamiento, fe

**Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados. Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor. Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida. Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos,** (4:1-6*a*)

La iglesia de Jesucristo sufre ataques, tal como Jesús lo anunció. En Juan 16:33, Él advirtió: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”. Pablo reiteró la advertencia del Señor al decir que “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22), y le escribió a Timoteo: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12). No es de extrañar que la iglesia haya enfrentado persecución desde sus comienzos (cp. Hch. 4:1-31; 5:17-41).

Los ataques contra la iglesia vienen de tres fuentes. La primera es el mundo con todas sus tácticas de seducción para tentar a los creyentes. Asimismo, persigue a la iglesia, de manera declarada y también imperceptible. La iglesia no se atreve a transigir con el mundo, porque “cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4), y “si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15). La carne (la naturaleza caída e irredenta de los creyentes) es otra fuente de ataques. Jesús exhortó: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mt. 26:41). Aun después de su salvación Pablo exclamó: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24). El diablo incita al mundo y a la carne, y “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8).

El mundo es tentador, la carne es débil, y el diablo ataca como un león. Como resultado, la vida eclesial puede experimentar mucha inestabilidad. Por eso el tema de la estabilidad espiritual predomina en el sentir de Pablo en 4:1-9. Es cierto que la iglesia filipense tenía un lazo afectivo especial con Pablo. Solo ellos lo apoyaron cuando él partió hacia Macedonia (4:15). Pablo no tuvo que reprenderlos por fluctuar en la doctrina (como los gálatas), o por tolerar el pecado (como los corintios). Con todo, eso no significaba que la iglesia en Filipos hubiera alcanzado la plenitud, o que no hubiera inestabilidad. A lo largo de la epístola hay indicios de las amenazas desestabilizadoras que enfrentaba la congregación filipense. Ellos experimentaban persecución (1:28-30). Había falta de unidad, por lo que Pablo los exhortó diciendo: “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (2:2), y “haced todo pecado murmuraciones y contiendas” (2:14). Los falsos maestros también eran una amenaza (3:18-19). Pero quizá la amenaza más seria que enfrentaban los filipenses era el conflicto entre dos mujeres notables de la congregación (4:2-3). Ese conflicto amenazaba con dividir la iglesia en varios bandos. La situación se agravaba debido a que los ancianos y los diáconos no lograban manejarla (cp. el comentario de 4:3 a continuación). Esos factores desestabilizadores habían llevado a algunos filipenses a dejar de confiar en Dios y a dar lugar a la ansiedad (4:6).

La preocupación por la estabilidad espiritual de los creyentes está presente en el Nuevo Testamento. Después de la fundación de la iglesia gentil en Antioquía, la iglesia de Jerusalén envió a Bernabé, y “cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor” (Hch. 11:23). Así pues, el primer mensaje apostólico a la iglesia gentil incipiente era a permanecer estables en su vida espiritual. Como parte de su ministerio, Pablo y Bernabé iban “confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22). A los corintios, Pablo escribió: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58), y “velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos” (1 Co. 16:13). Él exhortó a los gálatas: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1). En un pasaje sobre la guerra espiritual, Pablo les manda tres veces a los creyentes a permanecer firmes (Ef. 6:11, 13, 14). Antes, en esta epístola, Pablo manifestó su deseo a los filipenses de que permanecieran firmes: “Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (1:27). A los colosenses escribió: “Porque aunque estoy ausente

en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo" (Col. 2:5).

Pablo se preocupaba tanto por la estabilidad espiritual de las iglesias que estaban bajo su cuidado, que escribió a los tesalonicenses: "Porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor" (1 Ts. 3:8), y "así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra" (2 Ts. 2:15). Santiago describió la persona que carece de estabilidad espiritual como "el hombre de doble ánimo… inconstante en todos sus caminos" (Stg. 1:8). Al concluir su primera epístola, Pedro suplicó: "Os he escrito brevemente, amonestándoos, y testificando que ésta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis" (1 P. 5:12). En su segunda epístola advirtió acerca de los falsos maestros que "seducen a las almas inconstantes" (2 P. 2:14). También amonestó a los creyentes a cuidarse de los falsos maestros "indoctos e inconstantes", que "tuercen [las epístolas inspiradas de Pablo], como también las otras Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza" (2 P. 3:16-17). Judas les recordó a los creyentes que Dios quiere "[presentarlos] sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24).

La inestabilidad espiritual conduce a la duda, la desilusión, el desánimo y el testimonio ineficaz. Las personas inestables son más propensas a sufrir la derrota en la adversidad. También caen más fácilmente en la tentación. Un ejemplo del Antiguo Testamento de una persona inestable que cayó en pecado es Rubén, el primogénito de Jacob. En la bendición para sus hijos que pronunció como patriarca, Jacob dijo de Rubén: "Impetuoso como las aguas, no serás el principal, por cuanto subiste al lecho de tu padre; entonces te envileciste, subiendo a mi estrado" (Gn. 49:4). La inestabilidad de Rubén lo llevó a fornicar con una de las concubinas de Jacob (Gn. 35:22). Como resultado, perdió el derecho de primogenitura que le correspondía por ser el hijo mayor de Jacob (1 Cr. 5:1).

En este pasaje, Pablo trata la cuestión decisiva de cómo los creyentes pueden ser estables en su vida espiritual. Stēkō (**estad así firmes**) es el verbo central de los versículos 1-9. Es un imperativo, un mandato casi de connotación militar. Al igual que los soldados en el frente de batalla, los creyentes deben mantener su posición mientras enfrentan ataques (cp. Ef. 6:11, 13, 14). No deben flaquear en medio de la persecución, ni transigir en su fe, ni fracasar en la prueba y quejarse, o ceder ante la tentación y el pecado.

El pasaje empieza con la expresión de transición **así que**, como prueba de que Pablo se dispone a escribir algo con base en lo que acaba de exponer. El pasaje anterior (3:12-21) presentó la búsqueda de la semejanza de Cristo en el creyente, que es tanto la meta en esta vida como el premio en la venidera.

El Señor Jesucristo es el ejemplo perfecto de firmeza para quienes esperamos nuestra perfección. Él enfrentó persecución, pero nunca cedió; Él "sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo" sin desmayar (He. 12:3). Él, "que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (4:15). Frente a una prueba mucho más difícil de la que haya soportado jamás un creyente, "Jesús… por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (He. 12:2). Jesucristo es el modelo perfecto de estabilidad que los creyentes deben seguir.

La frase **hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía… amados**, revela el corazón de pastor amoroso y benigno de Pablo. Él estaba a punto de dirigirles a los filipenses una fuerte exhortación, así que la introdujo afirmando su amor e interés por ellos. La declaración de Pablo no era adulación artificial, manipuladora o hipócrita, sino la expresión de su corazón. **Amados** es la forma adjetiva del término más profundo, fuerte y magnífico que tiene el griego para referirse al amor.

Pablo tenía un amor especial y único por los filipenses. En 1:3-9 declaró:

> *Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora; estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo; como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo. Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento.*

El amoroso interés de Pablo por la estabilidad de los filipenses lo alentó a enviar a Filipos a sus amados colaboradores Timoteo y Epafrodito (2:19-30). El lazo de amor entre Pablo y los filipenses se fortaleció por la fidelidad de ellos en apoyar al apóstol (4:15).

Además de expresar su amor por ellos, Pablo añadió la palabra **deseados**, que es la traducción de otro adjetivo. De este modo, la frase entera podría traducirse "mis amados y anhelados hermanos".

Pablo no solo amaba a los filipenses, sino que ellos eran su **gozo** (cp. 1:4; 2:2, 17; 4:10). El gozo de Pablo no se originaba en las circunstancias. En el momento de escribir Filipenses él se encontraba en arresto domiciliario en Roma, encadenado a un soldado romano (1:12-13; Hch. 28:16, 20, 30). Además, algunos predicadores motivados por la envidia hacia Pablo, "[anunciaban] a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a [sus] prisiones" (Fil. 1:16). Pablo encuentra más bien su gozo en las personas a quienes ama. A los tesalonicenses, Pablo escribió: "Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo" (1 Ts. 2:19-20). Más adelante, en esa misma epístola agregó: "Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios" (1 Ts. 3:9). El gozo de ver a sus amados filipenses crecía ya que Jesucristo motivaba la exhortación de Pablo a permanecer firmes.

Los filipenses eran también la **corona** de Pablo. Stephanos (**corona**) no se refiere a una corona de rey, sino a la guirnalda de laurel que recibían los ganadores de los eventos atléticos (1 Co. 9:25), o de parte de otros como distinción, algo similar a los trofeos y las placas que se usan en la actualidad. Para condecorar a la persona se celebraba una fiesta en la cual se le entregaba su guirnalda. Los filipenses eran el trofeo de Pablo o su guirnalda de honor, eran la evidencia de su servicio eficaz (cp. 1 Co. 9:2; 1 Ts. 2:19).

Es lógico preguntarse cómo el mandato de Pablo a permanecer firmes debe ponerse en práctica. La respuesta de Pablo, iniciada por la palabra **así**, se desarrolla en los versículos 2-9. Él enumera siete principios básicos y prácticos que conducen a la estabilidad espiritual: cultivar la armonía en la comunión en la iglesia, mantener un espíritu de gozo, aprender a contentarse, descansar por la fe en el Señor, reaccionar a los problemas con oración de gratitud, pensar en las virtudes dignas de Dios y obedecer las normas divinas.

## CULTIVAR LA ARMONÍA EN LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA

**Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor. Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.** (4:2-3)

La comunión y el apoyo del Cuerpo de Cristo es un elemento importante para desarrollar y mantener la estabilidad espiritual. La fuerza del conjunto que surge de la comunión se convierte en la fuerza de cada individuo en particular. Cuanto más aislado esté un creyente de otros cristianos, más probable es que sea inestable en su vida espiritual. La iglesia debe ser un lugar donde las personas se apoyan, cuidan y rinden cuentas mutuamente. Debe favorecer una vida de comunión en la cual los creyentes restauran a quienes han caído en pecado (Gá. 6:1) y ayudan a sobrellevar las cargas (v. 2). La iglesia debe "[amonestar] a los ociosos… [alentar] a los de poco ánimo… [sostener] a los débiles… [ser paciente] para con todos" (1 Ts. 5:14).

No obstante, Pablo sabía que un ministerio de edificación semejante solo podía prosperar en un ambiente armonioso. Por tanto, cualquier amenaza contra la unidad de la iglesia debía confrontarse. Pablo encaró una seria amenaza contra la unidad de la iglesia filipense en los versículos 2 y 3. Él identificó de manera específica el problema, nombrando a las dos mujeres que estaban involucradas y exhortando a un tercero a ayudarles a solucionar la crisis.

Puesto que el conflicto entre personas destacadas en la iglesia genera inestabilidad en toda la congregación, las dos mujeres que contendían en Filipos representaban un peligro para la estabilidad de toda la iglesia. Existía una posibilidad real de que los filipenses cayeran en la crítica, la amargura, la venganza, la hostilidad, el rencor y el orgullo. Pablo sabía que a menos que se tomaran prontas medidas al respecto, la iglesia filipense podía desintegrarse en sectores hostiles generadores de división. Era imperativo que los filipenses fueran "solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef. 4:3; cp. Col. 3:14).

El hecho de que Pablo reitera su **ruego** evidencia que habla en un tono de súplica, a la vez que los anima a resolver el conflicto entre las dos mujeres. Puede resultar desconcertante que el apóstol mencione un asunto que parece tan insustancial después del tema doctrinal tan excelso que acaba de presentar en el capítulo 2 y de las advertencias contra los falsos maestros del capítulo 3. Sin embargo, Pablo comprendió que la discordia y la división constituyen una amenaza igualmente paralizante. Incluso si la doctrina de una iglesia es sana, la falta de unidad mina su poder y destruye su testimonio. La iglesia que enfrenta enemigos externos no puede permitirse tener en su seno miembros que pelean entre sí. Esa clase de conflictos internos abren con frecuencia la brecha para los ataques de los enemigos de la cruz. La discordia, la falta de unidad y el conflicto resultantes habrían podido acabar con la integridad del testimonio de la iglesia filipense.

Ya antes la epístola presenta indicios de la preocupación de Pablo por la unidad de la iglesia filipense. En 1:27 les instó: "Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio". Y en

2:2 les suplicó: “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa”. El hecho de que el gozo de Pablo no era completo señala que había algún desacuerdo en la congregación filipense. Otro indicio de discordia entre los filipenses es la exhortación del apóstol: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas” (2:14).

Lo que antes Pablo había sugerido, aquí lo trata de manera directa. Poco se sabe acerca de **Evodia** y **Síntique**, pero hay varios hechos evidentes en cuanto a la situación. Primero, que eran miembros de la iglesia, no alborotadoras ajenas a la congregación. Segundo, era obvio que su conflicto no era de índole doctrinal. De serlo, Pablo lo habría resuelto defendiendo la posición correcta y reprendiendo la que estaba en el error. Tercero, eran mujeres notables, muy respetadas por la congregación filipense. Incluso es probable que hayan escuchado a Pablo predicar en la ribera del río Gangites en su primera visita a Filipos (Hch. 16:13). El conflicto entre estas mujeres ya producía bastante desavenencia en la comunión de la iglesia filipense.

La solución de Pablo al conflicto fue simple y directa: Mandó que las dos mujeres involucradas fueran **de un mismo sentir en el Señor**. Hay un momento en que el conflicto es aceptable, o sea, cuando la verdad está en juego. Pablo llegó a confrontar a Pedro cuando este último estaba en un error: “Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar” (Gá. 2:11). El apóstol Juan tampoco eludió el conflicto por causa de la verdad:

> *Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parloteando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia (3 Jn. 9-10).*

Por el contrario, los conflictos personales intrascendentes deben resolverse para recuperar la armonía, así que Pablo les mandó a Evodia y Síntique a ser **de un mismo sentir**. El texto griego dice literalmente “ser de un mismo pensar”, un prerrequisito esencial si los cristianos han de vivir en armonía. A la iglesia corintia conflictiva y partidista Pablo escribió: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Co. 1:10). Pedro también exhortó a sus lectores diciendo: “Sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables” (1 P. 3:8). El acuerdo entre Evodia y Síntique era esencial, y esa armonía debían buscarla en el Señor. Pablo sabía que si ambas buscaban estar bien con el Señor, la relación entre ellas también lo estaría.

Debido a la gravedad del desacuerdo, Pablo percibió que Evodia y Síntique necesitaban la ayuda de la iglesia para resolver su desavenencia. La partícula griega traducida **asimismo** señala una firme declaración y podría traducirse “sí”, o “ciertamente”. Luego Pablo se dirige a alguien a quien llama **compañero fiel**. Suzugos (**compañero fiel**) significa “amigo íntimo”, y se refiere a alguien que comparte con otro una carga. La imagen es de dos bueyes que arrastran la misma carga.

Han existido diversas explicaciones posibles para la identidad de esta persona. Algunos creen que era un conocido de Pablo, pero que prefirió no mencionar su nombre. Sin embargo, dado el contexto inmediato en el que Pablo nombró a Evodia, a Síntique y a Clemente, ¿por qué no habría de nombrar a este hermano? Es indudable que los filipenses sabían de quién se trataba, sin importar que Pablo dijera o no su nombre. Otros sugieren que Pablo empleó el término singular suzugos en un sentido colectivo para referirse a toda la iglesia filipense.

La mejor explicación es no traducir suzugos y tomarlo como un nombre propio. El hecho de que Pablo lo llama fiel o verdadero Suzugos es un juego de palabras, lo cual señala que Suzugos era un verdadero compañero y por tanto hacía honor a su nombre. Pablo hizo un juego de palabras semejante en Filemón 10-11: “Te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones, el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil [Onésimo significa ‘útil’]”. De igual forma, Bernabé hizo honor a su nombre, que significa “hijo de consolación” (Hch. 4:36). Suzugos era un compañero fiel, así como Onésimo era realmente útil, y Bernabé un verdadero hijo de consolación.

Suzugos era quizá uno de los obispos (ancianos) mencionados en 1:1. Era evidente que los ancianos no habían resuelto el desacuerdo entre Evodia y Síntique, pues seguía latente. Así que Pablo le recordó su deber a Suzugos diciendo **que ayudes a éstas**.

Pablo también tenía un motivo personal para procurar que Evodia y Síntique se reconciliaran: ellas **combatieron juntamente [con él] en el evangelio**. Sunathleō (**combatieron juntamente**) significa “combatir junto a” o “trabajar junto con”. Como ya se indicó, Evodia y Síntique pudieron haber estado entre las mujeres que escucharon predicar a Pablo en su primer viaje a Filipos (Hch. 16:13). Si es así, ellas fueron testigos de los agitados acontecimientos que marcaron la fundación de la iglesia filipense. Después de la conversión de Lidia (16:14), el apóstol y su equipo ministerial se hospedaron en su casa (16:15). Después de ser importunado durante varios días por una joven con espíritu

de adivinación (16:16-17), Pablo al fin echó fuera el demonio (16:18). Los amos de la muchacha, enfurecidos tras haber perdido la fuente de sus ingresos, arrastraron a Pablo y a Silas ante las autoridades (16:19-21). Como resultado, los dos predicadores fueron azotados y arrojados en prisión (16:22-24). Sin embargo, Dios envió un terremoto y los liberó de la cárcel, y a raíz de esto el carcelero se convirtió (16:25-34). Tras descubrir asustados que habían golpeado y encarcelado injustamente a un ciudadano romano, las autoridades llenas de temor les rogaron a Pablo y Silas que abandonaran Filipos (16:35-39). Así lo hicieron después de visitar por última vez a los creyentes reunidos en la casa de Lidia (16:40).

El funesto desacuerdo entre Evodia y Síntique deja ver que hasta las personas más maduras, fieles y consagradas pueden volverse egoístas hasta el punto de enredarse en controversias si no son diligentes en guardar la unidad.

Había otros en la congregación filipense a quienes el apóstol deseaba reconocer. Nada se sabe de **Clemente**, de modo que resulta imposible identificarlo con el Clemente que era obispo de Roma a finales del siglo I, como algunos han propuesto. Era un nombre común. Con el fin de asegurarse de no excluir a alguien, Pablo mencionó a **los demás colaboradores [suyos]**. Aunque sus nombres no estén en el libro de Filipenses, lo que importa es que **están en el libro de la vida**. **El libro de la vida** es el registro donde Dios anota el nombre de los redimidos (Éx. 32:32; Sal. 69:28; Dn. 12:1; Mal. 3:16-17; Lc. 10:20; Ap. 3:5; 13:8; 20:12, 15; 21:27). Sus nombres estaban escritos allí desde la eternidad (Mt. 25:34; Ef. 1:4; 2 Ti. 1:9).

La unidad basada en el amor que existe en el compañerismo fraternal crea un ambiente de estabilidad. En cambio, la discordia quebranta la protección y la estabilidad de la iglesia entera y de sus miembros en particular. La estabilidad espiritual requiere paz y armonía en la iglesia. Los pacificadores son realmente bienaventurados (Mt. 5:9).

## MANTENER UN ESPÍRITU DE GOZO

**Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!** (4:4)

Este versículo enuncia el tema de Filipenses, que los creyentes deben regocijarse **en el Señor siempre** (cp. 3:1). El gozo es un elemento tan esencial en la estabilidad espiritual de los creyentes que Pablo insiste aún más en el mandato: **Otra vez digo: ¡Regocijaos!** Esta repetición da por sentado la realidad de que no era fácil regocijarse. Los filipenses debían sobreponerse a sus circunstancias.

Para algunos, que erraban al considerar el gozo como una emoción humana y nada más, el mandato reiterado de Pablo podría parecer incomprensible. Se preguntarían cómo es posible mandarle a alguien que produzca una emoción. Pero el gozo no es un sentimiento, sino la profunda confianza de que Dios controla todo para el bien del creyente y la gloria de Él, y que bajo esa condición todo es bueno sin importar las circunstancias. Chairete (**regocijaos**) es un imperativo presente, un llamado a los creyentes a la práctica continua de regocijarse. Ni el cautiverio de Pablo ni las pruebas de los filipenses podían empañar su gozo.

Es cierto que muchas veces los creyentes no pueden hallar motivos para regocijarse en su situación personal. Es indiscutible que la maldad generalizada, la miseria, el dolor y la muerte en el mundo no inspiran gozo. Tampoco las personas constituyen una fuente confiable de gozo, ya que pueden cambiar, herir y decepcionar. La única fuente segura, confiable, inalterable y constante de gozo es Dios. Por eso Pablo les manda a los creyentes a regocijarse **en el Señor**. La frase **en el Señor** presenta un principio notable: la estabilidad espiritual se relaciona directamente con la manera en que una persona piensa acerca de Dios. Nadie ha señalado esa verdad con mayor claridad que A.W. Tozer. En su obra clásica sobre los atributos de Dios, *El conocimiento del Dios Santo*, Tozer escribió:

> Lo que viene a nuestra mente cuando pensamos en Dios es lo más importante acerca de nosotros mismos.
>
> Tal vez la historia de la humanidad demuestre que ningún pueblo está por encima de su religión, y la historia espiritual del hombre demostrará con certeza que ninguna religión ha sido mayor que su idea de Dios. La adoración es pura o vil según el adorador abrigue pensamientos sublimes o bajos acerca de Dios.
>
> Por eso, el tema más crucial para la iglesia es siempre Dios mismo, y lo más admirable acerca de cualquier hombre no es lo que pueda decir o hacer en determinado momento, sino lo que en el fondo de su corazón piensa acerca de Dios. Por una misteriosa ley del alma tendemos a movernos hacia nuestra imagen mental de Dios. Esto no solo es cierto para el cristiano como individuo, sino para el conjunto de cristianos que conforma la iglesia. Lo más revelador acerca de la iglesia es siempre su idea de Dios, así como su mensaje más significativo es lo que dice o calla acerca de Él, pues su silencio es con frecuencia más elocuente que sus palabras. La iglesia nunca puede evitar revelar su propio testimonio acerca de Dios.
>
> Si pudiéramos obtener de cualquier hombre una respuesta completa a la pregunta: "¿Qué viene a su mente cuando piensa en Dios?" podríamos predecir con seguridad su futuro espiritual (Miami: Editorial Vida, 1996, p. 9

del original en inglés).

El conocimiento de Dios es la clave del gozo. A quienes conocen las grandes verdades acerca de Dios les resulta fácil regocijarse, mientras que quienes lo conocen poco descubren que es difícil gozarse. Dios le dio los salmos a Israel en forma poética para que pudieran memorizarlos con facilidad y convertirlos en música. Los primeros tres versículos de los Salmos prometen bendiciones a quienes meditan en las Escrituras:

> *Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará (Sal. 1:1-3).*

El gozo del creyente fluye del conocimiento de Dios, de recitar una y otra vez y cantar acerca de su naturaleza y atributos. El conocimiento que tenía el apóstol del carácter y los propósitos de Dios era tan profundo que aun el sufrimiento por causa de Jesucristo era motivo de gozo: "Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hch. 5:41).

Jetro, el suegro de Moisés, "se alegró… de todo el bien que Jehová había hecho a Israel, al haberlo librado de mano de los egipcios" (Éx. 18:9; cp. Dt. 26:11). Después de la dedicación del templo, Salomón "envió al pueblo a sus hogares, alegres y gozosos de corazón por los beneficios que Jehová había hecho a David y a Salomón, y a su pueblo Israel" (2 Cr. 7:10).

Los creyentes se regocijan al contemplar la redención de Dios. En 1 Samuel 2:1: "Ana oró y dijo: Mi corazón se regocija en Jehová, mi poder se exalta en Jehová; mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salvación". En el Salmo 13:5 David afirmó confiado: "El rey se alegra en tu poder, oh Jehová; y en tu salvación, ¡cómo se goza!" (cp. Sal. 21:1; 35:9; 40:16; Is. 61:10; Hab. 3:18). En el Salmo 71:23 el salmista exclamó gozoso: "Mis labios se alegrarán cuando cante a ti, y mi alma, la cual redimiste".

Otro motivo de gozo para los creyentes es la promesa de Dios de suplir todas sus necesidades. Pablo les recordó a los filipenses: "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Fil. 4:19). En la promesa equivalente en el Antiguo Testamento, el salmista escribió: "Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad" (Sal. 84:11). En el sermón del monte, el Señor Jesucristo pronunció claramente la promesa de que Dios suplirá las necesidades de los creyentes:

> *Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mt. 6:28-33).*

Pablo se gozaba por el privilegio de servir a Dios. A Timoteo escribió: "Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio" (1 Ti. 1:12). También se regocijaba ante la proclamación de la verdad divina (Fil. 1:18). La declaración anterior de Pablo a los filipenses en esta epístola: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (1:21), revela que incluso la posibilidad de morir no podía apagar su gozo. La confianza "de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39) produce gozo insondable y estabilidad espiritual.

## APRENDER A CONTENTARSE

**Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres.** (4:5*a*)

Epieikēs (**gentileza**) encierra un significado más completo de lo que cualquier palabra en castellano pudiera transmitir. De ahí que los comentaristas y las versiones bíblicas varíen tanto en los términos que emplean. Generosidad, sensatez, benevolencia, amabilidad, magnanimidad, suavidad, bondad, modestia, paciencia, mansedumbre, tolerar los defectos de los demás, tratar con misericordia sus fracasos, y perdonar sus faltas, son algunas expresiones que intentan captar el complejo significado de epieikēs. Quizá la palabra más cercana en castellano sea gentileza: la gentileza de la humildad, la humilde gentileza que produce la paciencia para soportar la injusticia, el oprobio y el maltrato sin reaccionar con venganza o amargura. Eso es contentamiento.

La humildad se opone al culto del amor propio que predominaba en la sociedad antigua, y que también impera en la sociedad actual. Sin embargo, centrarse en el amor propio, la autoestima y la gratificación personal solo conduce a una mayor inestabilidad y ansiedad. Por otro lado, quienes no se enfocan en sí mismos se libran de perder el equilibrio a causa de la desigualdad, la injusticia, el trato injusto, las mentiras o la humillación. Pueden decir con Pablo: "He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación" (4:11). La estabilidad espiritual les pertenece a los humildes.

## DESCANSAR POR LA FE EN EL SEÑOR

**El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos,** (4:5*b*-6*a*)

No hay mayor fuente de estabilidad espiritual que la confianza de que **el Señor está cerca**. Engus (**cerca**) puede usarse en la dimensión del espacio o del tiempo. Algunos toman *engus* en sentido cronológico, ya sea como referencia al regreso de Cristo (3:20-21; Stg. 5:8), o a la muerte de los creyentes que les conduce a la presencia del Señor (1:23; 2 Co. 5:8). Si bien esas son verdades consoladoras, parece que aquí Pablo se centra en la cercanía del Señor en el sentido de su presencia. Él está cerca para escuchar el clamor del corazón del creyente, y para ayudarlo y fortalecerlo. En el Salmo 73:28 el salmista declaró: "Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien" (cp. Sal. 34:18; 75:1; 119:151; 145:18). Ya que Dios está cerca, los creyentes no deben estar ansiosos, temerosos ni vacilantes. No deben desmayar, sino permanecer fuertes y firmes (Jos. 1:6-9; Sal. 27:14; 125:1).

Por desdicha, muchas veces los creyentes parecen olvidar lo que conocen acerca de Dios cuando enfrentan pruebas. Pierden su confianza en Él, el dominio propio y la estabilidad espiritual, y son vencidos. Hasta los creyentes fuertes pueden tener un desliz de vez en cuando, como lo demuestra lo sucedido en la vida de David. Con el fin de protegerse de Saúl que lo perseguía sin descanso, David buscó asilo en la ciudad filistea de Gat. Algunos filisteos lo reconocieron y le informaron a Aquis, rey de Gat: "¿No es éste David, el rey de la tierra? ¿no es éste de quien cantaban en las danzas, diciendo: Hirió Saúl a sus miles, y David a sus diez miles?" (1 S. 21:11). Tras percatarse de que se conocía su verdadera identidad, "David… tuvo gran temor de Aquis rey de Gat" (v. 12). En lugar de confiar en que Dios lo libraría, David entró en pánico y "se fingió loco entre ellos [los filisteos], y escribía en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba" (v. 13). Su reacción produjo el efecto esperado, pues "dijo Aquis a sus siervos: He aquí, veis que este hombre es demente; ¿por qué lo habéis traído a mí? ¿Acaso me faltan locos, para que hayáis traído a éste que hiciese de loco delante de mí? ¿Había de entrar éste en mi casa?" (vv. 14-15). Como resultado, "yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam" (1 S. 22:1). Allí, después de superada la crisis, David tuvo tiempo para meditar en cómo hubiera podido enfrentar la situación en Gat. En el Salmo 57, escrito en ese contexto, él reafirmó las verdades acerca de Dios que había olvidado por un momento:

> *Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos. Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece. El enviará desde los cielos, y me salvará de la infamia del que me acosa; Dios enviará su misericordia y su verdad (Sal. 57:1-3).*

Tener presente el carácter de Dios le permitió a David recobrar la estabilidad espiritual y su gozo, por lo que pudo declarar: "Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré, y trovaré salmos" (Sal. 57:7).

El profeta Habacuc también enfrentó una crisis. Pero a diferencia de David, él mantuvo la estabilidad espiritual. En Habacuc 1:2-4 el profeta clamó a Dios por su aparente indiferencia frente a la apostasía de Judá:

> *¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia.*

Contrario a las esperanzas de Habacuc, Dios contestó diciéndole que la situación empeoraría:

> *Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis. Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible; de ella misma procede su justicia y su dignidad. Sus caballos serán más ligeros que leopardos, y más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán; vendrán de lejos sus jinetes, y volarán como águilas que se apresuran a devorar. Toda ella vendrá a la presa; el terror va delante de ella, y recogerá cautivos como arena. Escarnecerá a los reyes, y de los*

> *príncipes hará burla; se reirá de toda fortaleza, y levantará terraplén y la tomará. Luego pasará como el huracán, y ofenderá atribuyendo su fuerza a su dios (Hab. 1:5-11).*

En lugar de responder la pregunta inicial de Habacuc, la respuesta de Dios despertó otra todavía más inquietante: ¿Cómo era posible que Dios usara a una nación pagana e impía para castigar a su pueblo?

Frente a la apostasía de Judá, la inminente invasión caldea y sus propios interrogantes sin resolver, Habacuc trajo a su propia memoria las verdades que conocía acerca de Dios: "¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío? No moriremos. Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar. Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio" (Hab. 1:12-13). Habacuc recordó la eternidad, la fidelidad, la justicia, la soberanía y la santidad de Dios.

Pese a las pruebas, las dudas y las preguntas que enfrentaba, la fe y la confianza de Habacuc en Dios permanecieron. Él declaró la importancia de llevar una vida de fe en Habacuc 2:4: "El justo por su fe vivirá". Tanto en la justificación que ocurre al principio como en el proceso continuo de santificación, la vida cristiana es una vida de fe en Dios. La fe de Habacuc se fortaleció gracias a que recordó para sí la grandeza de su Dios. Al concluir su profecía pudo cantar victorioso acerca de la naturaleza gloriosa y del poder de Dios:

> *Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar (Hab. 3:17-19).*

La fe de Habacuc en Dios le hizo un hombre espiritualmente estable, tanto que incluso frente a la ausencia súbita de las cosas más elementales y necesarias de la vida, él se regocijó en Dios.

El **Señor** que **está cerca** es el Dios vivo, todopoderoso, verdadero y revelado en las Escrituras. Quienes se deleitan en su santidad, poder, amor y sabiduría, y cultivan un profundo conocimiento de Él por medio del estudio y la meditación de su Palabra vivirán basándose en esa verdad y gozarán de una vida espiritual estable. Gracias a la presencia de Dios, **por nada** deben estar **afanosos**. Nada escapa al control soberano de Dios ni excede su capacidad para manejarlo. Una opinión errada de Dios conduce a una infinidad de problemas en la iglesia:

> La iglesia ha abandonado su antiguo concepto elevado de Dios y lo ha reemplazado por uno tan bajo, tan innoble, hasta el punto de ser impropio de hombres pensantes que adoran. A esto ha llegado no de forma deliberada, sino poco a poco y sin percatarse de ello, y la misma inadvertencia solo hace su situación más trágica.
>
> El bajo concepto de Dios que abriga casi la totalidad de los cristianos es la causa de cientos de males menores que nos plagan. Toda una nueva filosofía de la vida cristiana se ha originado en este solo error fundamental de nuestro pensamiento religioso (Tozer, *El conocimiento del Dios Santo*, p. 6 del original en inglés).

Cristianos débiles, inestables, que a duras penas logran subsistir, necesitan fortalecerse en el fundamento de las verdades bíblicas acerca de Dios. El resultado de la incapacidad de la iglesia para instruir a los creyentes en el conocimiento del carácter y la obra de Dios es una falta de entendimiento acerca de su naturaleza y sus propósitos, de la que se desprende la falta de confianza en Él. Las arenas movedizas de la teología superflua y defectuosa no ofrecen una base firme para el creyente.

Los creyentes ansiosos, temerosos, afanosos y preocupados son por naturaleza inestables y susceptibles frente a las pruebas y tentaciones. El afán constituye una desobediencia a las Escrituras y es algo totalmente innecesario. En el sublime pasaje del sermón del monte, Jesús señaló la insensatez de la ansiedad, que es pecado:

> *Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el*

*día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal (Mt. 6:25-34).*

La armonía en la comunión, el gozo en el Señor, el contentamiento en cualquier circunstancia y la confianza en Dios son los primeros pasos en el camino hacia la estabilidad espiritual.

# 19. Estabilidad espiritual— Segunda parte: Gratitud, pensamientos piadosos, obediencia

**sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.** (4:6*b*-9)

Nuestra sociedad admira a las personas que permanecen firmes, que defienden sus convicciones, que son valientes y osadas, y no pueden ser compradas, intimidadas o derrotadas. Rudyard Kipling describió esa clase de personas en su famoso poema “Si”, un tributo al más noble humanismo:

Si puedes conservar la calma cuando a tu alrededor todos la pierden y te culpan por ello;

si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan de ti,y aún así permitir que lo hagan;

si puedes esperar y no cansarte en la espera;o, cuando mientan sobre ti, no transigir con mentiras,

o, cuando te odien, no dar lugar al odio,y a pesar de todo no parecer demasiado bueno, ni hablar con demasiada sabiduría.

Si puedes soñar, y no dejar que los sueños te dominen;si puedes pensar, y no hacer de ello tu fin;

si puedes conciliar el triunfo y la calamidad y tratar por igual a esos dos impostores;

si puedes soportar que los bribones tuerzan tus palabras de verdad para engañar a los simples,

o ver cómo se derrumba el esfuerzo de toda una vida,e inclinarte a reconstruirlo con herramientas gastadas.

Si puedes amontonar todos tus logros y apostarlos en una ronda de juego,

y perder, y volver a empezar de cero y jamás hablar sobre tu pérdida;

si puedes forzar tu corazón, tus músculos y nervios a servirte mucho después de haberse agotado,

y así continuar cuando ya nada te queda salvo la voluntad que les dice: “¡Sigan!”.

Si puedes hablar con multitudes y conservar tu virtud,o andar con reyes y no perder contacto con la realidad;

si los adversarios ni los grandes amigos pueden herirte;si todos los hombres cuentan contigo, pero no demasiado;

si puedes llenar el minuto inexorable con sesenta segundos que valgan la pena,

tuya es la tierra y lo que ella contiene,y, más que eso, ¡serás un hombre, hijo mío!

Si la valentía que trae la convicción, al igual que la integridad, la credibilidad y la devoción absoluta a la virtud son cualidades admirables para el mundo, ¿cuánto más esenciales son para los cristianos? El nombre mismo "cristiano" identifica a los creyentes con Jesucristo, el modelo más perfecto de integridad, valentía y entrega que jamás haya vivido. El Nuevo Testamento reitera muchas veces su llamado a los creyentes a seguir el ejemplo de Él permaneciendo firmes en sujeción a Dios (cp. 1:27; 1 Co. 16:13; 2 Co. 1:24; Gá. 5:1; Ef. 6:11, 13-14; 1 Ts. 3:8; 2 Ts. 2:15; He. 3:6, 14; 1 P. 5:9, 12).

A Pablo le preocupaba que su amada congregación filipense estuviera firme en la fe. A partir de 4:2-9 se pueden extraer siete principios básicos para desarrollar y mantener la estabilidad espiritual. El capítulo anterior de este tomo consideró los cuatro primeros: cultivar la armonía en la comunión en la iglesia, mantener un espíritu de gozo, aprender a estar contento, y descansar por la fe en el Señor. Este capítulo tratará las tres últimas: reaccionar a los problemas con oración de gratitud, pensar en las virtudes dignas de Dios, y obedecer las normas divinas.

## REACCIONAR A LOS PROBLEMAS CON ORACIÓN DE GRATITUD

**sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.** (4:6*b*-7)

Las personas espiritualmente estables reaccionan ante las pruebas con oración de gratitud. Dicha oración es el antídoto contra la preocupación y el remedio para el afán. Aquí el tema no es la teología de la oración, sino más bien la actitud del creyente y la prioriad que le otorga. Los tres sinónimos empleados aquí (**peticiones, oración y ruego**) se refieren a peticiones directas a Dios. El texto da por sentado que los creyentes clamarán a Dios frente a una necesidad o problema, no dudando, cuestionando ni culpando a Dios, sino **con acción de gracias** (cp. Col. 4:2). En lugar de abrigar un espíritu de rebelión contra lo que Dios permite, los creyentes deben confiadamente echar "toda [su] ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de [ellos]" (1 P. 5:7).

Las promesas de Dios respaldan la sabiduría de la gratitud. Él ha prometido que ninguna prueba que enfrenten los creyentes será demasiado difícil para ellos (1 Co. 10:13). También ha prometido usar todo lo que ocurre en la vida de los creyentes para su bien (Ro. 8:28). Hasta el sufrimiento permite que ellos sean perfeccionados, afirmados, fortalecidos y establecidos (1 P. 5:10). Los creyentes también deberían estar agradecidos por el poder de Dios (Sal. 62:11; 1 P. 1:5; Ap. 4:11), por sus promesas (Dt. 1:11; 2 Co. 1:20), por la esperanza de ser librados de la tribulación (2 Co. 4:17; 1 P. 5:10), por la esperanza de gloria (Ro. 5:2; Col. 1:27), por su misericordia (Ro. 15:9) y por su obra de perfeccionamiento en ellos (Fil. 1:6).

Las personas se preocupan, se vuelven ansiosas y temerosas porque no confían en la sabiduría, el poder o la bondad de Dios. Temen que Dios no sea lo suficientemente sabio, fuerte o bueno para evitar el desastre. Es probable que esta duda pecaminosa se deba a su falta de conocimiento de Él, o al pecado en su vida que debilita su fe. La oración de gratitud libera del temor y el afán, porque afirma el control soberano de Dios sobre cada circunstancia, y la verdad de que su propósito es el bien del creyente (Ro. 8:28).

Tan pronto el pecador hace la "paz con Dios" (Ro. 5:1), es decir, en el momento de la salvación cuando deja de ser enemigo de Dios y se convierte en su hijo, puede gozar de **la paz de Dios**, la tranquilidad interna del alma que Dios concede. Es una confianza en su sabiduría infalible e infinito poder que trae paz en medio de las tormentas de la vida. Isaías escribió acerca de esta paz sobrenatural: "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado" (Is. 26:3). Pablo oró por los romanos para que "el Dios de esperanza [los] llene de todo gozo y paz en el creer" (Ro. 15:13). En su oración por Israel como sumo sacerdote, Aarón dijo: "Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz" (Nm. 6:26). En el Salmo 29:11 David escribió: "Jehová bendecirá a su pueblo con paz". Poco antes de su muerte Jesús prometió: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Jn. 14:27). Sin embargo, la paz de Dios no es para todos: "'No hay paz para los malos, dijo Jehová" (Is. 48:22), ni *con* Dios, ni *de parte* de Él.

Pablo dice además que esa paz sobrenatural **sobrepasa todo entendimiento**. Trasciende la capacidad intelectual, el análisis, el pensamiento, y el **entendimiento** humanos. Es superior a los planes, estratagemas y soluciones humanas, pues su fuente es el Dios cuyos juicios son insondables e inescrutables sus caminos (Ro. 11:33). Se experimenta como una calma trascendente que eleva al creyente por encima de la prueba más debilitante. Puesto que es una obra sobrenatural, repele toda comprensión humana. El verdadero reto de la vida cristiana no es eliminar cada circunstancia desagradable, sino confiar en medio de cada dificultad en el buen propósito de nuestro Dios que es infinito, santo,

soberano y poderoso. Quienes le honran confiando en Él experimentan las bendiciones de su perfecta paz.

Cuando los creyentes gozan de la paz de Dios, esta los guarda de ansiedad, duda y preocupación. Phroureō (**guardará**) es un término militar usado por los soldados mientras montan guardia. La imagen sería conocida por los filipenses, ya que los romanos ubicaban sus tropas en Filipos para proteger sus intereses en esa región del mundo. Así como los soldados guardan y protegen una ciudad, la paz de Dios guarda y protege a los creyentes que confían plenamente en Él. El hecho de que Pablo dice **corazones** y **pensamientos** no sugiere una distinción entre ambos. Él simplemente hacía una referencia amplia a la vida interior del creyente. Una vez más, Pablo les recuerda a sus lectores que la verdadera paz no proviene de una fuente humana. Solo está **en Cristo Jesús**.

## PENSAR EN LAS VIRTUDES DIGNAS DE DIOS

**Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.** (4:8)

La frase **por lo demás** indica que Pablo ha llegado al punto culminante de su enseñanza acerca de la estabilidad espiritual. El principio que se dispone a presentar es la recapitulación de todos los anteriores y la clave para ponerlos en práctica. La frase **en esto pensad** introduce una verdad importante: la estabilidad espiritual es el resultado de la manera de pensar de una persona. La forma imperativa de logizomai (**pensad**) lo convierte en mandato. Pensar como es debido no es una opción en la vida cristiana. Logizomai significa más que solo abrigar pensamientos. Significa “ponderar”, “considerar” o “calcular”. Los creyentes deben considerar las cualidades que Pablo enumera en este versículo y meditar en sus implicaciones. La forma verbal precisa una disciplina mental que fija los pensamientos en esas virtudes espirituales.

La Biblia deja muy claro que la vida de las personas es el resultado de sus pensamientos. Proverbios 23:7 declara: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él”. El equivalente moderno de ese proverbio en el mundo de la informática es “basura que entra, basura que sale”. Así como la información que sale de una computadora depende de la información que ingresa en ella, las acciones de una persona son el resultado de sus pensamientos. Jesús expresó esa verdad en Marcos 7:20-23: “Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre”.

El llamado de Pablo a pensar de manera bíblica es especialmente apropiado en nuestra cultura. Hoy el interés se centra en la emoción y el pragmatismo, y se subestima la importancia de pensar seriamente en la verdad bíblica. Las personas ya no se preguntan “¿esto es verdad?”, sino “¿esto funciona?” y “¿cómo me hace sentir?”. Estas dos últimas preguntas funcionan como definición suficiente de verdad en nuestra sociedad que rechaza el concepto de verdad divina absoluta. La verdad es cualquier cosa que funciona y produce emociones positivas. Por desdicha, ese pragmatismo y emocionalismo se ha infiltrado incluso en la teología. Muchas veces a la iglesia le preocupa más si algo es ofensivo o causa de división que si es bíblicamente cierto.

Tal perspectiva dista de la de los nobles bereanos, los cuales escudriñaban las Escrituras para ver si lo que Pablo decía era verdad, no si era práctico o motivo de división (Hch. 17:11). Hay demasiadas personas que asisten a la iglesia no para pensar o meditar en las verdades de las Escrituras, sino para recibir su dosis semanal de ánimo y sentir que Dios está todavía con ellos. Esas personas son inestables espiritualmente porque basan su vida en los sentimientos en vez de en el pensamiento. Bill Hull escribe:

> Lo que me aterra es la filosofía opuesta al pensamiento crítico e intelectual, la cual abunda en la iglesia. Esta filosofía tiende a fantasear en cuanto a la fe, y convierte la iglesia local en un centro de experiencias… Concibe “la iglesia” como un grupo de consumidores espirituales, y la labor de la iglesia como la satisfacción de sus necesidades percibidas (*Right Thinking* [Pensamiento correcto] [Colorado Springs, Colo: NavPress, 1985], p. 66).

John Stott también advirtió acerca del peligro de que los cristianos vivan por sus sentimientos: “De hecho, el pecado tiene efectos más nefastos en nuestros sentimientos que en nuestros pensamientos, porque nuestras opiniones son reguladas y evaluadas más fácilmente por la verdad revelada que lo son nuestras experiencias” (*Your Mind Matters* [Tu mente importa] [Downers Grove, Ill: InterVarsity, 1972], p. 16).

Dios nos ordena pensar. A Israel en actitud de rebelión, le dijo: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta” (Is. 1:18). Jesús reprendió a los fariseos y saduceos incrédulos por demandar una señal milagrosa. Más bien los retó a pensar y a sacar conclusiones a partir de la evidencia que tenían, tal como ellos predecían el clima (Mt. 16:1-3). En Lucas 12:57 les dijo a las multitudes: “¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?”. El Señor dio su revelación en un

libro, la Biblia, y espera que todos usemos nuestra mente para entender sus verdades.

La mente prudente es la marca distintiva de la fe cristiana. James Orr expresó con claridad esta realidad:

> Si hay una religión en el mundo que exalta la enseñanza, es justo afirmar que es la religión de Jesucristo. Con frecuencia se ha señalado que en las religiones paganas el elemento doctrinal es mínimo, y que prima la ejecución de un ritual. Sin embargo, es aquí donde el cristianismo se diferencia de otras religiones, pues contiene doctrina. Llega a los hombres con enseñanza positiva y definitiva, afirma ser la verdad, basa la religión en el conocimiento, si bien uno que solo se alcanza bajo condiciones morales. No veo cómo alguien pueda abordar de manera objetiva los hechos tal como los presentan los Evangelios y las Epístolas, sin llegar a la conclusión de que el Nuevo Testamento está lleno de doctrina… Una religión separada del pensamiento serio y elevado siempre ha tendido, a lo largo de la historia de la iglesia, a volverse débil, estéril y malsano, mientras que el intelecto, privado de sus derechos en la religión, ha buscado saciarse sin ella, y se ha convertido en racionalismo sin Dios (*Concepción cristiana de Dios y el mundo* [Terrassa: Clie, 192], pp. 20-21 del original en inglés).

Las Escrituras dicen que la mente no salva es reprobada (Ro. 1:28; 1 Ti. 6:5; 2 Ti. 3:8), carnal (Ro. 8:5) y esto conduce a la muerte espiritual (Ro. 8:6), enemiga de Dios (Ro. 8:7; Col. 1:21), locura (1 Co. 2:14), ciega a la verdad espiritual (2 Co. 3:14), cegada por Satanás (2 Co. 4:4), vana (Ef. 4:17), ignorante (Ef. 4:18) y corrompida (Tit. 1:15).

Debido a eso, lo primero que ocurre en la salvación es un entendimiento adecuado de la verdad del evangelio. Jesús dijo en Mateo 13:19: “Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón”. Romanos 10:17 podría traducirse: “La fe viene por escuchar una predicación acerca de Cristo”, para subrayar de nuevo que la fe involucra el pensamiento (cp. Is. 1:18). Por ese motivo Pedro les manda a los creyentes a estar “siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15). J. Gresham Machen comentó: “Lo que el Espíritu Santo obra en el nuevo nacimiento no convierte a un hombre en cristiano en ausencia de la evidencia, sino que por el contrario disipa la bruma de sus ojos y lo faculta para prestarle atención” (*The Christian Faith in the Modern World* [La fe cristiana en el mundo moderno] [Grand Rapids: Eerdmans, 1965], 63).

Dios nos salva para que seamos adoradores, y “los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Jn. 4:24). Por consiguiente, resulta imposible adorar a Dios aparte de la verdad. En su visita a Atenas, la capital cultural del mundo antiguo, el “espíritu [de Pablo] se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría” (Hch. 17:16). Tanto como la idolatría flagrante, no obstante, le perturbó haber encontrado “un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO” (Hch. 17:23). La mente natural puede ver el mundo y concluir que hay un Dios. Sin embargo, el razonamiento humano solo puede saber que Él existe, mas no quién es Él. Para la mente natural Él es el “no conocido” y el Dios a quien es imposible conocer. Él sólo puede conocerse verdaderamente por medio de la teología sobrenatural, la revelación de las Escrituras. Dios no aceptará adoración basada en la ignorancia. Pablo prosiguió entonces a explicarles a los filósofos atenienses quién es el Dios que se ha revelado (Hch. 17:24-31).

En total contraste con la definición contemporánea de la fe, la fe bíblica no es un “salto al vacío” irracional. No es un encuentro místico con el “otro” o “la razón del ser”. Tampoco es optimismo, autohipnosis psicológica o pensamiento positivo. La verdadera fe es una respuesta racional a la verdad revelada en la Biblia, y la salvación es el resultado de una respuesta inteligente, alentada por el Espíritu Santo, a esa verdad.

En Mateo 6:25-34, Jesús reprendió a los discípulos por el pecado de la preocupación. En un pasaje sobresaliente de su obra clásica *Studies in the Sermon on the Mount* [Estudios sobre el sermón del monte], D. Martyn Lloyd-Jones señala que el problema de los discípulos era que no pensaban. Ellos permitían en cambio que sus circunstancias los controlaran.

> La fe, según la enseñanza de nuestro Señor en este pasaje, es ante todo pensamiento; y el gran problema de un hombre de poca fe es el hecho de que no piensa. Él permite que las circunstancias lo intimiden. Esa es la verdadera dificultad en la vida. La vida nos llega con un garrote en la mano y nos golpea en la cabeza, y nos volvemos incapaces de pensar, derrotados e indefensos. Según nuestro Señor, la manera de evitarlo es pensar. Debemos pasar más tiempo estudiando las lecciones de nuestro Señor en observación y deducción. La Biblia está llena de lógica, y nunca debemos considerar la fe como algo puramente místico. No nos sentamos en un sillón a la espera de que algo nos ocurra. Esa no es la fe cristiana. La fe cristiana es en esencia pensamiento. Mire las aves, piense acerca de ellas, y saque sus conclusiones. Mire la hierba, mire los lirios del campo, piense en ellos.
>
> No obstante, el problema con la mayoría de las personas, es que no quieren pensar. En vez de hacerlo, se sientan y preguntan: ¿Qué me va a suceder? ¿qué puedo hacer? Esa es la ausencia de pensamiento, es renuncia, es derrota. Nuestro Señor, aquí, nos insta a pensar, y a pensar de manera cristiana. Esa es la esencia misma de la fe. Se puede

> definir la fe de la siguiente manera: Es un hombre que insiste en pensar cuando todo parece decidido a apabullarlo y derribarlo en un sentido intelectual. El problema con la persona de poca fe es que, en lugar de controlar su propio pensamiento, su pensamiento es controlado por algo más, y según lo expuesto, anda en círculos. Esa es la esencia del afán… No es pensamiento, sino la ausencia de él, una incapacidad para pensar (Grand Rapids: Eerdmans, 1971, 2:129-130).

Pensar es vital para la fe salvadora, al igual que para la fe santificadora.

La salvación comprende la transformación de la mente. En Romanos 8:5 Pablo escribe: "Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne". Las personas carnales que no son salvas tienen una mente carnal y perdida. Piensan como personas caídas e irredentas. Por otro lado, "los que son del Espíritu, [piensan] en las cosas del Espíritu". Sus mentes renovadas se enfocan en la verdad espiritual. Por consiguiente, "el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz" (Ro. 8:6). Ahora el Espíritu Santo controla la mente que antes de la salvación era depravada, ignorante y cegada por Satanás (2 Co. 4:4). La mente redimida ya no piensa al nivel de lo carnal, sino de lo espiritual.

En 1 Corintios 1:30 Pablo describió una de las realidades más asombrosas de la salvación: "Cristo Jesús… nos ha sido hecho por Dios sabiduría". La mente renovada del creyente puede sumergirse en los profundos pensamientos del Dios eterno (cp. Sal. 92:5) y nunca tocar fondo. En 1 Corintios 2:11-16 Pablo amplió esa idea:

> *Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.*

A diferencia del "hombre natural [que] no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios", el Espíritu Santo les da a los creyentes la capacidad de saber "lo que Dios nos ha concedido". De hecho, "tenemos la mente de Cristo". Por medio del Espíritu los creyentes tienen el conocimiento de Dios que de otra manera jamás hubieran tenido.

Así como el acto inicial de fe salvadora en el creyente conduce a una vida de fe, también la transformación de la mente que comienza en el momento de la salvación es un proceso de renovación de la mente que dura toda la vida. En Romanos 12:2 Pablo escribió: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento". A los efesios escribió: "renovaos en el espíritu de vuestra mente" (Ef. 4:23). Jesús, al responder la pregunta acerca del mandamiento más importante de la ley, dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt. 22:37). Pedro también habló acerca de renovar la mente al ordenar: "Ceñid los lomos de vuestro entendimiento" (1 P. 1:13). Pablo urgió a los creyentes a "[poner] la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Col. 3:2). En más de doce ocasiones Pablo les pregunta a sus lectores en sus epístolas: "¿Acaso no saben?". El apóstol esperaba que los creyentes pensaran y examinaran. Tampoco es una idea exclusiva del Nuevo Testamento. En Proverbios 2:1-6 Salomón aconsejó:

> *Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia.*

El salmista exclamó: "Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón" (Sal. 119:34).

Los creyentes deben disciplinar sus mentes que son sensibles espiritualmente a pensar sobre las realidades espirituales correctas. En esta breve lista, Pablo enumera ocho virtudes en las cuales deben centrarse.

La Palabra de Dios es la mina de **lo que es verdadero**. En su oración sumo sacerdotal, Jesús le dijo al Padre: "Tu palabra es verdad" (Jn. 17:17). En el Salmo 19:9, David escribió: "Los juicios de Jehová son verdad, todos justos", en tanto que en el Salmo 119:151 añade: "Todos tus mandamientos son verdad". La Biblia es verdad porque el "Dios de verdad" (Sal. 31:5; Is. 65:16; cp. Ef. 4:21) la inspiró. Pensar en **todo lo verdadero** significa leer, analizar y meditar en la Palabra de Dios. Las otras siete categorías de pensamientos rectos se basan en la verdad de la Palabra de Dios. Todos son maneras de ver la verdad de las Escrituras.

Segundo, los creyentes deben pensar en **todo lo honesto**, todo lo noble, solemne y digno de respeto. Semnos (**honesto**) viene de una palabra que significa “reverenciar” o “adorar”. En otros lugares del Nuevo Testamento, describe el estilo de vida honorable que se les exige a los diáconos (1 Ti. 3:8), diaconisas (1 Ti. 3:11) y ancianos (Tit. 2:2). Los creyentes no deben pensar en lo trivial, lo temporal, lo mundano, lo vulgar y terrenal, sino más bien en lo celestial, y lo que es digno de admiración, adoración y alabanza. Todo lo que es verdad según la Palabra de Dios es **honesto.**

Tercero, los creyentes deben pensar en **todo lo justo**. Dikaios (**justo**) es un adjetivo, y describe todo lo que está en perfecta armonía con las normas de Dios que son eternas e inmutables, y que están reveladas en las Escrituras. Los creyentes deben pensar en asuntos que estén en armonía con la ley de Dios.

Cuarto, los creyentes deben pensar en **todo lo puro**. Hagnos (**puro**) describe lo que Dios en las Escrituras define como santo, moralmente puro y sin mancha. En 1 Timoteo 5:22 se traduce “libre de pecado” (LBLA). Los creyentes deben purificarse a sí mismos porque Jesucristo es puro (1 Jn. 3:3).

Quinto, los creyentes deben pensar en **todo lo amable**. Prosphilēs (**amable**) solo aparece aquí en el Nuevo Testamento. Podría traducirse “dulce”, “benigno”, “generoso” o “paciente”. Los creyentes deben centrar sus pensamientos en lo que la Biblia dice que es agradable, afable y grato ante Dios.

Sexto, los creyentes deben pensar en **todo lo que es de buen nombre**. Euphēmos también aparece solo aquí en el Nuevo Testamento. Se refiere a lo que es de gran estima o que goza de buena reputación. Las Escrituras elevan los pensamientos de los creyentes al nivel de los asuntos más eminentes.

En resumen, Pablo exhorta: **Si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad**. La clave para una vida recta es tener pensamientos piadosos, como el sabio Salomón dijo: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23).

## OBEDECER LAS NORMAS DIVINAS

**Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.** (4:9)

Este versículo presenta un último elemento que es vital para la estabilidad espiritual. Las seis actitudes anteriores no deben ser vistas como principios abstractos, pues los pensamientos piadosos no pueden desligarse de la conducta. Cuando todo se ha dicho y hecho, la estabilidad espiritual se evidencia en una vida disciplinada de obediencia a las normas de Dios. Las personas en quienes mora en abundancia la Palabra de Dios (Col. 3:16), y que por ende viven en obediencia a las normas de Dios, permanecen firmes cuando son azotadas por las dificultades y la tentación, como la de transigir con sus convicciones.

Prassō (**haced**) alude a una acción repetida y continua. La palabra aquí traducida puede tener la misma connotación. Respecto a un abogado o médico se dice que practica una profesión, ya que gracias a ella mantiene una rutina permanente. Los cristianos deben llevar una vida de continua obediencia y rectitud.

Una vida santa solo puede ocurrir cuando las actitudes y los pensamientos correctos controlan la carne. Por eso Pablo abordó la prioridad de los pensamientos (4:2-8) antes de exhortar a la iglesia a vivir en rectitud (4:9). Entender y abrazar la ley de Dios va primero, y luego la conducta controlada por esa devoción a la verdad. Al hacerlo, “[vencemos] con el bien el mal (Ro. 12:21).

Antes de completarse los escritos del Nuevo Testamento, los apóstoles mismos eran la fuente de la verdad divina. Después del nacimiento de la iglesia en el día de Pentecostés, los creyentes “perseveraban en la doctrina de los apóstoles” (Hch. 2:42). En Efesios 4:11-13 Pablo escribió acerca del carácter fundamental del ministerio apostólico’:

> *Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.*

Los apóstoles eran más que una fuente de conocimiento doctrinal. Ellos también eran ejemplo de las normas de conducta cristiana. Por eso Pablo exhortó antes a los filipenses en su carta: “Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros” (3:17; cp. 1 Co. 4:16; 11:1; 1 Ts. 1:6; 1 P. 5:3). Pablo reitera aquí esa exhortación, instando a los filipenses a hacer lo que aprendieron y recibieron y oyeron de él. Su vida demostraba los deberes espirituales a los cuales llamaba a sus hermanos. Cada término (aprender, recibir y ver) se centra en un aspecto importante del ministerio de Pablo a los filipenses.

**Aprendisteis** es la traducción de una forma del verbo manthanō, que se relaciona con el sustantivo mathētēs

(discípulo). Manthanō se refiere a enseñanza, aprendizaje, instrucción y disciplina. Pablo alude aquí a su instrucción y discipulado personal hacia los filipenses. Siempre que ministraba, acostumbraba no solo enseñar "públicamente", sino también "por las casas" (Hch. 20:20). Pablo le escribió a su hijo en la fe, Timoteo: "Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia" (2 Ti. 3:10). Antes de completarse el Nuevo Testamento, esa enseñanza era vital.

Paralambanō (**recibisteis**) se emplea a veces en el Nuevo Testamento como un término técnico para la revelación de Dios (p. ej., 1 Co. 11:23; 15:1, 3; Gá. 1:9, 12; 1 Ts. 4:1-2; 1 Ti. 6:20). Pablo escribió a los tesalonicenses: "Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes" (1 Ts. 2:13). Pablo exhortó a los filipenses a poner en práctica en su vida las verdades de la Palabra de Dios que él les había comunicado. Ellos no solo debían recibir esas verdades, sino también transmitirlas. Como le escribió a Timoteo: "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros" (2 Ti. 2:2).

La palabra **oísteis** presenta otra faceta del tema de Pablo. Él ya habló acerca de lo que les enseñó a los filipenses como Dios se lo reveló a él. Aquí Pablo alude a lo que los filipenses habían oído de otras personas acerca de él. Su reputación era intachable, y ellos sin duda habían oído acerca del carácter, el estilo de vida y la predicación de Pablo. También debían imitar las virtudes por las que el apóstol había alcanzado reconocimiento.

Al recordarles a los filipenses lo que vieron en él, Pablo recurrió a la experiencia directa que tenían con él. Ellos habían observado su carácter durante la estadía del apóstol en Filipos, y sabían que no había contradicción entre el mensaje que predicaba y la vida que llevaba. Debido a que Pablo era ejemplo de las normas que predicaba, podía exhortar a los filipenses a imitar su conducta.

La promesa ligada a una obediencia semejante es que **el Dios de paz estará con vosotros**. El Dios cuyo carácter es paz, es el dador de paz. El título **Dios de paz** es uno de los predilectos de Pablo (cp. Ro. 15:33; 16:20; 2 Co. 13:11; 1 Ts. 5:23). Es un recordatorio de que quienes demuestran actitudes, pensamientos y actos piadosos serán guardados por la paz de Dios y por **el Dios de paz**. Su presencia es esencial para obtener la fortaleza, la tranquilidad y el contentamiento necesarios para la estabilidad espiritual.

Sin embargo, eso no ocurrirá sin autodisciplina. D. Martyn Lloyd-Jones escribió:

> Los reto a leer la vida de cualquier santo que haya engalanado la vida de la iglesia sin notar al instante que la mayor cualidad en la vida de ese santo era la disciplina y el orden. Sin excepción esa es la característica universal de todos los hombres y mujeres sobresalientes de Dios. Lea acerca de Henry Martyn, David Brainerd, Jonathan Edwards, los hermanos Wesley y los hermanos Whitfield. Lea sus diarios. Sin importar a cuál rama de la iglesia pertenecieron, todos tuvieron vidas disciplinadas y subrayaron la necesidad de esta. Sin duda alguna esto es algo completamente bíblico y absolutamente esencial. (*La depresión espiritual: Sus causas y su cura* [Libros Desafío, 1998]).

Los creyentes deben ser disciplinados para añadir a su fe las actitudes, los pensamientos y las acciones apropiadas descritas en este pasaje. Solo entonces desarrollarán la estabilidad espiritual en su vida.

# 20. El secreto del contentamiento

**En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación. Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.** (4:10-19)

El contentamiento es una virtud muy apreciada pero esquiva. Pese a que solo surge de una relación correcta con Dios y de confiar en su providencia soberana, amorosa y determinada, las personas insisten en buscarla donde es imposible hallarla: en el dinero, en las posesiones, en la fama, en las relaciones, en el trabajo, o en la ausencia de dificultad. Sin embargo, definido así, el contentamiento es inalcanzable, pues en este mundo caído resulta imposible estar exento de problemas. A diferencia del concepto mundano de contentamiento, esta es la sencilla definición escrita por el puritano Jeremiah Burroughs: “El contentamiento cristiano es una dulce, tranquila e interna disposición de espíritu que se sujeta voluntariamente y se deleita en las disposiciones sabias del Dios y Padre en cada circunstancia” (*The Rare Jewel of Christian Contentment* [La extraña joya del contentamiento cristiano] [Reimpreso; Edinburgh: Banner of Truth, 1964], p. 19).

La Biblia dice mucho acerca del contentamiento. Por ejemplo, a algunos soldados que le habían preguntado cómo demostrar un verdadero arrepentimiento, Juan el Bautista dijo: “Contentaos con vuestro salario” (Lc. 3:14). Pablo escribió a Timoteo: “Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (1 Ti. 6:8), una idea que repite el autor de Hebreos: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora” (He. 13:5). Incluso Pablo dice “por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias” (2 Co. 12:10), porque sabía que en medio de las pruebas “gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (1 Ti. 6:6). La Biblia no solo considera el contentamiento una virtud, sino que también lo establece como mandato.

Antes de terminar su carta a su amada congregación filipense, Pablo quería expresar la profunda gratitud que sentía. Él tenía una relación especial con ellos desde la fundación de la iglesia en Filipos. En una ocasión pasada del ministerio de Pablo, ellos fueron la única iglesia que le apoyó económicamente (4:15-16). Ahora ellos le habían enviado una dádiva, y 4:10-19 es la nota de agradecimiento de Pablo hacia ellos.

La generosidad de los filipenses tenía especial significado para Pablo porque llegó en un momento muy angustioso de su vida. Él era prisionero en Roma, estaba confinado a un pequeño apartamento (Hch. 28:30) y custodiado de manera permanente por un soldado romano (Hch. 28:16). Ya no podía ejercer su ministerio con la libertad de la que antes gozó. Al no poder trabajar para su sostenimiento, se encontraba en una condición de dependencia, y tal vez apenas subsistía gracias a la ayuda de amigos generosos. El único contacto que tenía con las iglesias, que eran su mayor preocupación (2 Co. 11:28), eran las cartas o las visitas esporádicas. La zozobra permanente era la espera de su juicio ante el emperador, el infame Nerón (cp. Hch. 25:11-12, 21; 26:32; 27:24; 28:19). En su comentario acerca de este período de la vida de Pablo, F. B. Meyer escribió que él estaba “privado de toda comodidad, abandonado y solitario en las afueras de la gran metrópoli extraña, con unas cadenas que resonaban al menor movimiento de su mano, y nada por delante aparte de la boca del león o la espada” (*The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses] [Grand Rapids: Baker, 1952], p. 242).

Detrás de la expresión de agradeciminto de Pablo a los filipenses está la imagen de un hombre absolutamente contento a pesar de tan adversas circunstancias. En la afirmación directa de 4:9, Pablo se ofreció a sí mismo como ejemplo de estabilidad espiritual. En los versículos 10-19, al agradecerles a los filipenses su dádiva, se presentó de manera indirecta como un ejemplo de contentamiento. Pablo sabía cómo gozarse en cada circunstancia y estar libre de afán y preocupación, porque su corazón estaba guardado por la paz de Dios y el Dios de paz. Su ejemplo es especialmente apropiado para nuestra cultura tan descontenta.

De esta aparente conclusión superflua de la epístola paulina se desprenden cinco principios del contentamiento. Una persona contenta confía en la providencia divina, se complace con poco, no depende de las circunstancias, se fortalece en el poder divino, y se preocupa por el bienestar de los demás.

## UNA PERSONA CONTENTA CONFÍA EN LA PROVIDENCIA DIVINA

**En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad.** (4:10)

Habían transcurrido diez años desde que el ministerio de Pablo en Filipos diera como fruto la fundación de la iglesia en esa ciudad. Los filipenses le habían ofrecido su apoyo generoso cuando salió de Filipos para ministrar en las ciudades macedonias de Tesalónica y Berea (Hch. 17:1-13). Cuando Pablo se desplazó al sur hasta Acaya, los filipenses siguieron apoyándolo durante su ministerio en Atenas y Corinto (Hch. 17:14—18:18). Con el paso de los años ellos habían demostrado su **cuidado** de Pablo, pero les **faltaba la oportunidad** de manifestarlo. La razón de esto se desconoce. Quizá se debía a la inquietud de ellos por la pobreza tan grande que sufrían (cp. 2 Co. 8:1-2). O tal vez desconocían las necesidades del apóstol, o no podían localizarlo.

Sin embargo, surgió una oportunidad cuando Epafrodito llegó a Roma y trajo consigo una abundante ofrenda de parte de los filipenses (4:18), por lo que Pablo se gozó **en gran manera en el Señor**. Se regocijó no tanto porque la ofrenda supliera sus necesidades, sino porque demostraba el amor de ellos hacia él. Su gozo rebosaba porque **al fin**, diez años después, ellos habían **revivido su cuidado de** él. El verbo griego traducido **revivido** es un término hortícola que describe una planta que vuelve a florecer. El afecto pródigo de los filipenses por Pablo, después de permanecer dormido cerca de diez años, había vuelto a florecer. La frase del apóstol **de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad** procuraba disipar cualquier inquietud en los filipenses. Pablo sabía que ellos tenían **cuidado** de él, pero comprendió que les había faltado la **oportunidad** para apoyarlo (cp. 2 Co. 8:12).

La actitud benigna de Pablo refleja su confianza paciente en la providencia soberana de Dios. Él estaba seguro de que Dios, en el momento propicio, dispondría las circunstancias para suplir sus necesidades. En él no había temor, ni intención de manipular a las personas, ni afán de tomar la situación en sus manos. Pablo estaba contento porque sabía que los tiempos, las sazones, y las oportunidades en la vida están bajo el control soberano del Dios “que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11), por lo cual “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Quienes buscan controlar sus propias vidas terminarán siempre frustrados. Confiar en la providencia de Dios es fundamental para el contentamiento.

La providencia y los milagros son las dos formas principales mediante las cuales Dios actúa en el mundo. Un milagro es la intervención divina soberana y directa en el mundo natural. Es un acontecimiento tan contrario al curso normal de las cosas que no existe explicación científica o natural para este, aparte del poder de Dios. No hay explicación natural para la división del mar Rojo, la sanidad de un ciego de nacimiento o la resurrección de un muerto.

Por otro lado, la providencia de Dios no es milagrosa en el sentido de interrumpir el orden natural. Más bien tiene en cuenta todos los sucesos, eventualidades, palabras, hechos, decisiones y elementos de la vida normal. Dios, de manera sobrenatural, los acomoda con precisión de acuerdo con su propósito exacto. Eso es tan sobrenatural como un milagro. Salomón reconoció el control providencial de Dios sobre los acontecimientos al escribir: “El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos” (Pr. 16:9; cp. 19:21; Jer. 10:23; Hch. 4:27-28; Fil. 2:13). Dios organizó todo de manera providencial para que José fuera elevado a un cargo de eminencia en Egipto a fin de preservar a su pueblo. Así lo explicó él a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (Gn. 50:20). Dios también planeó todo de manera providencial para que Ester ocupara una posición que le permitiera salvar a Israel, como se lo recordó Mardoqueo: “Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” (Est. 4:14).

Una comprensión del control soberano y providencial de Dios sobre los acontecimientos es indispensable para vivir en contentamiento.

## UNA PERSONA CONTENTA SE COMPLACE CON POCO

**No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.** (4:11)

Para que los filipenses no malinterpretaran su declaración del versículo 10, Pablo se apresuró a añadir una salvedad. Él **no** quería sugerir que hablaba por su necesidad al agradecer la dádiva. De hecho, dijo que había **aprendido** a contentarse, **cualquiera que sea** su **situación**. Aunque su situación era extremadamente difícil, Pablo no estaba

descontento. No importaba que fuera prisionero, que viviera en un recinto pequeño, que estuviera encadenado a un soldado romano, ni que subsistiera con una escasa alimentación. Nada de eso afectó a su contentamiento, porque estaba satisfecho con lo poco que tenía. Su contentamiento no menguaba por causa de sus privaciones materiales.

La palabra griega traducida **contentarme** en el versículo 11 sólo aparece aquí en el Nuevo Testamento. En el griego no bíblico se empleaba para hablar de ser autosuficiente, de tener lo necesario, de no depender de otros. Un escritor antiguo usó la palabra como referencia a un país que se autoabastecía y no necesitaba importar. El verdadero contentamiento solo viene de Dios, y faculta a los creyentes para estar safisfechos y tranquilos en medio de cualquier dificultad.

La actitud de contentamiento de alguien como Pablo o la mujer sunamita, quien al preguntarle qué necesitaba se limitó a responder "yo habito en medio de mi pueblo" (2 R. 4:13), es incomprensible en la sociedad actual. Las personas no están contentas ni con mucho ni con poco. De hecho, parece como si los más adinerados fueran casi siempre los más infelices e insatisfechos. Las personas están más bien obsesionadas con hablar de sus necesidades y exigir a viva voz la satisfacción de las mismas. La exigencia se ha convertido en el valor número uno de nuestra cultura. Con base en la premisa humanista de que Dios no existe y de la supremacía del hombre, el objetivo de la existencia se ha vuelto suplir las necesidades.

Además del descontento, ya casi ha desaparecido la distinción entre necesidades y deseos. En la práctica, casi todo se ha convertido en una "necesidad". Por consiguiente, los hombres "necesitan" mejores empleos, autos más lujosos y casa más amplias, y las mujeres "necesitan" una carrera fuera del hogar, y, paradójicamente, "necesitan" niños. Los jóvenes "necesitan" ilimitados encuentros sexuales para liberar sus egos reprimidos. Los niños "necesitan" la libertad de expresarse fuera del "yugo" del control parental. Como un hámster que gira sin parar en una rueda sin llegar a ninguna parte, las personas persiguen con desesperación el contentamiento que siempre parece estar fuera de su alcance. Incluso la iglesia ha empezado a edificar el ministerio en función de las "necesidades percibidas" de las personas.

Sin embargo, Pablo sabía que el fin último del hombre no consiste en satisfacer sus necesidades, sino en glorificar a Dios y gozarse en Él para siempre. Por eso, él estaba contento con todo lo que Dios en su gracia le concediera. Esto escribió a Timoteo: "Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto" (1 Ti. 6:8). Si bien les dijo a los corintios: "ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio" (1 Co. 9:14), muchas veces Pablo prefirió no ejercer ese derecho (cp. Hch. 20:34; 1 Co. 9:12, 15; 1 Ts. 2:9; 2 Ts. 3:8). Él trabajó duro, y se contentaba con dejar que Dios controlara los resultados. En momentos de dificultad, Pablo permaneció contento porque a él le bastaba tener poco.

## UNA PERSONA CONTENTA NO DEPENDE DE LAS CIRCUNSTANCIAS

**Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad.** (4:12)

Pablo amplía su anterior exposición. La palabra repetida **sé… y sé** revela que había sido **enseñado**, por experiencia y madurez espiritual, a vivir por encima de sus circunstancias y a no permitir que afectaran a su contentamiento. Esa es una lección importante que deben aprender los creyentes, pues son las circunstancias difíciles de la vida las que más nos roban el contentamiento.

La declaración de Pablo **sé vivir humildemente… tener hambre… padecer necesidad** señala que había sufrido pobreza. Él sabía lo que era arreglárselas con poco. También sabía **tener abundancia**, **estar saciado** y **tener abundancia** cuando Dios dispuso darle más de lo que necesitaba. Esas seis expresiones describen necesidades materiales y terrenales, no necesidades espirituales.

Pablo no era un teólogo en una torre de marfil. Él había vivido y ministrado desde la trinchera. Su vida no era precisamente una demostración del evangelio de la prosperidad. Las pruebas del apóstol empezaron en Damasco poco después de su conversión. Enfurecidos porque Pablo…

> *mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo… los judíos resolvieron en consejo matarle; pero sus asechanzas llegaron a conocimiento de [Pablo]. Y ellos guardaban las puertas de día y de noche para matarle. Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta (Hch. 9:22-25).*

En Listra, durante su primer viaje misionero, judíos opositores "vinieron… de Antioquía y de Iconio, que persuadieron a la multitud, y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto" (Hch. 14:19). Sin duda, muchos creyentes filipenses recordaban lo que Pablo y su compañero Silas habían sufrido en Filipos:

> *Y se agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas. Después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad. El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo (Hch. 16:22-24).*

La situación no mejoró para el apóstol en Tesalónica, donde…

> *los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Pero no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús. Y alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad, oyendo estas cosas. Pero obtenida fianza de Jasón y de los demás, los soltaron. Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea (Hch. 17:5-10).*

Alborotos causados por judíos incrédulos y adversarios siguieron a Pablo desde Tesalónica hasta Berea: "Cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por Pablo, fueron allá, y también alborotaron a las multitudes" (Hch. 17:13). Al verse obligado a huir a Berea, Pablo fue a Atenas, donde los filósofos griegos escépticos reunidos en el Areópago se burlaron de él (Hch. 17:18-34). De Atenas el apóstol fue a Corinto, donde "siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo, y le llevaron al tribunal" (Hch. 18:12). Después de ministrar por tres meses en Grecia, los judíos urdieron "asechanzas [para asesinarlo]… para cuando se embarcase para Siria" (Hch. 20:3). Al llegar a Jerusalén, Pablo fue atacado y golpeado sin piedad después que los judíos de Asia Menor lo reconocieron en el templo (Hch. 21:26-30). Después de ser rescatado de una muerte segura por la pronta acción de un oficial romano (Hch. 21:31-35), Pablo enfrentó la prolongada estadía bajo la custodia romana. Dos años más tarde, tras varias audiencias infructuosas ante el Sanedrín y el gobernador romano, Pablo ejerció su derecho como ciudadano romano de apelar al César. Después de un penoso viaje por el mar, que incluyó una aterradora tormenta que se prolongó dos semanas y terminó en naufragio (Hch. 27), Pablo llegó por fin a Roma (Hch. 28). En el momento de escribir su carta a los filipenses, Pablo estaba de nuevo preso en Roma.

Para resumir su ardua, difícil y penosa vida, Pablo escribió:

> *¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el gobernador de la provincia del rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos para prenderme; y fui descolgado del muro en un canasto por una ventana, y escapé de sus manos (2 Co. 11:23-33).*

Todos esos sufrimientos constantes y tan singulares de la vida de Pablo, le enseñaron el secreto de levantarse por encima de ellos. En medio de todas sus pruebas, mantuvo sus ojos en las realidades celestiales (cp. Col. 3:1-2). En 2 Corintios 4:17, el apóstol escribió: "Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria". Bajo esa perspectiva, ¿acaso resulta admirable que ninguna pena, sufrimiento o desilusión afectara a su contentamiento?

## UNA PERSONA CONTENTA SE FORTALECE EN EL PODER DIVINO

**Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.** (4:13)

Sin importar cuán difíciles hayan sido sus luchas, Pablo tenía un sostén espiritual, un medio invisible de apoyo. Su capacidad y suficiencia provenían de su unión con Cristo, que es infinitamente capaz y suficiente: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

Cuando Pablo escribió **todo lo puedo** tenía en mente lo físico, no lo espiritual. Ischuō (**puedo**) significa "ser fuerte",

“tener la fuerza”, o “tener los recursos”. Se ha traducido “poder más” (Hch. 19:16), “prevalecer” (Hch. 19:20), y “eficaz” (Stg. 5:16). El texto griego subraya la palabra traducida **todo** (una alusión a las necesidades físicas; cp. vv. 11-12) al ubicarla al inicio de la frase. Pablo era lo bastante fuerte para soportarlo **todo en Cristo que [le fortalecía]** (cp. 1 Ti. 1:12; 2 Ti. 4:17). Por supuesto que el apóstol no sugería que era capaz de sobrevivir indefinidamente sin alimento, agua, sueño o abrigo. Lo que dijo es que al llegar al límite de sus recursos y de su capacidad, incluso al borde de la muerte, fue lleno de la fuerza de Cristo. Él pudo vencer las más extremas dificultades físicas gracias a la fortaleza interior y espiritual que Dios le dio. En palabras de Isaías:

> *El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán (Is. 40:29-31).*

Quizá la ilustración más clara de esta verdad en la vida de Pablo se encuentra en 2 Corintios 12:7-10:

> *Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.*

Pablo estaba atormentado por un “aguijón en la carne”, muy probablemente un demonio que se ocultaba tras los falsos maestros que dañaban a su amada iglesia en Corinto. Esa era la peor prueba para él, debido a su “preocupación por todas las iglesias” (2 Co. 11:28). Él le rogó al Señor una y otra vez que lo librara del tormento de ese ataque demoniaco en la iglesia. Sin embargo, en lugar de liberarlo, el Señor le mostró a Pablo que su gracia era suficiente. El contentamiento viene a los creyentes que descansan en la gracia sustentadora de Cristo, la cual reciben cuando carecen de fuerzas en sí mismos. En ese sentido, el contentamiento es una consecuencia de la necesidad.

Para no dejar dudas en cuanto a la suficiencia del poder de Cristo que fortalece, es el mismo poder que Pablo mencionó en su oración en Efesios 3:

> *Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu… Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros (Ef. 3:14-16, 20).*

El poder de Dios que mora en los creyentes es mucho más que suficiente para fortalecerlos y sustentarlos en cualquier prueba. El contentamiento es de quienes confían por completo en ese poder y no en sus propias fuerzas. Jeremiah Burroughs comentó:

> Un cristiano se goza en toda circunstancia cuando busca fortaleza en otro, se rinde a Jesucristo, actúa por su fe en Él, y recibe la fortaleza de Jesucristo en su propia alma. Gracias a la fortaleza que encuentra en Jesucristo puede soportar todas las disposiciones divinas… Hay fortaleza en Cristo no solo para santificarnos y salvarnos, sino para sustentarnos en medio de cualquier aflicción o carga que llevemos, y Cristo espera que bajo todo peso, actuemos por nuestra fe en Él para tomar de Él virtud y fortaleza (*The Rare Jewel of Christian Contentment* [La extraña joya del contentamiento cristiano], p. 63).

Es importante notar que solo quienes viven en obediencia a la voluntad de Dios pueden contar con su poder que los fortalece. Quienes han sido conducidos al foso de la desesperación por causa de su pecado constante, no pueden esperar que Dios les conceda contentamiento en medio de sus circunstancias. De hecho, Él puede incluso añadir a sus dificultades el castigo y traerlos al arrepentimiento.

D. Martyn Lloyd-Jones compara el fluir del poder de Dios en la vida del creyente con la salud física:

> Sugiero que existe una analogía del poder en la vida del cristiano. La salud es el resultado de un estilo de vida saludable. La salud no puede lograrse de manera directa o inmediata por sí misma. En un sentido me he dispuesto a afirmar que un hombre no debería pensar en su salud como tal. La salud es el resultado de una vida sana, y digo lo mismo acerca de esta cuestión del poder en la vida del creyente.

> O permítanme usar otra ilustración. Tomemos el asunto de la predicación. Ningún tema es más polémico que el poder en la predicación. "Oh, si mi predicación lo tuviera", dice el predicador, se arrodilla y pide poder. Creo que eso puede ser bastante incorrecto. Lo es, claro, si es lo único que hace el predicador. La forma de tener poder es preparar su mensaje con sumo cuidado. Estudie la Palabra de Dios, medite en ella, analícela, organícela, haga su mejor esfuerzo. Es más probable que Dios bendiga ese mensaje, el enfoque indirecto más que el directo. Ocurre exactamente lo mismo en este asunto del poder y en la capacidad para llevar una vida cristiana. Además de nuestra oración para tener poder y capacidad, debemos obedecer ciertas normas y leyes fundamentales.
>
> Puedo entonces resumir la enseñanza de la siguiente forma: El secreto del poder se encuentra en descubrir y aprender del Nuevo Testamento lo que podemos hacer en Cristo. Debo ir a Cristo. Debo pasar mi tiempo con Él. Debo meditar en Él, debo conocerlo. Ese era el anhelo de Pablo, "a fin de conocerle". Debo mantener mi contacto y mi comunión con Cristo y enfocarme en conocerlo.
>
> ¿Qué más? Debo hacer exactamente lo que Él me dice. Debo evitar lo que estorba. Si en medio de la persecución queremos sentir lo que Pablo sintió, debemos vivir como él vivió. Debo obedecer sus palabras y abstenerme de lo que me prohíbe. Debo leer la Biblia, ejercitarme, practicar la vida cristiana. Debo vivir la vida cristiana en toda su plenitud (*La depresión espiritual: Sus causas y su cura* [Libros Desafío, 1998], pp. 298-299 del original en inglés).

El poder de Dios traerá contentamiento a quienes carecen de fuerza, pero solo si han vivido de manera justa. No hay solución rápida, ni atajos para el contentamiento. Lo reciben solo quienes son fortalecidos por el poder divino, y ese poder divino no viene de consejeros, terapias o fórmulas de autoayuda, sino solo de una vida que persevera en la piedad.

## UNA PERSONA CONTENTA SE PREOCUPA POR EL BIENESTAR DE LOS DEMÁS

**Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación. Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.** (4:14-19)

Un último hilo en el tapiz del contentamiento tejido por Pablo es la preocupación por el prójimo. Quienes viven solo para sí nunca estarán contentos, porque para ellos el contentamiento solo puede venir cuando sus circunstancias sean tal como las desean. Y eso nunca ocurrirá. Solo quienes son generosos y anteponen el bienestar de los demás a su propio deseo hallan el contentamiento. Pablo oró así por los filipenses: "Que vuestro amor abunde aun más y más" (1:9). Una de las características del verdadero amor bíblico es el altruismo (1 Co. 13:5). Él también los exhortó: "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (2:3-4). Fue "este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (2:5). Si Él solo se hubiera preocupado por sus intereses personales, nunca habría dejado el cielo para sacrificarse por hombres pecadores y caídos.

**Sin embargo** introduce una importante transición en el pensamiento de Pablo. Lo que él escribió en los versículos 10-13 podría haber sido malinterpretado fácilmente por los filipenses. A pesar de ser pobres (cp. 2 Co. 8:1-2), se habían sacrificado por enviarle a Pablo una dádiva por medio de Epafrodito (4:18). Después de permanecer por un tiempo en Roma y de ministrar al apóstol, Epafrodito había regresado a Filipos, trayendo consigo la carta de Pablo. En ella, la iglesia leería: "No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación", "por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad", y "todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (4:11-13). Si la carta hubiera finalizado en ese punto, los filipenses habrían podido concluir que Pablo no necesitaba ni apreciaba la ofrenda sacrificial que le enviaron.

Con el fin de asegurarse de que los filipenses no le malentendieran, Pablo se apresuró a asegurarles que habían hecho **bien** (kalōs; algo noble o hermoso) **en participar** con él **en su tribulación**. No obstante, luego tuvo que explicarles cómo su dádiva podía ser un gesto de nobleza si él no lo necesitara.

Pablo empezó recordándoles el momento de su primera **predicación del evangelio** en Filipos, hacía una década. Durante ese tiempo, e incluso después de haber partido **de Macedonia** hacia las ciudades de Atenas y Corinto ubicadas en Acaya, **ninguna iglesia** le apoyó **en razón de dar y recibir**. Esa frase emplea terminología financiera. La frase traducida **en razón de** se traduce a veces "cuentas" (Mt. 18:23; 25:19) o dar "cuenta" (Lc. 16:2) y los términos **dar y recibir** pueden significar "crédito" y "débito". Es evidente que Pablo era un mayordomo fiel de sus recursos y llevaba

cuentas de sus ingresos y gastos. Incluso antes de partir **de Macedonia** los filipenses le apoyaron, y durante su ministerio en **Tesalónica**, **una y otra vez** enviaron ofrendas para sus **necesidades**. Su generosidad, aunada con el arduo trabajo de Pablo, le permitió a él servir libre de cargas en Tesalónica (1 Ts. 2:9; 2 Ts. 3:8) y Corinto (Hch. 18:5; 2 Co. 11:8).

Como Pablo era abnegado, podía regocijarse por esa dádiva y aún así estar contento con la provisión soberana de Dios para él. Esa abnegación le animó a escribir: **No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta** (cp. Mt. 6:19-20; 1 Ti. 6:17-19). Su dádiva regocijó a Pablo no por el beneficio material que esta significaba para él, sino por el beneficio espiritual de ellos. Las Escrituras enseñan repetidas veces el principio de que quienes dan generosamente serán bendecidos. Salomón escribió: "Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado" (Pr. 11:24-25). Más adelante en Proverbios agregó: "A Jehová presta el que da al pobre, y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar" (Pr. 19:17), "el ojo misericordioso será bendito" (Pr. 22:9), y "el que da al pobre no tendrá pobreza" (Pr. 28:27). En Lucas 6:38 Jesús dijo: "Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir". A los corintios Pablo escribió: "Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará" (2 Co. 9:6). Pablo mismo era un ejemplo de alguien que dio con generosidad al pobre, como exhortó a los ancianos de Éfeso: "En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir'" (Hch. 20:35).

Tres declaraciones resumen el gozo y la gratitud de Pablo. El verbo griego empleado en la frase **todo lo he recibido, y tengo abundancia** tenía por lo general un sentido comercial en el griego no bíblico para referirse a un pago completo. Esta declaración es de hecho el recibo de Pablo a los filipenses por su don. **Tengo en abundancia** es la traducción de un verbo griego que significa "rebosar", "tener en exceso", o "tener más que suficiente". El verbo griego en la última declaración de Pablo **estoy lleno** habla de estar pleno. Las tres frases juntas revelan que Pablo, después de haber **recibido de Epafrodito lo que** le enviaron, se sentía anonadado por la generosidad de los filipenses.

Con un lenguaje alusivo a los sacrificios del Antiguo Testamento, Pablo describió la dádiva de los filipenses como **olor fragante** (cp. Gn. 8:20-21; Éx. 29:18; Lv. 1:9, 13, 17; Nm. 15:3), **sacrificio acepto** (cp. Lv. 19:5; 22:29; Is. 56:7), **agradable a Dios** (cp. Sal. 51:19). Pablo estimó la ofrenda de los filipenses como un acto sacrificial de adoración a Dios. De los creyentes del nuevo pacto se espera esa clase de sacrificio espiritual, en lugar de los sacrificios de animales del antiguo pacto. En Romanos 12:1 Pablo les ordena a los creyentes: "Que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional". El autor de Hebreos exhorta: "Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios" (He. 13:15-16). Pedro trae a la memoria de los creyentes que ellos son "sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 P. 2:5). El gozo de Pablo porque los filipenses habían hecho tal sacrificio agradable a Dios sobrepasaba el gozo por haberlo recibido.

Pablo sabía que los filipenses no solo recibirían bendiciones espirituales en el cielo por su generosidad, sino que **Dios** también supliría **todo lo que [les] falta** en esta vida. Los filipenses habían sacrificado al dar (cp. 2 Co. 8:1-3) parte de sus posesiones terrenales para apoyar a Pablo, el siervo de Dios. A cambio, Dios supliría en abundancia todo lo que les falta, no quedaría en deuda con ellos. Por haber sembrado abundantemente, segarían abundantemente (2 Co. 9:6); por haber "[honrado] a Jehová con [sus] bienes, y con las primicias de todos [sus] frutos… serán llenos [sus] graneros con abundancia y [sus] lagares rebosarán de mosto" (Pr. 3:9-10). Ellos descubrirían que es imposible dar demasiado para Dios.

La frase **conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús** evidencia el alcance de la provisión de Dios para las necesidades de los filipenses. Él lo haría **conforme a sus riquezas**, no a las de ellos. Su provisión para ellos sería en proporción a la inmensidad de sus riquezas eternas, es decir, con tanta generosidad como corresponde **a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús**. El Nuevo Testamento presenta una y otra vez a Jesucristo como la fuente de todas las riquezas de Dios. En Él "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col. 2:3). Pablo escribió a los colosenses: "Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud… porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad" (Col. 1:19; 2:9). "El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo… nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3). En Efesios 1:23, el apóstol describió a Jesús como "Aquel que todo lo llena en todo", y trajo a la memoria de los corintios "la gracia de Dios que [les] fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él" (1 Co. 1:4-5). Pedro a su vez escribió: "Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia" (2 P. 1:3).

Las lecciones decisivas acerca del contentamiento ilustradas aquí en la vida de Pablo pueden resumirse en cinco palabras: fe, humildad, sumisión, dependencia y abnegación. Esas virtudes caracterizan a todos aquellos que han

aprendido a estar contentos.

# 21. Los santos de Dios

**Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén. Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan. Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.** (4:20-23)

El tema del pasaje final de Filipenses se encuentra en la conocida pero tantas veces malinterpretada palabra **santo**. El término se ha alejado de su significado neotestamentario, y ha adquirido toda clase de connotaciones culturales y religiosas. Para algunos ha tomado un sentido ofensivo y farisaico de "ser más santo que otros". Esas personas no osarían llamarse santos por temor a parecer ególatras, orgullosos o jactanciosos. Otros piensan que los santos son quienes realizan obras sobresalientes por el bien de la humanidad. Para otros, el término santo evoca la imagen de una figura misteriosa y celestial grabada en los vitrales de una catedral.

Gran parte de la confusión acerca de los santos se origina en las enseñanzas de la iglesia católico-romana. En la teología católico-romana un santo es alguien que, gracias a su virtud ejemplar, sus méritos, su devoción y sus logros religiosos, ya ha sido exaltado en el cielo (contrario a la mayoría de fieles católicos, quienes solo pueden esperar entrar en él después de una prolongada estadía en el purgatorio). Dicha persona es elevada al rango de santidad mediante un decreto oficial del papa conocido como canonización, y es considerado un ejemplo cuya vida debe ser imitada.

Sin embargo, la canonización de la iglesia católica significa mucho más que simplemente destacar al santo como un ejemplo que debe seguirse. Los santos canonizados también son venerados públicamente. Se acostumbra consagrar las iglesias en memoria de ellos, observar un día de fiesta en su honor, y celebrar misas por ellos. La iglesia católica también alienta a sus miembros a apelar a los santos para que intercedan ante Dios a favor de ellos. Por consiguiente, las oraciones son ofrecidas a ellos, y sus estatuas y despojos mortales venerados. Según la teología católico-romana, los santos no solo pueden interceder por los vivos, sino por los que están en el purgatorio (en la teología católica, es un lugar de castigo posterior a la muerte que sirve para llegar a merecer el cielo). Los católicos que viven pueden entonces apelar a los santos para que intercedan ante Dios por sus seres queridos que sufren en el purgatorio.

No obstante, según el Nuevo Testamento, un santo no es una reliquia eclesiástica representada en un vitral de iglesia, o inmortalizada en una estatua, o canonizada por Roma. Un santo es alguien que ha experimentado la fe salvadora en el Señor Jesucristo. De hecho, "santo" es el término predilecto del apóstol Pablo para referirse a los cristianos, y aparece cuarenta veces en sus epístolas. Él se dirige a todos los creyentes en Filipos como santos en el primer versículo de esta epístola (cp. Ro. 1:7; 1 Co. 14:33; 2 Co. 1:1; Ef. 1:1; Col. 1:2; He. 13:24). Pablo se dirigió incluso a los miembros de la iglesia en Corinto, la más conflictiva y pecadora del Nuevo Testamento, como "los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos" (1 Co. 1:2). Un santo no es un superhéroe de la fe, sino alguien que tiene vida eterna en Cristo (Ro. 6:23) y en quien brilla la luz de Cristo (Fil. 2:15).

En este pasaje final de su carta a los filipenses, escrito también de su puño y letra (cp. 1 Co. 16:21; Gá. 6:11; Col. 4:18; 2 Ts. 3:17), Pablo les recuerda su identidad como santos. Describe el carácter de los santos, la adoración de los santos, la comunión de los santos, el gozo de los santos y la riqueza de los santos.

## EL CARÁCTER DE LOS SANTOS

**santos… santos** (4:21, 22)

En la definición de hagios (**santo**) o hagioi (**santos**) está implícito el carácter o la naturaleza de los santos. El término puede traducirse "los apartados", "los separados", "los santificados", o, quizá mejor, "los santos". También se emplea en el Nuevo Testamento para hablar de los ángeles escogidos (Mr. 8:38; Lc. 9:26; Hch. 10:22; Ap. 14:10) y, ante todo, de Dios (Mr. 1:24; Lc. 1:49; 4:34; Jn. 6:69; 17:11; Hch. 2:27; 3:14; 4:27, 30; 13:35; 1 P. 1:15, 16; 1 Jn. 2:20; Ap. 3:7; 4:8; 6:10; 15:4; 16:5). La santidad de Dios es la completa y absoluta separación del pecado. Por consiguiente, un **santo** es alguien que ha sido separado del pecado para Dios con un propósito santo.

"En Cristo Jesús" (v. 21) corresponde a la esfera espiritual donde la santidad es una realidad. Los santos son los que están en Jesucristo. Esa realidad es exclusiva del cristianismo. Los seguidores de otras religiones del mundo no consideran que están unidos al fundador de su religión, sino que se limitan a seguir sus enseñanzas. En cambio, los cristianos no solo creen que Cristo vivió, murió, resucitó y vendrá otra vez, sino que también están unidos a Él en una unión vital (cp. 1:21; 4:1; Ro. 8:1; 16:11-13; 1 Co. 1:30; 3:1; 7:22; 2 Co. 1:21; 5:17; Ef. 5:8; 6:10; Col. 1:2, 28; 4:7). Por eso pueden decir con Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

Por medio de su muerte sacrificial en la cruz, Jesucristo aparta a los creyentes para Dios y los hace santos. El autor de Hebreos afirma: "Somos santificados [apartados para Dios] mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez

para siempre" (He. 10:10). Pablo escribió a los corintios: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas… Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:17, 21). El bautismo simboliza la unión del creyente con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección (Ro. 6:3-4). Así que todo creyente es un santo, porque todo creyente está separado del pecado para consagrarse a Dios por medio de la fe en Jesucristo. Al llamar a los filipenses santos, Pablo les recordó que deben vivir como quienes han sido separados del pecado para vivir en justicia.

## LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS

**Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.** (4:20)

Este himno triunfal de alabanza es una muestra de la adoración de los santos. Los santos no son personas que deban ser adoradas, sino personas que adoran. La adoración caracteriza a los redimidos, y Pablo empieza el último pasaje de Filipenses con una doxología. La palabra "doxología" viene de dos palabras griegas, doxa ("gloria") y logos ("palabra"). Así que una doxología es una palabra acerca de la **gloria**, una explosión de alabanza y adoración que da honra y **gloria** a Dios.

En las Escrituras, las doxologías son la respuesta apropiada ante la verdad doctrinal. Esta surgió del superabundante gozo de Pablo por las excelentes verdades que Dios le había inspirado a escribir en su carta. La verdadera adoración fluye de la verdad divina.

En la doxología de Romanos 11:33-36, Pablo se regocijó y alabó a Dios por las grandiosas verdades reveladas en Romanos capítulos 1 al 11, el mayor tratado doctrinal de las Escrituras. Él escribió:

> *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.*

Al cierre de la epístola cinco capítulos después, el corazón de Pablo aún rebosaba en alabanza por las maravillosas verdades que contenía:

> *Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén (Ro. 16:25-27).*

En Efesios, después de tres capítulos de abundante verdad doctrinal, Pablo prorrumpe en una doxología de alabanza y adoración: "Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén" (Ef. 3:20-21). En Gálatas 1:5 Pablo escribió esta corta doxología como preámbulo de las verdades que estaba por presentar a los gálatas: "A [Dios] sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén".

Una doxología es también una respuesta apropiada a todo lo que Dios ha hecho por los creyentes. En gratitud por el precioso don de su salvación, Pablo escribió: "Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén" (1 Ti. 1:17). Con todo, exclamaría confiado frente al martirio: "Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén" (2 Ti. 4:18). Judas escribió una doxología de alabanza por la seguridad eterna de los creyentes: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén" (Jud. 24-25).

Pablo identificó primero el protagonista de su doxología como **Dios nuestro**, el Dios a quien adoran los cristianos, el único Dios viviente. Juan 5:44 lo describe como "Dios único"; Juan 17:3 como "el único Dios verdadero"; Romanos 16:27 como "al único y sabio Dios"; al igual que 1 Timoteo 1:17 y Judas 25. El pronombre **nuestro** subraya la relación personal de los creyentes con Él. Ellos deben adorar al Dios verdadero en una comunión personal e íntima. Como ya se indicó, la actitud permanente de adoración a Dios caracteriza a los creyentes: "la verdadera circuncisión, que adoramos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no poniendo la confianza en la carne" (Fil. 3:3, BLA). El objetivo de la redención es convertir a los hombres en adoradores. Jesús le dijo a la mujer samaritana en el pozo de Sicar: "Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren" (Jn. 4:23; cp. Ap. 5:9; 7:9-10).

No se puede adorar al Dios verdadero en ignorancia. Es imposible adorarlo si no se sabe quién es. Dios tampoco quiere adoración basada en la ignorancia. En Oseas 6:6 Dios declaró: "Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos". Jesús, a su vez, declaró en Juan 4:24: "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". La adoración ignorante es inaceptable porque constituye una forma de idolatría. La idolatría no es solo adorar dioses falsos, sino abrigar pensamientos acerca del Dios verdadero que son falsos e indignos de Él. A.W. Tozer escribe:

> Entre los pecados a los cuales se inclina el corazón humano, es difícil encontrar uno más detestable para Dios que la idolatría, ya que es esta en el fondo una detracción de su carácter. El corazón idólatra supone que Dios no es quien es, un pecado en sí monstruoso, y sustituye al verdadero Dios por uno hecho a su propia semejanza. Este Dios siempre se conformará a la imagen de quien lo creó y será vil o puro según el estado moral de la mente de quien lo crea.
>
> Un dios que surge en las sombras de un corazón caído no tendrá semejanza alguna con el Dios verdadero. "Pensaste", le dijo el Señor al hombre malvado en el salmo, "que yo era igual a ti". Sin duda esta debe ser una grave afrenta contra el Dios Altísimo ante quien los querubines y los serafines exclamaban sin cesar: "Santo, santo, santo, el Señor Dios de Sabaoth".
>
> Cuidémonos de que nuestro orgullo acepte la noción equivocada de que la idolatría solo consiste en arrodillarse ante objetos visibles de adoración, y que las personas civilizadas no caen por tanto en eso. La esencia de la idolatría es abrigar pensamientos acerca de Dios que son indignos de Él (*El conocimiento del Dios Santo* [Miami: Editorial Vida, 1996], p. 11 del original en inglés).

El único remedio contra esa clase de idolatría en la iglesia y en los individuos es considerar el conocimiento de Dios su objetivo primordial. Los que creen en una teología centrada en el hombre no pueden ser adoradores obedientes.

Una segunda verdad acerca de Dios que se desprende de la doxología de Pablo es que Él es el **Padre** de los creyentes. En el Nuevo Testamento, Dios es ante todo el **Padre** del Señor Jesucristo (cp. Ro. 15:6; 2 Co. 1:3; 11:31; Ef. 1:3; 1 P. 1:3; Ap. 1:6), un hecho del cual Jesús dio testimonio al llamarlo y comunicarse con Él como "mi Padre" cerca de cuarenta veces en los Evangelios. Ese hecho es una prueba de la deidad de Cristo; Él y el Padre comparten la misma vida, la misma deidad, la misma esencia. Los judíos incrédulos no olvidaron lo que Jesús quiso decir al llamar a Dios su Padre, como lo registra Juan 5:18: "Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios".

Sin embargo, Pablo tiene aquí en mente la verdad de que Dios también es el **Padre** de los creyentes (1:2; cp. Mt. 5:16, 45, 48; 6:1; 10:29; Ro. 8:15; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Col. 1:2; 2 Ts. 1:1; 2:16; Flm. 3), a quienes ha adoptado como sus hijos (Ro. 8:15, 23; Gá. 4:5; Ef. 1:5). A diferencia de los paganos, que se acercaban con temor a deidades amenazantes e indiferentes (cp. 1 R. 18:25-29), los creyentes adoran al Dios que los ama como hijos. Eso los lleva a "[clamar:] ¡Abba! Padre!" (Ro. 8:15; Gá. 4:6). Los creyentes podrían temer acercarse al Dios infinitamente majestuoso, admirable e imponente. Pero el entrañable término **Padre** reconcilia a los creyentes pecadores y finitos con su Dios santo e infinito.

La frase **por los siglos de los siglos** indica el alcance temporal de la adoración de los creyentes a Dios. El texto griego describe "un período muy largo o indefinido, la imagen tomada de los ciclos o calendarios para representar la eternidad inmensurable" (John Eadie, *A Commentary on the Greek Text the Epistle of Paul to the Philippians* [Comentario del texto griego de la Epístola de Pablo a los Filipenses] [Reimpreso; Grand Rapids: Baker, 1979], p. 286). La adoración de los santos no se limita a esta vida, sino que se extiende por toda la eternidad en el cielo. A esa gloriosa verdad Pablo solo puede añadir la afirmación confesional **Amén**, "así sea".

## LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

**Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan. Todos los santos os saludan,** (4:21-22*a*)

La triple mención de Pablo de la palabra **saludar** evidencia un fuerte lazo de comunión. Al finalizar su carta para ellos, Pablo expresó su amor por los miembros de la congregación filipense y su preocupación por su bienestar espiritual. Su amonestación era específicamente para los líderes de la congregación filipense (1:1), que recibirían su carta de Epafrodito. El apóstol les encomendó saludar de su parte a los miembros de la congregación, y reafirmarles su amor y preocupación por ellos y por su bienestar espiritual.

El hecho de que el apóstol envió su saludo a **todos** deja entrever que cada uno de los santos era merecedor de su afecto

y cuidado. Pablo reforzó ese punto que trató en 2:2, donde instó a los filipenses a "[completar su] gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa". No deben existir favoritismos en la iglesia, "porque no hay acepción de personas para con Dios" (Ro. 2:11; cp. Dt. 10:17; 2 Cr. 19:7; Job 34:19; Hch. 10:34; Gá. 2:6; Ef. 6:9). Todos los creyentes son santos, y cualquier jerarquización en el Cuerpo de Cristo es contraria a la voluntad del Espíritu de Dios. Todos los aceptos en el amado Hijo de Dios (Ef. 1:6) deben ser aceptados por los amados hijos de Dios en la iglesia. Todos los creyentes son lo que son a los ojos de Dios únicamente por su gracia (1 Co. 15:10).

El interés de Pablo por los individuos refleja el del Señor Jesucristo. Aun cuando estaba rodeado por grandes multitudes, era consciente de los individuos y sus necesidades, como lo demuestra la siguiente historia:

> *Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto (Mr. 5:25-32).*

Pablo ilustró además el tema del afecto igualitario para todos los creyentes al mencionar que **los hermanos que están conmigo os saludan**. Entre esos **hermanos**, los colaboradores cercanos de Pablo a quienes distinguía del resto de creyentes en Roma (v. 22), se citan algunos de los nombres más ilustres de la iglesia primitiva. Timoteo, el amado hijo en la fe y protegido de Pablo, era uno de ellos (1:1; 2:19). Epafrodito (2:25; 4:18) también estaba con el apóstol en el momento de escribir su carta. Tíquico, quien llevó las cartas a los efesios (Ef. 6:21), a los colosenses (Col. 4:7), y a Filemón (vv. 4-9) pudo haber acompañado también a Pablo en ese momento. Aristarco, otro compañero del apóstol por mucho tiempo (Hch. 19:29; 20:4; 27:2), pudo haber conformado el grupo de los **hermanos** que Pablo mencionó (Col. 4:10; Flm. 24). Asimismo, Onésimo, el esclavo fugitivo de quien habla la carta a Filemón (Col. 4:9; Flm. 10), y dos autores de los Evangelios, Marcos y Lucas (Flm. 24). A pesar de ser tan notables, solo se alude a todos esos luminares como **los hermanos**.

La comunión de los santos es un vínculo de amor sin jerarquías. Ninguno de los más destacados colaboradores de Pablo exhibía sus méritos ni tomaba para sí títulos eclesiásticos. El hecho de poseer dones excepcionales y de ser usados por Dios no los hacía superiores espiritualmente; Pablo se consideraba "el más pequeño de los apóstoles" (1 Co. 15:9), y como el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15-16). Ellos comprendieron bien la enseñanza de Jesús acerca de la igualdad de los creyentes:

> *Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido (Mt. 23:8-12).*

El conjunto de creyentes de la iglesia de Roma también envió su saludo, como lo indica la frase **todos los santos os saludan**. Si bien poseían diferentes dones, y demostraban diferentes niveles de fidelidad y madurez espiritual, eran iguales a sus hermanos más destacados. Sirviéndose de la metáfora del cuerpo humano, Pablo puso de relieve este punto en su primera carta a los corintios:

> *Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular (1 Co. 12:20-27).*

Una característica esencial de los santos es participar del mismo vínculo de amor y el deseo mutuo por el bienestar de los demás.

## EL GOZO DE LOS SANTOS

**y especialmente los de la casa de César.** (4:22*b*)

El mayor gozo de los santos es ver que los pecadores ponen su fe en Cristo. En Lucas 15, Jesús contó dos parábolas que ilustran la salvación. La primera relata la historia de un hombre que se goza al encontrar su oveja perdida (Lc. 15:5-6); y la segunda, de una mujer que se goza al encontrar su moneda perdida (Lc. 15:9). Ambas muestran el gozo que experimentan los creyentes al ver que los pecadores reciben la salvación. Asimismo, Pablo y Bernabé "contando la conversión de los gentiles… causaban gran gozo a todos los hermanos" (Hch. 15:3).

La alusión de Pablo **a los de la casa de César** era especialmente significativa para los filipenses. Filipos era una colonia romana (Hch. 16:12) y sus habitantes eran ciudadanos romanos (Hch. 16:21). Debido a su estrecha relación con Roma, es posible que los filipenses conocieran a algunos miembros de **la casa de César**. No solamente los miembros de la familia estaban incluidos en **la casa de César**, sino todos los que trabajaban directamente para él, tanto esclavos de bajo rango como hombres libres de alto rango. En la terminología actual, eran trabajadores del gobierno. Durante su cautiverio en Roma, Pablo pudo haber conocido a muchos de ellos.

Algunos miembros de la casa imperial, como la guardia pretoriana que menciona el apóstol en 1:13, fueron guiados por Pablo a la fe en Cristo. Sin embargo, otros ya eran cristianos antes de su llegada a Roma. El erudito del Nuevo Testamento del siglo XIX, J. B. Lightfoot, descubrió algunos paralelos sorprendentes entre los nombres que menciona Pablo en Romanos 16:8-15 y los miembros de la casa de César en listas que datan de la época paulina (cp. *St. Paul's Epistle to the Philippians* [Epístola de san Pablo a los Filipenses] [Reimpreso; Grand Rapids: Zondervan, 1953], pp. 171-178). Él concluyó: "Como resultado de esta investigación, parece que hemos establecido una conjetura razonable, según la cual en las salutaciones de la Epístola a los Romanos se incluyen al menos algunos miembros de la casa imperial" (*Philippians* [Filipenses], p. 177).

Pablo incluye ambos grupos, los que fueron salvos gracias a su ministerio y los que ya eran creyentes, en su salutación desde **la casa de César**. Es indudable que tanto él como los filipenses se gozaban de ver que en **la casa** del emperador pagano muchas almas se habían entregado al reino de Cristo. El gozo de los santos consiste en ver que otros son rescatados del oscuro abismo del pecado y traídos a la salvación en Cristo.

## LA RIQUEZA DE LOS SANTOS

**La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.** (4:23)

Ahora Pablo completa el círculo. Él empezó su carta deseándoles gracia a los filipenses (1:2), y la concluye de igual forma. El apóstol finalizó todas sus cartas invocando la gracia de Dios sobre sus lectores (cp. Ro. 16:24; 1 Co. 16:23; 2 Co. 13:14; Gá. 6:18; Ef. 6:24; Col. 4:18; 1 Ts. 5:28; 2 Ts. 3:18; 1 Ti. 6:21; 2 Ti. 4:22; Tit. 3:15; Flm. 25).

Lo que más necesitan los creyentes es **la gracia** que viene **del Señor Jesucristo**. Gracia es el favor inmerecido, o el amor desinteresado de Dios en Cristo que atrajo a los creyentes a la redención (Ef. 2:5, 8; Ro. 3:24; 2 Ti. 1:9). La obra de gracia de Dios en la vida de los creyentes continuará hasta su glorificación. Pablo expresó esa verdad en Romanos 5:2: "Por quien [Cristo] también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios". Los creyentes no solo son salvos por gracia, sino también sustentados por gracia. Son dirigidos por gracia, guiados por gracia, guardados por gracia, fortalecidos por gracia, santificados por gracia, y preparados por gracia. Ellos dependen constantemente del perdón, el consuelo, la paz, el gozo, la valentía y la instrucción que viene por medio de la gracia divina.

Los creyentes reciben la gracia sustentadora de Dios por medio del **Señor Jesucristo**. Él es el tema de esta epístola, y se menciona casi cuarenta veces en estos cuatro capítulos. Pablo se describió a sí mismo como siervo de Jesucristo (1:1), se dirigió a los filipenses como a los santos en Cristo Jesús (1:1), su cautiverio era por la causa de Cristo (1:13), para él su vida era Cristo (1:21) y la muerte la entrada a la presencia de Cristo (1:23). Exhortó a los filipenses a comportarse como es digno del evangelio de Cristo (1:27), teniendo el mismo sentir de Cristo (2:5), los llamó a gloriarse en Cristo (3:3), consideraba todo su pasado como basura comparado con la excelencia de encontrar a Cristo (3:8), fue justificado por la fe en Cristo (3:9), esperaba con ansias el regreso de Cristo (3:20), y tenía todo lo necesario en Cristo (4:19).

El carácter, la adoración, la comunión, el gozo y la riqueza de los santos están en Jesucristo. Pablo resumió con elocuencia la vida cristiana al declarar: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (1:21).

# Bibliografía


Carson, D. A., Douglas J. Moo y Leon Morris. *Una introducción al Nuevo Testamento*. Barcelona: Clie, 2008.

Eadie, John. *A Commentary on the Greek Text of the Epistle of Paul to the Philippians* [Un comentario sobre el texto griego de la epístola de Pablo a los Filipenses]. Reimpreso. Grand Rapids: Baker, 1979.

Gromacki, Robert G. *Stand United in Joy: An Exposition of Philippians* [Permanecer unidos en gozo: Un estudio de Filipenses]. Grand Rapids: Baker, 1980.

Guthrie, Donald. *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento]. Ed. rev. Downers Grove, Ill: InterVarsity, 1990.

Harrison, Everett F. *Introduction to the New Testament* [Introducción al Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Eerdmans, 1964.

Hendriksen, William. *Comentario al Nuevo Testamento: Filipenses*. Grand Rapids: Libros Desafío, 2006.

Hiebert, D. Edmond. *An Introduction to the New Testament: The Pauline Epistles* [Introducción al Nuevo Testamento: Las Epístolas paulinas]. Ed. Ap. Chicago: Moody, 1977.

Lenski, R. C. H. *The Interpretation of St. Paul's Epistles to the Galatians, to the Ephesians, and to the Philippians* [Interpretación de las Epístolas de san Pablo a los gálatas, a los efesios y a los filipenses]. Minneapolis: Augsburg, 1961.

Lightfoot, J. B. *St. Paul's Epistle to the Philippians* [La Epístola de san Pablo a los Filipenses]. Reimpreso. Grand Rapids: Zondervan, 1953.

Martin, Ralph P. *The Epistle of Paul to the Philippians* [La Epístola de Pablo a los Filipenses]. The Tyndale New Testament Commentaries. Grand Rapids: Eerdmans, 1975.

Meyer, F. B. *The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses]. Reimpreso. Grand Rapids: Baker, 1952.

Muller, Jac. J. *The Epistles of Paul to the Philippians and to Philemon* [Las Epístolas de Pablo a los filipenses y a Filemón]. The New International Commentary on the New Testament. Grand Rapids: Eerdmans, 1955.

O'Brien, Peter T. *The Epistle to the Philippians* [La Epístola a los Filipenses]. The New International Greek Testament Commentary. Grand Rapids: Eerdmans, 1991.

Silva, Moisés. *Philippians* [Filipenses]. The Wycliffe Exegetical Commentary. Chicago: Moody, 1988.

Vincent, Marvin R. *The Epistles to the Philippians and to Philemon* [Las Epístolas a los filipenses y a Filemón]. The International Critical Commentary. Edinburgh: T & T Clark, 1979.

# Índice de palabras griegas y hebreas

**Palabras griegas**


*adēmonein*, a

*adēmoneō*, a

*agapē*, a, b, c, d

*aisthēsis*, a, b

*akeraios*, a

*akouō*, a

*alla*, a

*amemptos*, a

*amōmos*, a

*analuō*, a

*analusis*, a

*apekdechomai*, a

*apokaradokia*, a

*apokoptō*, a

*apologia*, a

*apostolon*, a

*apostolos*, a

*aproskopos*, a

*archē*, a

*asphalēs*, a

*astheneō*, a

*athleō*, a

*bebaiōsis*, a

*blepō*, a

*chairō*, a, b

*chara*, a

*charis*, a

*charizō*, a

*charizomai*, a

*deēsis*, a

*desmon*, a

*dialogismos*, a

*diastrephō*, a

*diastrephōn*, a

*diastrephonta*, a

*diestrammenē*, a

*dikaios*, a, b

*dokimazō*, a

*dokimēn*, a

*douleuō*, a

*doulos*, a, b, c

*doxa*, a, b

*echō*, a

*ei*, a

*eilikrinēs*, a, b

*ektenōs*, a

*enarchomai*, a

*endeixis*, a

*energeō*, a, b

*engus*, a

*epechō*, a

*epekteinō*, a

*epi*, a

*epichorēgia*, a

*epieikēs*, a, b

*epiteleō*, a

*eris*, a

*eritheia*, a, b

*eucharisteō*, a

*eudokia*, a

*eudokias*, a

*euphēmos*, a

*exomologeō*, a

*exomologēsētai*, a

*ginōskō*, a

*glōssa*, a

*gnōrizō*, a

*gnōsis*, a

*gongusmos*, a

*hagios*, a, b

*hagnos*, a

*halusis*, a

*harpagmos*, a

*heautōn*, a

*hēgeomai*, a

*hina*, a, b, c

*homoiōma*, a, b

*homologeō*, a

*hōste*, a

*hubris*, a

*hupakouō*, a

*huparchō*, a

*huper*, a

*huperchon*, a

*huperechō*, a

*huperupsoō*, a

*hupo*, a, b

*hupotassō*, a

*hupsoō*, a

*isa*, a

*ischuō*, a

*isopsuchos*, a

*isos*, a, b

*kalōs*, a

*kampsē*, a

*kata*, a, b

*katangellō*, a

*katatemnō*, a

*katatomē*, a

*katechō*, a

*katergazomai*, a, b

*kauchaomai*, a, b

*keimai*, a

*kenodoxia*, a

*kenoō*, a

*kenos*, a

*kerdos*, a

*koilia*, a

*koinōnia*, a, b, c

*kunarion*, a

*kuōn*, a

*kurios*, a

*lambanō*, a

*latreuō*, a

*leitourgia*, a

*leitourgos*, a

*logizomai*, a

*logos*, a

*mallon*, a

*manthanō*, a

*mathētēs*, a

*mēden kat eritheia*, a

*merimnaō*, a

*monon*, a

*morphē*, a, b, c

*oida*, a

*oiktirmos*, a

*palē*, a

*paraboleuomai*, a

*paraklēsis*, a

*paraklēton*, a

*paralambanō*, a

*paramuthion*, a

*peithō*, a

*perisseuō*, a

*peritomē*, a

*phobos*, a

*phōstēr*, a

*phroneō*, a, b, c, d

*phroureō*, a

*phthonos*, a

*plēn*, a

*polis*, a

*politeuma*, a

*politeuomai*, a

*praitōrion*, a

*prassō*, a

*prokopē*, a, b

*prosdechomai*, a

*prosphilēs*, a

*psuchē*, a

*pturō*, a

*schēma*, a

*semnos*, a

*skolios*, a

*Skopeō*, a, b

*skopos*, a

*skubalon*, a

*sōtēria*, a

*spendō*, a

*splagchnon*, a

*splanchna*, a

*spoudazō*, a

*stēkō*, a

*stephanos*, a

*sthenos*, a

*stoicheō*, a

*stratiōtēs*, a

*summorphos*, a

*sumpsuchos*, a

*sun*, a, b

*Sunathleō*, a, b

*sunchairō*, a

*sunechō*, a

*sunergos*, a

*suschēmatizō*, a

*sustratiōtēs*, a

*suzugos*, a, b

*ta kata em*, a

*tapeinoō*, a

*tapeinophrosunē*, a

*tapeinos*, a

*teinō*, a

*teleioō*, a

*teleō*, a

*thelō*, a

*thusia*, a

*to auto phronēte*, *a*

*to en phronountes*, *a*

*tromos*, *a*

*zēmia*, *a*

*zēteō*, *a*

**Palabras hebreas**

*qodesh*, *a*

*yada*, *a*

*YHWH*, *a*

# Índice de temas


Amor, importancia del, a

Autodisciplina, a, b, c

Barclay, William

sobre el peligro de la falta de unidad en la iglesia, a

sobre el significado de huparchō, a

sobre la diferencia entre schēma y morphē, a

sobre “Los intrépidos”, a

Brooks, Thomas (sobre la importancia del ejemplo), a

Bunyan, Juan, a

Burroughs, Jeremías

sobre Cristo que fortalece a los creyentes, a

sobre el contentamiento cristiano, a

Castigo eterno. Véase Infierno, eternidad del

Cena del Señor, a

Charnock, Stephen (sobre el joven rico), a

China, cristianismo en, a

Crecimiento espiritual, a, b

Creyentes

adoración de los, a

como hijos de Dios, a

falsos, a

salvación de, a

seguridad eterna de los, a, b

unidad de los, a, b, c, d, e, f, g, h

unión espiritual con Cristo, a, b

Cristianos. Véase Creyentes

Día del Señor, a, b, c, d

Diáspora, a

Dios

amor de, a

misericordia de, a

personalidad de, a

providencia de, a

Discernimiento, a, b
Eadie, Juan (sobre el poder de la Palabra de Dios), a
Encarnación. Véase Jesucristo, encarnación de
Eucaristía. Véase Cena del Señor
Evangelio, a
Falsos maestros, a, b, c, d, e, f, g, h, i
Farrar, Frederick (sobre la crucifixión), a
Fe, salvadora, a
Gozo
obstáculos para el, a, b, c, d
teología bíblica del, a
Hendriksen, William
sobre el perfeccionamiento divino de la salvación de los creyentes, a
sobre koinōnia, a
sobre la coronación de Cristo, a
Hull, Bill (sobre el anti-intelectualismo en la iglesia), a
Iglesia filipense, fundación de, a
Incrédulos. Véase Creyentes, falsos
Infierno, eternidad del, a
Integridad espiritual, a, b, c, d
Jesucristo
ascensión de, a
atributos divinos de, a
como el Sumo Sacerdote de los creyentes, a, b
como juez, a
deidad de, a, b, c, d
ejemplo de, a, b, c, d, e, f, g, h, i, j
encarnación de, a, b
humanidad de, a, b
resurrección de, a
señorío de, a, b, c
Judson, Adoniram, a
Juegos ístmicos de la Grecia antigua, a
Lenski, R. C. H.
sobre Cristo que se despoja a sí mismo, a
sobre el gozo como el tema de Filipenses, a
Lewis, C. S. (sobre la encarnación), a
Líderes de la iglesia, requisitos de los, a

Lightfoot, J. B.
sobre la autoría de Filipenses, a
sobre la casa de César, a
Lloyd-Jones, D. Martyn
sobre el poder de Dios en la vida del creyente, a
sobre la autodisciplina en la vida cristiana, a
sobre la importancia de la manera de pensar en la vida cristiana, a
sobre vivir por sentimientos, a
Machen, J. Gresham (sobre el uso de evidencias del Espíritu Santo en la conversión), a
Martin, Ralph (sobre la obediencia de Cristo), a
Martyn, Henry, a
Mente no salva, descripción de la, a
Meyer, F. B.
sobre el conocimiento de Cristo en los creyentes, a, b
sobre el encarcelamiento de Pablo en Roma, a
sobre la evangelización de Pablo ante el pretorio, a
sobre los creyentes como luminares en el mundo, a
Moule, Handley C. G. (sobre Cristo que se despoja a sí mismo), a
Oración, importancia de la, a
Orr, James (sobre la mente vigilante como la marca distintiva del cristianismo), a
Pablo
conversión de, a, b
disposición a morir por causa de Cristo, a
ejemplo de, a
su encarcelamiento en Roma, a
vida de oración de, a
Pensamientos piadosos, a
Perfeccionismo, a
Perseverancia. Véase creyentes, seguridad eterna de los
Pietismo, a, b
Pope, Alexander (sobre el vicio), a
Pruebas, lo inevitable de las, a
Queja, pecado de, a
Quietismo, a
Rees, Paul
sobre el ejemplo de Cristo, a
sobre la humillación de Cristo, a
Salvación

autenticidad de la, a

falsas pruebas de la, a, b, c

Santos, enseñanza católico-romana sobre los, a, b

Satanás, engaño de, a

Seguridad eterna. Véase creyentes seguridad eterna de los

Silva, Moisés (sobre el origen romano de Filipenses), a

“Si” (poema de Rudyard Kipling), a

Smith, Hannah Whithall, a

Sueño del alma, a

Temor del Señor, a, b

Thomas, W. H. Griffith (sobre el señorío de Cristo), a

Torrey, R. A. (sobre el señorío de Cristo), a

Tozer, A. W.

sobre el bajo concepto de Dios en la iglesia, a

sobre el señorío de Cristo, a

sobre los pensamientos del creyente acerca de Dios, a

sobre pensamientos indignos acerca de Dios, a

Walter, Tony (sobre el cristianismo centrado en las necesidades), a

Wesley, Susana (sobre el dominio propio), a